



La configuración capitalista de paisajes turísticos

Lilia Zizumbo Villarreal
Neptalí Monterroso Salvatierra
(Coordinadores)



Lilia Zizumbo Villarreal

Actualmente es profesora-investigadora de la Facultad de Turismo y Gastronomía de la Universidad Autónoma del Estado de México. Es integrante del Sistema Nacional de Investigadores, nivel II. Su línea de investigación actual es Estudios ambientales del turismo. Forma parte de los programas de posgrado en Ciencias ambientales y Estudios turísticos de la Universidad Autónoma del Estado de México. Cuenta con diversas publicaciones de libros y artículos de investigación. Entre sus últimas obras destacan *Las paradojas del desarrollo local y del turismo* (UAEM/Porrúa) y *Contra la domesticación del Turismo. Los laberintos del turismo rural* (UAEM/Porrúa).

La configuración capitalista
de paisajes turísticos

La configuración capitalista de paisajes turísticos

Lilia Zizumbo Villarreal
Neptalí Monterroso Salvatierra
(Coordinadores)



La configuración capitalista de paisajes turísticos

Primera edición: abril 2015

ISBN: 978-607-9426-14-9

© Universidad Autónoma del Estado de México
Instituto Literario núm. 100 ote.
C.P. 50000, Toluca, México
<<http://www.uaemex.mx>>

© Ediciones y Gráficos Eón, S.A. de C.V.
Av. México-Coyoacán núm. 421
Col. Xoco, Deleg. Benito Juárez
México, D.F., C.P. 03330
Tels.: 5604 1204 / 5688 9112
administracion@edicioneseon.com.mx
www.edicioneseon.com.mx

El contenido total de este libro fue sometido a dictamen
en el sistema de pares ciegos.

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra –incluyendo
el diseño tipográfico y de portada– sea cual fuere el medio, electrónico
o mecánico, sin el consentimiento por escrito del titular de los derechos
patrimoniales.

Impreso y hecho en México / *Printed and made in Mexico*



Dr. en D. Jorge Olvera García
Rector

Dra. en Est. Lat. Ángeles Ma. del Rosario Pérez Bernal
Secretaria de Investigación y Estudios Avanzados

Mtra. en A. Elizabeth López Carré
Directora de la Facultad de Turismo y Gastronomía

Mtra. en Com. Jannet S. Valero Vilchis
Directora de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales

Mtra. en Hum. Blanca Aurora Mondragón Espinoza
*Directora de Difusión y Promoción de la
Investigación y los Estudios Avanzados*

L.L.L. Patricia Vega Villavicencio
*Jefa del Departamento de Producción
y Difusión Editorial*

Índice

Prólogo	13
El turismo en las disputas por el territorio <i>Ernest Cañada</i>	
PLANTEAMIENTOS TEÓRICOS	
Paisajes de paisajes. Comprensión del paisaje desde la ecología política	23
<i>Allen Cordero</i>	
Lo complejo de lo aparentemente simple. El concepto de paisaje	23
Lo bello de la naturaleza “en sí”	27
Los paisajes “para sí”, particularmente en América Latina ..	29
Paisajes de la desigualdad y de la violencia	32
Paisajes imaginados... ..	38
El hiperproductivismo y el cambio climático.....	38
¿Es tarde para redimir los paisajes?.....	43
Referencias.....	45
El proceso de dominación capitalista: la configuración de paisajes turísticos en el ámbito rural	47
<i>Erika Cruz Coria</i> <i>Lilia Zizumbo Villarreal</i>	
Introducción.....	47

La dominación del capital sobre el espacio rural	49
La naturaleza construida: la subsunción del espacio rural al capital.	54
Apropiación del espacio rural por el capital	57
El turismo en la configuración de paisajes.	59
Turismo de sol y playa: la configuración de los primeros paisajes turísticos	64
Conclusiones	68
Referencias	70

**Reconfigurando la geografía rural:
construcción capitalista de nuevos paisajes.** 75
Neptalí Monterroso Salvatierra

Introducción.	75
De la simulación a la visualización de la “desposesión” de los bienes rurales	76
La dinámica de la desposesión de los bienes rurales	79
La construcción capitalista de nuevos paisajes en el Estado de México	83
Conclusiones	92
Referencias	93

Sentimentos e representações nas tessituras de paisagens e patrimônio. 95
Maria Gerarda De Almeida

Introdução	95
As paisagens culturais.	95
Patrimônio cultural.	98
Entre paisagens e patrimônio cultural.	101
Paisagens e patrimônio institucionalizados.	105
E assim...	107
Referencias	109

APROXIMACIONES PRÁCTICAS

Aproximaciones al paisaje en el <i>Ensayo Político sobre el Reino de la Nueva España</i>, de Humboldt	115
<i>Carlos Alberto Pérez Ramírez</i>	
<i>Patricia Naime Libien</i>	
Introducción.....	115
Humboldt, el gran viajero “ilustrado”.....	118
Los escritos de Humboldt respecto a sus viajes.....	122
El paisaje y la tipología de Humboldt	124
Paisaje natural en el <i>Ensayo Político sobre el reino de la Nueva España</i>	127
Paisaje cultural en el <i>Ensayo Político sobre el Reino de la Nueva España</i>	135
Conclusiones	140
Referencias.....	143
La transformación del paisaje a través del turismo en Cozumel, México	145
<i>Alejandro Palafox Muñoz</i>	
<i>Emilio Arriaga Álvarez</i>	
Introducción.....	145
La expansión del capitalismo: turismo y transformación del paisaje.....	146
El estudio del turismo y la modificación del paisaje a través del materialismo cultural.....	150
La transformación del paisaje en Cozumel por el desarrollo turístico.....	153
Conclusiones	165
Referencias.....	166

**Transformación del paisaje y conformación del turismo
en la cabecera municipal de Valle de Bravo
(1970-2010)**..... 171

Edith Imelda Bernal González

Lilia Zizumbo Villarreal

Alejandro Tonatiuh Romero Contreras

Introducción.....	171
Efectos del cambio de paisaje en las actividades económicas.....	173
Cambios económicos en los barrios de La Peña y Santa María Ahuacatlán.....	173
Cambios económicos en el barrio de Otumba.....	175
Cambios económicos en la zona centro de la cabecera municipal.....	177
La transición de las actividades económicas hacia el sector terciario y la incorporación de la población nativa.....	178
La plusvalía residencial como detonante de la actividad turística y la incorporación de la población nativa.....	179
La población nativa de Valle de Bravo ante la especialización de los servicios turísticos.....	182
Otras estrategias de la población nativa ante las dificultades laborales en Valle de Bravo.....	186
Reflexiones en torno a la actividad turística en Valle de Bravo: recursos naturales y población.....	188
Conclusiones.....	191
Referencias.....	193

**El paisaje del Valle de los Cirios: efímera relación entre
opuestos**..... 195

Rosa Imelda Rojas

Introducción.....	195
Metodología.....	196
Valle de los Cirios.....	200
Conclusiones.....	204
Referencias.....	206

La participación del turismo en la modificación del paisaje cultural de la ciudad de Malinalco, Estado de México.	207
<i>Guillermo Miranda Román</i>	
Introducción.	207
El paisaje cultural como patrimonio turístico y sus transformaciones	209
El paisaje natural y cultural de Malinalco, Estado de México	215
La participación de la economía de Malinalco en la configuración del paisaje cultural: el caso del paisaje agrícola	219
El paisaje urbano de Malinalco y su relación con el turismo	229
Impactos del turismo en las transformaciones del patrimonio cultural de Malinalco	239
Las transformaciones en la zona arqueológica	241
Las transformaciones en las capillas de los barrios	248
Conclusiones	252
Referencias	258

Prólogo
El turismo en las disputas
por el territorio

*Ernest Cañada**

Las dinámicas de acumulación de capital por parte de las grandes corporaciones privadas tienen una creciente hegemonía en las áreas rurales de muchos países de América Latina. Por medio de actividades como el extractivismo, la agricultura industrial intensiva, la generación de energía, el turismo o los desarrollos inmobiliarios, los grandes capitales están cada vez más presentes en los espacios rurales. A ello hay que sumar todos los servicios logísticos necesarios para garantizar tanto los insumos con los que funcionan dichos sectores, por ejemplo el transporte de mercancías, cada vez más internacionalizado. La serie de canales que se prevé construir en Mesoamérica durante los próximos años evidencia esta nueva dinámica global que condiciona la evolución de los territorios rurales. Como explica el geógrafo marxista David Harvey, este proceso de expansión constante hacia nuevos territorios tiene que ver con una de las formas con las que el capitalismo trata de superar sus contradicciones,¹ lo cual nos ayuda a entender la lógica de la penetración de los grandes capitales en las áreas

* Coordinador de Alba Sud.

¹ Harvey, David (2007). *Espacios del capital. Hacia una geografía crítica*. Madrid: Akal.

rurales en la actual coyuntura, condicionada especialmente por la crisis global iniciada en 2008.

Esto no quiere decir que las relaciones capitalistas aparezcan ahora como algo nuevo en muchas áreas rurales. El capitalismo ya estaba asentado en las relaciones de producción de las viejas haciendas, orientadas plenamente a la acumulación de capital. Sin embargo, una de las características de ese modelo de producción es que podía alimentarse tanto de mano de obra enteramente proletarizada, como de un campesinado que por temporadas se desplazaba para trabajar en las haciendas, mientras reproducía por su cuenta parcelas propias y con acceso a bienes comunes, lo cual le permitía garantizar sus medios de vida. Esto daba lugar a un entramado social en el que coexistían jornaleros sin tierra, dependientes de la venta de su fuerza de trabajo, pero también campesinado diverso, organizado de múltiples maneras, que tenía acceso a la tierra y otros recursos básicos para garantizar su supervivencia, y que, en algunos casos, podía trabajar por temporadas en esas grandes fincas y, en otras, vivir con mayor autonomía.

Un mundo rural en transformación

Durante los últimos 30-40 años ese mundo se ha visto trastocado completamente. La caída de los precios internacionales de los productos agrícolas, desde principios de los años setenta, seguido del proceso de globalización, apertura comercial, invasión de los mercados con productos subvencionados por parte de países ricos (*dumping*) y las políticas neoliberales, que en nada favorecieron al sector campesino, pauperizaron aún más las poblaciones rurales. Muchas tuvieron que abandonar sus tierras y buscar en la emigración a grandes ciudades o al extranjero una alternativa para sobrevivir. Gracias al envío de remesas, una parte de la población campesina, aunque a costa de la separación familiar, pudo mantenerse en sus lugares de origen.

El caso centroamericano ilustra con claridad las dimensiones de esta transformación. En poco menos de 30 años, entre finales de los años setenta y mediados de 2000, la forma de inserción

de Centroamérica en la economía internacional dio un giro radical. Si en 1978 70% de las divisas que entraban en la región estaban vinculadas a la agroexportación tradicional, basada en el algodón, banano, azúcar, granos básicos, café o carne, en el año 2006 este aporte se había reducido a 11%. En su lugar habían tomado mayor protagonismo otras actividades que reflejaban un modelo de inserción más complejo, en el que predominaban, en primer lugar, las remesas (38%); la exportación de productos agrícolas no tradicionales como la piña, el melón, la naranja o la palma africana (16%); el turismo (15%) o la maquila textil (11%).² Si esto ocurre en una región en la que el peso de las actividades agropecuarias aún es muy importante, en otras zonas de América Latina las diversas actividades extractivas adquirieron mayor relevancia, desplazando aún más el mundo de las viejas economías agroexportadoras.

Pero, independientemente del peso específico que cada actividad tenga en una u otra región, lo importante es que en este nuevo ciclo de acumulación se generaliza el hecho de que industrias no tradicionales adquieran un papel cada vez más relevante en las áreas rurales. Esto ocurre en territorios concretos, no sólo en las cuentas nacionales, en lugares en los que antes predominaban otras actividades, otros actores y, sobre todo, otras dinámicas de organización territorial. Cuando la maquila agrícola, el turismo, los proyectos inmobiliarios, las actividades extractivas, la producción de energía o los servicios logísticos se vuelven hegemónicos en un determinado territorio, provocan un desajuste en los equilibrios alcanzados anteriormente y abren una etapa de disputas. Las nuevas formas de acumulación, como lo hicieron en el pasado otras actividades y formas de producción, requieren crear una nueva territorialidad, funcional a sus necesidades e intereses. Se desestructuran así viejas territorialidades para crear otras fruto de las nuevas correlaciones de fuerza.

² Rosa, Herman (2008). *Perfiles y trayectorias del cambio económico en Centroamérica. Una mirada desde las fuentes generadoras de divisas*. San Salvador: Fundación PRISMA.

En algunos casos, esto deriva en un proceso de concentración de actividades económicas en un territorio, lo cual acentúa las disputas por los recursos y su organización en el espacio. Pero, del mismo modo, otras áreas pueden caer en el abandono y una relativa despoblación al no ser funcionales en las dinámicas de acumulación predominantes. Hiperconcentración y abandono se convierten así en dos caras de un mismo proceso de reorganización capitalista del espacio rural.

La reorganización territorial de los territorios costeros

El desarrollo turístico-residencial en las zonas costeras puede ser un ejemplo ilustrativo de cómo la irrupción de estas nuevas actividades provoca un proceso de reorganización espacial con base en las necesidades e intereses de las nuevas dinámicas de acumulación.

La creación de este “espacio turístico” costero en territorios aún no “turistizados” implica, en primer lugar, adecuar los terrenos para poder construir las infraestructuras de alojamiento y servicios a los turistas y nuevos residentes. En este proceso uno de los ecosistemas más amenazados ha sido el bosque de manglar, presente en muchas de las costas tropicales y subtropicales de América Latina, principalmente en México, Brasil y la mayoría de países centroamericanos y caribeños. Áreas significativas de manglar han sido utilizadas para construir en ellas vías de comunicación que permitan el fácil acceso entre las zonas construidas y el mar o incluso se han visto remplazadas por entornos naturales más acordes con los estándares estéticos del paisaje turístico. De este modo, el crecimiento de la actividad turística en, por ejemplo, la gran área comprendida entre México, el Caribe y Centroamérica, que se ha producido en sucesivas oleadas durante los últimos 40 años, ha ido aparejada a una disminución y degradación de los llamados “bosques salados”.

Su destrucción supone, en primer lugar, un daño ecológico de enormes dimensiones y consecuencias, por cuanto constituyen un espacio privilegiado para la reproducción y refugio de numerosas

especies (especialmente peces, caracoles, conchas y cangrejos, pero también aves), además de acumular una gran riqueza en biodiversidad. Destruir estos ecosistemas también aumenta la vulnerabilidad ante el impacto de fenómenos naturales como tormentas, tsunamis y huracanes, cada vez más frecuentes y con mayor intensidad a consecuencia del cambio climático, debido a que éstos representan barreras naturales de protección o amortiguamiento.

Pero la pérdida de manglares erosiona también los medios de vida de las poblaciones costeras, lo cual las empobrece y dificulta que puedan mantenerse en sus territorios. Esos bosques sirven de base alimentaria para muchas poblaciones costeras, tanto por medio de la recolección de conchas, caracoles, cangrejos y jaibas, como por la pesca artesanal. Es más, de este ecosistema también se extraen materias primas para, entre otras cosas, elaborar sus medios de transporte y construcción, habiéndose desarrollado toda una cultura material e identidad asociada al bosque de mangle. Su pérdida se convierte, por tanto, en un factor de descampesinización al destruir las bases materiales sobre las que se asientan y reproducen las comunidades costeras.

Estas comunidades, a su vez, se ven presionadas por los procesos de reordenamiento territorial impulsados por los grandes capitales con el apoyo frecuente de las autoridades públicas, agencias multilaterales y fundaciones vinculadas de una u otra manera a esos mismos capitales. Así, se favorece su desplazamiento de la primera línea de costa en beneficio de las inversiones turístico-residenciales. La forma en la que durante los últimos años se han ejecutado los planes de ordenamiento territorial de la zona marítimo-costera de Costa Rica es un ejemplo de cómo el Estado y determinados actores de la cooperación internacional actúan a favor de los grandes empresarios frente a las poblaciones costeras.

Con su progresiva separación de las costas y la reubicación en terrenos más distantes, comunidades vinculadas tradicionalmente a los bosques de mangle y a las actividades pesqueras ven limitado el acceso a sus medios de vida. Asimismo, caminos y lugares de paso antes abiertos se ven ahora sujetos a restricciones de paso y todo tipo de obstáculos.

Por otra parte, muchas comunidades rurales, tanto en primera línea de costa como más del interior, sufren una competencia creciente por recursos esenciales como la tierra o el agua. Los procesos inflacionarios, cuando no directamente de apropiación violenta, impiden que muchas familias rurales puedan mantener o acceder a tierra donde vivir y producir. Las necesidades de agua por parte de los nuevos complejos hoteleros y residenciales entran en competencia con los usos domésticos y productivos de esas familias.

Todos estos factores asociados al crecimiento del turismo en las costas (destrucción de medios de vida vinculados al mangle o empobrecimiento de los bancos de pesca, separación de la costa, cierre de caminos y lugares de paso, dificultad para acceder a recursos esenciales) tienen como consecuencia favorecer los procesos de descampesinización de la población costero-rural.

Pero la dinámica de reordenación territorial y funcionalización al capital turístico no termina ahí. Para la construcción de los nuevos enclaves hoteleros e inmobiliarios hace falta el recurso de mano de obra que no necesariamente está presente en esos mismos territorios. Esto conlleva la movilización de nueva población trabajadora y la creación de infraestructuras, en la mayoría de ocasiones con un elevado nivel de informalidad y precariedad, para garantizar su alojamiento, alimentación, etc. También es necesaria la construcción de nuevas infraestructuras para el traslado de turistas y residentes.

De este modo, progresivamente, el territorio costero se transforma en función de las dinámicas que impone el capital turístico. La profundidad de las transformaciones y su rapidez dependerá tanto de factores externos (capacidad de movilización de capitales, posicionamiento del destino, coyuntura internacional, entre muchos otros), como de las propias dinámicas de ese territorio (como presencia de otros capitales en disputa por las mismas áreas, las resistencias locales y conflictos generados, como el papel de las autoridades públicas, también entre otros factores).

Paisaje rural: testimonio de las disputas territoriales

Las transformaciones que se han producido en las áreas rurales, a lo largo de las últimas décadas, por la presencia creciente de estas nuevas actividades económicas han tenido un evidente reflejo en los paisajes rurales. Pero, lejos de ser la recreación de un estado ideal de la naturaleza, el paisaje es todo. Cualquier espacio exterior deviene paisaje y, por tanto, se convierte en testigo privilegiado de estas múltiples tensiones y disputas por el territorio y sus usos, tanto presentes como del pasado, como restos visibles de anteriores dinámicas. Aprender a leer el paisaje rural es clave para entender la historia y dinámicas actuales de un territorio en particular.

En este contexto es fundamental dar un sentido especial a la idea de “disputa”. Implica entender que estas transformaciones territoriales no son fijas ni permanentes, sino que se recrean en función de los intereses y contradicciones de los diferentes actores y de los conflictos que se generan.

El libro que el lector tiene en sus manos, *La configuración capitalista de paisajes turísticos*, es una aportación de gran valor para entender el proceso de penetración de una de estas vías de acumulación, el turismo, en los territorios rurales y la transformación de los paisajes que esto supone. Coordinado por Lilia Zizumbo y Neptalí Monterroso, cuenta también con la colaboración de Erika Cruz, Allen Cordero, María Geralda de Almeida, Alejandro Palafox, Emilio Arriaga, Carlos Alberto Pérez, Patricia Naime, Edith Imelda Bernal, Alejandro Tonatiuh Romero, Rosa Imelda Rojas y Guillermo Miranda. El libro reúne una serie de materiales teóricos de un alcance más que notable para comprender los procesos de transformación de los territorios rurales bajo el dominio de los capitales turísticos. Incluye también diversos estudios de caso sobre cómo se han producido algunos de estos procesos particulares en México.

Con él sus coordinadores dan continuidad a una fecunda línea de investigación sobre las transformaciones del mundo rural por la irrupción del turismo. En su libro anterior, *Contra la*

domesticación del turismo. Los laberintos del turismo rural (México, DF, Universidad Autónoma del Estado del México/Miguel Ángel Porrúa, 2010), avanzaban ya algunos de los temas abordados en este nuevo trabajo, en especial las dinámicas de subordinación de las poblaciones rurales al capital turístico.

Sin duda, *La configuración capitalista de paisajes turísticos* supone un aporte clave para entender la recomposición que se está produciendo en el mundo rural mexicano, pero también latinoamericano, bajo la dinámica de un nuevo ciclo de acumulación que está transformando sus dinámicas territoriales y sus paisajes. Entender bien esto es fundamental para poder acompañar los anhelos y luchas por otro mundo rural.

Planteamientos teóricos

Paisajes de paisajes. Comprensión del paisaje desde la ecología política

*Allen Cordero**

Lo complejo de lo aparentemente simple. El concepto de paisaje

El paisaje es un concepto poco problematizado, pero al mismo tiempo de múltiples raíces. Se tiene, por una parte, el arte paisajístico, corrientemente asociado con paisajes naturales, generalmente armoniosos, aunque Kant, en su *Crítica del juicio*, plantea interesantes elaboraciones sobre el mar, porque es distinto un mar visto a la distancia y de manera apacible a un mar violento visto desde muy cerca. Ambos mares son el mismo mar, pero pueden ser vistos ideologizadamente, ya sea a través de una óptica naturalista donde el movimiento de las fuerzas naturales sería lo que prevalece, o bien desde una postura teológica donde un mar iluminado por rayos de luz al atardecer puede insinuar para algunos la paz de Dios, mientras que el mar embravecido sería más bien el Dios que castiga a la humanidad pecadora.

Dijo Kant:

Rocas audazmente colgadas y, por decirlo así, amenazadoras, nubes de tormenta que se amontonan en el cielo y se adelantan

* Universidad de Costa Rica. Correo electrónico <acordero@flacso.or.cr>.

con rayos y con truenos, volcanes en todo su poder devastador, huracanes que van dejando tras sí desolación, el océano sin límites rugiendo de ira, una cascada profunda en un río poderoso, etc., reducen nuestra facultad de resistir a una insignificante pequeñez, comparada con su fuerza. Pero su aspecto es tanto más atractivo cuanto más temible, con tal de que nos encontremos nosotros en lugar seguro, y llamamos gustosos sublimes esos objetos porque elevan las facultades del alma de su término medio ordinario y nos hacen descubrir en nosotros una facultad de resistencia de una especie total distinta, que nos da valor para poder medirnos con el todo-poder aparente de la naturaleza.

Y más adelante:

[...] hemos encontrado nuestra propia limitación, y, sin embargo, también al mismo tiempo, en nuestra facultad de la razón, otra medida no sensible que tiene bajo sí aquella infinidad misma como unidad, y frente a la cual a todo en la naturaleza es pequeño, y, por tanto en nuestro espíritu, una superioridad sobre la naturaleza misma en su inconmensurabilidad [...] (1977: 163-164).

Esta naturaleza nos hace temer y eleva nuestra alma, pero, según el filósofo, en última instancia la pequeñez está en lo disperso natural, por potente que esta naturaleza se muestre en sus manifestaciones sensibles, pues la verdadera potencia es nuestro espíritu; subjetivismo increíblemente radical que no se deja doblegar ni por el mar embravecido.

El paisaje ha sido muy asociado con lo visible, de ahí la relación inmediata con las artes plásticas, en especial, con la pintura paisajística, pero también es el reino ilimitado de la subjetividad. Distintas escuelas paisajísticas pueden entenderse como expresiones de estos subjetivismos. Es muy distinto el paisaje desde perspectivas hiperrealistas a visiones impresionistas o expresionistas, donde la variabilidad anímica o existencial puede ser tan diversa como artistas haya. De acuerdo con esto, lo que para un

artista puede ser un río romántico para otro puede ser el trasfondo de la insensatez, o bien espacio social de la explotación inmisericorde.

En el paisaje predomina lo visual, pero éste no sólo es lo que se puede ver, sino también lo que se puede imaginar o recordar. Pensemos en *Las cuatro estaciones* de Vivaldi, que recrean musicalmente justamente cuatro estaciones, a cada una de ellas el músico le da un sello climático capaz de ser imaginado y recreado por cada persona que tiene la dicha de gozar esa música, pero también de asociar los cuatro paisajes con estados de ánimo.

Esto, para empezar, hablando solamente de lo más inmediatamente paisajístico, de los paisajes físicos externos asociados con una geografía inmediateista, que sería algo así como lo que podemos ver a la redonda, y en donde el peso central descansa en el elemento geográfico y climático, no tanto en el entorno humano que se desarrolla en esos paisajes; entorno social que serían las obras físicas de origen humano, como propiamente las personas.

El paisajismo pintoresco ha dado más énfasis a lo armonioso y a los accidentes geográficos: ríos, montañas, lagos, cataratas, etc., a veces vistos a la distancia y otros con acercamientos más de detalle. Al incorporar lo humano al paisaje, de nuevo prevalece la ideologización de ese paisaje, pues los armonicistas, que ven el paisaje geográfico conformado por líneas complementarias, incorporarán las estructuras creadas por la humanidad igualmente de una manera pintoresca o armónica. Las corrientes artísticas "atormentadas" problematizarán esta otra parte del paisaje, ya sea desde posturas muy subjetivas e individualistas o posturas más sociologizantes, incluso, hasta críticas del orden social.

Los paisajes pueden ser productivistas, cuando el elemento de la producción, rural o urbano, se encuentra presente. Desde el punto de vista del arte paisajístico, esta incorporación de lo productivo igualmente puede estar problematizada geográfica y socialmente, o no; y ambas perspectivas, la armónica y la problematizadora, pueden cumplir con reglas estéticas, o no, porque

un paisaje productivo armónico también contiene su verdad: no es falso del todo. Pero quizá este es un paisaje intencionalmente incompleto; en tanto que un paisaje productivo que incorpora lo social problematizado, por ejemplo, un campesinado que expresa su dolor puede ser visto por ciertos ojos como impropio del arte; pero por otros ojos, aparecer como la misma verdad y en la belleza del los surcos de los rostros explotados, ver la esperanza de un paisaje con posibilidades de redimirse.

Pero el paisaje en cuanto tal es materia. Es materia transformada. La naturaleza que conocemos históricamente, con su extraordinaria riqueza de paisajes, es materia transformada. Materia en movimiento en nuestros primeros tiempos, es decir, de los que tenemos registros, porque teóricamente hay materias que no conocemos del todo. El caso de las coberturas boscosas, para poner un caso, ha sido resultado de combinaciones geológicas, físicas y biológicas, entre otras, que han dado lugar al surgimiento de lo multiforme natural, a su nacimiento, desarrollo y hasta sus decadencias. La humanidad por su parte, como sabemos, fue resultado de ese movimiento maravilloso de la materia. Para muchos, la humanidad ha sido el resultado más prodigioso de la materia; el cuerpo humano con sus detalles nunca descifrados del todo, en particular la maravilla del cerebro humano en su inconmensurabilidad.

Pero ahora no estamos tan seguros de la infalibilidad del cuerpo humano con su potencia inteligente y su cerebro dictatorial, que fue dominando poco a poco la inicialmente odiada naturaleza, la materia indomable, pero que nuestros primeros hombres y nuestras primeras mujeres se propusieron dominar. Hubo muchas marchas y contramarchas en esa aventura conquistadora sobre la naturaleza, pero, con el advenimiento de la industrialización capitalista y la ideología del progreso que le acompañó, parece que la humanidad, finalmente, desde la montaña más alta, por ejemplo, la luna, lanzó su grito triunfador.

Lo bello de la naturaleza “en sí”

Con el triunfo aparentemente inexorable de la humanidad sobre la naturaleza, cuyo paisaje por excelencia sería el de las grandes metrópolis, de nuevo estamos lanzando nostálgicas miradas hacia la naturaleza intacta y en ese sentido a los paisajes como tal. Por ejemplo, para algunas de la estéticas turísticas, sobre todo las que atrae el turismo de naturaleza en algunos destinos latinoamericanos, lo bello natural intacto sería superior al territorio donde se registra la mano humana. Una concreción de este tipo de paisaje serían los parques nacionales, donde corrientemente se ha expulsado a sus poblaciones locales o se les mantiene a la distancia. Obviamente, en estos contextos posmodernos está lejos de desarrollarse como experiencia contemplativa (como habló Kant de la experiencia de la contemplación estética del mar), sino que modifica completamente el entorno natural para llevar el confort humano al interior de la naturaleza, con lo que ésta se modifica a veces de manera completamente radical.

Para que un paisaje natural se conforme como paisaje turístico debe ser valorado estéticamente como un territorio bello. En términos de estética hegeliana, podríamos hablar en este sentido de lo “bello en sí”. Es por ello que un valor supremo de la estética “naturalista” de lo bello natural es lo virgen o salvaje. Se trata del mismo postulado hegeliano del ser “en sí” o ser “para sí”; “en sí” como existencia material como especie humana; y “para sí”, la adquisición de la conciencia.

Cuando a la selva tropical se le une el descubrimiento de restos arqueológicos, es cierto que la naturaleza deja de ser virgen (o más exactamente que desde tiempo inmemorable ha dejado de ser virgen), pero en este caso los restos de sociedades muertas son relativamente pasivos respecto a la naturaleza. Si estos restos no fueran cuidados por personal especializado, la naturaleza volvería a cubrirlos con su manto. En tal caso acabaría por predominar, de nuevo y de manera prácticamente absoluta, lo bello natural.

Pero, la territorialidad turística bella no es en sentido pleno un “en sí”, puesto que el juicio de lo bello o no bello será ratificado

socialmente. En este sentido, en el contexto de la globalización y de la experiencia turística propiamente dicha, existen dos actores por excelencia que serán quienes ratificarán la naturaleza bella de la experiencia turística. En primer lugar estará el empresariado, actor privilegiado de la globalización que interpretará la evolución de los gustos turísticos y los concretará en diversas experiencias. En segundo, están los propios usuarios de los servicios turísticos, quienes ratificarán o rechazarán las primeras valoraciones realizadas por el empresariado.

La distinción hegeliana entre lo bello natural y lo bello creado por el trabajo humano, por ejemplo, en la obra artística no se encuentra en Kant, cuya estética, igual que su filosofía en su conjunto, va a dar mayor importancia a la experiencia subjetiva del goce estético; en el caso de Kant, la vivencia estética se caracteriza por ser básicamente desinteresada como un gusto independiente de pasiones. Desde este punto de vista dice Kant:

Se ve fácilmente que cuando digo que un objeto es bello y muestro tener gusto, me refiero a lo que de esa representación haga yo en mí mismo y no a aquello en que dependo de la existencia del objeto. Cada cual debe confesar que el juicio sobre belleza en el que se mezcla el menor interés es muy parcial y no es juicio. No hay que estar preocupado en lo más mínimo por la existencia de la cosa, sino permanecer totalmente indiferente, tocante a ella, para hacer el papel de juez del gusto (1977: 105).

Desde mi punto de vista, si bien hay reglas históricamente construidas sobre lo bello y lo no bello, la verdad es que es difícil encontrar en la vida personal, como en la vida social, casos de desinterés, en realidad siempre hay un interés por la cosa (Cordero, 1999: 91-99).

Lo bello en la naturaleza tiene una base natural (lo que antes se denominó un “en sí”) pero, a medida que la experiencia turística se masifica, los actores privilegiados de la globalización neoliberal meten sus propios pinceles en el entorno natural. De esta manera, lo bello natural deviene lo bello construido o lo “bello para sí”,

si se nos permite esta categorización de inspiración hegeliana (Hegel, 1983).

Los paisajes “para sí”, particularmente en América Latina

Los paisajes imperantes en el contexto de la entronización histórica del capitalismo son los de la producción; es la exacerbación de la dominación de la naturaleza al servicio de la economía o más exactamente de la acumulación capitalista. La materia se va transformando por razones de sus propios movimientos, pero al mismo tiempo se le agregan crecientemente los movimientos incorporados por las actividades productivas. Prácticamente, no queda ningún elemento natural intocado. Las coberturas boscosas son taladas con distintos fines productivos, ya sea para suplir la necesidad de calefacción o de cocción, vivienda, estructuras, edificios, entre otros.

La tierra aparece con sus distintos colores directamente, sin grandes mediaciones arbóreas o vegetales, pues estas últimas han sido “aprovechadas”. Sobre los colores descarnados de la tierra se levantan los pujantes productos homogéneos que la economía necesita para seguir su indetenible marcha hacia adelante. Pero también se le escudriña y se rompe para extraer desde sus entrañas diversos minerales, de los más distintos órdenes, para suplir el avance industrial. El agua, en sus más complejas manifestaciones, también se ve incorporada al “para sí” económico. Los ríos, lagos, manglares y mares son explotados como fuerzas que llenan necesidades energéticas y por las riquezas que esas aguas en sí mismas encierran, como condición vital o para suplir grandes plantas industriales.

Ni siquiera el aire se queda ajeno a esta subsunción, pues es utilizado como vía de transporte, o bien empieza a experimentar las consecuencias de la industrialización, ennegreciéndose u opacándose. En fin, la naturaleza “en sí” prácticamente ya no existe, lo que prevalece es un potente “para sí” dominado por la producción.

Esta economía imparable se va haciendo cada vez más imponente, a tal grado que es imposible salirse de ella, porque el

progreso, incluso supuestamente el progreso cultural, depende inflexiblemente de sus éxitos; por ejemplo, poner los presupuestos educativos indexados al crecimiento del producto interno bruto hace que hasta las capas de intelectuales críticos esperen ansiosamente nuevos crecimientos económicos, pues de ello dependerán sus ubicaciones y cualificaciones laborales.

Las economías exitosas, y también las que no lo son, van imponiendo los paisajes dominantes. Esto también va a suceder en América Latina, que reproducirá, de manera particular, un desarrollo capitalista. No serán quizá, en América Latina, los paisajes del triunfo productivista más absoluto de Europa y Estados Unidos, pero lo intentará y creará especies de paisajes híbridos, donde el pincel capitalista se combinará con los vestigios de una potente naturaleza que da su lucha, pero que se encuentra también en retirada. Al igual que en el capitalismo desarrollado, en América Latina, subdesarrollada, prácticamente nada quedará a la “mano de Dios”, sino que todos sus elementos serán utilizados: tierra, agua, bosques, aire... Será la expresión de la ley del desarrollo desigual y combinado; en otras palabras, la particularidad del entorno natural latinoamericano diferente o desigual en relación con la naturaleza en Europa, pero sobre esa base se eruirá un desarrollo capitalista propio que será en combinación, pues aportará elementos propios con elementos de la industrialización europea.

Como ya lo dijera de manera insuperable Héctor Alimonda:

La conquista de América por parte de los europeos fue probablemente la experiencia más violenta y radical de la historia. Se constituyó allí una ruptura que da origen a la particular heterogeneidad y ambigüedad de las sociedades americanas y de sus imaginarios sociales, pero también a la flora, a la fauna y a los paisajes con que conviven (2006: 60).

En América Latina el paisaje rural del productivismo capitalista, es decir, el de su primera modernización será el de las grandes plantaciones y algunos paisajes mineros. En algunos países el paisaje será dominado por el café, en otros por el ganado en extensos

campos de pastos. El paisaje del banano dominará en ciertas áreas de Centroamérica, y así sucesivamente. Cada producto, de acuerdo con su naturaleza técnica, y dependiendo de quien controle la propiedad, aportará su propia organización técnica, social y productiva, de tal suerte que creará, por tanto, sus paisajes particulares. Para el gran hacendado oligarca, el paisaje, su paisaje, tendrá sus simbolismos particulares; para los peones se tratará del paisaje laboral. Oligarca y peón tendrán puntos de encuentro paisajístico, cuando el gusto por la tierra limpiada por la pala no deje rastros de los verdes de la maleza; el color por excelencia será el negro de la tierra fértil. El peón derivará su salario del negro directamente visible de la tierra; y el oligarca, por su parte, las divisas de la exportación.

En la producción bananera, el paisaje inicial vivido por los peones será el de los humedales con sus charcos, pantanos y, en general, la exuberancia del bosque lluvioso al que se tendrá como el enemigo a vencer. Cada árbol caído será un éxito tanto para el explotado peón como para, en este caso, el patrón estadounidense. El peón verá su salario en el árbol caído; y el patrón del otro país poderoso, igualmente. El peón evadirá su dura realidad y quizá la de la naturaleza, que es la suya misma, pues ambas serán naturalezas destruidas y desgarradas en los comisariatos y cantinas, allí el salario se evaporará como la persistente lluvia de sus largos temporales.

Las ciudades en el primer momento de la modernización obedecerán al impulso de las agroexportaciones. Se ubicarán allí las oficinas y servicios que la economía exportadora necesitará para sus operaciones regulares. Los paisajes coloniales urbanos, tanto de construcciones sencillas para la vivienda como de construcciones más pesadas (edificios religiosos, militares y administrativos), cederán espacio a las oficinas e inmuebles más funcionales de la administración de la gran exportación. Se colocarán también los aparatos físicos de las muy centralizadas administraciones políticas, tales como ministerios e instancias especializadas, así como mercados y tiendas donde los peones puedan llegar a abastecerse los fines de semana. Igualmente, iniciales centros

culturales, teatros, más adelante cines, bares, restaurantes y demás establecimientos, algunos para el disfrute familiar y otros de exclusivo uso adulto.

Paisajes de la desigualdad y de la violencia

Con el desarrollo hacia adentro, o bien la industrialización híbrida latinoamericana, y con la dependencia de las magnitudes poblacionales urbanas, aparecerán los grandes barrios obreros, que serán los que soportarán el peso del desarrollo. Por su parte, los expulsados del campo llegarán a las ciudades, sin saber siquiera qué buscan, trabajo en la industria en el mejor de los casos, cuando la situación vaya mal, entonces montarán sus propios negocios. En este último caso, serán los paisajes de la informalidad y, en algunos, de la neoinformalidad; paisajes pletóricos de pequeños objetos, muchos de desecho, hasta las propias covachas hechas de materiales de diversos orígenes, presentándose combinaciones que enloquecerían a los armonicistas menos exigentes: plásticos, llantas, láminas de zinc de diversos tamaños y durabilidad. Sus instrumentos de trabajo: carretas, tenderetes, máquinas de coser reutilizadas, etc. Los infaltables perros, gatos y, en algunos casos, otros animales domésticos, como persistentes acompañantes de estos ex campesinos.

Estos paisajes se filtrarán violentamente en grandes espacios urbanos. Serán los espacios a los que no se lleva de ningún modo a los turistas; cuando alguna visita importante llega a la ciudad se le evita pasar por ellos en la medida de lo posible; cuando esto sea inevitable, los urbanistas y políticos de la ciudad pintarán brevemente los techos y las paredes más visibles, tratando de evitarle al visitante el choque con la realidad. De manera curiosa, probablemente el visitante será más responsable de la construcción de esos paisajes que los propios habitantes, pues la dominación económica, cultural y política será el más fuerte determinismo de los caminos seguidos por la producción interna y, por tanto, de sus configuraciones físicas tangibles como espacios de vida. Así pues, lo más inteligente sería enfrentar a los altos visitantes

a sus propios paisajes; sería una de las maneras más directas de protestar, pero, como a las élites locales no les interesa protestar o les da miedo, prefieren ocultar aquellos paisajes; se inclinarán entonces por reforzar las falsas imágenes, este sería el espacio de la diplomacia superficial, que prefiere el salón cerrado y acondicionado como lugar de la expresión de la “alta política”.

El paisaje social rural será el de las profundas desigualdades. Por una parte, estarán las cuidadas plantaciones, con sus líneas uniformes, las hojas de las plantas serán limpiadas de invasores, insectos y hongos; serán plantaciones limpias, brillantes y continuas; los centros de acopio o de procesamiento igualmente serán lugares de pulcritud y de discreta estética productiva oligarca; las oficinas de esos centros productivos del mismo modo constituirán continuidades del orden estricto de la producción propiamente dicha sembrada en la tierra. Por otro lado, se construirán viviendas para los peones, las cuales en sus primeros tiempos reflejarán en algunos casos cierta dignidad en el marco de su extrema sencillez, en otros casos los trabajadores serán amontonados prácticamente en covachas colectivas. Los momentos de máxima tensión productivista, obviamente, serán los de la producción, la recolección o la cosecha; en estos casos, a medida que la fuerza de trabajo escasee, se recurrirá a los trabajadores migrantes, que serán los menos afortunados de los desafortunados. Los trabajadores migrantes serán empujados a las peores condiciones de trabajo y de vida. Así, los mejores momentos de la cosecha serán al mismo tiempo los paisajes más intensos en desigualdad. Curiosamente, más adelante, estos insoportables capítulos de la realidad serán poetizados en distintas manifestaciones, incluso utilizados como ilustraciones de los modernos billetes, quizá porque ese es el origen del dinero.

En algunos paisajes productivos rurales, la pequeña y mediana producción se combinará con la gran plantación. Ambas, dirán los estudiosos del tema, se complementarán, pues la pequeña producción suplirá necesidades básicas de supervivencia, en tanto que la producción capitalista rural suplirá a la población trabajadora de la escasa moneda para satisfacer necesidades que sólo con

dinero se pueden remediar en los nuevos contextos: vestimenta, algunos bienes de consumo inmediato industrializado, entre otras. El paisaje de la pequeña producción campesina será contrastante con el de gran plantación. El primer paisaje será más variado, con sus diferentes productos dirigidos hacia la alimentación; la plantación productiva de la pequeña producción será más arborizada y diversa, a veces hasta relativamente azarosa, sinuosa o, para algunos, barroca. A la gran producción capitalista rural se le notará de inmediato su afán acumulativo. En la pequeña producción se puede combinar este deseo de sobrevivir económicamente con los propósitos alimenticios y hasta estéticos. Algunos de los paisajes indígenas continuarán siendo increíblemente exuberantes en combinación con intereses comerciales. Las pequeñas o medianas fincas se estructurarán en convivencia con inmensos árboles y estratos vegetativos de distintos tamaños y propósitos. Será este el espacio de la combinación entre mercado y cultura, combinación que da lugar a sus paisajes imposibles de reproducir, pues son la expresión de la materia, de la naturaleza, con leyes muy propias de su circunstancia social.

El paisaje urbano reproducirá, a su manera, la desigualdad social persistente. Por un lado, vivirán los excluidos en los barrios populosos con servicios e infraestructuras de malas calidades y apariencias y, por otro lado, vivirán otras clases. En los países de relativa suerte económica y social, se estructurarán barrios de clase media, mientras que en otros países las ciudades se mostrarán con fuertes polarizaciones, pero con el crecimiento económico y poblacional el espacio urbano se constituirá en un bien escaso y todas las clases se estrujarán entre sí. Las clases bajas al expandirse, ya sea por crecimiento demográfico o por el hecho de recibir migrantes del campo o de otros países, deberán buscar nuevos lugares de asentamiento. Estos lugares de expansión urbana pueden ser cordones de amortiguamiento natural o incluso espacios agrícolas que se adecuan para vivir; en otros casos, se pueden tomar por mano propia espacios geográficamente vulnerables, como pueden ser márgenes de ríos, lagos, orillas de precipicios o pies de empinadas montañas, prácticamente todos los recovecos

de las recargadas ciudades serán puestos en uso. Mucha de la población urbana excluida mostrará paisajísticamente su exclusión pues será la que se atreverá a colonizar los espacios del riesgo. Las clases medias se autoaislarán colocando rejas y retenes a sus otrora coquetos barrios residenciales. Las clases altas abandonarán sus espacios urbanos originales y se superaislarán mediante residenciales amurallados y muy vigilados, o bien, se recluirán en elegantes torres; algunas de las cuales mirarán dignamente hacia el mar o hacia las montañas, si es que éstas han logrado sobrevivir; cuando el paisaje no sea presentable, entonces se le dará la espalda desde esas torres.

El paisaje urbano de la desigualdad a veces no es claramente visible en sus contrastes. Cuando sus habitantes son muy endogámicos espacialmente, tenderán al autoengaño, pensando que toda la realidad es su realidad inmediata. Los escasos pobladores de las clases altas, de ciudades inseguras, tenderán al autoencerramiento, ya sea en sus casas hipervigiladas o en los escasos espacios abiertos de servicios y compras, tales como centros comerciales, hospitales de clase alta, clubes, etc. Los habitantes de barrios de clases bajas estarán relativamente menos aislados, pues hay más espacio urbano para la exclusión que para la inclusión social, pero también los habitantes de espacios de exclusión estarán aislados, pues la libre movilidad urbana va quedando como una libertad del pasado. Los habitantes de la exclusión ni siquiera podrán moverse con tranquilidad en los espacios de clase media, pues se arriesgarán a las miradas inquisidoras de los guardianes locales y de los habitantes más nerviosos de esos barrios; no podrán moverse mucho, menos en los barrios de la clase alta, cada vez más amurallados. El poblador de clase baja quizá es más consciente que los de clase alta respecto a la segregación urbana, porque sabe dónde entrar y dónde no puede entrar. El poblador de clase alta no está interesado en entrar a los paisajes de mal gusto, pero el precio de tal autoexclusión será el de persistir en la inconsciencia, precio que pagará con mucho gusto.

El habitante de clase alta, sin embargo, tendrá una visión panorámica de sus espacios urbanos, sea cuando vuela o desde

sus ventanas, en caso de vivir en una torre de apartamentos o en conjuntos residenciales con mirada panorámica hacia la ciudad; cuando se vuela de día o cuando se mira el paisaje urbano desde las alturas de los apartamentos y de residencias en partes altas del entorno urbano, puede suceder que realidades “desagradables” salten a la vista. El remedio a esto puede ser cerrar las ventanas o taparlas con persianas o cortinas. Una imagen extensamente deteriorada de la ciudad, esto es, grandes espacios de exclusión, barrancos, zonas de riesgo, ríos contaminados y demás, puede causar estupor, pero quizá también una suerte de morbosidad urbana, que sería algo así como disfrutar de la suerte que le ha tocado vivir y constatarla pero desde puntos de visión seguros, como lo puede ser un avión muy grande, ojalá en primera clase para, si la pena moral es un tanto más lacerante, aliviarla con un *whisky* o varios. En los edificios altos de apartamentos habría un abanico más amplio de evasiones visuales: las cortinas, la computadora, toda suerte de cada vez más sofisticados aparatos electrónicos y, por supuesto, también los narcóticos; y es que el alcohol y las drogas pueden ayudar a ver el paisaje urbano de manera más aliviada. Pensándolo bien, ahí puede estar uno de los resortes de mercado más poderosos en materia de venta de toda suerte de evasores de conciencia de paisajes urbanos degradados.

Hay otro alivio importante que son los paisajes nocturnos urbanos, pues la noche funciona como una especie de estética homogeneizadora. Con la oscuridad lo que sobresale son las luces y éstas son relativamente más uniformes; ciertas partes quebradas de la ciudad donde no hay construcciones, frecuentemente las partes más degradadas de la ciudad, pueden aparecer desde lo alto como hoyos negros, lo que puede dar cierto encanto a la composición en su conjunto; cuando los servicios de una ciudad muestran algún desarrollo, entonces las arterias viales, con sus ramificaciones y luces y sus vehículos vistos desde las alturas, pueden tener un efecto visual democratizante.

Curiosamente, este mismo efecto de las imágenes urbanas nocturnas puede ser logrado desde los barrios de la periferia

excluida; en barrios emplazados en algunas colinas y montañas que rodean ciertas metrópolis, el resto de la ciudad, a la distancia, puede adquirir algunos ribetes de poética plasticidad.

El paisaje nocturno a la distancia une a unos y a otros, une a las clases en disputa, pero lamentablemente serán paisajes muy ilusorios, pues la noche sólo les ha disfrazado poéticamente, mientras que la realidad va a continuar manifestándose ruda y persistente. Desgraciadamente, por ejemplo, la mayor parte de los crímenes serán manifestaciones nocturnas, serán las horas de la policía por excelencia, de las sirenas de las patrullas y ambulancias; la desigualdad social y la miseria vengándose en las noches, arañándole ciega y violentamente lo que la vida social le ha provocado de día. Muchos de quienes delinquen serán inconscientes vengadores de un orden social injusto.

La violencia y la criminalidad, en sus más variadas manifestaciones –delitos contra el patrimonio–, esto es, toda suerte de hurtos, violencia doméstica, violencia vecinal, a veces por cualquier cosa, por ejemplo, alguien a quien no le gustó cómo se le dijo algo en el bar de la esquina, pueden desembocar en los más espantosos crímenes, terroríficas violaciones y asesinatos de niñas, niños y mujeres que hacen parecer a los hombres como seres monstruosos que jamás se pueden querer, amar, acariciar, etc., terrible decadencia de la vida sexual y afectiva. Las inimaginables, algunas sofisticadas y otras descarnadas, manifestaciones de la violencia provocada por drogas, ya sea por búsqueda de mercados, venganzas por traiciones y demás.

Pero es evidente que estas formas de violencia muy publicitadas, y para todos los gustos de morbos hambrientos, tendrá numerosos y extendidos vasos comunicantes con los escenarios menos visibles de la desigualdad y la exclusión. Cada historia de violencia tendrá como trasfondo una historia de violencia estructural, de paisaje degradado, que se va haciendo carne y psicología de los a veces inconscientes actores de la violencia.

Paisajes imaginados...

Los paisajes imaginados serán las construcciones intelectuales, científicas y artísticas que hablan de los paisajes aquí esbozados, sea como espacios geográficos propiamente dichos o en combinación con panoramas sociales, culturales y hasta científicos. Estos paisajes imaginados corrientemente serán producto de las ideologías. Serán los relatos de los productores intelectuales con más poder, encargados de legitimar un orden imaginario a imagen de los órdenes económicos y sociales sobre los que se asientan. La mitología es abundante en estos terrenos. Economías desiguales se disfrazan con el tema del crecimiento económico; la segregación urbana se evade con el tema de los planes reguladores, que normalmente no hacen más que profundizar viejas desigualdades urbanas. Las diferencias de clases se soslayan con las cifras oficiales de pobreza, pues el concepto de pobreza es muy complaciente con los no pobres, pues éstos son pobres en razón de que sencillamente así son, no por las relaciones que establecen con los no pobres. Igualmente, el aporte de las etnias oprimidas (indígenas, negros, chinos) a menudo es olvidada por los pensadores prominentes de los paisajes imaginados.

El hiperproductivismo y el cambio climático

A medida que las tecnologías productivas y el consumo han continuado incrementándose, los impactos en la naturaleza han sido más contundentes. Ni los socialismos del siglo XX, ni mucho menos los del XXI, encararon o han encarado adecuadamente el tema de la naturaleza, pues éstos se enfocaron en el tema productivo y en la distribución. Obviamente, no son estos problemas para desdeñar, pero probablemente la falta de democracia popular, que fue la tónica de estos discutibles intentos de socialismos, también les afectó en el orden de la aplicación de políticas productivas y de consumo, más equilibradas ambientalmente. Quizá también les afectó su casi homogéneo desprecio por el campesinado, donde a lo mejor hubieran encontrado un actor (o, más exactamente,

un sector de clase) con mayor potencialidad socioambientalista. Con esto no se quiere desprestigiar el ideal socialista, sino lo que hasta el momento han sido sus prácticas, pues se supondría que una sociedad planificada democráticamente, y desenfocando el tema de la ganancia, tendría mejores posibilidades de equilibrarse sicionaturalmente.

Los impactos ambientales de las carreras productivistas se han salido progresivamente del control social local y nacional. Con los talleres artesanales y los pequeños poblados, las repercusiones son de orden local, es decir, pueden encontrarse probables soluciones. Con el crecimiento productivo los impactos son regionales y nacionales. En el marco de la globalización, de la producción y el consumo, se da mediante complejas redes internacionales; asimismo, los impactos ambientales son mundiales, al igual que sus probables soluciones en caso de que las hubiera.

Con los primeros pasos de la industrialización, los impactos paisajísticos del desarrollo económico son inmediatamente visibles, incluso en los espacios locales. En cambio, con la hiperproducción y el hiperconsumo globalizado, sus repercusiones físicas sólo son perceptibles mediante aparatos científicos, sistemas de información geográfica satelital, por ejemplo. El ojo humano sólo se percibirá de sus consecuencias mediante el desorden climático: las sequías, inundaciones, huracanes, entre otras consecuencias; obviamente, no sólo el ojo captará las consecuencias de los cambios climáticos, sino todos los órganos y sentidos del cuerpo. Asimismo, las percepciones ambientales no serán sólo materia de la vivencia individual, sino que concitará la preocupación de millones de seres humanos, quienes, dependiendo de las envergaduras de los efectos climáticos, sobre todo los adversos, darán seguimiento a los poderosos impactos de la naturaleza. Ni el consuelo kantiano en la supremacía del espíritu aliviará el terror ante una naturaleza desatada, pues no habrá prácticamente lugar en que nos sintamos completamente a salvo.

Con los colosales fenómenos naturales de gran potencia destructiva –por ejemplo, un terremoto, que se devuelve a las costas como tsunami, un huracán de tremenda fuerza tan descontrolada

que a su paso provoca cambios en los paisajes de las costas por el elevamiento del nivel del mar que trastoca el orden natural vigente o las indetenibles crecidas de los ríos— hay quienes no tienen la suerte de ver los acontecimientos por la televisión, sino que no tienen más remedio que vivirlos en carne propia, porque prácticamente no hay manera de hacer nada. Lo único que sí se puede hacer es ponerse a salvo lo más rápido posible y a como dé lugar. La naturaleza desatada es como la materia primitiva que vuelve a tomar su lugar de supremacía indiscutible, materia rehaciéndose en sus movimientos indomables; en cambio, la ilusión de la superioridad humana con su cerebro y su razón, una quimera. Lo siniestramente paradójico es que ha sido la razón, la eficiente impulsora de un aceleramiento destructivo de las fuerzas de la naturaleza y con ello de la destrucción de la propia humanidad.

El orden social imperante, esto es, las relaciones de producción basadas en la propiedad y en la ganancia, desata fuerzas destructivas de la propia fuerza laboral, a través de la decadencia, la enfermedad y las guerras, pero también acelera su destrucción en cuanto naturaleza, en ese sentido, autodestructiva.

De acuerdo con Joan Buades,¹ en América Latina las temperaturas medias aumentaron 1 °C durante el último siglo. Igualmente, según él, hoy en día nadie discute que ha habido un incremento del nivel del mar sostenido de 2-3 mm desde 1980. Es palpable, además, un cambio en el comportamiento de las precipitaciones y los fenómenos meteorológicos extremos, que son cada vez más frecuentes. Concretamente, la afectación en pérdida de biodiversidad, desertificación y aumento de la vulnerabilidad a fenómenos meteorológicos extremos será muy importante en toda la zona centroamericana y caribeña (Buades, 2010: 3; De la Torre, Fajnzylber y Nash, 2009; OMM y PNUMA, 2007).

¹ Joan Buades es un investigador y escritor especializado en la temática de la globalización, ambiente, turismo e interculturalidad. Forma parte del Grupo de Investigación sobre Sostenibilidad y Territorio del Departamento de Ciencias de la Tierra de la Universidad de Islas Baleares.

Frente a esta situación, que es muy problemática en el presente y demasiado preocupante hacia el futuro, los países agrupados en el CARICOM (organización caribeña que reúne a 15 Estados de pleno derecho y cinco territorios asociados, así como siete Estados más observadores, como México y Colombia), sostienen que “los impactos previstos del cambio climático global se espera que sean devastadores”. Constituida esta organización por una red de Estados insulares situados en un nivel sobre el mar muy bajo, forma parte de la Alianza de Pequeñas Islas en Desarrollo (AOSIS), particularmente amenazadas por este riesgo. Por ello, su posición en la fallida cumbre de Copenhague (realizada en diciembre de 2009) se basaba en que el umbral de incremento de 2°C para 2050 era inaceptable porque significaba, nada menos, el certificado de muerte de estas islas (Buades, 2010: 5; Caribbean Community Climate Change Center [CCCCC], 2009).

El propio Banco Mundial ha venido estudiando el impacto global que puede implicar el incremento de la temperatura a nivel del mar en la formación y exacerbamiento del número de huracanes. Por cada 0.6°C de aumento de la temperatura del mar en superficie, habría un incremento de 6% en la intensidad de los huracanes. Las estimaciones sobre pérdidas será 10 veces superior en el Golfo de México, cuatro en el Caribe y tres en Centroamérica en el periodo 2020-2025 respecto a 1979-2006. La subregión más afectada sería el Caribe, con un coste acumulado en huracanes equivalente a 50% del PIB entre 2020 y 2025 (10% en México y 6% en Centroamérica) (*Ibid.*: 6).

Las injustas paradojas de la contemporaneidad, por otra parte, indican que Centroamérica y el Caribe son los “menos responsables” del cambio climático, pero son las regiones más afectadas. Centroamérica sería responsable de menos de 0.5% de las emisiones mundiales totales de CO₂, los Estados de CARICOM aportarían sólo 0.33%. Es decir, la región soportaría un estrés de temperaturas muy superior a su contribución real al deterioro causado localmente, constituyendo un ejemplo contundente de la llamada injusticia climática global. Para el caso de Costa Rica, por ejemplo, la emisión per cápita llegaba en

2004 a 1.5 toneladas de CO₂, mientras que en Estados Unidos era casi 14 veces más alta. Parece, entonces, que la cantidad de emisión de CO₂ está en correspondencia muy directa con el desarrollo económico. Más lamentable aún, parece que es una ley inexorable del desarrollo económico vigente, es decir, que la potencialidad económica va de la mano de una destrucción sin parangón de la naturaleza.

Si ya la destrucción del paisaje geográfico producto de fenómenos naturales es dramática, el paisaje social de la destrucción lo es más aún. No hay que ser un observador muy sagaz de la realidad social como para registrar que cada crecida de los ríos, producto de la cantidad de agua o de la atrofia de las alcantarillas, tiene como frecuentes protagonistas millones de rostros campesinos y populares. Las vulnerabilidades sociales en que se incrustan los desórdenes climáticos se magnifican e intensifican en contextos de estrés climático global. Igual sucede con las sequías, pues son esos mismos rostros los más afectados por la falta de alimentos y la muerte de los animales.

La reproducción de la exclusión socioclimática, para llamarla de algún modo, reproduce de manera ampliada las viejas dependencias de los países latinoamericanos. Primero, es la dependencia que se establece entre los países centrales y los países periféricos o subdesarrollados. Entre los primeros países y los segundos se establecen relaciones de dominación por medio de la extracción de los recursos naturales y la fuerza de trabajo locales; así rezaba la teoría de la dependencia. Ahora, en términos globales, a los países centrales, debido a su carrera productivista, que no es más que continuidad de las viejas relaciones del pasado, se les agregan las máximas emisiones hacia la atmósfera de CO₂, mas son esos mismos países periféricos los que llevan las consecuencias más fuertes del daño atmosférico. Injusticia climática le llaman algunos, pero también se le puede llamar teoría de la dependencia ambientalmente ampliada.

En segundo lugar, las relaciones asimétricas que se establecen entre países centrales y periféricos son las mismas que se reproducen al interior de estos países pobres pues, en los países

subdesarrollados se establece una estructura de clases polarizada, donde las élites locales son las portadoras del orden de dominación capitalista global, sosteniéndole al interior de cada uno de los países. La explotación y la dominación que se dan de unas clases sobre otras tienen su correlato paisajístico, tal y como antes lo vimos, pues los excluidos locales deberán ubicarse en los sitios de mayor riesgo y vulnerabilidad. Cuando ocurren los desastres ambientales quedará al descubierto la desnudez de la organización urbana y rural donde se vive. A las subordinaciones previas se le agregarán los azotes naturales, la injusticia climática global tendrá sus expresiones locales en rostros populares, que son los menos responsables de los responsables, pues sus emisiones de gases efecto invernadero serán los de menor impacto.

Los paisajes del cambio climático son, por utilizar una imagen bíblica, los del juicio final, son las destrucciones de los huracanes, las marejadas que de un plumazo borran los entornos costeros, las sequías desertificantes. Horriblemente son paisajes como de la resurrección de los muertos, por las víctimas de toda esta violencia ambiental.

¿Es tarde para redimir los paisajes?

He partido de la belleza artística y su relación con el paisaje; los paisajes del arte son bellos, hay que decirlo con todas las palabras, pero el paisaje es materia que se transforma. Sobre la materia en movimiento aparecieron los paisajes más hermosos: el agua, la tierra, la vida y en particular la vida humana, con sus grandezas y bajezas. He particularizado en la realidad latinoamericana y he hablado de sus increíblemente bellos paisajes, de su extraordinaria diversidad y de su exuberante biodiversidad. Incluso, los paisajes productivos tienen sus encantos y no son del todo criticables; hay aspectos que se pueden rescatar de las grandes plantaciones, de las minas y del desarrollo industrial. Las ciudades latinoamericanas, por feas que sean, no lo son del todo. Sobre todo para los habitantes de estas urbes, al ser sus ciudades, son su vida, su ser, su sentimiento, para algunos ojos externos quizá sean lugares feos, para el que las vive, tendrán sus cosas rescatables, hermosas.

He hablado de las cosas feas del paisaje o al menos criticables: los paisajes degradados de la producción y la contaminación. He criticado lo que quizá constituye el mayor espacio que le he dedicado en este texto: el desolado paisaje de la desigualdad y la exclusión con sus correlatos de segregación urbana y de violencia. Finalmente, he terminado con el juicio final del cambio climático, esto es, la naturaleza desbocada por culpa de la propia humanidad que se decía era su máxima creación.

La composición en su conjunto, el paisaje que he dibujado es, ciertamente, terrorífico. Lo es desde el propio paisaje y en particular del paisaje social con el cambio climático como trasfondo. Pero no quiero terminar absolutamente con un cataclismo. Si bien no niego nada de lo dicho, también es cierto que todavía hay paisajes bellos, hermosos paisajes de la naturaleza para sí y hermosos paisajes sociales. Esto no es contradecirse, sino ejercer, en lo posible, el pensamiento dialéctico. Pues nada es absolutamente bello, ni nada es absolutamente feo.

Lo que probablemente sí es cierto es que, si no se frena la desigualdad social, el productivismo sin límites del capitalismo desenfrenado, los paisajes continuarán degradándose de manera siniestra en el marco del envenenamiento atmosférico.

La posibilidad de rescatar y hasta de redimir los paisajes está en la propia humanidad, concretamente, en cada sujeto y en la alianza de aquellos interesados en luchar contra la desigualdad social, climática y ambiental en general. Un paisaje degradado socialmente tiene sus correlatos geográficos como paisajes en descomposición. Una sociedad liberada de la desigualdad tiene mejores posibilidades de planificar sociológicamente, incluso artísticamente, los paisajes que le serían dignos a una humanidad mejorada.

Ese individuo probablemente no sería único, pongamos el caso de la clase obrera, sujeto popular llamado a jugar un papel muy importante: reivindicar el paisaje.

Referencias

- Alimonda, Héctor (comp.) (2006). *Los tormentos de la materia. Aportes para una ecología política latinoamericana*. Buenos Aires: CLACSO.
- Buades, Joan (2010). "Alerta climática, quimera turística y placebo REED, en el Caribe, Centroamérica y México". Ponencia, presentada en *Segundo Seminario sobre Turismo y Desarrollo en Centroamérica, México y el Caribe*, organizado por el Grupo de Investigación en Sostenibilidad y Territorio (GIST) de la Universidad de las Islas Baleares, ALBA SUD y Fundación PRISMA, Santo Domingo.
- Caribbean Community Climate Change Center (CCCCC) (2009). *Climate Change and the Caribbean. A Regional Framework for Achieving Development Resilient to Climate Change (2010-2015)*. Georgetown: Caricom.
- Cordero Ulate, Allen (1999). La interesada imaginación artística. *Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica*. (San José) Vol. XXXVII, núm. 91.
- De la Torre, A., Fajnzylber, P., y Nash, J. (2009). *Low Carbon, High Growth: Latin American Responses to Climate Change. An Overview*. Washington: World Bank.
- Hegel, G. W. F. (1983 [1842]). *Estética*. VIII tomos. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Kant, Immanuel (1977). *Crítica del juicio*. México: Espasa-Calpe Mexicana.
- OMM y PNUMA (2007), IPCC (2007). "Resumen para responsables de Políticas". En M. Parry, O. Canziani, J. Palutikof, P. V. Linden y C. Hanson, *Cambio climático 2007: impactos y vulnerabilidad. Contribución del grupo de trabajo II al Cuarto Informe de Evaluación del IPCC*. Cambridge: Cambridge University Press.

El proceso de dominación capitalista: la configuración de paisajes turísticos en el ámbito rural

*Erika Cruz Coria**
*Lilia Zizumbo Villarreal***

Introducción

Hace algunas décadas el ámbito rural era concebido única y exclusivamente como un mero productor agrícola, como receptáculo de una economía de tipo agrario que cobró un papel preponderante en el desarrollo de países subdesarrollados, porque la explotación de sus recursos naturales locales aseguraba una inserción exitosa a los nuevos mercados mundiales a través de las exportaciones.

No obstante, las políticas económicas y de reestructuración puestas en marcha por el modelo neoliberal se han centrado en los requerimientos de los mercados internacionales, estableciendo con ello una tendencia a debilitar la pequeña agricultura campesina y, en general, las actividades primarias. Los espacios rurales comenzaron a ser vistos como factores residuales de la economía global, en la

* Doctora en Ciencias Ambientales. Profesora-Investigadora de la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo. Correo electrónico: <ecoria84@hotmail.com>.

** Doctora en Sociología. Profesora-Investigadora de la Universidad Autónoma del Estado de México. Correo electrónico: <lzv04@yahoo.com>.

cual ya no tenían cabida por ser considerados ineficientes y poco competitivos (Appendini, 1985).

El presente trabajo tiene como propósito reflexionar sobre fuerzas motoras responsables de las transformaciones en el paisaje rural en su transitar hacia la prestación de servicios turísticos. Este capítulo pretende dar cuenta de los cursos tendenciales emprendidos por la clase capitalista al entablar un proceso de inserción en el ámbito rural a través de la actividad turística.

La inserción de capital en el espacio rural ha puesto en marcha un proceso que tiene por objetivo la erradicación de las formas y relaciones previas existentes, para sustituirlas por sus propias formas y relaciones de producción. Dicho en palabras de Quijano, se trata de un “proceso de reorganización capitalístico de modos de producción precapitalistas” (1970: 28), en el que las actividades económicas, las relaciones sociales, así como las prácticas culturales son desarticuladas y sustituidas por estructuras productivas integradas con fragmentos estructurales precapitalistas y capitalistas.

El sistema de producción capitalista se ha encargado de eliminar aquellas barreras espaciales, económicas y socioculturales impuestas por formaciones sociales anteriores, o de, en su defecto, sobreponer al espacio y el paisaje construido en otros tiempos, bajo otras relaciones sociales y bajo otras condiciones técnico-científicas, el “edificio espacio-temporal capitalista”. Lo anterior lleva implícita la construcción de nuevas infraestructuras, espacios de relación, una organización espacial acorde con sus necesidades, una distribución funcional adaptada a la división del trabajo, percepciones distintas del espacio, nuevos hábitos y prácticas, que en general tienen como resultado la producción de un espacio y la configuración de un paisaje que es favorable al proceso de acumulación y al ciclo de realización del capital (Romero y Ortega, 2007).

Tras la menor importancia de la agricultura, el Estado, junto con la clase capitalista, ha puesto en marcha ciertas dinámicas de dominación sobre el ámbito rural. La finalidad es reintegrarlo a la

esfera de la producción, pero esta vez a través de actividades no agrarias; es decir, mediante el impulso de otras relacionadas con la segunda residencia, sitios turísticos, parques y zonas de desarrollo, desarrollos empresariales, entre otras, actividades que han desencadenado cambios significativos en los patrones culturales y de vida rural (Llambí, 2004; Appendini, 1985).

Como producto de un largo proceso de análisis, se han identificado tres dinámicas de dominación capitalista sobre el espacio rural: la penetración del capital en el espacio, la subsunción de éste al capital y, finalmente, la dinámica de apropiación capitalista. Se considera que son éstas las que a lo largo del proceso de dominación capitalista han protagonizado las transformaciones del espacio y, por consiguiente, han dado lugar a la configuración de un paisaje que responde más a un paisaje urbanizado que a uno propiamente rural.

El término de dinámicas permite dar cuenta de las acciones que la clase capitalista ha puesto en marcha, en este caso, sobre el espacio y sus recursos naturales, con la finalidad de adquirir su control, adecuarlos a sus propios intereses y vincularlos a la economía global. Se trata entonces de la selección de aquellas dinámicas que revelan cursos tendenciales del dominio capitalista, por lo que permiten, con una mayor capacidad explicativa, los cambios y permanencias en la morfología del paisaje.

La dominación del capital sobre el espacio rural

La penetración del capital en el espacio rural

El proceso de producción entendido como “el proceso social mediante el cual el trabajador, actuando sobre el objeto de su trabajo (la materia prima) con ayuda de los medios de producción obtiene un producto determinado” (Castells, 2008: 158) es la categoría central que permite explicar las formas paisajísticas producidas en el espacio rural al ser penetrado por capital.

En el primer volumen de *El capital*, Marx lo describe como el proceso de reproducción de las relaciones entre el trabajo y el capital,

proceso que lleva implícita la relación social con la naturaleza, por lo que su análisis puede extenderse a la comprensión del proceso de conformación de una naturaleza hecha por el hombre, es decir, de la naturaleza humanizada (Marx, 2000). A partir de esta categoría es posible explicar la configuración del paisaje como producto de las transformaciones que la penetración de la clase capitalista ha producido sobre aquellos elementos del proceso de producción –sobre las fuerzas de producción y las relaciones de producción–. De acuerdo con Massey, “[...] la estructura espacial de la economía y las relaciones sociales de producción desarrollan necesariamente una variedad de formas de espacialidad; como procesos de reproducción material, van adquiriendo cierta espacialidad¹ que dan lugar, en este caso, a la configuración de un paisaje tendiente a facilitar la acumulación de capital en el ámbito rural” (1995: 66).

Dicho lo anterior, pensemos en la penetración del capital sobre el espacio como aquella dinámica en la cual ciertas actividades económicas, bajo el modo de producción capitalista, se van colocando como dominantes en los espacios donde predominaban procesos de producción tradicionales, esto con la intención de producir “mercancías preñadas de valor”. De acuerdo con Martínez (1990), se trata de un proceso en el que el capital tiene como fin la destrucción, en cualquier parte del globo terrestre, de las formas y relaciones de producción previas para sustituirlas por sus propias formas y relaciones de producción.

Para Quijano, se trata de un “proceso de reorganización capitalístico de modos de producción precapitalistas” (1970: 28), en el que estos últimos son desarticulados y sustituidos por

¹ De acuerdo con Hartmann, la espacialidad “es el momento categorial fundamental de todo lo corpóreo real” (1986: 114); comprende la forma, extensión, posición, distancia, dirección, extensión, etc., que adoptan los fenómenos, en este caso sociales, sobre el espacio. No hay que entender el espacio como un recipiente; los fenómenos sociales no están en el espacio como si se les pudiera sacar y meter de él, porque el espacio no es meramente acogedor sino constitutivo de estos fenómenos.

estructuras productivas integradas con fragmentos estructurales precapitalistas y capitalistas. Enfocando lo anterior al ámbito rural, se trata entonces de la inserción del capital sobre los procesos de producción preexistentes o de la implementación de nuevas actividades productivas, lo cual se manifiesta, primeramente, en una transformación de las fuerzas productivas a través de la introducción de nuevos instrumentos y sistemas de producción, entre otros (Bambirra, 1992).

A cada época socioeconómica corresponden nuevos instrumentos de producción, dominan ciertos objetos de producción y predomina cierta forma en la que el hombre ejerce su fuerza de trabajo, es decir, existen nuevas y diferentes fuerzas productivas. Durante los bajos estadios de la producción rural, los recursos que se buscaban y que eran indispensables comprendían sólo una gama limitada y relativamente fácil de obtener, ya que las necesidades eran pequeñas, el número de personas relativamente reducido y los medios de producción pobres y rudimentarios.

Con la penetración de la clase capitalista en el proceso de producción, el crecimiento de las fuerzas productivas en lo rural ha sido gradual e incesante, como lo fueron el aumento de las necesidades por satisfacer y la forma de utilizar los recursos, al mismo tiempo que cambiaron y crecieron tanto la variedad de recursos potenciales como los métodos y la técnica para explotarlos (Sánchez, 1991).

Las transformaciones “modernizadoras” del capital se manifiestan, mediante cambios tecnológicos, sobre los medios de producción² con la finalidad de aumentar su capacidad de capitalización. La reproducción del capital sobre distintos espacios rurales depende en gran medida de la técnica y la tecnología que éste introduzca en el proceso de producción; de esto también dependen las características de explotación y las formas paisajís-

² En sentido estricto, los medios de producción están conformados por “[...] las cosas o conjunto de cosas que el trabajador interpone directamente entre él y el objeto sobre el cual trabaja (materia bruta o prima)” (Harnecker, 2007: 35).

ticas que va adquiriendo dicho espacio. De acuerdo con Bellamy (2000), la relación hombre-naturaleza está mediatizada no sólo a través de la producción, sino también y más directamente por medio de las herramientas que han permitido a la humanidad transformar la naturaleza de modo universal.

La dinámica de penetración del capital también viene acompañada por una generalización de las relaciones capitalistas de producción en los sectores clave de las economías. Las relaciones de producción capitalista pasan a ser predominantes a través de la separación de los propietarios privados de sus medios de producción, compra de fuerza de trabajo, mediante el pago del salario, así como por la formación de un mercado libre de trabajo (Bambirra, 1992). Lo anterior permite que el capitalismo pase a ser la forma de producción dominante, aunque cabe destacar que no se eliminan completamente los procesos de producción precapitalistas o semicapitalistas, pues éstos contribuyen a la reproducción de dicho sistema sobre el espacio. De acuerdo con Quijano:

[...] el modo de producción capitalista no fue nunca trasladado de manera completa, sistemática y homogénea a las regiones y países sometidos a la dominación. Por el contrario, ocurrió y sigue ocurriendo que las previas estructuras productivas fueron reorganizadas en función de las necesidades de los dominantes del sistema, por nuevas formas de utilización de instituciones económicas precapitalistas al servicio del capitalismo, y por la penetración de fragmentos estructurales del modo de producción capitalista en cada una de las etapas y con cada una de las modalidades que a ellas correspondían (1970: 28).

El proceso de producción establece la relación entre la sociedad, el espacio y la configuración del paisaje como un proceso dialéctico en el que ciertos sectores de la primera se enfrentan a la naturaleza, para apoderarse de los materiales que en ella se encuentran, con la finalidad de utilizarlos bajo una forma útil para la acumulación de capital (Marx, 2000). Las transformaciones producidas por el

capital sobre el espacio permiten comprender la forma como la sociedad transforma sus condiciones naturales para la creación de valores uso, que en este caso se trata del paisaje como un elemento que tiende a facilitar la reproducción del capital en el espacio, tal es el caso de la actividad turística.

Cuando el capitalismo comienza a penetrar en los procesos de producción existentes en el espacio rural se gestan nuevas formas de relación transformadora de la naturaleza por el ser humano (Leff, 2007): el espacio rural entra en un proceso de reconversión productiva, de reorganización espacial y, por supuesto, en un cambio en la lógica de producción; es decir, de la sobrevivencia y la reproducción de la comunidad al lucro. Si en un comienzo el espacio interesaba como proveedor de bienes de subsistencia, individuales y comunitarios, es decir, como proveedor de valores de uso, ahora éste interesa como productor de valores de cambio.³

La reconversión económica que ha experimentado el espacio rural y, por consiguiente, los paisajes configurados es, en parte, producto de la penetración del capital sobre la organización económica y social de la producción agropecuaria. Al desarrollarse la tecnología agrícola se excluyen las formas productivas tradicionales, el espacio rural comienza la transición hacia su refuncionalización económica que sirva a la nueva dinámica del capital. En este contexto de pérdida de la tradicional vocación productiva emergen nuevas funciones o nuevos usos emergentes (Cammarata, 2006) –por ejemplo, se ha convertido en el espacio por excelencia para el desarrollo del ocio–, y con ello la configuración de nuevos paisajes que va aludiendo más a lo urbano que a lo propiamente rural.

³ Al respecto, Marx señala: “Como creador de valores de uso, es decir como trabajo útil, el trabajo es, por tanto, condición de vida del hombre, y condición independiente de todas las formas de sociedad, una necesidad perenne y natural sin la que no se concebiría el intercambio orgánico entre el hombre y la naturaleza ni, por consiguiente, la vida humana [...] En su producción, el hombre sólo puede proceder como procede la misma naturaleza, es decir, haciendo que la materia cambie de forma” (2000: 10).

La naturaleza construida: la subsunción del espacio rural al capital

Al tiempo que el espacio rural va siendo penetrado por el capital, en éste también se va produciendo una dinámica de subsunción. Si dentro de la teoría marxista tradicional se instituye el concepto de subsunción real del trabajo al capital (Marx, 2005), desde allí se puede proyectar la naturaleza y la sociedad subordinadas a las necesidades del mismo. Según Scaron (citado por Marx, 2005), el término “subsunción” traduce el sustantivo “subsumtion”, que significa tanto subordinación como inclusión.

La dinámica de subsunción del espacio al capital es, por un lado, el proceso mediante el cual, a través del proceso de producción, el hombre va añadiendo una serie de valores al espacio, enfocados a facilitar el proceso de producción capitalista. La valorización del espacio se refiere “al conjunto de las condiciones espaciales universales de reproducción de los modos de producción [...]” (Robert y Messias, 2009: 107), lo anterior puede ser interpretado como la creación de las condiciones para el desarrollo de determinadas actividades productivas que están dentro de la lógica de producción capitalista o aquellas que son útiles al propio capital; el espacio mismo en su dimensión material se convierte en parte de esas condiciones, pues también es objeto del consumo capitalista bajo una forma improductiva.

Bajo esta dinámica, el capitalismo se vuelve simultáneamente extensivo e intensivo sobre el espacio debido a la creación de valores o a la acumulación de trabajo sobre el mismo (carreteras, edificios, construcciones duraderas, modificaciones en general); aunque el espacio ya posee cualidades intrínsecas, éstas sólo interesarán al capital en cuanto particularizadoras de la valorización (Altvater, 2006).

De acuerdo con Altvater (2006), la dinámica de subsunción del espacio puede ser entendida no sólo como un proceso de conquista territorial sino también como un proceso que consiste en descubrir, incursionar e integrar espacios inusitados en el sistema capitalista de producción de valor, tal y como lo está

haciendo actualmente el turismo; ejemplo de ello son los cascos polares, las zonas de jungla más remotas, el espacio exterior, etc., que están siendo integrados al capital a través de dicha actividad económica. En este sentido, puede afirmarse que el capitalismo es un sistema expansionista donde la naturaleza “humanizada” puede ser considerada como materia prima para la producción de valor y plusvalía.

Durante la dinámica de subsunción del espacio al capital, se va gestando sobre la “primera naturaleza” un proceso de modificación y/o transformación de los elementos que la conforman; desde que se intensifica este proceso es cada vez más difícil hablar de espacios sociales (en su acepción natural) menos modificados: la retirada creciente de las coberturas forestales, la canalización de los ríos, la pavimentación de los suelos, la construcción de carreteras y en sí la propia urbanización son signos inequívocos de la valorización y mercantilización del espacio por parte del capital (Robert y Messias, 2009). Aparentemente, algunos espacios que representan excepciones para el capitalismo son las reservas naturales que están bajo tutela del Estado,⁴ y se dice aparentemente porque tarde o temprano también son acaparadas de manera cautelosa por el capital.

Bajo esta forma de valorización capitalista del espacio se va conformando lo que Marx (2005) denominó como la “segunda

⁴ De acuerdo con Robert y Messias (2009), parte importante de este proceso de valorización del espacio es el Estado, pues actúa como gestor de la política territorial para promover esa acción expansionista del capitalismo. Por una parte, creando las condiciones para la producción capitalista del espacio: infraestructura y equipamiento o espacio urbano para el consumo de la colectividad, la cual responde íntimamente a los intereses del capital. Al no encontrarse disponibles en la cantidad, momento y lugar requeridos por el capital, se hace entonces la regulación estatal, de manera que se politizan, pues el Estado aparece como mediador entre el capital y la naturaleza. Y por el otro, promueve la privatización del espacio de manera directa e indirecta, sobre la base de la viabilidad económica de la producción que desea realizarse en él.

naturaleza”, es decir, se va construyendo la naturaleza humanizada, modificada y transformada por la penetración del capital en el espacio. La segunda naturaleza de la que habla este autor puede ser entendida como aquel espacio que ha sido transformado por el hombre a través de la construcción de calles, puentes, puertos, aeropuertos, ciudades, parques y casi todo lo que cubre la mayor parte de la superficie terrestre en la actualidad. Lo anterior demuestra que la naturaleza no es sólo una mera colección de recursos más o menos útiles, por el contrario, es una totalidad muy compleja de relaciones hombre-naturaleza (Altvater, 2006).

A través de la subsunción del espacio rural al capital, éste comienza a ser considerado como un “medio ambiente construido para el consumo”. Para Harvey, este espacio construido es producto de la provisión de bienes públicos, que incluyen no sólo bienes culturales sino también la infraestructura material e inmaterial producida, y añade:

Podemos [...] realizar una distinción entre el capital fijo incluido en el proceso de producción (por ejemplo, los instrumentos de producción) y el capital físico que funciona como marco físico de la producción (por ejemplo: fábricas). Es este último lo que llamo el medio ambiente construido para la reproducción. Por el lado del consumo tenemos una estructura paralela. El fondo de consumo está formado por mercancías que funcionan como ayudas más que como insumos directos del consumo. Algunos artículos están directamente incluidos en el proceso de consumo (por ejemplo: artículos durables como cocinas, lavadoras, etc.), en tanto que otros funcionan como estructuras físicas para el consumo (casas, caminos, etc.). A estos últimos los denomino el medio ambiente construido para el consumo (1989: 64).

De esta manera el espacio rural pasa de ser el espacio de la producción a convertirse en el espacio del consumo. La dinámica de subsunción constituye en definitiva un proceso de valorización interminable de todas aquellas partes del espacio donde la lógica del capital ya no sólo ve en lo producido en el espacio rural la

fuelle de la producción de sus ganancias, sino que ahora también es el espacio mismo el medio de expansión de dicho régimen (Sabbatella, 2009; Altvater, 2006).

Efectivamente, la sociedad capitalista consume el espacio ya sea para extraer los recursos naturales que impulsan la producción, o bien para usar el espacio en actividades no ligadas directamente a ésta; es decir, se hace un consumo improductivo del mismo, tal es el caso de los espacios residenciales para el turismo, zonas de esparcimiento, entre otras.

En la valoración capitalista del espacio la dinámica de subsumición no sólo incluye la subordinación de la dimensión física del espacio, también implica la subordinación de la totalidad social, es decir, de las prácticas culturales, subjetividades e ideologías que emanan de los individuos respecto al espacio en el que habitan; la subsumición de dichas estructuras legitima las nuevas formas de ocupación, uso y habitación del espacio impuestas por el capital. Este sistema económico va transformando el uso cotidiano y las construcciones simbólicas que los individuos hacen del espacio (Lindón, 2000; Chávez, 2009).

Con la subordinación de estas estructuras al capital, las formas de habitar y pensar el espacio también van cambiando: el capital pone en marcha un proceso de valoración que también transforma aquellos espacios vivenciales, de relaciones, de identidad, de referente individual y colectivos, sustituyéndolos, generalmente, por espacios valorizados. La valoración de los espacios permite la acumulación de capital en sí por espacios funcionales a dicho sistema económico, que en conjunto configuran paisajes fragmentados y homogeneizados (Yory, 2006), caracterizados por la anulación de la memoria social y la imposición de espacios y símbolos que son patrones estéticos y económicos importados de otros espacios.

Apropiación del espacio rural por el capital

Como cualquier otro objeto enajenable en el capitalismo, el espacio rural se convierte en mercancía y puede, entonces, ser propiedad privada de cualquier sujeto o individuo libre que pueda

compararlo. En sentido estricto, la apropiación del espacio se liga al concepto jurídico de poseer, donde existe un contrato individual del cual se deriva la propiedad privada del espacio: el espacio para habitación y el destinado a edificios comerciales, de servicios e industriales de carácter privado (Minor y Gómez, 2006).

Al respecto Sabbatella señala: “la producción capitalista a escala ampliada se apoya en un mundo natural crecientemente mercantilizado que no sólo provee de valores de uso, sino también que adquiere un precio mediante el cual puede ser enajenado y apropiado” (2009: 74). En este sentido, la clase capitalista en asociación con el Estado ha venido estableciendo ciertos mecanismos legitimadores de la apropiación del espacio: la propiedad privada mediante la mercantilización, la transmisión hereditaria, concesiones, la ilegalidad, etcétera, son ejemplos de esos mecanismos utilizados para asegurar la participación directa del espacio en la obtención de ganancias. Dichos mecanismos de apropiación del espacio son más que una forma jurídica, en realidad, son una representación de la no tolerancia respecto al uso gratuito del espacio y sus recursos para la satisfacción de las necesidades humanas, pues los recursos tienen que servir a la obtención de ganancias o quedarse subsumidos mientras son requeridos para ello.

No obstante, el espacio no sólo puede ser apropiado desde una perspectiva material, de ahí que sea posible hablar de una apropiación simbólica, la cual se traduce como “[...] la utilización ‘acrítica’ de los mismos códigos espaciales y estéticos” (Yory, 2006) en diversos espacios. Se trata de la dinámica a través de la cual las nuevas formas de acumulación vienen acompañadas de códigos (símbolos), normalmente importados y sujetos a la moda; parte importante de esta apropiación simbólica es llevada a cabo por la deslocalización empresarial o la movilización de las empresas, las cuales no sólo valorizan el espacio sino también se lo apropian a través de los símbolos que detentan; ejemplo de ello son las franquicias y la imagen corporativa que acompaña a las grandes multinacionales, quienes exportan e imponen por todas partes sus códigos estéticos y espaciales (Ritzer, 1996; Yory, 2006).

Si bien la penetración y subsunción del espacio son dinámicas que tratan de la construcción material del espacio a partir de nuevas formas de acumulación de capital, la apropiación es en parte una construcción simbólica del mismo. Algunos autores (Baudrillard, 1974; Lash y Urry; 1998; Meethan, 2001; McCanell, 2003) señalan que tras el fin del capitalismo organizado y el advenimiento de la posmodernidad, emerge una economía que cada vez produce más signos que objetos materiales; “la fachada es lo que vende” (Yory, 2006:103), a través de la apropiación simbólica el capital convierte al espacio en un objeto-evento al servicio de una sociedad ávida de consumo.

El turismo en la configuración de paisajes

El turismo es un proceso de producción material y reproducción social que tiene su proyección sobre la dimensión física del espacio; por tanto, el análisis de las transformaciones producidas por esta actividad puede contribuir a la comprensión de las relaciones entre sociedad-naturaleza en un sentido más amplio.

La imagen de lo rural, vinculada a una baja densidad demográfica, al predominio de la agricultura y a otras actividades primarias y patrones culturales diferentes a los de la ciudad, se desmorona, en este caso, por el desarrollo de la actividad turística bajo el modelo de desarrollo capitalista y por los agentes sociales y reguladores de la misma (Llambí, 2004). La reinscripción del capital en el espacio rural –a través del turismo– es un claro ejemplo de los esfuerzos que dicho sistema está haciendo por recuperar aquellos espacios que quedaban vacantes, como el mar, la playa, la alta montaña, para crear una de las industrias más potentes: la del ocio y el turismo (Lefebvre, 1974). A través del turismo, muchas localidades que durante años permanecieron fuera del interés de la clase capitalista e incluso fuera del interés de los gobiernos se reincorporaron al mercado global, ya no sólo como lugares que aportan fuerza de trabajo sino como espacios de consumo.

Los pocos espacios liberados de la dominación de la empresa han sido penetrados, subsumidos y apropiados por las nuevas

formas de acumulación capitalista⁵ hasta convertirlos, en este caso, en una extensión renovada de los dominios de la ganancia a través del turismo. Dicha actividad se ha convertido en un instrumento para la reinserción del modo de acumulación capitalista en el espacio rural; a través de dichas dinámicas de dominación se ha logrado reintegrar parajes e infinidad de pequeñas localidades a las relaciones de la economía global. Sin embargo, éstas no sólo han contemplado la dimensión física del espacio sino también las personas, la historia y la cultura de esas localidades han sido incorporadas al mercado turístico con nuevos usos, significados y valores comerciales (Hiernaux en Lindón, 2000; Lezama, 2002).

Esta actividad se ha convertido, principalmente sobre el espacio rural, en un proceso dinámico mediante el cual intereses particulares se imponen, mantienen y legitiman a través de un entramado de luchas de poder por la construcción material y simbólica del espacio, luchas por objetivar el significado de los bienes y las personas, para instaurar o apropiarse de un orden particular (Meethan, 2001; Mowforth y Munt, 2002).

Para algunos autores (Lanfant, 1980; Getino, 2002), las dinámicas de dominación capitalista son un proceso de turistificación del espacio que ha implicado, primeramente, la transición hacia una nueva funcionalidad. La penetración del capital a través del turismo ha comenzado una refuncionalización del espacio en otros usos que la misma sociedad global demanda, tales como la

⁵ Por otra parte, el turismo difícilmente puede entenderse fuera de las dinámicas de la globalización. Chambers (1995), Mowforth y Munt (2002) y Meethan (2001) señalan enfáticamente la necesidad de analizarlo dentro de ese contexto y las formas emergentes del capitalismo, lo cual implica la reestructuración de las sociedades, el auge de la economía de mercancías culturales, así como el establecimiento de un marco amplio de estructuras y relaciones de poder. El turismo establece vínculos entre diversos órdenes y escalas a nivel mundial, nacional, regional y local, al mismo tiempo que se expresa mediante procesos hegemónicos, a través de los cuales se desarrollan estrategias de negociación y resistencia de los grupos locales.

conservación de la naturaleza, el ocio, el turismo, la creación de áreas naturales para la recreación, etc. El espacio rural transforma su vocación productiva, pues de estar ocupado por actividades agropecuarias comienza a ser invadido por la producción de servicios turísticos.

En este sentido, el turismo se expresa como una actividad penetrante que implica la adopción de una economía particular destinada a los servicios; incursiona en el espacio rural como un sistema de relaciones productivas dirigido a reorganizar económicamente este espacio para la economía turística, para la creación y producción de servicios turísticos. En este proceso de producción el paisaje se convierte en materia prima necesaria para la acumulación del capital: con la transformación de la producción se inicia también un proceso de transformación estética del paisaje, que trae implícita la validación de unas pautas particulares para la homogeneización del mismo (Urry, 2000; Yory, 2006).

La adopción de una economía destinada a la producción de servicios turísticos en el ámbito rural ha venido acompañada de ciertos procesos de valorización del propio espacio y de los recursos tanto naturales como culturales, con la finalidad de crear las condiciones para el desarrollo de la actividad. Esta revalorización de los espacios genera traslados y produce flujos, movimientos de construcción real y simbólica, y la conformación de nuevas territorialidades, nuevas morfologías espaciales y configuraciones paisajísticas.

El turismo como alternativa de desarrollo en el ámbito rural ha comprendido la transformación de los rasgos tanto naturales como socioculturales, transformaciones que han tenido sus implicaciones sobre la “estructura espacial, las formas y las funciones” (Santos, 1996). La irrupción del turismo ha ocasionado formas de ocupación, uso y valorización del espacio rural distintas a las del pasado, pues se ha privilegiado la construcción de un espacio de consumo a partir del advenimiento de las industrias de la construcción, recreacionales, ambientales y alimentarias atraídas por esta actividad.

El desarrollo de la actividad turística exige la puesta en valor del espacio, origina la construcción de equipamiento específico

para brindar servicios de alojamiento, restauración, transporte y recreación, así como servicios complementarios para la prestación turística e infraestructura de base (vías de comunicación, terminales de transporte aéreo, terrestre y/o marítimo, servicios urbanos básicos) a fin de asegurar la accesibilidad al sitio. En este sentido, Meethan (2001) afirma que el turismo es un proceso mercantilista y de crecimiento del capitalismo que alienta el consumismo en la sociedad y aumenta la inversión de capitales en nuevas infraestructuras, nuevos espacios de consumo, dirigido a incrementar la elaboración de productos culturales destinados a satisfacer las necesidades y prácticas del ocio.

No obstante, se trata de una valorización negativa del mismo, es como un proceso de despersonalización del propio ámbito rural, manejado y construido por las grandes empresas turísticas multinacionales. Para Molina, la valorización del espacio en la actividad turística gira en torno a la deslocalización empresarial: “[...] fundamentalmente, el gran capital a partir de la gran empresa, en la búsqueda de ventajas comparativas, se puede trasladar de un lugar a otro, elegir un punto determinado frente a otros, a partir de unas condiciones de producción más flexibles en torno a estos supuestos” (1998: 14).

La penetración de grandes grupos económicos en el turismo o la constitución de éstos a partir de la actividad turística ha conllevado la estandarización de la vida cotidiana; a medida que las relaciones y las prácticas culturales se convierten en una extensión renovada del turismo los espacios de reproducción social parecen constituirse en espacio-tiempos de la actividad turística (Hiernaux, 2006). El turismo, con su orientación particularmente alienante, trae nuevas pautas de comportamiento y, al mismo tiempo, de valorización de los espacios donde se desarrolla la vida cotidiana de las comunidades receptoras.

Asimismo, la construcción del espacio turístico ha implicado la segregación de aquellos lugares que son mayormente útiles a la acumulación del capital: el agua, la tierra, flora y fauna han de ser debidamente apropiados –o privatizados desde el punto de vista jurídico– de forma individual para facilitar la transformación

del espacio y la configuración de paisajes turísticos, de forma tal que éstos maximicen las rentabilidades económicas (Romero y Vásquez, 2005).

La privatización del espacio rural, de los recursos naturales y culturales, así como la transferencia de la propiedad de los bienes y servicios públicos a las empresas turísticas nacionales y extranjeras –a través de la instauración del mercado de tierras, concesiones, entre otros– ha sido un elemento fundamental para asegurar la transformación del espacio y la configuración de paisajes que también son útiles a la reproducción del capital. Con la propiedad privada se otorga a perpetuidad el derecho de uso del espacio y de los recursos que en él se encuentran, reduciendo consecuentemente las competencias y posibilidades de existencia de políticas e instrumentos públicos que representen el uso de éstos para el bien común (Romero y Vásquez, 2005).

Por otro lado, la apropiación del espacio por la clase capitalista trae implícita una apropiación desde un enfoque simbólico; el desarrollo de la actividad turística en el espacio rural no sólo trae consigo una drástica transformación económica y social, sino también una imposición de nuevos sentidos a los lugares como parte de las necesidades del mercado y de la mirada del turista. La penetración y subsunción del espacio a la actividad turística vienen acompañados de un proceso creciente de homogeneización cultural que, de acuerdo con autores como Yory, se traduce en “[...] la utilización ‘acrítica’ de los mismos códigos espaciales y estéticos en los mismos contextos” (2006: 103).

La hiperoferta de signos de la que ha sido objeto el ámbito rural, debido a su inserción en las empresas turísticas multinacionales, ha venido acompañada de una ideología que alienta la idea de “progreso”, en ella la naturaleza debe ser apropiada y manipulada con la finalidad de “modernizarse” y así poder insertarse en el competitivo escenario de la aldea global (Yory, 2006; Gudynas, 2009). Por tanto, puede afirmarse que la apropiación simbólica de muchos espacios rurales, lejos de brindar una simple escenografía, dota a sus habitantes de un libreto o guion que deben seguir si quieren ostentar el título de habitantes urbanos.

Ejemplo de ello es la transformación que han sufrido los espacios rurales de litoral que combinan el sol y la playa como sus elementos de mayor atracción y que, con la aparición del turismo de masas, iniciaron una transformación de su espacio y una nueva configuración paisajística, pues de ser éste un espacio utilizado para la producción agropecuaria o extracción de ciertos bienes alimentarios, pasó a ser un espacio consumido y codiciado por parte de los inversionistas privados.

Turismo de sol y playa: la configuración de los primeros paisajes turísticos

Desde los años cincuenta, la expansión turística a nivel mundial en las zonas de litoral se ha caracterizado porque la irrupción de esta actividad ha contribuido de manera definitiva en su urbanización, la cual se ha caracterizado por la polarización espacial y la concentración de turistas en un espacio y tiempo relativamente reducido que ocasiona presiones adicionales sobre el medio ambiente y una considerable invasión del espacio de litoral (Shaw y Williams, 1994).

En Europa este tipo de turismo jugó un papel importante en la transformación del paisaje, expresa en el surgimiento y la multiplicación de centros turísticos de playa en todos los espacios bañados por el sol, situados en la periferia de las principales concentraciones urbanas e industriales del mundo, tales como la Costa del Sol (España), Costa Azul (Francia), Costa Esmeralda (Cerdeña) y, fuera de Europa, en Miami Beach y el estado de Florida, donde se construyeron grandes hoteles sobre la franja costera; patrón de desarrollo turístico que se propagó por los países de Sudamérica, África y Asia, donde también se construyen nuevas zonas turísticas para responder a la demanda internacional (Anton, 1998; Benseny, 2006).

En general, el modelo de desarrollo turístico que siguieron estos destinos internacionales fue la construcción de grandes hoteles verticales frente a las playas, los cuales contaban con todas las comodidades y servicios dentro del mismo espacio. Tanto

la organización espacial como las formas paisajísticas se vieron transformadas por los procesos de especulación del suelo, que dieron cabida al apoderamiento de los frentes de mar por parte de extranjeros (Fernández, 1991). En este contexto, el turismo residencial se convirtió en el centro del negocio turístico, hecho que se vincula con un modelo de urbanización caracterizado por el surgimiento de nuevos espacios fácilmente ordenados e igualmente destinados para la satisfacción de la demanda turística.

El modelo de desarrollo turístico que prevaleció durante el desarrollo de estos destinos turísticos originó nuevos modelos de organización espacial, así como una homogeneización en las formas de creación de la oferta basada en el turismo de sol y playa con fuerte concentración espacial sobre la costa (Vera, López, Marchena y Antón, 1997). Estos destinos son ejemplos claros de que la penetración, subsunción y apropiación en el ámbito rural a través del turismo no son un fenómeno reciente. La transformación del espacio mediante la construcción de estructuras urbanas en zonas de litoral ha venido presentándose hace más de medio siglo y no ha sido otra cosa que el producto de la expansión de esta actividad sobre el espacio rural, por supuesto, con la ayuda de las políticas turísticas. Y es que la mayor parte de estos centros turísticos requirió el acondicionamiento del espacio para responder a una demanda elitista que solicitaba grandes instalaciones y servicios de animación, y quién más para proveerlo que la inversión capitalista en asociación con las instituciones del Estado (Benseny, 2006).

Para la década de los setenta, se trató de redefinir dicho modelo de implantación turística mediante una nueva tendencia que vinculaba el territorio con el medio ambiente, buscando un creciente respeto por el medio natural y un significativo rechazo a la estandarización de la oferta (Vera *et al.*, 1997). A pesar de ello, el desarrollo turístico a nivel mundial continuó guiándose por la creación de una oferta estandarizada y masificada, sin encontrar respuesta a la cuestión de fondo basada en la reestructuración global, la reorientación y los criterios de recuperación ambiental

que favorecieran nuevas formas de producción alejadas del modelo industrializado.

Al igual que en el modelo anterior, los desarrollos turísticos continúan caracterizándose por el crecimiento acelerado y desorganizado de la actividad. El modelo de desarrollo turístico actual sigue insistiendo en un modelo de ocupación lineal, característico de la anterior modalidad turística de sol y playa, que ha dado como resultado espacios litorales fuertemente centrados en la actividad turística. El espacio rural y, específicamente, el de litoral sigue siendo objeto de grandes intereses económicos que pugnan por un rápido y progresivo desarrollo urbano donde predominan las grandes construcciones hoteleras y edificios de inmuebles para segundas residencias en los frentes de playa, entre otras infraestructuras para satisfacer la demanda turística, que, generalmente, no toman en cuenta el aspecto ambiental y la armonía del paisaje.

A medida que el hombre va agregando distintos elementos al espacio, se va configurando un “nuevo” paisaje, es decir, un paisaje entendido en su forma más simple: “una especie de mosaico más o menos ordenado de formas y colores. Un paisaje es la imagen que representa la vista de un sector natural, superficie terrestre, relieve de una región, que es producido o modificado tanto por fuerzas geológicas o por el hombre” (Bolós, 1992: 15). Sin embargo, de manera explícita abarca “[...] cualquier alteración física del entorno natural; son formas de construcción que incluyen sitios definidos y delimitados, encerrados o abiertos: el tejido y las formas urbanas, construcciones monumentales, plazas, caminos, un área agrícola o una calle, lugares o construcciones significativas como un adoratorio, viviendas, templos o casas de reunión” (Amerlinck y Bontempo, 1994: 18).

De ahí que, junto con las transformaciones realizadas en el espacio, el paisaje también se modifique, pues no se trata de un elemento estático: se transforma constantemente ya sea en un corto o largo plazo, e incluso sus formas de representación también se van modificando debido a que las sociedades presentan

cambios en sus mentalidades, ideologías, modos de vida y modelos de desarrollo (Miranda, 2007).

Como se ha visto en los párrafos anteriores, en el proceso de transición del ámbito rural a un espacio turístico se va conformando un nuevo paisaje que responde no sólo a las diferentes dinámicas naturales sino también a razones culturales, económicas o ideológicas que resultan interesantes cuando se trata de alcanzar propósitos de recreación y descanso.

La velocidad que ha adquirido la construcción de viviendas turísticas, el aumento en la escala de las promociones urbanísticas, la llegada de grandes grupos empresariales foráneos, la aparición de las compañías de bajo coste y, en general, el desarrollo de la globalización están conllevando la aparición de una nueva fase en el sector turístico que, por cierto, es cualitativa y cuantitativamente distinta a la que se desarrolló antes de la década de los setenta. Este nuevo modelo de desarrollo turístico ha implicado la abolición del estado morfológico original de muchas comunidades rurales (Blühdorn, 2000: 37), para sustituirlo por un nuevo espacio y un paisaje que alude totalmente a lo turístico. Y es que el desarrollo turístico se ha venido construyendo sobre un espacio “vaciado”, resultado de la erradicación del paisaje rural y suplantado por un paisaje sin historia. La expansión del turismo es un potente motor de artificialización del paisaje, como se ha venido señalando, del descenso de las rentas agrícolas y en general de la baja productividad de las actividades primarias (Aledo, 2005). Una vez encontrado el espacio potencial, el siguiente paso ha sido facilitar el acceso de la demanda global mediante la construcción de las necesarias infraestructuras aéreas y terrestres. Alcanzado este punto, se produce la conversión mediante la planificación legislativa del espacio rural a un espacio que será explotado urbanísticamente.

En resumen, en el proceso de turistificación del espacio rural el paisaje va siendo desposeído de sus connotaciones ambientales, culturales y sentimentales, y, de acuerdo con Eco (1990), se sustituye por una hiperrealidad, es decir, por una naturaleza turistizada. Tanto al espacio como al paisaje se les dota de nue-

vas cualidades ecológicas artificiales y de nuevos significados culturales. En definitiva, son producto de la civilización turística. Estamos ante lo que McKibben (1990) definió como la muerte de la naturaleza y Goldsmith (1999) como la producción de una segunda naturaleza, en este caso turistizada.

Conclusiones

Actualmente el turismo es responsable de la transformación e inclusive de la valoración diferencial de ciertos espacios. Ejemplo de ello son los espacios rurales que hasta hace algunas décadas no tenían valor desde la lógica de la producción y acumulación de capital. Hoy en día han sido transformados, cambiados, decorados y revalorizados en función de las necesidades de ocio y turismo; estas transformaciones son producto de los cambios inducidos por la clase capitalista sobre sus estructuras económicas, sociales y culturales: la relación sociedad-naturaleza en dichos espacios se encuentra mediada actualmente por el modelo turístico desarrollado bajo el sistema económico capitalista.

El espacio rural representa hoy en día una nueva posibilidad de realizar la acumulación a través del turismo, el cual en su fase actual se relaciona cada vez más con la producción del espacio –en todas sus dimensiones–, producción que se coloca, por cierto, en una nueva perspectiva donde el espacio rural alcanza nuevamente valor de cambio.

Lo anteriormente expuesto permite demostrar de alguna forma que las dinámicas de penetración, subsunción y apropiación del espacio rural a través de la actividad turística muestran efectos tanto “positivos” como negativos, pues representan un movimiento permanente de afirmación-negación a través del cual el espacio rural ha sido “[...] dominado, utilizado, expandido y reproducido y, al tiempo es destruido, expoliado y sobre explotado de manera sucesiva y permanente” (Iracheta, 1997: 64).

En esta producción del espacio rural también se configuran paisajes que en el turismo sirven como materia prima en la producción de servicios turísticos. El paisaje rural se han visto transformado

por procesos de reconversión productiva, valorización del espacio y deslocalización empresarial, los cuales han incidido directamente en las distintas formas de ocupación, apropiación y uso del espacio por parte de sus habitantes y usuarios locales; el paisaje es el producto de todas las transformaciones producidas por las nuevas formas de acumulación de capital en el espacio rural.

Las diferentes dinámicas de dominación impuestas por el modelo económico capitalista sobre el espacio rural a través del turismo han traído consigo la implantación de los modelos de ocio propios de grandes núcleos de población y, con ello, la expansión de los modos de vida urbanos; en este proceso de transformación el paisaje también va perdiendo cada vez más sus connotaciones “originales” para convertirse en un bien estético con fines meramente de consumo, cuya rentabilidad social y económica se vuelve innegable.

El turismo es una actividad que se inscribe inevitablemente en el paisaje rural mediante equipamientos, infraestructuras, escenografías preconcebidas en otros espacios, signos, códigos espaciales, etc.; ejemplo de ello son los paisajes de litoral en los que se está prácticamente en un mundo de imágenes, donde la transformación del espacio ha configurado paisajes que niegan toda particularidad y donde la naturaleza ha sido recreada para satisfacer la demanda turística.

Bajo la dominación del capital turístico, tanto el espacio como el paisaje se convierten en meras mercancías: lo que fuera una plaza de reunión de pronto se convierte en un edificio, aquello que era sitio de referencia de pronto es un sitio del anonimato, se cambian casas, calles, fachadas o entornos completos con la velocidad que reclama el capital, la demanda del mercado o la moda. Es decir, se va transformando ese espacio frecuentado por cada uno de nosotros, con sus lugares atractivos, sus nodos en torno a los cuales se construye la existencia individual: la morada, la casa, los lugares de trabajo y de ocio.

A pesar de ello, no puede hablarse de una transformación total, pues paralelo a la creación de esos espacios y paisajes apropiados, transformados y refuncionalizados en gran medida por la

intervención de la clase capitalista, existen lugares en el espacio que permanecen ya sea de manera física o como referentes espaciales en la mente de quienes los habitaron. Las permanencias en el espacio son lugares vividos, marcados y recorridos por la sociedad que los ha venido construyendo a través del tiempo, y son lugares a partir de los cuales la gente se reconoce, son espacios de encuentro, de sociabilidad y de referencia donde los habitantes pueden definirse como “yo con mi entorno”. Aunque lo pretencioso y lo efímero comienza a dominar sobre lo perenne, de la memoria y el tiempo aún emergen lugares que aluden al paisaje “original” de determinado espacio social.

Aunque la degradación del entorno natural no fue plenamente abordada en este trabajo, sí se puede afirmar que dinámicas emprendidas por el proceso de producción capitalista sobre el espacio rural son destructivas porque deterioran de manera violenta los medios de autorreproducción social y natural, al producir valores de uso que satisfacen necesidades humanas a partir de los recursos naturales, y también al producir una serie de valores de cambio sobre el espacio, que a su vez generan inevitablemente grandes cantidades de desechos: los procesos productivos están ligados a deterioros necesarios pero también innecesarios.

Referencias

- Aledo, A. (2005), “Los otros inmigrantes: residentes europeos en el sudeste español”, en J. Fernández y M. García (eds.), *Movimientos migratorios europeos*, UCAM, Murcia, pp. 161 - 180.
- Altvater, E. (2006), “¿Existe un marxismo ecológico?”, en A. Boron, J. Amadeo y S. González (coords.), *La teoría marxista hoy: problemas y perspectivas*, CLACSO, Buenos Aires, pp. 341 - 363.
- Amerlinck, M. y J. Bontempo (1994), *El entorno construido y la antropología: introducción a su estudio interdisciplinar*, CIESAS, México.
- Antón, S. (1998), “La urbanización turística. De la conquista del viaje a la reestructuración de la ciudad turística”, en *Documents*

- d'Anàlisi Geogràfica*, revista de la Universidad Autónoma de Barcelona, número 32, pp.17-43.
- Appendini, K. (1985), *El campesinado en México. Dos perspectivas de análisis*, El Colegio de México, México.
- Bambirra, V. (1992), *El capitalismo dependiente latinoamericano*, Siglo XXI, México.
- Baudrillard, J. (1974), *Crítica de la economía política del signo*, Siglo XXI, México.
- Bellamy, F. (2000), *La ecología de Marx. Materialismo y naturaleza*, El Viejo Topo, Barcelona.
- Benseny, G. (2006), "El espacio turístico litoral", en *Aportes y Transferencias*, revista de la Universidad Nacional de la Plata, vol. 10, número 2, sin mes, pp. 102-122.
- Blühdorn, I. (2000), *Post-ecologist Politics: Social Theory and the Abdication of the Ecologist Paradigm*, Routledge, Nueva York.
- Bolós, M. (1975), *Paisaje y ciencia geográfica*, E. G., Granada.
- Cammarata, E. (2006), "El turismo como práctica social y su papel en la apropiación y consolidación del territorio", en A. Geraiges, M. Arroyo y M. Silveira (coords.), *América Latina: cidade, campo e turismo*, CLACSO, San Pablo, pp. 351-366.
- Castells, M. (2008), *La cuestión urbana*, Siglo XXI, México.
- Chambers, I. (1995), *Migración, cultural e identidad*, Amorrortu, Buenos Aires.
- Chávez, T. (2009), "La contemplación del 'otro' dentro de espacios turísticos (un enfoque hermenéutico)", en *Revista de Arquitectura, Urbanismo y Ciencias Sociales*, revista del Centro de Estudios de América del Norte, año 1, núm. 3, pp. 1-13.
- Eco, U. (1990), *Travels in Hyperreality*, Harvest Books, Nueva York.
- Fernández, L. (1991), *Geografía general del turismo de masas*, Alianza, Madrid.
- Getino, O. (2002), *Turismo: entre el ocio y el neg-ocio*, Ediciones Ciccus-La Crujía, Argentina.
- Goldsmith, E. (1999), "El mundo real y el mundo sustitutorio", en A. Dobson (ed.), *Pensamiento verde*, Trotta, Madrid.

- Gudynas, E. (2009), "La ecología política de la crisis global y los límites del capitalismo benévolo", en *Íconos*, revista de Ciencias Sociales, núm. 36, pp. 53-67.
- Harnecker, M. (2007), *Los conceptos elementales del Materialismo Histórico*, Siglo XXI, México.
- Hartmann, N. (1986), *Ontología, IV. Filosofía de la naturaleza. Teoría especial de las categorías. Categorías dimensionales. Categorías cosmológicas*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Harvey, D. (1989), *The Urban Experience*, Blackwell Publishers, Oxford.
- Iracheta, A. (1997), *Planeación y desarrollo: una visión del futuro: problemas y perspectivas del desarrollo y la urbanización en México y el Estado de México*, Plaza y Valdés, México.
- Lanfant, M. F. (1980), "Introducción. El turismo en el proceso de internacionalización", en *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, vol. XXXII, núm. 1, pp. 14-45.
- Lash, S. y J. Urry (1998), *Economías de signos y espacios: sobre el capitalismo de la posorganización*, Amorrortu, Buenos Aires.
- Lefebvre, H. (1974), *La producción del espacio*, Anthropos, París.
- Leff, E. (2007), "Geopolítica de la biodiversidad y desarrollo sostenible: economización del mundo, racionalidad ambiental y reapropiación social de la naturaleza", en P. Van y J. Pascal (comps.), *El clima: cambios, peligros y perspectivas*, Editorial Popular, España, pp. 185-209.
- Lezama, J. (2002), *Teoría social, espacio y ciudad*, El Colegio de México, México.
- Lindón, A. (coord.) (2000), *La vida cotidiana y su espacio-temporalidad*, Anthropos, El Colegio Mexiquense/UNAM/Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias, Barcelona.
- Llambí, L. (2004), "Nueva ruralidad, multifuncionalidad de los espacios rurales y desarrollo local endógeno", en E. Pérez y M. A. Farah (coords.), *Desarrollo rural y nueva ruralidad en América Latina y la Unión Europea*, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, pp. 91-107.
- MacCannell, D. (2003), *El turista: una nueva teoría de la clase ociosa*, Melusina, Barcelona.

- Martínez, U. (1990), *Antropología económica: conceptos, teorías, debates*, Icaria Editorial, México.
- Marx, K. (2000), *Introducción general a la crítica de la economía política (1857)*, Siglo XXI, México.
- Marx, K. (2005), *La tecnología del capital: subsunción formal y subsunción real del proceso de trabajo al proceso de valorización (Extractos del manuscrito 1861 - 1863)*, Ítaca, México.
- Massey, D. (1995), *Spacial Divisions of Labor. Social Structures and the Geography of Production*, Routledge, México.
- McKibben, B. (1990), *The End of Nature*, Penguin, Londres.
- Meethan, K. (2001), *Tourism in Global Society. Place, Culture, Consumption*, Palgrave, Malasia.
- Minor, F. y J. Gómez (2006), "La apropiación del espacio público: las megamarchas y el megaplantón del movimiento poselectoral ostelectoral 2006", en *El Cotidiano*, vol. 21, núm. 141, pp. 31 -44.
- Miranda, G. (2007), "El turismo como factor de transformación del paisaje cultural: revisión teórico-conceptual", en M. Osorio y G. Novo (comps.), *Entorno del turismo*, UAEMEX, México.
- Molina, M. (1998), *La globalización económica a debate. Documentos de trabajo*, Instituto Complutense de Estudios Internacionales, Madrid.
- Mowforth, M. y I. Munt (2002), *Tourism and Sustainability: Development and New Tourism in the Third World*, Routledge, Nueva York.
- Quijano, A. (1970), *Redefinición de la dependencia y marginalización en América Latina*, CEPAL, Chile.
- Ritzer, G. (1996), *La McDonalización de la sociedad. Un análisis de la racionalidad en la vida cotidiana*, Ariel Sociedad Económica, Barcelona.
- Robert, A. y W. Messias (2009), *Geografía crítica. La valorización del espacio*, Ítaca, México.
- Romero, H. y A. Vásquez (2005), "La comodificación de los territorios urbanizables y la degradación ambiental en Santiago de Chile", en *Scripta Nova*, revista electrónica de geografía y ciencias sociales, vol. 9, núm. 194 (68).

- Romero, J. y J. Ortega (2007), *Geografía humana: procesos, riesgos e incertidumbres en un mundo globalizado*, Ariel, España.
- Sabbatella, I. (2009), "Crisis ecológica y subsunción real de la naturaleza al capital", en *Íconos*, revista de ciencias sociales, núm. 36, pp. 69-80.
- Sánchez, J. (1991), *Espacio, economía y sociedad*, Siglo XXI, España.
- Santos, M. (1996), *Por una nueva geografía*, Espasa-Calpe, Madrid.
- Shaw, G. y A. Williams (1994), *Critical Issues in Tourism. A Geographical Perspective*, Blackwell, Oxford.
- Urry, J. (1990), *The Tourist Gaze. Leisure and Travel in the Contemporary Societies*, Routledge, Londres.
- Vera, F.; López, F.; Marchena, M. y S. Anton (1997), *Análisis territorial del turismo. Una nueva geografía del turismo*, Ariel, Barcelona.
- Yory, C. (2006), *Ciudad, consumo y globalización*, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá.

Reconfigurando la geografía rural: construcción capitalista de nuevos paisajes

*Neptalí Monterroso Salvatierra**

Introducción

México es un país que posee grandes extensiones costeras, aun así su relieve se caracteriza por la presencia de montañas. Se calcula que entre 45 y 55% del territorio mexicano está conformado por elevaciones montañosas compuestas por serranías que superan los 3,800 metros sobre el nivel del mar (msnm) y picos que alcanzan hasta los 5,700.¹

En esas montañas viven cerca de 30 millones de personas que pertenecen a más de 60 etnias, a cuyo cuidado ha estado, durante siglos, la mayor parte de la riqueza histórica, biológica y paisajística que el país posee. Organizadas en comunidades, una forma social, económica y política que se remonta a épocas prehispánicas y que pervive gracias a la Revolución, esas etnias se han constituido en celosas guardianas de los recursos naturales y culturales que conforman esa importante parte del patrimonio natural e histórico del país.²

* Profesor-Investigador de la Universidad Autónoma del Estado de México. Correo electrónico <n.monterrososalvatierra@gmail.com>.

¹ Huddleston.

² La Revolución Mexicana de la primera mitad del siglo XX desarrolló un programa de reforma agraria con base en dos formas organizativas y de

En este artículo hacemos referencia a la forma en que se está reconfigurando, a partir de la construcción capitalista de nuevos paisajes rurales, esa geografía de montaña en el Estado de México, una de las entidades federativas centrales de la República Mexicana. Desde nuestro punto de vista, esta entidad federativa sirvió como campo de experimentación de las políticas que actualmente se están aplicando al conjunto de la República, cabe mencionar que el actual presidente la gobernó en el periodo 2005-2011. Actualmente, es punta de lanza de los megaproyectos que las reformas estructurales recién aprobadas están permitiendo impulsar.

Desde otro ángulo, esta entidad federativa muestra, en toda su magnitud, el conflicto que se ha generado entre los partidarios de lo comunitario y los que defienden la iniciativa particular, entre las poblaciones indígenas y los que impulsan los megaproyectos (mineros, energéticos, de infraestructura, etc.), entre los diferentes niveles de gobierno y las poblaciones rurales. Nuestra conclusión general es que, actualmente, en México están en juego las formas de control político de los territorios rurales, sobre todo aquellos que desde la creación de la República se dejaron en manos de los pobladores originarios, para quienes esos territorios constituyen su último reducto.

De la simulación a la visualización de la “desposesión”³ de los bienes rurales

En las comunidades del interior del país, la vida diaria se sustenta en el sistema organizativo que éstas se han dado, el cual gira en torno al territorio (extensión territorial más recursos naturales).

propiedad colectiva; una fue la comunidad y la otra, la figura española del ejido (Monterroso, 2009: 27-32).

³ El término desposesión fue acuñado por David Harvey en su artículo “El ‘nuevo’ imperialismo: acumulación por desposesión”. En: Leo Pantich y Colin Leys (eds.). *El nuevo desafío imperial*. Buenos Aires: MerlinPress / CLACSO, pp. 99-129.

Los pobladores acceden a la tierra por herencia y por usufructo; sólo los nacidos en ella pueden obtener un certificado de tenencia y ser autorizados para desarrollar actividades económicas utilizando sus recursos. La comunidad, como tal, mantiene la propiedad del territorio, con lo que se asegura la unidad de la agrupación social (Monterroso, 2009: 32-45).

La máxima autoridad en esas comunidades es la Asamblea General, que se constituye por los comuneros reconocidos por el censo agrario. Otra instancia comunitaria es el Comisariado, que está integrado por tres comuneros que son los encargados de administrar los bienes y la vida en común. Una instancia más es el Comité de Vigilancia integrado también por tres miembros, que tienen por misión velar por realizar las actividades comunitarias con probidad, para que se generen beneficios a la colectividad en general (Monterroso, 2009: 45-59).

Los gobiernos llamados “de la Revolución” permitieron la privatización subterránea de los territorios comunales. Desde los años cuarenta del siglo pasado y hasta los ochenta, las acciones en el campo se ampararon en la reforma agraria, pero la efectividad de ésta, en lugar de avanzar, disminuyó en todos esos años. Comprando Comisariados o cooptando a alguno de sus miembros, muchas tierras indígenas y de comunidades tradicionales pasaron a manos de empresarios agrícolas, ganaderos o pesqueros. De manera que, si bien se mantuvo vigente el usufructo y no se legalizó el incremento de la propiedad privada en las zonas rurales, un buen número de comunidades, en la práctica, dejó de serlo.

Puede decirse que, en esos tiempos, se llevaron a cabo sendos procesos subterráneos de desposesión y acumulación de tierras, por efecto de los cuales muchos de los pobladores de las montañas migraron a las ciudades y, sobre todo, a Estados Unidos. Los que se quedaron, perdieron sus parcelas o bien tuvieron que abandonarlas por la falta de recursos para trabajarlas, encontrando satisfacción a sus necesidades a partir de la utilización de sus territorios comunales. Recuperando prácticas ancestrales de sobrevivencia, encontraron formas de aprovechar

los recursos naturales que existen en sus territorios; éstos, por ser de montaña, más que ser adecuados para el desarrollo de cultivos, lo son para el crecimiento de bosques y el incremento de la diversidad biológica, además de que están asentados en subsuelos ricos en minerales.

Con lo que no contaban los pobladores de las montañas fue el giro que dieron a las políticas rurales los gobernantes neoliberales que se hicieron del control del país desde los años ochenta del siglo pasado. Éstos, para permitir la generación de nuevas formas de acumulación capitalista, desde 1982 impulsan reformas constitucionales mediante las cuales dan paso a grandes inversiones de empresas trasnacionales con base en las cuales éstas se apropian de las riquezas naturales del suelo y subsuelo mexicano.

Una de las primeras reformas fueron los cambios que se le hicieron al artículo 27 constitucional que amparaba los esquemas, comunitario y ejidal, en los que estaba sustentado el reparto agrario. Desde 1992 es ostensible el incremento de los agronegocios y la disminución de la producción indígena y campesina en todos los territorios rurales del país. En virtud de esos cambios constitucionales, los campesinos pueden vender sus parcelas, pero los precios que han alcanzado quienes vendieron son muy bajos debido a que lo han hecho en condiciones de necesidad; otros se han visto obligados a abandonarlas por la falta de recursos para trabajarlas; en el mejor de los casos, hay quienes las han dejado en desuso.

De manera que la reconfiguración neoliberal del Estado, al buscar el desarrollo del capitalismo en las zonas rurales, en lugar de acabar con la simulación de la desposesión, la visibilizó e incrementó. Como dice Blanca Rubio, los campesinos dejaron de ser marginados y pasaron a conformar el contingente de excluidos de los programas de desarrollo. La migración a las ciudades y, sobre todo, a Estados Unidos se incrementó hasta llegar a niveles nunca antes vistos; actualmente, es una de las estrategias de supervivencia más utilizadas por los pobladores rurales, no sólo de México sino también de toda América Latina.

La dinámica de la desposesión de los bienes rurales

Las transformaciones estructurales para reconfigurar los ámbitos rurales comenzaron con el adelgazamiento del Estado o destrucción de las estructuras públicas a partir de las cuales se atendían los requerimientos de los campesinos pobres en el modelo de desarrollo anterior. Uno a uno y de manera acelerada pasaron a manos privadas los bienes y servicios a través de los cuales el Estado nacional atendía aquellos requerimientos. Ese proceso de privatización fue seguido por otro de generación de institucionalidad neoliberal, consistente en la promulgación de disposiciones legales, elaboración de políticas públicas y creación de instituciones. Con esa nueva institucionalidad se comenzaron a atender las nuevas funciones públicas, que ya no fueron productivas ni distributivas, sino de apoyo a la gestión empresarial.

En México, los procesos mencionados se llevaron a cabo en la primera mitad de los años noventa del siglo pasado. En esos años fue común hablar de “procesos de reingeniería” y de una “nueva gerencia pública agrícola” cuando lo que realmente se estaba llevando a cabo era la desposesión de los bienes comunes sociales. Las leyes, políticas y estructuras administrativas que se crearon permitieron al gobierno federal y a los gobiernos estatales hacer a un lado su papel de principal empleador y asumir el de facilitador, es decir, dedicarse a generar condiciones para que los empresarios agrícolas capitalistas tomaran bajo su control los bienes y servicios agrícolas que, hasta esos momentos, esos gobiernos habían tenido a su cargo.

La actualización tecnológica, la cartera crediticia, los servicios técnicos agrícolas, así como la reactivación de los distritos de riego pasaron a manos empresariales. Con fundamento en la idea de que las unidades productivas debían ser competitivas para insertarse adecuadamente en los mercados internacionales, se abandonó a su suerte a los pequeños productores campesinos e indígenas por considerar que éstos no poseían las condiciones requeridas de competencia económica.

Entre las leyes reformadas están las referidas a las condiciones laborales en el campo y la ciudad. Los cambios que se les hicieron a éstas dieron paso a la flexibilización del trabajo, perdiéndose con ello la mayor parte de las conquistas laborales y ampliándose la explotación de la fuerza de trabajo. De manera que la “desposesión” de los bienes sociales no sólo concentró los avances tecnológicos y los servicios a la producción, también dejó en la indefensión total a los trabajadores para “incentivar” la llegada de inversiones productivas.

Al terminar el siglo, la atención y los recursos del Estado ya se encontraban en posesión de los grandes y medianos agricultores, es decir, en manos de aquellos que mostraron estar en posibilidades de alcanzar mayores niveles de producción y productividad. Los campesinos e indígenas habían dejado su condición de marginados y pasado a ser los excluidos de los programas de fomento productivo. Se habían eliminado todos los programas y políticas agrícolas que estaban explícitamente orientados hacia ellos; la idea de que el desarrollo rural se alcanzaba a partir de acciones de carácter productivo había desaparecido. A las políticas agrarias se les había dado un giro de 180 grados; las modificaciones constitucionales habían permitido dar por terminado el reparto agrario y, en su lugar, instituir una política para la dinamización de los mercados de tierras.

A la desposesión de los bienes comunes sociales le siguió la de los bienes naturales; con ello se dio continuidad a la reconfiguración de los espacios rurales. Con apoyo gubernamental, un número considerable de compañías mineras canadienses se estableció en el país e incrementó la extracción de oro y plata bajo el sistema que se conoce con el nombre de *minería de cielo abierto*. El gobierno también dio facilidades para que compañías petroleras comenzaran a participar en la distribución de los productos del petróleo y tuvieran acceso a la renta petrolera. Asimismo, en los últimos 15 años creció el número de concesiones forestales, sobre todo, en el sureste del país; algunas fuentes de agua pasaron a manos privadas.

Esta forma de desposesión se viene profundizando desde la primera década del nuevo siglo, a partir de la apertura a la inver-

sión transnacional. La administración federal que comenzó en 2013 planteó nuevas reformas estructurales, que fueron aprobadas de manera acelerada por las dos Cámaras del Congreso de la República. Estas reformas tienen como propósito dar más facilidades para la apropiación de los bienes del suelo y del subsuelo nacionales, el establecimiento de nuevos negocios mineros, el incremento del número de concesiones forestales, la privatización de los yacimientos petroleros, las fuentes de agua y la riqueza genética.

Comunidades rurales enteras están siendo expulsadas de sus lugares de origen; esto es más visible en las entidades federativas del sureste del país. La estrategia de desarrollo rural –que se conoce con los nombres de *nueva ruralidad*, *desarrollo territorial rural*, *desarrollo rural sustentable* y/o *desarrollo rural local*–, que desde mediados de los años noventa es la que guía las acciones que se realizan en el campo mexicano, ha comenzado a ser abandonada.⁴ A partir de esa estrategia y los cambios que se le hicieron al artículo tercero constitucional, los gobernantes en turno lograron una primera refuncionalización neoliberal de la vida rural y la consiguiente reconfiguración de los espacios rurales.

Presionados por esos cambios y estrategias gubernamentales, muchos fueron los pobladores rurales que abandonaron, vendieron o dejaron en desuso sus áreas de cultivo, parcelas agrarias en su mayoría; al hacerlo, abandonaron también sus actividades agrícolas tradicionales, sobre todo, la producción de granos básicos. Los que a pesar del embate neoliberal no migraron, se concentraron en territorios comunales, municipales y estatales, recuperando y convirtiendo en comunes muchas de sus prácticas ancestrales

⁴ Los fundamentos teóricos de esta estrategia se encuentran en documentos técnicos de la Organización para la Agricultura y la Alimentación (FAO), la Comisión Económica Para América Latina (CEPAL), el Instituto Interamericano para la Cooperación Agrícola (IICA) y el Centro Agronómico Tropical de Investigación y Enseñanza (CATIE), para citar sólo los organismos agrícolas internacionales más destacados. También en algunos artículos de carácter científico, entre los que se puede mencionar el de Edelmira Pérez, de la Universidad Javeriana.

de sobrevivencia. De manera que el abandono al que se vieron sometidos, lo superaron incrementando su identificación con sus territorios, que recuperaron como marco físico, lugar de refugio del indígena y de lo indígena, medio que permite la salvaguarda de cultura y tradiciones, y lugar de vida.

Estos campesinos e indígenas han logrado desarrollar actividades productivas de carácter no agrícola (producción artesanal, comercio, prestación de servicios turísticos, entre otras) o agrícolas no tradicionales (nuevos cultivos, entre los que destacan las hortalizas, las flores y las frutas), aprovechando el apoyo que a través de los proyectos de la *nueva ruralidad* reciben desde el Estado o las organizaciones no gubernamentales vinculadas con los organismos internacionales.⁵

Lo que actualmente se está haciendo es separar, desposeer a los campesinos e indígenas de los recursos naturales que han tenido a su cargo desde tiempos inmemoriales, y a cuyo uso productivo volvieron a partir de la aplicación de la estrategia de la *nueva ruralidad*. Se les está expulsando de los terrenos comunales, municipales y estatales en los que, durante siglos, han desarrollado sus formas de vida y puesto en práctica sus creencias y en los que ahora, de nuevo, llevan a cabo acciones productivas para sobrevivir. Se trata de una segunda refuncionalización neoliberal de la vida rural y, consecuentemente, de una segunda reconfiguración de los paisajes rurales.

Se trata de dar lugar al desarrollo de una nueva forma de acumulación, la cual, como ya se ha expuesto, tiene como punto de partida la apropiación de los bienes comunes naturales. Para ello no se necesita la política de la *nueva ruralidad*, sino, más bien, leyes,

⁵ Al proponer el impulso de diversos tipos de actividades productivas en sustitución de las tradicionales actividades agrícolas campesinas, lo que realmente se buscó fue facilitar el traslado de la producción de granos básicos a otras latitudes; ese traslado se logró a finales del siglo pasado. De acuerdo con informaciones recabadas por Blanca Rubio, los mayores productores de granos básicos del mundo ya no son los países del Tercer Mundo sino los del primero.

políticas e instituciones que permitan expulsar a los pobladores rurales de los territorios que ocupan, criminalizar las protestas sociales que se generen por dicha expulsión y dar paso a las inversiones que asegurarán el desarrollo de las nuevas producciones. A eso se debe el número de reformas constitucionales propuestas, de entrada, por el actual gobierno y aprobadas a la carrera (*fast track* dicen ellos) por el Congreso de la Unión. También a eso se debe la indiferencia con la que se escuchan las demandas de los diferentes grupos sociales afectados por esas reformas y la fuerza con la que se enfrentan las protestas sociales.

La construcción capitalista de nuevos paisajes en el Estado de México

En México, la apropiación de los bienes comunes naturales se generalizó desde los años noventa. Las diferentes administraciones nacionales establecidas han legislado y tomado medidas para dar lugar a una oleada de privatizaciones de bienes y servicios públicos que incluyeron la privatización del agua y las tierras, de los medios de comunicación y transporte (puertos, aeropuertos, carreteras, túneles, ferrocarriles, compañías de aviación), de las telecomunicaciones (telefonía digital y sistemas satelitales), de la banca y los servicios financieros, del petróleo y la petroquímica, de los complejos siderúrgicos, de los sistemas de seguridad social, fondos de pensiones y retiro de los trabajadores (Navarro Trujillo y Pineda Ramírez, 2009: 84-85).

Esas privatizaciones han favorecido a las élites nacionales y extranjeras al permitirles desarrollar una serie de proyectos económicos fuertemente depredadores del medio ambiente y generadores de condiciones de pobreza entre la población. Se trata de proyectos de minería a cielo abierto; construcción de presas hidroeléctricas, corredores eólicos y carreteras; instalación de confinamientos o basureros tóxicos, proyectos de desarrollo urbano, tales como unidades habitacionales, puentes, vialidades y túneles, desarrollo de complejos turísticos y náuticos (Navarro Trujillo y Pineda Martínez, 2009: 90). También se incluyen en

este tipo de proyectos los relacionados con la apertura de agrogocios y el desarrollo de concesiones forestales.

Esos procesos de privatización y de despojo, desde que el desarrollo en México se fundamenta en el neoliberalismo, se desplazan en todas las zonas del país, pero tienen una importancia estratégica en la región central, sobre todo en el Estado de México, entidad federativa que aglomera, a la fecha, una gran cantidad de inversiones en un amplio abanico de proyectos actualmente en marcha.

El Estado de México se localiza en la meseta central del Anáhuac. Esta meseta comprende un gran número de valles, entre los que destacan los de México, Toluca, Puebla, Pachuca-Tizayuca y el del Mezquital, y está determinada por importantes cadenas montañosas, entre las que se cuenta la Sierra Madre (que se rompe en una gran cantidad de cadenas más pequeñas que reciben diferentes nombres de acuerdo con los lugares por donde pasa), las llamadas Cumbres Occidentales y el Eje o Faja Neovolcánica Transmexicana, que comprende zonas de llanuras, lomeríos, lagos y lagunas.

En cuanto que es parte de esa meseta central, se puede decir que el Estado de México es un paisaje de montaña. En él se localizan importantes elevaciones volcánicas, entre ellas el Popocatepetl (“cerro que humea” en náhuatl, que alcanza los 5,452 msnm), el Iztaccíhuatl (“mujer blanca”, de 5,286 msnm) y el Nevado de Toluca o Xinantécatl (“señor desnudo”, de 4680 msnm). También cerros de gran altura, entre los que están el Tláloc, Telapón y Jocotitlán (todos arriba de los 3,900 msnm), la Peñuela (3,350 msnm), el Xihuingo (3,240 msnm), la Paila (3,200 msnm), las Navajas (3,180 msnm), Agua Azul (3,040 msnm), la Estancia (3,020 msnm) y los Pitos (3,000 msnm). Contrastando con esos cerros y fajas volcánicas, pero incrementando el paisaje de montaña, en el Estado existen regiones de poca altura, llanuras bajas y planas, que conforman una topografía muy accidentada con muchos cambios de nivel.

En esta entidad, las políticas de desarrollo puestas en marcha han implicado una intensa inversión en infraestructura y obras

públicas que han afectado a campesinos e indígenas ubicados en las zonas abiertas a esa inversión, a pesar de que la mayoría de los proyectos que se ha instrumentado viene acompañada de discursos en los que se dice que se promoverá el desarrollo, se generarán más y mejores empleos y se abatirá la pobreza.

Coincidiendo con lo que pasa a nivel nacional, en el Estado de México se ha reactivado la producción minera y forestal, se han desarrollado proyectos hidroeléctricos, de infraestructura y de crecimiento turístico, de desarrollo urbano, tales como unidades habitacionales, puentes, vialidades y túneles. Estos megaproyectos han significado desplazamientos espaciales del capital que implican una reterritorialización del mismo al abrir a la producción capitalista espacios y zonas geográficas en las que no se habían presentado con anterioridad relaciones sociales de apropiación y explotación.

Las estrategias de afectación y despojo puestas en marcha en esta entidad son, prácticamente, las mismas que se han instrumentado en todo el país. En algunos casos han sido previamente probadas en otras entidades; un ejemplo de ello es el proyecto de Ciudades Rurales Sustentables (CRS) que se echó a andar y fracasó en Chiapas, y que, sin embargo, inspira algunos de los proyectos habitacionales que se están impulsando en el Estado de México; en otros casos, como en lo relativo a la construcción de infraestructura, esta entidad sirve de modelo a las otras entidades.

Otra característica que debe resaltarse es la relativa a la complementación que se da entre las diferentes estrategias de afectación y despojo que se impulsan. De acuerdo con Gilberto López y Rivas (2013), la triada minas-hidroeléctricas-ciudades rurales es complementaria y entra en los planes de “despojo territorial, desplazamiento y concentración de población, proletarianización de campesinos autosuficientes para volverlos dependientes del mercado y de trabajos precarios para sobrevivir”.

Una característica más, que es la que más expresa lo que está pasando en las zonas rurales de la entidad, es la manifiesta oposición que las comunidades campesinas e indígenas presentan ante los megaproyectos que se vienen impulsando. Desde que éstos se

establecen dan lugar a luchas, movilizaciones y sujetos que niegan e intentan desbordar las intenciones de despojo, explotación y corrupción que las élites políticas y económicas ponen en marcha a través de ellos.

Esos antagonismos, que son inherentes al desarrollo del capitalismo, en la actual etapa responden a las contradicciones capital/trabajo y capital/naturaleza. Esas relaciones y las categorías de acumulación por desposesión y de bienes comunes, entendidas como categorías críticas más que como categorías analíticas, permiten conocer las consecuencias que las medidas adoptadas han traído en los últimos años en las zonas rurales.

Las comunidades rurales generan formas de resistencia para mantener el control comunal de los bienes naturales, porque sus miembros están conscientes de que en ello se juegan, esta vez, no sólo sus formas de producción sino también, y acaso más, las posibilidades de mantener el ejercicio de sus creencias, costumbres y formas de vida; por eso se resisten a seguir siendo afectadas por las acciones de las empresas trasnacionales, cuya voracidad y ansias de enriquecimiento no tienen límites. Los efectos culturales del (des)control neoliberal son mayores a los efectos económicos que provoca.

Entre las muchas formas en que se está presentando la amplia resistencia comunitaria en el Estado de México, está la desarrollada en una de las zonas más conflictivas de esta entidad: la que une a las ciudades de Toluca y México. Esta zona incluye municipios como Huixquilucan, Lerma, San Mateo Atenco y Ocoyoacac, en los que se han puesto en marcha proyectos de infraestructura vial que afectan comunidades y santuarios indígenas en lugares de montaña.

Un ejemplo con una larga historia de resistencia son los comuneros de San Pedro Atlapulco, comunidad agraria e indígena perteneciente al municipio de Ocoyoacac, enclavada en las montañas centrales del país a 2,980 metros de altitud y localizada a 30 kilómetros de la ciudad de México (capital federal y una de las ciudades más grandes del mundo) y a 38 de la ciudad de Toluca (capital del Estado de México y una de las ciudades más grandes

del país). Su población es mayor a los 5,000 habitantes, de los cuales un poco más de 800 son comuneros registrados que presentan un elevado grado de conciencia y resistencia frente a las políticas neoliberales de los últimos gobiernos federales.

En esta comunidad hay un colectivo que trabaja la economía y se dedica a estudiar y atender la situación de la comunidad y los movimientos del país. Ahí se organizó el IV Congreso Indígena, por lo que otra de sus tareas ha sido dar seguimiento a los derechos de los pueblos indios. En palabras de uno de los comuneros, su localización geográfica los ubica “en una zona complicada” que tiene que ver “con lo urbano y lo que ahí está en juego”. Los comuneros refieren que quisieran seguir sembrando, pero “eso es complicado debido a que la cercanía a las ciudades propicia que los jóvenes se vayan alejando de sus comunidades” (Minuta del II Foro Campesino e Indígena, 2013).

Mucha de la población de San Pedro Atlapulco desarrolla sus actividades económicas en los valles que existen en su territorio, en los que ofrece, principalmente, servicios turísticos consistentes en renta de cuatrimotos y caballos, venta de dulces, desarrollo de deportes (gotcha, tirolesa, remo, pesca de trucha, etc.) y restaurantes que ofrecen una rica gastronomía tradicional. El problema de esta comunidad es que posee, en su extenso territorio de 7,100 hectáreas, dos de los recursos más apetecidos por los empresarios de las grandes ciudades que la enmarcan: una riqueza forestal envidiable, dominada por cuatro especies maderables (*Abies*, *Pinus*, *Ocote* y *Quercus*) y un gran número de inagotables manantiales.

En 1943 el territorio de La Marquesa, como se le llama a la gran extensión de montaña que ocupan varias comunidades agrarias entre las que se encuentra San Pedro Atlapulco, fue convertido en parque nacional; desde entonces está en la mira de funcionarios públicos y empresarios privados. Otra comunidad, San Jerónimo Acazulco, ha sido objeto de varias expropiaciones a partir de las cuales ha perdido más de 500 hectáreas. Huixquilucan, otrora comunidad agraria, es ahora un conjunto de zonas residenciales de alto nivel económico y sus pobladores son, en un buen número,

servidores domésticos de los nuevos residentes. Las expropiaciones por derechos de vía, instalación de torres de energía eléctrica y gasoductos son cada vez más frecuentes. Hace más de 10 años existe un proyecto empresarial que pretende convertir La Marquesa en un centro de juegos y gran turismo.

San Pedro Atlapulco es una de las pocas comunidades que han resistido. Ha logrado combinar su institucionalidad comunitaria (agraria, religiosa y civil) con la defensa de su territorio, que sigue casi intacto. Sin embargo, su vecindad con las otras comunidades con las que comparte económica, social y culturalmente el espacio de La Marquesa, si bien le permite llevar una vida en común, también la involucra en la disputa por el territorio. Hasta ahora los habitantes han salido adelante, pero están conscientes de que deben seguir luchando por preservar su derecho al usufructo del territorio, sus usos y costumbres, porque eso significa su vida misma; están plenamente conscientes de su tradición y de sus derechos. La defensa de lo comunitario pasa obligadamente por defender los bosques, los manantiales que el territorio de la comunidad alberga y, junto con ellos, las montañas que los soportan.

En esa misma zona geográfica el gobierno estatal desarrolla, desde 2009, el proyecto carretero de la autopista Naucalpan-Aeropuerto de Toluca. El mismo año llegaron ingenieros a tomar medidas. Los habitantes que se percataron de ello fueron inmediatamente al Comisariado, donde les dijeron que no sabían a qué se debía la presencia de los ingenieros; también visitaron la empresa y a funcionarios del gobierno del Estado, pero no tuvieron una respuesta satisfactoria. Se organizaron y conformaron el Frente de Pueblos Indígenas en Defensa de la Madre Tierra que inició un juicio de amparo logrando detener, hasta la fecha, las máquinas y el proyecto que se puso en marcha.

Pero detener el proyecto no fue fácil. Tuvieron que recurrir a distintas estrategias, como plantones afuera de las oficinas, el uso de altavoz para informar a la comunidad e invitarla a participar, plantones con el objetivo de parar la maquinaria, la realización de campamentos, etc. Por su parte, las empresas y los gobiernos federal y estatal han recurrido a maniobras de intimidación, co-

optación e incluso represión, por lo que los pobladores movilizados se han visto orillados a presentar quejas a la Comisión de Derechos Humanos. Los integrantes del Frente han conseguido observación judicial que, en cierta medida, los protege (Minuta del II Foro Campesino e Indígena, 2013).

Otra lucha que se da en la misma zona es la que se da para resistir la construcción de la autopista que atravesará la zona de bosques y agua para unir los estados de México y Morelos y el sur del Distrito Federal. En este caso son diversas las comunidades y organizaciones que se resisten a la construcción de la carretera; esta obra, señalan, destruiría “una de las regiones de mayor importancia biológica e hidrológica, incluyendo dos Áreas Naturales Protegidas Federales: Ciénegas de Lerma y el Corredor Biológico Chichinautzin” (Navarro Trujillo y Pineda Martínez, 2009: 91).

Otro ejemplo paradigmático es el del municipio de San Salvador Atenco, que está ubicado en una zona que es paso obligado de quienes van de Veracruz y Puebla hacia el Distrito Federal. El movimiento estalló en 2000, durante la administración de Vicente Fox, a nivel federal, y de Enrique Peña Nieto, a nivel estatal. Los pobladores se agruparon en el Frente de Pueblos en Defensa de la Tierra, para luchar en contra del proyecto gubernamental de construir el nuevo aeropuerto internacional de la ciudad de México. Prácticamente, para ese proyecto se necesitan todas las tierras agrícolas del municipio.

Los pobladores, agrupados en el Frente de Pueblos en defensa de la Madre Tierra de San Salvador Atenco, lograron detener la construcción del nuevo aeropuerto, pero posteriormente fueron objeto de la represión gubernamental, convirtiéndose en un referente nacional e internacional. En 2006, los miembros de este colectivo fueron objeto de una fuerte represión por parte de la Policía Federal Preventiva (PFP), la Agencia de Seguridad del Gobierno del Estado (ASEM) y la policía municipal del municipio de Texcoco. Como resultado de ese ataque, en el que se hizo uso excesivo de la fuerza, dos jóvenes murieron, cinco extranjeros fueron expulsados, 26 mujeres fueron vejadas y violadas y quedaron detenidas 207 personas, entre ellas 10 menores de edad.

El asunto por el que ocurrió este hecho represivo fue algo realmente menor. Inspectores y policías municipales del ayuntamiento de Texcoco impidieron a vendedores de flores instalarse afuera del mercado municipal. Las comerciantes pidieron solidaridad a los habitantes de Atenco; cuando éstos llegaron fueron repelidos por la policía municipal y obligados a refugiarse en una casa que sirve de bodega. La policía entró y tomó a 84 personas presas. Los pobladores de Atenco respondieron bloqueando una autopista (lo que constituye delito federal), enfrentando a la policía y reteniendo a funcionarios estatales para obligar a la liberación de los detenidos (incurriendo en el delito de privación ilegal de la libertad). Los resultados de estos hechos fueron los ya mencionados.

El Frente de Pueblos en Defensa de la Madre Tierra de San Salvador Atenco articuló su lucha en torno a la defensa de la tierra, el agua, la vida en comunidad, sus cultivos y cosechas. Logró desarrollar y reactivar un sentimiento de pertenencia a la tierra a partir de la negación de cualquier posibilidad de negociar sus ejidos y mercantilizarlos. “A la generación –menciona Ignacio del Valle, líder– en la que estamos, nos toca decidir defenderlas o negociarlas. Nos toca eso. En esa pregunta se dividía el pueblo. Los jóvenes decían vender porque significa progreso. El abuelo con tristeza les decía que de ahí comemos” (Minuta del II Foro Campesino e Indígena, 2013).

Otro megaproyecto es el relativo al Sistema de Presas Cutzamala, mediante el cual se abastece de agua a la ciudad de México. En este caso se organizó un movimiento encabezado por las mujeres indígenas mazahuas de Villa Victoria, el cual representa una lucha por el derecho al agua ya que el Sistema de Presas Cutzamala, al abastecer a la ciudad de México, ha dejado sin agua a zonas aledañas al sistema hidroeléctrico. Valga mencionar aquí que el Sistema Cutzamala está integrado por las presas de Villa Victoria, Valle de Bravo, Huapango, Taxhimay, Danxhó y Tepetitlán.

Otro caso es el tiradero de basura industrial y tóxica de la empresa Confinam, que afecta tanto una zona boscosa del municipio de Jilotzingo como al acuífero Cuautitlán-Pachuca que, cubriendo

los estados de México e Hidalgo, es uno de los complejos acuáticos más grandes del país (Navarro Trujillo y Pineda Martínez, 2009: 91). Los ciudadanos se han opuesto a la construcción de ese tiradero.

El Estado de México es una entidad extraordinariamente biodiversa. Al estar ubicado en el centro del país, cuenta con características heterogéneas de clima, orografía e hidrografía que permiten el desarrollo de múltiples formas de vida que resultan útiles para las actividades humanas y esenciales para el mantenimiento del equilibrio ecológico. El número de ecosistemas existentes en la entidad es muy grande. En los últimos años, el gobierno federal en unos casos y el estatal en otros, han declarado partes muy importantes del territorio estatal donde se asienta una considerable riqueza biodiversa como áreas naturales protegidas (ANP).

Entre las ANP más importantes de la entidad están los parques nacionales del Desierto del Carmen, las lagunas de Zempoala, Los Remedios Netzahualcóyotl, el Nevado de Toluca, Zoquiapan y Anexas, el Sacromonte, Insurgente Miguel Hidalgo y Costilla o La Marquesa (comparte área con el Distrito Federal), Molino de las Flores, Iztaccíhuatl y Popocatepetl (comparte área con Puebla) y Bosencheve (comparte área con Michoacán); el corredor biológico Chichinautzin y la Reserva de la Biosfera de la Mariposa Monarca (comparte área con Michoacán), que fue reconocida por la UNESCO como patrimonio natural de la humanidad.

El argumento ha sido la necesidad de resguardar la flora y la fauna existente, pero lo que realmente están haciendo es preparando la privatización de las mismas. El reciente cambio operado en la protección del volcán Nevado de Toluca, que tiene una de las alturas más destacables del estado, que en 2013 descendió de parque nacional (categoría que se le dio en 1937) a área de protección de flora y fauna, dice mucho de la consideración que merecen al gobierno federal los espacios de conservación de la biodiversidad y de los paisajes mexicanos. Ante la inminente privatización que eso significa, los ciudadanos se han organizado, no sólo los miembros de las comunidades rurales localizadas en las áreas de dicho volcán, sino también jóvenes universitarios que

ven con preocupación cómo el gobierno quiere entregar a los intereses privados una riqueza natural como lo es este espacio de montaña.

Conclusiones

Cuando el capital se expande geográfica y temporalmente, resuelve momentáneamente sus constantes crisis de sobreacumulación, pero a su vez crea un paisaje físico a su imagen y semejanza, para destruirlo luego (Harvey, 2004: 103). Además, esta necesidad de ganancia y acumulación capitalista trae consigo consecuencias sociales, políticas y geográficas que dan cuenta de la verdadera naturaleza de la producción capitalista que se está impulsando en México y que se expresa en los actuales procesos de afectaciones y despojo que se presentan, siendo los afectados sujetos específicos y totalmente identificables.

En palabras de Ana Esther Ceceña, en el país se viene construyendo una nueva geografía que está modificando los modos de uso del territorio y que implica “una transformación profunda de las relaciones sociales, de las relaciones entre naciones, de las historias y culturas regionales y del imaginario colectivo como expresión del juego de fuerzas entre las distintas visiones del mundo. La concepción y el uso del territorio es, en suma, un terreno de lucha civilizatoria con un significado e implicaciones muy profundas” (Ceceña, 2002: 2). El Estado de México no es, en este sentido, una excepción.

En su ambición por hacer negocios, los empresarios capitalistas, apoyados por los funcionarios de gobierno, emprenden los megaproyectos sin tomar en cuenta que con ellos están atentando contra la historia y la vida de los pueblos indígenas y campesinos tradicionales. Ante esos embates, los pueblos y comunidades rurales del país, en general, y del Estado de México, en particular, defienden sus tierras y luchan contra la desposesión y el despojo que les ocasionan esos megaproyectos. La concepción que tienen de ellos es que son proyectos destructores de los bienes naturales y de la vida.

Cada día que pasa crece y se fortalece el número de organizaciones y movimientos que se forman para defender los territorios, la energía y los bienes naturales. Los pobladores de la entidad están muy activos en su organización y movilizaciones. La presencia de indígenas otomíes, mazahuas, tlahuicas y matlazincas es cada vez mayor, sobre todo la de las dos primeras etnias mencionadas que, estadísticamente, son las más numerosas. Son redes de organizaciones que desde hace años vienen luchando por sus derechos como pueblos y por la defensa de la biodiversidad y su espiritualidad.

A pesar de que el Estado de México es uno de los estados más industrializados del país y que en su seno se encuentran centros urbanos importantes, sus zonas rurales son muy pobres. En ellas se ubican poblados que constituyen el hogar de importantes grupos indígenas del país (nahuas, otomíes, mazahuas, matlazincas, tlahuicas). Son pueblos que se reconocen y que actúan como comunidades; muchos de ellos conservan sus tradiciones ancestrales, sus ritos, sus costumbres. Ni la industrialización, ni la modernización, ni la emigración a la ciudad de México, e incluso a Estados Unidos, los han cambiado; los que se han quedado han resguardado sus costumbres y persistido en todos sus rasgos culturales.

El Estado de México es una entidad federativa que no sólo muestra fuertemente los proyectos de desarrollo impulsados por las élites políticas neoliberales del país. También muestra los movimientos y las fuertes protestas que genera el despojo de bienes vinculado con la construcción de infraestructura vial, de extracción de recursos y de explotación de la biodiversidad. Es un estado en el que se pueden observar, en toda su magnitud, los cambios que el capitalismo provoca en los paisajes para dar paso a nuevas formas de acumulación.

Referencias

Barreda Marín, Andrés, y Raymundo Espinoza Hernández (23 de julio de 2013). "Tepoztlán otra vez resiste". *La Jornada*. México.

- Ceceña, Ana Esther (2011). "De los desafíos y los nudos". En: *Pensar las Autonomías*. México: Bajo Tierra, pp. 375-399.
- Harvey, David (2004). "El 'nuevo' imperialismo: acumulación por desposesión". En: *Social Register*, pp. 99-129.
- López y Rivas, Gilberto (19 de julio de 2013). "Sierra Norte de Puebla en la mira de las corporaciones capitalistas". *La Jornada*. México.
- Monterroso Salvatierra, Neptalí et al. (2009). *Espoleando la esperanza. Evaluación social de la sustentabilidad en dos comunidades rurales del Estado de México*. México: Porrúa / Codersa / UAEMEX, 207 pp.
- Navarro Trujillo, Mina, y Enrique Pineda Martínez (2009). "Luchas socio-ambientales en América Latina y México. Nuevas subjetividades y radicalidades en movimiento". En: *Bajo el Volcán*, vol. 8, núm. 14, pp. 81-104.
- Rojas, Rosa (29 de diciembre de 2012). "Despojarnos, meta de ciudades rurales: campesinos de Puebla". *La Jornada*. México.
- Veraza, Jorge (2010). "Crisis económica y crisis de la forma neoliberal de civilización (o subordinación real del consumo bajo el capital específicamente neoliberal)". En: *Argumentos*, vol. 23, núm. 63, pp. 123-157.
- Zenón, Miguel Ángel, Neptalí Monterroso Salvatierra y Oliver Hernández Lara (2013). "Reseña del II Foro Campesino e Indígena por la Defensa de la Naturaleza". En: *Memorias del Pre-ALAS. Decolonialidad, movimientos sociales y alternativas de desarrollo en América Latina*. Toluca.

Referencias electrónicas

- "Crisis en Tepoztlán: granaderos desalojan a comuneros" (23 de julio de 2013). *Proceso.com.mx*. Recuperado de <<http://www.proceso.com.mx/?p=348166>>.
- <http://www.wikipedia.org/wiki/Estado_de_México>.

Sentimentos e representações nas tessituras de paisagens e patrimônio

*Maria Gerarda De Almeida**

Introdução

A questão norteadora deste artigo é construir uma reflexão, evidenciando como paisagem e patrimônio contribuem para se abordar a geografia cultural. Com base em leituras diversas, fundamentada em análises sociológicas, geográficas e antropológicas, pelas discussões pretende-se apresentaras concepções, as contradições e, as ilustrações de paisagens culturais e de patrimônio cultural. A paisagem, como categoriageográfica remonta ao século XIX, e caracteriza-se por evoluir-se apresentando diversos conceitos decorrentes dos paradigmas vigentes na Geografia. Com respeito ao patrimônio, ao contrário da paisagem, teve sua inclusão nos estudos geográficos mais recentemente. Pretende-se fazer tal discussão pelo viés cultural, o que permitirá delimitar uma especificidade da paisagem e do patrimônio.

As paisagens culturais

Entre as categorias caras à Geografia encontra-se a paisagem. A ideia de paisagem é ambígua e sujeita a ter múltiplas interpre-

* Profesora investigadora de la Universidad de Goiás Brasil. Correo: <mgdealmeida@gmail.com>.

tações. Os geógrafos interessados nessa categoria desenvolveram uma “maneira de ver”, uma forma de organizar e compor o mundo externo em uma “cena”, com seus elementos materiais e imateriais, de acordo com suas concepções teórico-metodológicas. Cosgrove (1998), que teve um entendimento luminoso sobre a paisagem, dizia ser esta uma nova maneira de ver o mundo, como uma criação racionalmente ordenada, cuja estrutura e mecanismos são acessíveis à mente humana. Entender e interpretar a paisagem implica, pois, em uma visão de mundo de quem o faz.

Com uma visão, mormente funcionalista, outros autores já estabeleceram classificações paisagísticas. Citam neste caso o Rougerie (1969) e Mateo (1998), para os quais a paisagem pode ter cinco interpretações: 1) paisagem como formação natural; 2) paisagem como uma imagem que representa uma ou outra qualidade e que se associa à interpretação estética, resultado de percepções diversas; 3) paisagem como formação antroponatural, conhecida também como paisagem atual ou contemporânea; 4) paisagem como sistêmica econômico-social e; 5) a paisagem cultural. Nota-se que algumas delas derivam de mesclas dentro da própria tipologia.

Se se considerar a paisagem, na concepção da geografia cultural, é evidente que ela diz respeito à nossa posição na natureza, e que sua elaboração se dá pela percepção e pela razão humana e que ela sempre esteve ligada com a cultura. Sauer (1929/2010) afirma que, na formação cultural, a cultura é o agente, a paisagem natural é o meio e a paisagem cultural é o resultado.

A Organização das Nações Unidas para Educação, Ciência e Cultura-UNESCO (2000), ao elaborar sua Convenção de Patrimônio Mundial no seu artigo Primeiro dessa Convenção, considera que a paisagem cultural é uma obra conjugada do homem e da natureza. Pode ser um jardim, um vilarejo, uma paisagem relíquia. Qualquer uma dessas paisagens é marcada pela sua história. Enfim, ela é uma “paisagem cultural associativa”, ou seja, aquela na qual se entrelaça o elemento natural ao cultural.

A paisagem cultural é um objeto concreto, material, físico e factual percebido pelos sujeitos por meio dos cinco sentidos.

Dessa forma, este objeto é assimilado afetiva e culturalmente pelos homens. A paisagem cultural é, assim, a imagem sensorial, afetiva, simbólica e material dos territórios (Beringuier, 1991). Essa definição contempla os conceitos de paisagem visual, paisagem valorizada e paisagem percebida. A paisagem apreendida pelo sentido da visão é uma combinação dinâmica dos elementos físico-químicos, biológicos, antropológicos de forma interdependente. A paisagem percebida define-se como a imagem surgida da elaboração mental de um conjunto de percepções que caracterizam uma cena observada e sentida em um momento concreto. Já a paisagem valorizada significa, segundo Rodriguez, Silva e Cavalcanti (2010), o valor relativo (estético, simbólico e ideológico) que um sistema ou grupo social a determina.

A paisagem cultural tal como Beringuier a concebe, banhada de elementos imateriais e intangíveis que se revelam nas paixões, nos conflitos, nos risos, nas dores, nos encantamentos, nas cores, nas sonoridades e nos odores, presentifica-se na descrição feita por Keroauc (2006), ao apresentar o *sentido* do rio na descrição da cidade de Algiers, no vale do rio Mississipi nos Estados Unidos:

Das margens cheias de arbustos onde inúmeros homens pescavam com seus caniços, e do delta sonolento que se espreguiçava pela terra avermelhada adentro, o rio sinuoso com sua corrente murmurante enrolava-se como uma serpente ao redor de Algiers, com um som indistinto. Entorpecida, peninsular Algiers, com todos os seus mutirões e cânticos de trabalho dando a impressão que seria algum dia levada pelas águas. O sol declinava, besouros esvoaçavam, as águas assustadoras gemiam (Kerouac, 2006, p.179).

O lugar/paisagem emerge palpitante de vida, de movimento e de sonoridade conduzidos pelo rio que dá um significado e um valor ao local “visto” e interpretado pelo Kerouac. Interpretar significado das paisagens interessa aos geógrafos que lidam com a abordagem cultural são sensíveis à dimensão subjetiva das paisagens.

Nas palavras de Claval (2004, p. 40), os geógrafos “culturalistas”,

[...] observam os marcos e sinais visíveis sobre o terreno: as igrejas nas pequenas cidades, as cruzes ao longo dos caminhos, os minaretes, os cemitérios de geometrias indecisas [...]. É viajando, familiarizando-se com as paisagens diferentes que os geógrafos se tornam sensíveis a esses marcos, cuja presença repetida é sinal de pertencimento, de reconhecimento, de confirmação de identidades.

O fato de a paisagem cultural ser uma maneira de demonstrar a identidade territorial evidencia outro viés de como “ler” a paisagem. Esse tema será retomado logo adiante.

Cabe ressaltar que, diante do exposto pelos autores, para se conhecerem as expressões impressas por uma cultura em suas paisagens e também para compreendê-las, necessita-se de um conhecimento da “linguagem” empregada: os símbolos e seus significados nessa cultura, esclarecem Almeida, Vargas e Mendes (2011). As igrejas, por exemplo, podem significar tanto o marco da presença da religião católica no local quanto a existência da casa de Deus para reunir os devotos; as cruzes são tanto símbolos do cristianismo quanto representações que assinalam as mortes ocorridas por acidentes naqueles locais; velas, flores e comida em uma praia para os iniciados em candomblé significam oferendas para Iemanjá e, também, uma forma de pedir a ela o atendimento de um desejo; as mesquitas têm minaretes para que elas estejam visíveis e para que o *muezzin* possa chamar os fiéis para a prece. A paisagem contempla símbolos, significados e torna-se patrimônio e até institucionalizar-se.

Patrimônio cultural

A discussão sobre patrimônio cultural deve ser precedida de um esclarecimento sobre bens culturais. Bens culturais é um tema recente, emergente, diante do interesse de criar objetos de tutela e de valorização no final do século XX. De acordo com Mautone

(2001), bem cultural é uma noção que engloba desde o patrimônio monumental, documentos e bens de interesse histórico, arqueológico, cultural até mesmo o ambiente natural.

Bem cultural é ainda um produto de concepção humana, dotado de um valor singular qualquer ou porque constitui uma obra de arte, ou porque representa um testemunho, um registro ou um documento da história do homem. O bem cultural é diverso e único. Ele pode ser, no caso do Brasil, desde o hino nacional, o pão de queijo de Minas, o samba, o Círio de Nazaré, em Belém, as cavalcadas de Pirenópolis, a feijoada, a arquitetura de Brasília até o Cristo Redentor no Rio de Janeiro para citar alguns exemplos. Todos são bens culturais e compõem o patrimônio cultural brasileiro. Os bens culturais constituem um componente atual do território e da paisagem e trazem, em seu bojo, razões de ordem espiritual, moral, motivos práticos que uma sociedade ou parte dela compartilha.

No mundo contemporâneo, de acordo com Fabre (1994), apesar de nossas sociedades se definirem como modernas, ou seja, engajadas em um processo contínuo de transformação histórica, elas são também sociedades de conservação. A febre patrimonial crescente é a forma presente deste apego com o passado. Em outras palavras, o patrimônio constitui-se nova base de reafirmar a identidade e a patrimonialização. É um recurso para a conservação de símbolos e signos culturais. O patrimônio reflete a história de um povo, suas lutas e conquistas, seus valores e crenças em um dado momento de sua existência. Além disso, o patrimônio fortalece a identidade cultural de um grupo, por isso, cada povo tem um patrimônio cultural.

Uma identidade cultural possui componentes que formam um todo integrado, inter-relacionado e único como a língua, a história, o território, os símbolos, as leis, os valores e crenças e os elementos tangíveis, incluindo a tecnologia. O patrimônio cultural é, nesta perspectiva, para Vallbona e Costa (2003, p.10) “o repertório inacabado de testemunhos materiais e imateriais que constituem as referências da memória coletiva, o acúmulo das experiências que estas sociedades guardam em sua retina”.

Tais marcos foram levados em conta pela Organização das Nações Unidas para Educação, Ciência e Cultura (UNESCO). Em 1982, um documento da UNESCO, intitulado “Declaração do México” definiu o patrimônio cultural de um povo com a ênfase nas “... criações anônimas, surgidas da alma popular”. Tal documento o concebe também como um “conjunto de valores que dá sentido à vida”. Mais recentemente a UNESCO (2000) reelaborou a definição, apresentando o patrimônio como “o conjunto de elementos naturais e culturais, tangíveis e intangíveis, que são herdados do passado ou criados recentemente.” Essas definições permitem que a UNESCO se refere também à paisagem. Pelo patrimônio, os grupos sociais reconhecem sua identidade e, uma vez assumidos, materializados são, no presente, transmitidos às gerações futuras. Cabe adiantar que o papel de representação simbólica da identidade que o patrimônio detém pode ser entendido como a busca da ideia de continuidade dos grupos sociais.

No Brasil, com a Constituição Federal de 1988, foi dado um passo muito significativo no sentido de alargar o entendimento de patrimônio. O artigo 216 da Constituição declara o seguinte: “Constituem patrimônio cultural brasileiro os bens de natureza material e imaterial, tomados individualmente ou em conjunto, portadores de referência à identidade, à ação, à memória dos diferentes grupos formadores de sociedade brasileira, nos quais se incluem: I. as formas de expressão; II. Os modos de criar, fazer e viver; III. As criações científicas, artísticas e tecnológicas; IV. As obras, objetos, documentos, edificações e demais espaços destinados às manifestações artístico-culturais; V. os conjuntos urbanos e sítios de valor histórico, paisagístico, artístico, arqueológico, paleontológico, ecológico e científico.

A definição de patrimônio coadunacom aquela da UNESCO e é pautada “pelos referenciais culturais dos povos, pela percepção dos bens culturais das dimensões testemunhais e das realizações intangíveis”, nas palavras de Funari e Pelegrini (2006, p. 31). Alguns autores enfatizam que patrimônio refere-se aos “fazeres sociais”. Estes entendimentos distintos não comprometem o interesse manifestado para determinar o patrimônio cultural local

e universal. Cabe ressaltar que as considerações da UNESCO e da Constituição Brasileira constituem a natureza dinâmica do patrimônio, reveladora de identidades dos grupos sociais e que, ao mesmo tempo, promove a reprodução destes, bem como sua autonomia social.

Almeida (2010) já disse que o patrimônio e o território têm, assim, o duplo papel de mediadores interpessoais e de cimentos identitários na sociedade. Os elementos materiais como construções, vegetação, propriedades, por exemplo, e os bens imateriais como imagens, cultura, símbolos etc são valores patrimoniais. O patrimônio, de certo modo, como lembra Gonçalves (2009), constrói e forma as pessoas. Contudo, o território, como forma e referência identitárias de um grupo social setorna patrimônio e adquire um valor patrimonial. Assim, a interpretação do sentido de patrimônio leva em conta a base espacial conquistada, territorializada. Além disso, atribui-se a um bem o valor patrimonial ao se procurar compreender o território em sua dimensão fenomenológica e simbólica.

O patrimônio cultural convive com a concepção de contemporaneidade e seu uso atual está muito vinculado ao turismo. A atual turistificação do patrimônio, tanto o cultural quanto o natural, favorece sua mercantilização. O valor que os bens culturais possuem, por um lado, é o que a sociedade, por suas práticas sociais, lhe atribui e, por outro lado, é o definido pelos interesses da lógica do mercado. O turismo, nesse processo, reinventa o patrimônio cultural, como tem ocorrido com os Kalunga do Norte e Nordeste do estado de Goiás.

Entre paisagens e patrimônio cultural

Para ilustrar como a paisagem e o patrimônio podem constituir-se em objetos singulares de estudo geográfico, foram escolhidos exemplos que manifestam o simbólico e a historicidade, a ressignificação na imaterialidade e o mito.

“Toda paisagem é simbólica”, afirma Cosgrove (1998, p.106). De fato, se observados alguns exemplos, chegaremos a esta

constatação: Brasília, para ilustrar, pode ser uma cidade como as demais, entretanto, é um símbolo poderoso do poder presidencial, de sede dos três poderes, unívoco. O lugar onde viveu uma figura nacional pode ser uma casa comum, porém, tem um significado simbólico enorme para os iniciados. É o caso da Casa Velha da Ponte, assim conhecida a casa em que viveu Cora Coralina, poetisa goiana, na cidade de Goiás. Uma cidade como Ouro Preto – Minas Gerais, tombada como patrimônio da humanidade, tem um significado simbólico intenso de um período da mineração do ouro, cujas marcas estão na imponência das igrejas e na arquitetura majestosa dos casarios. Brasília, Casa de Cora Coralina e Ouro Preto, embora paisagens distintas, são idênticas porque revelam a historicidade das relações entre a sociedade e a natureza e a concepção de mundo dos homens que as modelaram. Essa reflexão reafirma o dizer de Santos (1997, p. 83) para quem a paisagem é “[...] transtemporal, juntando objetos presentes e passados. É uma construção transversal.”

Considerando outras paisagens, como as festivas, é evidente que a festa cívica participa plenamente do processo de construção simbólica das paisagens e dos territórios da localidade. Diante de uma paisagem festiva, o olhar investe de toda a carga de experiências de uma vida e da existência humana, pois a paisagem, como diz Schama (1996, p. 23), reafirmando a historicidade apontada por Santos (1997) anteriormente, “[...] é um texto em que todas as gerações escrevem suas obsessões recorrentes”.

Para Di Méo (2001), esse simbolismo festivo identifica e qualifica os lugares, os sítios, os monumentos, as paisagens e os lugares ordinários. Ritos e cerimônias destacam as ações dos grupos locais sobre o espaço da festa. Mais que uma geografia concreta, Almeida (2011) afirma que a festa engendra e constitui uma geografia simbólica e o espaço é revestido de uma dimensão mítica. As paisagens festivas emergem segundo as experiências e as percepções de cada indivíduo.

Assim, a paisagem pode ser entendida como formada por movimentos impostos pelos grupos sociais por meio de seu trabalho, trocas informacionais, cultura, emoções, o que lhe confere

uma dimensão social. A paisagem é percebida e concebida pelos sentidos e por eles ela é veiculada, como já foi dito.

Há um súbito e crescente interesse pelos bens culturais, pelos saberes, pelos grupos étnicos, o que pode explicar o fato de o Sítio Histórico e Patrimônio Cultural dos Kalunga ter se transformado em um dos atrativos turísticos mais visitados no Estado de Goiás pela população do Distrito Federal. Ao adentrarem-se no Sítio, os visitantes procuram a *paisagem cultural associativa*, já mencionada: as cachoeiras e ossaberes dos Kalunga. Com olhares curiosos, observam o agrupamento de casas sem arruamentos, as “casas kalungas”, construídas pelo governo, portando placas indicativas de serem protótipos desse povo, mulheres e crianças adornadas com *rastafári* e outros se aventuram mesmo a encomendar uma refeição caseira para o retorno da visita às cachoeiras (Almeida, 2010).

No caso das paisagens citadinas, cada cidade tem a sua fala, afirma Lynch (1990); e ela deve ser vista como uma escritura, uma fala a ser interpretada pelo transeunte. Trata-se de um enigma a ser desvendado pela exploração, como um idioma, como nos diz Calvino (1990, p.1):

O olhar percorre as ruas como se fossem páginas escritas: a cidade diz tudo o que você deve pensar, faz você repetir o discurso e, enquanto você acredita estar visitando Tâmara, não faz nada além de registrar os nomes com os quais ela define a si própria e todas as suas partes.

Visitantes e, muitas vezes, os habitantes locais intrigados se perdem nabusca de decifrar os mistérios desta escritura reveladora de bens culturais patrimonializados.

Todo detalhe é relevante na composição e compreensão do todo, como no exemplo de Yangoon, capital de Myanmar, com seus contrastes de ruelas e modernas avenidas. A cidade teve um centro planejado pelos britânicos durante a ocupação. Espalhados no seu entorno, existem vários hotéis de luxo, edifícios modernos destinados a empresas, sendo a maioria, de multinacionais. Ainda nas principais avenidas, um próspero setor informal espalha pelas

calçadas, disputando espaços com os transeuntes, mercadoria e cozinhas ambulantes, mesas com cadeira, tamanho infantil. Motocicletas e bicicletas adaptadas para transportarem passageiros têm a preferência e abundam pelas ruas. Trajes ocidentais cruzam com homens usando um tipo de *sarong* local e mulheres com trajes indianos. Yangoon é, sobretudo, a cidade dos pagodes, dentre os quais se destaca o de Shwedagon, budista. É o mais impressionante do mundo, pela grandiosidade e beleza e por ser um sítio de valor histórico, paisagístico e artístico. Este patrimônio cultural da humanidade está tanto no centro de Yangoon, quanto no centro da vida religiosa, e também social dos birmaneses: as famílias ali vão para suas preces, mas também fazem tranquilamente o *pic-nic*, local de encontros de amigos, de colegas e até mesmo para os acordos. É uma cidade de perfumes e tradições do Ocidente e do Oriente que impregnam os sentidos do visitante, dando-lhe a sensação de uma experiência a mais, de uma descoberta. O resultado é a imagem construída, a paisagem levada na memória e que, narrada, serve de estímulo para novos viajantes curiosos.

Há casos de paisagem, porém, em que o simbolismo não é tão evidente. No Equador, a capital Quito encontra-se no sopé do vulcão Pichincha. Além dele, na mesma Cordilheira Ocidental, encontra-se o pico mais alto do país, o vulcão Chimborazo (6.268 metros, apelidado de *Taita* Chimborazo, ou seja, papai Chimborazo). A cadeia montanhosa oriental é formada pela majestosa Cordilheira Real, cheia de altas montanhas e alguns vulcões ainda ativos.

Entremeadas por um longo vale e margeada por pequenos vilarejos indígenas, a região foi batizada por Alexander Von Humboldt (2001), no século XIX, de “Avenida dos Vulcões”. Esse lugar tornou-se, na atualidade, um roteiro turístico de larga demanda pelos ansiosos viajantes por se defrontarem com um vulcão expulsando material incandescente, lavas piroclásticas e gases. Avenida é uma expressão que define bem esse território salpicado de “gigantes” que se expõem soberanos e determinam a paisagem. A cidade de Latacunga já foi devastada duas vezes pela erupção do Cotopaxi. A palavra Cotopaxi, herdada do antigo

dialeto Inca, vem da expressão “Coello de la Luna” ou “Garganta da lua”. Em uma época do ano, a lua cheia nasce, vista de Quito, exatamente em cima do vulcão, o que justifica considerá-lo como uma garganta daquele astro. Os mitos ajudam a estabelecer um padrão de convivência com os imponentes, temidos e belos vulcões. Para Schama (1996), quando uma determinada ideia de um mito ou de uma visão se forma em um lugar concreto, ela torna as metáforas muito mais reais do que seus referentes, tornando-se de fato parte da paisagem.

Essas são algumas paisagens simbólicas do Equador. O geógrafo atual não estuda mais apenas a paisagem como realidade objetiva como Humboldt o fez no século XIX. O seu olhar dirige-se para perceber a paisagem carregada de sentido, investida de significados por aqueles que vivem nela ou que a descobrem. Neste processo, Duncan (2004, p. 111) também opina, dizendo que “[...] a paisagem é lida como um texto, e então atua como um elemento de transmissão, reproduzindo a ordem social.” O que impulsiona as pessoas a permanecerem nos lugares próximos aos vulcões? O que fazem as pessoas sonharem percorrer, ou mesmo permanecer morando na avenida dos vulcões? Por que as pessoas consideram alguns acidentes da topografia, certas construções como especiais, como elementos de um patrimônio, sacralizando esses territórios? Essas questões dizem respeito a como os homens apropriam-se do meio ambiente e o transformam, produzindo as paisagens.

Paisagens e patrimônio institucionalizados

A paisagem testemunha a aventura do homem na superfície da terra e qualquer marca por ele introduzida significa um diferente valor cultural. Técnicas, crenças religiosas e ideológicas perpassam cada paisagem, por isso, as paisagens possuem significados simbólicos e estão, também, carregadas de ideologias. São reconhecidas como testemunhas da criatividade, da diversidade cultural, dos cenários de vida e tornam-se objetos de interesse de políticas nacionais e internacionais. O papel da UNESCO eda

Constituição Brasileira para ressignificarem paisagens e patrimônios culturais já foi dito porém, merece um complemento sobre o que já foi mencionado.

No caso de paisagens culturais, o Brasil ainda carece de uma legislação específica que atenda às recomendações da UNESCO a despeito de ser signatário da Convenção Relativa à Proteção do Patrimônio Mundial Cultural e Natural de 1972. O Brasil assumiu o compromisso ético de proteger os bens inscritos na lista do Patrimônio Mundial. Por meio do Decreto 3.551, de 4 de agosto de 2000, o Brasil instituiu o registro do patrimônio imaterial e, para tanto, o Inventário Nacional de Referências Culturais (INRC). Com isso, mantém o registro da memória desses bens culturais e de sua trajetória no tempo porque só assim se pode “preservá-lo”. Além disso, conforme já foi mencionado, é bom lembrar que na Constituição Brasileira de 1988, no seu artigo 216, define-se o patrimônio cultural brasileiro e, no inciso V, são definidos “os conjuntos urbanos e sítios de valor histórico, *paisagístico* (grifo nosso), artístico, arqueológico...”. Isso revela que a paisagem é percebida como um dos elementos centrais na cultura; um conjunto ordenado de objetos passível de ser interpretado, repetimos, como um texto e que atua como uma criadora de signos pelos quais um sistema social é transmitido, reproduzido, vivenciado e explorado.

Sem entrar no mérito da intencionalidade desse fato, desde então, atores diversos têm se apropriado do termo: organismos não governamentais, terceiro setor, técnicos governamentais, pesquisadores e a sociedade civil. As paisagens culturais transformam-se em objetos de políticas valorativas, preservacionistas e, também, de atrações turísticas. Para ilustrar, no ano de 2008, houve uma iniciativa do Instituto de Patrimônio Histórico e Artístico Nacional – IPHAN – em inaugurar o conceito de paisagem cultural na criação dos Roteiros Nacionais de Imigração. Isso ocorreu no dia 27 de agosto, em Pomerode, Santa Catarina. “Os Roteiros Nacionais de Imigração” ressaltam os elementos paisagísticos das estradas rurais de Santa Catarina e os costumes

e tradições seculares trazidos pelos imigrantes: a culinária, a música, os dialetos, a arquitetura, as festividades. Paisagens culturais passam a ser reconhecidas como representativas de uma história nacional e como valorizadoras da presença do imigrante naquele estado brasileiro.

Para o presidente do Iphan, Luiz Fernando de Almeida, o conceito de Paisagem Cultural que esse projeto de Roteiros de Imigração emprega, tem uma relação direta com o princípio de execução, circulação e produção dos bens culturais. “Este é um bem cultural brasileiro. A preservação desses lugares é a preservação da dinâmica desses lugares, da sua forma de vida, das suas expressões e do exemplo de relação harmoniosa entre o homem e a natureza.”, conforme divulgou-se em *site* do dia 27/04/2009 (<<http://www.brasilcultura.com.br/perdidos/santa-catarina-ganha-roteiro-de-imigracao/>>).

Ainda é o IPHAN que mais recentemente tomou a iniciativa de estabelecer a chancela da Paisagem Cultural Brasileira, publicando no Diário Oficial da União de 05 de maio de 2009, a Portaria 127, de 30 de abril de 2009. Por ela, considera-se a paisagem cultural “como uma porção peculiar do território nacional, representativa do processo de interação do homem com o meio natural, à qual a vida e a ciência humana imprimiram marcas ou atribuíram valores” (*apud* Weissheimer, 2010). A chancela tem por finalidade atender o interesse público e contribuir para a preservação do patrimônio cultural, complementando os instrumentos de promoção e proteção já existentes e integrando-os.

E assim...

Para finalizar, Andreotti (2008) afirma que, na paisagem, refletem-se a filosofia, a religião, a ciência. Nesse sentido, a paisagem cultural é testemunha de cultura, de história, de religião, de ideologias e de arte. Simultaneamente, ela é a inspiração e a inspiradora e, quando se está diante de uma paisagem cultural, percebe-se imediatamente a íntima conexão entre as várias formas de vida espiritual que a gerou.

Exemplificamos, para ilustrar. Belém tem um centro histórico de feição portuguesa, abrangendo o mercado Ver-o-Peso, e, a despeito desta colonização, é impossível não constatar a presença singular indígena dominando no mercado. São ervas, folhas, frutos, sementes, raízes vindos da floresta, cujos usos ainda são tradicionais. O Mercado de Peixe oferece variedades de cores, cheiros e tamanhos. Os grupos ali efetuam trocas materiais e simbólicas. Esta paisagem é um raro exemplo de local em que coexistem marcas de culturas distintas como a portuguesa e a indígena. O Ver-o-Peso possui alma tão intensa quanto o Círio de Nazaré e somente este já figura no livro de registro de Bens Culturais. Nisso, ela se distingue da paisagem geográfica, pois é dotada de *anima*, de algo profundo e interior, a alma. Os múltiplos significados das paisagens simbólicas falam, pois, muito dos homens que as criaram. Elas explicam a diversidade cultural do mundo em que vivemos.

Depreende-se pelo que foi exposto que tanto a paisagem quanto o território são dimensões marcadas por elementos patrimoniais, signos da trajetória da sociedade que ativam a memória e situam os grupos definindo suas identidades.

Tais dimensões são produtos e, ao mesmo tempo, produtoras da natureza social e cultural das sociedades. Com isso, não se afirma que as ações dos homens sejam determinadas pela moldura material do meio ambiente, mas ressaltam-se as imbricações que existem e permeiam as paisagens culturais. Elas refletem a superposição de poderes e de símbolos dos homens (Gandy, 2004). Elas são, pois, poderosos elementos constitutivos das visões de mundo e de nós mesmos.

Nesse entendimento contemporâneo de paisagem cultural, é inegável a necessidade de discuti-la simultaneamente com o patrimônio cultural. Eles se entrelaçam. As novas questões levam a sociedade a uma compreensão mais rica de ambos, tanto da paisagem quanto do patrimônio. Além disso, eles fazem parte da nossa história, de nossas emoções e de nosso sentir atual.

Referencias

- Almeida, M. G. de. Festas rurais e turismo em territórios emergentes. *Biblio3w* (Barcelona), v. XV, 2011. p. 919.
- Almeida, M. G. de. Territórios de Quilombolas: Pelos Vãos e Serras dos Kalunga de Goiás – patrimônio e Biodiversidade de Sujeitos do Cerrado. *Ateliê Geográfico, Goiânia*, v.4, n.9, p.1-28, 2010.
- Almeida, M. G. de; Vargas, M. A. M.; Mendes, G. F. Territórios, paisagens e representações: um diálogo em construção. *Mercator (UFC)*, v. 10, 2011. p. 23-35.
- Almeida, L.F. Santa Catarina ganha Roteiro de Imigração. Disponível em: <<http://www.brasilcultura.com.br/perdidos/santa-catarina-ganha-roteiro-de-imigracao>>. Acesso em 02/03/2012.
- Andreotti, G. *Per una architettura del paesaggio*. Trento: Valentina Trentini Editore, 2008.
- Arruti, J. M. A. P. O quilombo conceitual: para uma sociologia do artigo 68 do ADCT”. In: *Texto para discussão: Projeto Egbé – Territórios negros (KOINONIA)*. Rio de Janeiro: Koinonia Ecumênica, 2003.
- Beringuier, C. *Manières paysageres. Première partie une méthode d'étude*. GEODOC. Document de Recherche à 1, UFR Géographie et aménagement. Université de Toulouse, n. 35, 1991. p.2-58.
- Brasil. Legislação. Constituição de 1988. Disponível em: <<http://www.planalto.gov.br>> Acesso em: 02 dez. 2011.
- Calvino, Í. *As cidades invisíveis*. Trad. Diogo Mainardi. São Paulo: Cia das Letras, 1990. 150 p.
- Claval, P. A Paisagem dos Geógrafos. In: Correa, R. L.; Rosendahl, Z. (Org.). *Paisagens, textos e identidade*. Rio de Janeiro: Editora da UERJ, 2004, p.13-74.
- Cosgrove, D. A geografia está em toda parte: cultura e simbolismo nas paisagens humanas. In: Correa, R. L.; Rosendahl, Z. (Org.). *Paisagem, Tempo e Cultura*. Rio de Janeiro: Eduerj, 1998. p. 84-122.
- Di méo, G. *La géographie en fêtes*. GAP: Ophrys, 2001.

- Duncan, J. A paisagem como sistema de criação de signos. In: Correa, R. L.; Rosendahl, Z. (Org.). Paisagens, textos e identidade. Rio de Janeiro: Eduerj, 2004, p. 91-132.
- Fabre, D. Ethenologie et Patrimoine en Europe. Terrain. n. 22. Les émotions, mars, 1994.
- Funari, P. P. A.; Pelegrini, S. C. A. Patrimônio Histórico e Cultural. Rio de Janeiro: Jorge Zahar, 2006.
- Gandy, M. Paisagem, estéticas e ideologia. Correa, R. L. Rosendahl, Z. (Org.). Paisagens, textos e identidade. Rio de Janeiro: EDUERJ, 2004. p.75-90.
- Gonçalves, J. R. S. O patrimônio como categoria do pensamento. In: Abreu, R.; Chagas, M. (orgs). Memória e Patrimônio. Ensaios Contemporâneos. 2 ed. Rio de Janeiro: Lamparina, 2009. p. 25-33.
- Gonçalves, J. R. S. A retórica da perda: os discursos do patrimônio cultural no Brasil. Rio de Janeiro: Editora da UFRJ, 1996.
- Hall, S. A identidade cultural na pós-modernidade. 3 eds. Rio de Janeiro: DP&A, 1999.
- Humboldt, Von A. Ensayo de una descripción física del mundo. Rio de Janeiro: Zahar Editora. Tomo II, 2001.
- Iphan. Patrimônio Material e Imaterial. Disponível em: <<http://portal.iphan.gov.br/>>. Acesso em: 21 nov. 2011.
- Kerouac, J. Ontheroad: pé na estrada. Porto Alegre. Coleção P&M Pocket. 2006.
- Le guide du routard. Birmanie (Myanmar) 2001-2002. Paris: Hachette, 2001.
- Lynch, Kevin. A imagem da cidade. Rio de Janeiro: Edições 70, 1990. 205 p.
- Mateo, J. La ciência del paisaje a la luz del paradigma ambiental. Cadernos de Geografia. v.8. n.10. Belo Horizonte:1998. pp. 63-68.
- Mautone, M. (org.). I'Beni culturali. Risorse per l'organizzazione del territorio. Bologna: Pàreon Editore, 2001.
- Paes, M. T. L. "Patrimônio cultural, turismo e identidades territoriais: um olhar geográfico". In: Bartholo, R.; Sansolo, D. G;

- Bursztyn, R. Turismo de base comunitária: diversidade de olhares. 2009. versão em PDF.
- Rodriguez, J. M.; Silva, E. V.; Cavalcanti, A. P. Geoeologia das paisagens. Uma visão geossistêmica da análise ambiental. Fortaleza: Ed UFC, 2010.
- Rougerie, G. La géographie des paysages. CNRS. Paris, 1969.
- Santos, M. A natureza do espaço: técnica e tempo-razão e emoção. 2 ed. São Paulo: Hucitec, 1997.
- Schama, S. Paisagem e Memória. São Paulo: Companhia das Letras, 1996.
- Sauer, Carl O. "Geografia Cultural". In: Corrêa, Roberto Lobato; Rosendahl, Zeny (orgs.). Introdução a Geografia Cultural, 3 ed., Rio de Janeiro: Bertrand Brasil, 2010. pp.19-26.
- UNESCO. World culture report 2000. Paris: Unesco, 2000.
- Vallbona, M. C; Costa, M. P. Patrimonio Cultural. Madrid: Editora Síntesis, 2003.
- Weissheimer, M. R. A chancela da Paisagem Cultural: uma estratégia para o futuro. Desafios do desenvolvimento. Edição especial. IPEA. Jun./Jul. 2010, ano 7, n. 62, p. 25.

Aproximaciones prácticas

Aproximaciones al paisaje en el *Ensayo Político sobre el Reino de la Nueva España*, de Humboldt

*Carlos Alberto Pérez Ramírez**
*Patricia Naime Libien***

Introducción

La recuperación de nociones geográficas para la construcción de modelos interpretativos sobre la realidad conlleva la renovada emancipación del paisaje como eje de estudio. Aunque debe precisarse que el paisaje es más que la suma de elementos físico-distintivos, pues conforma una entidad que supera la asociación de elementos naturales, conjugando y vinculando también lo cultural en una noción integral. De esta forma, el paisaje adquiere un verdadero significado y se convierte en un instrumento útil para el análisis y el ordenamiento territorial (García y Muñoz, 2002).

Si bien el paisaje natural describe las características geomorfológicas y ambientales, las acciones humanas se expresan en el paisaje cultural con una relación específica en el tiempo y en el espacio, pues ambos son endebletes al paso del tiempo. Por ello, la concepción de paisaje refiere a la segmentación de las represen-

* Profesor-Investigador de la Universidad Autónoma del Estado de México. Correo <caperezr@uaemex.mx>

** Profesora-Investigadora de la Universidad Autónoma del Estado de México.

taciones naturales y culturales que determinan la trascendencia y el carácter de las actividades humanas (Sauer, 2006).

De esta forma, la noción de paisaje es empleada en el abordaje científico de las relaciones entre lo natural y lo cultural, aunque es preciso reconocer las aportaciones iniciales realizadas desde el siglo XVIII. En la actualidad, Friedrich Wilhelm Heinrich Alexander von Humboldt (1769-1859) es reconocido como precursor de múltiples disciplinas científicas, pues su interés por explorar el Nuevo Mundo lo llevó a conocer no sólo los recursos existentes, sino también a la población. Pero ¿es posible también considerarlo como un precursor en los estudios del paisaje?, ¿de qué forma se revela la construcción del paisaje natural y cultural en sus escritos?, y aún más: ¿cuál fue la utilidad política de sus aportaciones para los procesos coloniales de Occidente?

Humboldt realizó diversos viajes alrededor del mundo, en pleno Siglo de las Luces, época trascendental para la evolución del pensamiento occidental y en el que se establecen las condiciones para el desarrollo del sistema capitalista como modelo económico predominante, soportado en la premisa fundamental de la acumulación del capital, la mercantilización y la maximización de los beneficios a partir del control de las fuerzas de producción y fuerza de trabajo, pero además con una inexcusable injerencia en la transformación de los ámbitos político, social, cultural y físico del Nuevo Mundo, que desplazó la diversidad taxativa por la visión totalizante del proceso civilizatorio.

En este contexto, Humboldt reconoce que su interés por conocer América nació cuando “[...] en el Jardín Botánico de París vio las colecciones de plantas que había llevado Luis Antonio Bougainville [...] y después de leer su obra alucinante *Viaje alrededor del mundo*” (Vargas, 1999: 115) se despertó su interés por viajar al Nuevo Mundo. Llega a la Nueva España en mayo de 1799 y después de visitar Chilpancingo, Taxco, la ciudad de México, Pachuca, Real del Monte, Guanajuato, Puebla, Cholula, Jalapa y Veracruz, entre otros, regresa a Europa en julio de 1804. Durante su estancia, recopiló profusa información que le permitió

elaborar *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*, en 1808, conteniendo una amplia descripción del medio físico y la situación política, económica y social que caracterizaba a la Nueva España, antes que diera inicio la lucha por la independencia. La obra está dividida en seis libros, con sus correspondientes capítulos, en los que Humboldt revela aspectos de la geografía física, como el suelo y clima (libro primero, capítulos I, II y III); en los libros segundo y tercero refiere a la población general de México; en el libro cuarto, refiere los aspectos económicos, destacando la agricultura y la minería; en el libro quinto, retoma el estado de las manufacturas y del comercio; finalmente, en el sexto libro aborda las rentas del Estado y la defensa militar del territorio.

El presente trabajo trata de dar luz a la noción de *paisaje* en el *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*, por las repercusiones políticas y académicas que provocó en el gobierno liberal, así como por su carácter multidisciplinario para la ciencia moderna. Se eligió esta significativa obra por la cantidad de descripciones físicas y sociales del paisaje que el “viajero ilustrado” desarrolla, enfatizando en los libros referentes a la extensión y aspectos físicos, las intendencias y la organización económica.

De esta forma, el trabajo tuvo como principal finalidad identificar la aproximación a la noción del paisaje natural y cultural de Humboldt, a partir de la revisión de la obra citada. Para ello fue necesario identificar las referencias sobre la riqueza natural y paisajística de la Nueva España en los lugares visitados por Humboldt, determinar la tipología del paisaje natural y cultural en la relatoría del viaje de Humboldt, y describir las diferencias y semejanzas con que Humboldt configura el paisaje durante el transcurso de su viaje.

Para realizar este trabajo se consultaron distintas referencias sobre Humboldt y el paisaje. Cabe resaltar la serie de libros sobre Humboldt, dirigida por Zea y Magallón (1999a; 1999b; 1999c), publicados por el Fondo de Cultura Económica (FCE) y el Instituto Panamericano de Geografía e Historia (IPGH). Asimismo, fueron trascendentales las aportaciones de Sauer (2006) sobre el pai-

saje, retomando la tipología de paisaje natural y cultural, acorde con el contenido del *Ensayo político*, al destacar la distinción del trópico, la llanura y la montaña.

El trabajo se estructura en cuatro apartados centrales. Inicialmente, se realiza una revisión de la figura emblemática de Humboldt, su interés de recorrer el Nuevo Mundo en un viaje “ilustrado” y los escritos que realizó. Posteriormente, se describe a manera de metodología la conceptualización de *paisaje*, además de la tipología empleada para la determinación del paisaje en la obra. En el cuarto apartado se retoma la descripción del paisaje contenida en el *Ensayo político*, con base a la distinción de escenarios físicos (trópico, llanura, montaña) y el paisaje cultural.

Humboldt, el gran viajero “ilustrado”

Alexander von Humboldt, de origen berlinés, nació en 1769 en una familia acaudalada; asistió a clases con Marcos Hertz y aprende hebreo en el grupo intelectual de Moses Mendelssohn, al tiempo que estudia dibujo y grabado en la Academia de Artes de Berlín. En 1789, año de la Revolución Francesa y de la Declaración de los Derechos del Hombre, se inscribe en la Universidad de Gotinga, en cuyos círculos académicos conoce a John Forster “El Viajero Universal”, que había acompañado al capitán Cook en su segundo viaje alrededor del mundo. Humboldt vive en el contexto de la Revolución Francesa y las ideas de libertad, igualdad y fraternidad, en el siglo de importantes artistas alemanes, como Goethe, Schiller y Beethoven, y de filósofos, como Kant y Fichte. Fue, sin duda, parte de una gran generación atrevida y pensante, que brilló con luz por su clara vocación científica (Ortega, 1999).

Si bien en el siglo de la Ilustración las definiciones científicas no eran tan especializadas, ni estaban tan metodológicamente separadas como hoy día, casi no hubo ciencia o saber a los que Humboldt no prestara atención, no con objeto de profundizarlos o investigarlos a conciencia, sino sólo atraído por una intensa curiosidad. Su saber tocaba las orillas de lo que ahora se deli-

mita dentro de la etnografía, antropología física, oceanografía, climatología, botánica, geología, fitogeografía, botánica, zoología, mineralogía y cartografía, por lo que es considerado el “Padre de la Geografía Moderna”. Dibujaba algunos bocetos de las especies de flora y fauna que “descubría”, fenómenos, cuerpos espaciales y accidentes geográficos que han sido nombrados en su honor. Realizó importantes contribuciones conceptuales a las ciencias, incluso Bolívar señalaba que hizo más bienes para América que cualquiera de sus tantos habitantes. Por su parte, Goethe lo consideraba amablemente su rival, por la amplia información y conocimientos que poesía, expresando que unas pocas horas en compañía de Humboldt era como vivir años de experiencias y conocimientos intelectuales (Romero, 1998; Zea y Magallón, 1999a; 1999b; Ortega, 1999).

Humboldt “es un producto típico del pensamiento científico ilustrado prusiano, liberal y racionalista extremado, demócrata, anticlerical radical, con una amplísima formación politécnica y científica y con el dominio de varios idiomas” (Casas, 1999: 18). Precisamente su interés por el conocimiento lo llevó a viajar por distintos lugares del mundo, con afán de investigación, entre ellos: México, la Amazonia y las islas Canarias. Por tanto, se le considera uno de los viajeros más “ilustrados”. Es después de que Humboldt inicia sus viajes que “los balbuceos científicos modernos” empezaron a articularse como ciencia: en 1808 John Dalton enuncia su teoría atómica y Joseph Louis Gay Lussac la Ley de los gases; entre 1809 y 1811 Joseph Gall y Charles Bell publican sus estudios sobre el sistema nervioso humano y sobre la anatomía del cerebro, respectivamente; en 1826 André Marie Ampere establece la electrodinámica, mientras Michael Faraday señala la inducción electromagnética, hacia 1831, y la clave Morse tardaría cuatro años más en ser creada.

Fue su actitud y sus viajes los que inspiraron a Darwin para realizar su viaje a Brasil, Tierra del Fuego y las islas Galápagos. Las descripciones que hacía Humboldt “poseían un poder estimulante y persuasivo bien notable: Sólo [Humboldt] –escribe

Darwin— da una idea de los sentimientos que se despiertan en el que entra por primera vez en los trópicos” (Ortega, 1999: 120). *El origen de las especies* se publicaría un año después de la muerte de Humboldt, en 1859.

Estas travesías representan la “nueva era de los viajes, no de exploración y descubrimiento, sino de conocimiento científico” (Ortega, 1999: 120). De hecho, si en la actualidad un individuo hiciera un viaje como el que realizó Humboldt para describir el reino de la Nueva España, sería muy complejo retomar su enfoque holístico, ya que la superespecialización se lo impediría (Bernal, 1999). Humboldt “deseaba entender al hombre dentro de su [...] ambiente social, natural, con relación a los fenómenos del universo, así como su relación con los seres vivos” (Casas, 1999: 18), una especie de escrutinio del mundo que le ayudara a explicar a la sociedad el funcionamiento del universo, sus condiciones particulares y sus fenómenos físicos y ambientales.

El gusto de Humboldt por el viaje se manifiesta en una carta en la que se percibe la finalidad cultural, científica y espiritual de los viajes, al confesar que:

Desde mi más temprana juventud tuve un deseo de viajar por esas tierras lejanas no visitadas aún sino raramente por los europeos. Este impulso característico de una etapa de nuestra existencia en la que la vida se presenta como un horizonte sin límites, y nada cautiva más la imaginación como la excitación de los sentidos y las manifestaciones del peligro físico [...] El estudio de los mapas y la lectura de los libros de viajes despertaron en mí una fascinación secreta que a veces era casi irresistible, y parecía ponerme en contacto directo con sitios y cosas lejanos (Casas, 1999: 19).

Humboldt realizó diversos viajes. El primero inició en la primavera de 1790, recorrió el río Rin, Holanda e Inglaterra. Años después emprendió su viaje a América, del cual se tienen indicios que “el interés de Humboldt por conocer América nació cuando en el Jardín Botánico de París vio las colecciones de plantas que había llevado Luis Antonio Bougainville [...] y después de leer su obra [...]

Viaje alrededor del mundo" (Vargas, 1999: 115), por lo que fueron dos motivos los que provocaron el interés de Humboldt por viajar: un museo y la literatura.

En 1789 Alexander recorre el río Rin con Van Geuns, meses después emprende otro viaje con Forster por Bélgica, Holanda, Inglaterra y Francia. De este primer viaje, Foster publicaría *Apuntes sobre el Rin inferior*, mientras Humboldt haría anotaciones sobre mineralogía y botánica, entre otras, en su diario (Ortega, 1999). En 1793 aparece *Flora subterránea de Freiberg*, su primer trabajo científico, apenas a sus 24 años. Comisionado como Consejero de Minas hace viajes por el imperio prusiano, Bravante y Francia. Entre el 14 y 16 de diciembre de 1794 conoce a Goethe, ambos "quedan recíprocamente encantados" (Ortega, 1999). Entre 1794-1797 viaja a Génova, Suiza, Dresde, Salzburgo y París; en 1798 empiezan sus viajes con Bonpland.

En La Coruña, el 5 de junio de 1799, emprende su viaje a Nueva Granada, pasando por La Habana y México; recorre Araya y La Guira, para llegar a Caracas el 20 de noviembre, y viajar por más de 15 lugares alrededor de lo que hoy es Venezuela.

En marzo de 1801 llega a Cartagena, cruza Bogotá y se adentra luego a la Amazonia, para luego partir de Guayaquil y llegar a Acapulco. Su viaje por la Nueva España empezó en mayo de 1799 y terminó en julio de 1804, periodo en el cual visita Chilpancingo, Taxco, la ciudad de México, Pachuca, Real del Monte, Guanajuato, Puebla, Cholula, Jalapa y Veracruz, entre otros lugares.

En 1804 viaja de nuevo a Cuba y a Estados Unidos, estableciendo relación epistolar con Jefferson. En 1805 regresa a París y a Berlín, donde es nombrado miembro de la Academia Prusiana de Ciencias de Berlín. Entre 1806 y 1857 viaja a Roma; sube el Vesubio; se convierte en consejero del príncipe Guillermo de Prusia, el rey Guillermo III y de Guillermo IV, a quienes acompaña a Francia y Londres en varias ocasiones; rechaza el puesto de embajador de Prusia en París; es conferencista y visita congresos de ciencias en Viena, París, Verona y Rusia; y aconseja la Fundación del Instituto de Meteorología. En 1858 aparece el IV tomo de *Cosmos*, y finalmente muere en 1859, dejando un significativo

legado de escritor de amplia relevancia para la historia de las ciencias (Ortega, 1999).

Los escritos de Humboldt respecto a sus viajes

Todos los viajes de Alexander por América tuvieron una implicación científica que, en su mayoría, se convirtieron en alguna publicación que refleja los resultados de su experiencia. Algunos de ellos son señeros en la historia de la ciencia y algunos son piedra de toque de algunas disciplinas, sobre todo la geografía, aunque no llega a asimilar por completo sus aportaciones, sino fragmentariamente, debido a la actual especialización científica.

Las obras más importantes de Humboldt son *Cosmos*, *Examen crítico de la historia de la geografía del Nuevo Continente*, *Vista de la cordillera y monumentos de los pueblos indígenas de América*, *Atlas geográfico y físico del virreinato de la Nueva España*, *Ensayo sobre la geografía de las plantas* y *Ensayo político sobre la isla de Cuba*. Incluso hay quienes consideran a Humboldt el segundo descubridor de América, incluyendo al *Nigromante*, quien perseguía la humboldtización de la enseñanza, muy cerca de esa avalancha de conocimientos que Goethe lisonjeó (Minguet, 1999; Miranda, 1999; Ortega, 1999).

Además, durante su viaje y larga estancia en América, escribió *Ensayo político de la Nueva España*, que presentó diversas circunstancias que lo acercan a la sociología, la geografía histórica y la geografía cultural. Sus estudios dieron a conocer la fisonomía del nuevo mundo mediante la descripción y ubicación geográfica de los recursos naturales y culturales de cada región. El 21 de julio de 1824, el gobierno liberal declara que la obra “[...] comprende la descripción más completa y más exacta de las riquezas naturales del país y que la lectura de esta gran obra ha contribuido mucho a reanimar la actividad industrial de la nación y a inspirarle confianza en sus propias fuerzas” (Ruiz, 1999: 99).

Tales aportaciones al conocimiento de las ciencias, pero en particular el redescubrimiento de la riqueza natural del Nuevo Mundo, llamaron profundamente la atención del exterior e incentivaron el

saqueo y explotación de los recursos. De esta forma, los descubrimientos de Humboldt pueden ser observados como un hecho contraproducente, dado que acrecentaron el interés e injerencia del sistema político y de las incipientes industrias europeas, sobre todo aglosajona, que miraban grandes facilidades socioeconómicas en la Nueva España y una gran veta de recursos naturales para la naciente “revolución industrial”. Incluso es probable que a partir de sus descripciones México constituyera un atractivo para la invasión estadounidense, que a lo largo del proceso histórico ha centrado su interés en el control de los conocimientos y recursos como mecanismo para sostener su hegemonía.

Incluso, Ronderos (2013) señala que la construcción del modelo económico predominante ha estado soportado en procesos de correlación de fuerzas desiguales e imposiciones que desde la conformación de colonias europeas en América asumen como condición esencial el dominio de la naturaleza por medio del poder y la ciencia. Así, los aportes de Humboldt, Darwin y Mutis accedieron a la apropiación de la naturaleza y el despojo de la cultura por medio de la ciencia, al privilegiar las concepciones “desarrolladas” del mundo occidental, mediante la identificación, denominación y categorización de los elementos físicos y las complejas dinámicas socioculturales y de relación con el entorno existente, que eran consideradas “inferiores” y, por tanto, deberían estar al servicio del mundo “civilizado”.

Aun así, más allá del uso político y económico de los descubrimientos de Humboldt, en sus publicaciones es posible percibir cuáles son los afanes y estirpe ideológica de su obra, en la cual la reflexión filosófica gira en torno a las manifestaciones naturales y sus fenómenos: el tipo de percepción intelectual que llamó “intuición” y, más aún, la asociación de ideas de continuidad entre lo animado e inanimado, entre la sustancia elemental y la planta, que le llevaron a entender la vida en “gradaciones” (Humboldt, 1982). Esas gradaciones son perceptibles en el paisaje, los ecosistemas y en ciertas reflexiones, que ahora podrían considerarse sociológicas o antropológicas, pues Humboldt señala que “Los pueblos que no toman una parte activa en el movimiento indus-

trial, en la elección y preparación de las materias primas, en las aplicaciones felices de la mecánica y de la química, en los que esta actividad no penetra todas las clases de la sociedad, deben infaliblemente caer en la prosperidad que hubieren adquirido” (Ortega, 1999: 106).

De esta forma, en su afán por el conocimiento, su innata capacidad de análisis y descripción a través de la experiencia de sus viajes le permitieron plantear las bases centrales de numerosas aportaciones científicas actuales, tales como la noción de paisaje, revelada en la descripción que realiza sobre el paisaje y su tipología.

El paisaje y la tipología de Humboldt

Las aportaciones de Humboldt a la descripción del paisaje se sustentan en observaciones sistemáticas sobre la trascendencia de la cobertura vegetal como el elemento más importante, por encima del perfil de las montañas, la fisonomía de las plantas y animales, las formas de las nubes y la transparencia de la atmósfera que componen la impresión general (Sauer, 2006), siendo “el primero que representó de forma coherente la estructura terrestre” (De Bolós, 1992: 6).

De acuerdo con Sauer (2006), el paisaje puede ser definido como un área compuesta por una asociación distintiva de formas, tanto físicas como culturales, destacando que posee una identidad sustentada en límites reconocibles y una relación con otros paisajes para constituir un sistema general. Pero su esencia se dirige a la integración y síntesis de todos los componentes territoriales esenciales en un solo bloque con estructura y funcionalidad propia, en un marco dinámico e interactivo (García y Muñoz, 2002). Así, pues, el paisaje no es una manifestación espontánea de la naturaleza; por el contrario, es la asimilación de los componentes de un lugar geográfico y su contexto, a través de una terminología establecida por el hombre. El paisaje es la suma de todos sus componentes, es decir, “no es el de una escena individual, sino el agregado de características generales” (Sauer, 2006: 5).

El paisaje está conformado por elementos y éstos diferencian un paisaje de otro, con una clara preeminencia visual, en el que se incluye la forma de la superficie, cielo, vegetación, clima, orografía, hidrografía y los elementos en los que haya intervenido el hombre. Por ello, cualquier estudio sobre el paisaje (desde cualquier ciencia) exige una observación más precisa y profunda, de la cual Humboldt es un ejemplo preciso, ya que sus anotaciones y reflexiones incluyeron datos geográficos, económicos y sociológicos.

De esta forma, el paisaje que describió Humboldt, en la entonces Nueva España, es radicalmente distinto del que hoy existe, dado que el paisaje cultural ha transformado el paisaje natural, por lo que Sauer (2006) señala que la cultura es el agente, mientras que el área natural es el medio y, por tanto, el paisaje cultural es el resultado. En el espíritu ilustrado y hasta utópico de Humboldt, sobre todo en un contexto que lejos estaba de configurarse dentro de la agitada sofisticación de la ciudad, “las conexiones, correlaciones y dependencias mutuas entre los fenómenos naturales y humanos no sólo subrayan la concordancia de lo natural y espiritual, sino también la fusión excelsa de dos saberes: el científico y el humanístico” (Ortega, 1999: 93), así que todos los elementos que conforman los paisajes descritos, se hallan unificados en una sola imagen, singularmente definida con sus contrastes.

Esta misma perspectiva está explícita en los postulados funcionalistas, dado que “la utilidad del paisaje [...] es en esencia sintético [...] Nos muestra a través de escenarios que pueden ser claramente percibidos por el hombre, imágenes complejas en las que es posible detectar la esencia de los diversos componentes medioambientales que participan en el territorio” (García y Muñoz, 2002: 13), por tanto, constituye un ámbito tangible, resultado de la asociación del hombre con los demás elementos de la superficie (De Bolós, 1992).

El propio Sauer (2006) señala que “El contenido del paisaje se encuentra por tanto en las cualidades físicas del área que son significantes para el hombre y en las formas de su uso del área, en hechos de sustento físico y hechos de cultura humana” (6),

lo que implica que en el paisaje se encontrarán elementos físico-naturales y elementos culturales que no pueden ser escindidos para estudiar de una manera distinta, sino conjuntamente. Cabe resaltar que dichos elementos y cualidades son significativos para el hombre, y esa es su importancia para ser tomados en cuenta. En este sentido, las descripciones de Humboldt son mediadas por su interés en los elementos distintivos de los propios paisajes y en los elementos distintivos en los paisajes que él había presenciado en otros orbes del mundo.

Metodológicamente, es conveniente destacar la tipología empleada para las descripciones del paisaje, precisando las diferencias entre *natural* y *cultural*, planteadas por el propio Humboldt en *Ensayo*, sobre todo tomando en cuenta que “el paisaje es el único componente del territorio realmente integral” (García y Muñoz, 2002: 13), es decir, en el cual los elementos están imbricados e imposibilitados de ser disgregados para analizar por separado.

Se han propuesto muchas etiquetas que sirven para clasificar y globalizar los fenómenos en áreas de estudio, incluso el mismo Sauer (2006) fue muy conciente de esa necesidad metodológica y señaló que “La terminología popular es una garantía ampliamente confiable del significado de la forma, tal como está implicado en su adopción. Tales términos pueden aplicarse a elementos constitutivos de una única forma” (9). De este modo, las denominaciones del “uso popular” tienen una funcionalidad inmediata, de la misma forma que el paisaje es un “componente fundamental del territorio, único por su carácter globalizador y valioso en cuanto que establece un contacto directo entre el hombre y el entorno en el que está inmerso” (García y Muñoz, 2002: 18).

Así –tomando en cuenta el postulado de Sauer (2006) de que el nombre que designe un paisaje cultural o natural es una expresión cualitativa del lugar en términos clasificatorios, el carácter globalizador y por las razones prácticas–, la noción de paisaje presente en el *Ensayo* se dividió en dos componentes fundamentales: a) paisaje natural (integrado por el trópico, la llanura y la montaña), b) paisaje cultural. De esta forma, la construcción que realiza Humboldt sobre el paisaje se revela en los distintos

escenarios naturales y culturales que describió en el *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*.

Paisaje natural en el *Ensayo Político sobre el reino de la Nueva España*

El viaje de Alexander von Humboldt por la Nueva España dejó testimonios de validez para múltiples disciplinas científicas, aunque muchos de sus planteamientos han sido cuestionados. Aun así, fue un notable viajero cuyos intereses “culturales” están enmarcados en las observaciones científicas de la mente decimonónica y su percepción holística de la ciencia. Por ello, a continuación se retoman algunas de las descripciones de Humboldt sobre el paisaje que percibió durante su viaje, destacando la descripción del medio físico, al señalar que “no se podría formar idea exacta de la riqueza territorial de un estado sin conocer el armazón de las montañas, la altura a la que se hallan grandes llanuras de lo interior y la temperatura propia de las regiones en que [...] se suceden los climas por capas” (Humboldt, 2004: 18). Así, las formas del paisaje natural confluyen en sus distintos componentes y morfoestructuras: montañas y orografía, clima, hidrología, relieve, vegetación, fauna, suelos, uso del suelo y organización socioeconómica (García y Muñoz, 2002).

Por ello, Humboldt pone especial atención en la identificación de los detalles del entorno, mismos que se concretan, en general, a descripciones y comparaciones entre el nuevo continente y el viejo. Es decir, como ejemplos que dan al lector una ubicación y una semejanza más precisa que la de las palabras por sí mismas. Todas estas descripciones cumplen una especie de relatoría del paisaje natural de los lugares visitados, destacando el trópico, llanura y montaña, pues “las formas del paisaje natural incluyen en primer término todos los materiales de la corteza terrestre, cuya semejanza o contraste confluyen en una causa inexorable: el clima” (Sauer, 2006: 10).

De esta forma define tres zonas: el trópico, cuya altura desciende de los mil 200 metros; la llanura, de mil 200 a 2 mil 200

metros y la montaña, cuya altura supera los 2 mil 200 metros, sin los cuales no podría describirse el paisaje físico, pues “no se podría formar idea exacta de la riqueza territorial de un estado sin conocer el armazón de las montañas, la altura a la que se hallan las grandes llanuras de lo interior y la temperatura propia de unas regiones en que, por decirlo así, se suceden los climas por capas, unos encima de otros” (Humboldt, 2004: 18).

a) Trópico

Las descripciones sobre el trópico son las más escasas, debido a que la llanura y el valle de Anáhuac es la zona con mayores descripciones. Sin embargo, la información que posee es clara y manifiesta conocimiento de esta zona, sobre todo de los dos puertos más importantes de esa época: Veracruz y Acapulco.

Humboldt define a estas zonas por su “clima caliente”, pero además por su producción económica: “Las regiones fértiles que los indígenas llaman tierras calientes producen azúcar, añil, algodón y plátanos, nopales en abundancia [...] se produce allí mismo la fiebre amarilla conocida con el nombre de *vómito prieto*” (Humboldt, 2004: 25). Esta descripción indica cuál es el contexto del trópico en cuanto a la materia prima que existe en ella.

Respecto a Veracruz hace mención de sus playas, al señalar que “a la primera arribada de los españoles a la playa de Chalchihucuecan (Veracruz), toda esta costa, desde el río Papaloapan (Alvarado) hasta Huaxtecapan, era más habitada y mejor cultivada que hoy en día” (Humboldt, 2004: 176). Con sus conocimientos de mineralogía, describe las características de esta costa: “Las arenas cubren las formaciones secundarias que descansan sobre el pórfido del Encero, y que no se dejan ver hasta cerca de Acazónica” (Humboldt, 2004: 180).

En este clima es donde se pueden encontrar los médanos, sobre todo en las orillas del mar. Humboldt describe los médanos y manglares, siempre desde su perspectiva científicista: “Entre la ciudad y el arroyo de Gavilán se hallan en medio de los médanos algunas tierras pantanosas, cubiertas de mangles y otros arbus-

tos" (180). Estos ecosistemas tienen los privilegios de una flora y una fauna abundante, y hay lugares en México donde se exponen incluso a los cocodrilos como un atractivo turístico, además del tránsito de otros animales como las ballenas y las tortugas, en el Océano Pacífico, o los corales en ambas costas. Pensar en las descripciones y las alusiones que podría haber hecho Humboldt sobre los corales del Caribe mexicano es una conjetura casi literaria, que atiza la curiosidad.

Incluso percibe la incidencia de los minerales y el agua salina sobre las edificaciones del puerto: "Todos los edificios de Veracruz y del castillo de Ulúa están contruidos con materiales sacados del fondo del océano, que constituye la habitación pedregosa de madreporas y que es donde se encuentran las *pedras de múcara*, pues en las inmediaciones de la ciudad no se encuentra ninguna roca" (180).

En contraste, sus menciones sobre Acapulco y los valles del Papagayo y del Peregrino son más bien escasas, de hecho inciden más respecto a las características del viento, pues

son de los parajes en que el aire es constantemente más caliente y malsano [...] los grandes calores ceden por algún tiempo cuando los vientos del Norte envían algunas bocanadas de aire frío de la bahía de Hudson hacia el paralelo de La Habana y de Veracruz. Estos vientos impetuosos soplan desde el mes de marzo, y se anuncian por la extraordinaria turbación que se advierte en el movimiento regular de las pequeñas mareas atmosféricas o en las variaciones horarias del barómetro (25).

Además, describe las costas de Acapulco, precisando que se encuentran en un lugar más bien de difícil acceso que parece: "una inmensa concha cortada entre peñascos graníticos abierta al S.S.O. que tiene de E. a O. más de 6,000 metros de ancho" (482).

Al referirse a Acapulco como "uno de los puertos más hermosos del mundo conocido", señala que:

Pocos sitios he visto en ambos hemisferios que presenten un aspecto más salvaje, y aun diré más lúgubre y romántico. Por su estructura las

masas de peñascos recuerdan la cresta hendida de los picachos de Mont Serrat en Cataluña, y están compuestas de granito de granos gordos, parecidos al de Fitchelberg y de Carlsbad, en Alemania. Este granito está estratificado; pero los lechos o bancos están inclinados sin regularidad, ya al S. ya al S.E. De otra parte, estas costas peñascosas son tan escarpadas, que un navío de línea puede rasarlas sin correr ningún riesgo, porque casi en todas partes hay de diez a doce brazas de fondo (483).

Esta descripción de Humboldt no puede ser más sintomática del espíritu prusiano. Si bien la descripción inicia con un dejo de “aire literario” muy característico del romanticismo decimonónico: “el lugar es salvaje, lúgubre y romántico”, a pesar de la redundancia, estos tres adjetivos se nulifican con la siguiente descripción más específica que termina con un dato numérico mensurable, las diez o doce brazas de fondo.

Al comparar Veracruz con Acapulco, Humboldt hace un comentario, digno de resaltar: “Si el puerto de Veracruz [...] recibe al año 400 o 500 buques; al contrario el de Acapulco, que es uno de los más hermosos puertos del mundo conocido, apenas recibe diez” (482). Aquí hay dos cosas que señalar. La primera es la admiración estética que le provoca el puerto; la segunda es la diferencia entre el comercio que desemboca en ambos puertos. Es claro que la razón es la cercanía de Veracruz con Europa; sin embargo, no deja de impactar la enorme diferencia de tránsito.

Así, pues, es posible percibir que en las descripciones del trópico abundan las descripciones de morfoestructuras, sobre todo las orográficas, además de comentarios al margen sobre el paisaje físico y la dinámica económica.

b) Llanura

Llanura y *valle* son términos que Humboldt usa casi indistintamente para referirse a la zona septentrional de la ciudad de México, empezando por el valle del Mezquital, de Hidalgo, que va hasta

el norte del país, colindando con algunas zonas montañosas, predominantemente mineras y con las sierras Madre Oriental y Madre Occidental. En letras de Humboldt, “el llano mexicano es tan poco interrumpido por los valles y su pendiente uniforme es tan suave que hasta la ciudad de Durango [...] mantiene el suelo constantemente elevado” (20).

De esta forma, Humboldt unifica dichas expresiones y menciona que “Este portentoso llano parece inclinarse insensiblemente hacia el Norte [el cual poco a poco se va convirtiendo en valle] El nivel de este hermoso valle es tan uniforme que la aldea de Huehuetoca [...] no está sino 20 metros más alta que México” (21). Muchos kilómetros después, hacia el poniente, la llanura del Bajío es descrita así: “Llanuras inmensas, que parecen otros tantos lechos de antiguos lagos, se suceden unas a otras, sin separarse si no es por colinas que apenas se elevan de 200 a 250 metros” (22).

En sentido contrario, hacia el oriente, “por el camino de Veracruz hay que caminar 60 leguas marinas para encontrar un valle cuya parte más baja está elevada menos de mil metros sobre el océano, y en el cual por consecuencia necesaria no pueden vegetar los robles” (22). Este señalamiento de los robles es una frontera entre el llano y el trópico, pues Humboldt menciona la zona en la que los robles son vastos como la barrera posterior al trópico. Del otro lado, en la ruta Acapulco-México, la descripción de la llanura es más precisa: “La falda occidental está interrumpida por cuatro valles longitudinales muy notables y dispuestos con tanta regularidad que los más vecinos al océano [Pacífico] son también más profundos que los más distantes” (22).

Humboldt describe de manera extensiva la llanura mexicana con toda la retahíla de datos con la que se estructura el *Ensayo*. La manera metódica en que se hace esta relatoría consiste en la “relación histórica” de su viaje, que también formará parte de su *Atlas geográfico de la Nueva España* (Ortega, 2004). En palabras de Humboldt:

llanuras inmensas, que parecen otros tantos lechos de antiguos lagos, se suceden unas a otras, sin separarse si no es por colinas que

apenas se elevan de 200 a 250 metros sobre lo bajo de esos mismos lechos. En otra obra, en el *Atlas*, unido a la relación histórica de mi viaje, presentaré el perfil de los cuatro llanos o mesas que rodean la capital de México. El 1°, que comprende el valle de Toluca, tiene 2,600 metros; el 2°, o sea el valle de Tenochtitlán, 2,274 metros; el 3°, el valle de Actopan, 1,966 metros, y el 4°, el valle de Ixtla, 981 metros de altura. Estos cuatros lechos se diferencian tanto por el clima como por su elevación sobre el nivel del Océano, y siendo cada uno de ellos acomodado para diferentes especies de cultivo (22).

Humboldt, recordando su viaje a Cuba y al reino de la Nueva Granada, siempre comparando, define el clima: “En la falda de la Cordillera, a la altura de 1,200 a 1,500 metros, reina perpetuamente una temperatura agradable de primavera, que no varía nunca arriba de 4 o 5 grados; allí son desconocidos los fuertes calores y el excesivo frío. Ésta es la región que los indígenas llaman tierras templadas” (25), y que se contraponen a la de la montaña, que es fría.

En la llanura y el valle es donde se asienta gran parte de las ciudades en México, debido a las características planas del terreno y la circulación del agua, desde las alturas de las montañas hacia el mar. Aunque no todo el terreno es homogéneo, sino al contrario. En él “el suelo, el clima, la fisionomía de los vegetales, todo lleva el carácter de las zonas templadas” (29).

Cabe señalar que en esta zona existen las mayores acumulaciones de agua, de las cuales, someramente, describe los lagos de Chapala, Constanza, Patzcuaro, Mextitlán y Parrás, que forman parte también del paisaje natural en cuanto a la conformación visual de paraje que estaba recorriendo. En contraste, destaca cuando se ha secado un lago a causa de la erosión, como el caso del llano de Tenochtitlán: “donde se ha aumentado visiblemente la esterilidad y la falta de una vegetación vigorosa desde la época de la conquista española; pues este valle estaba adornado de un hermoso verdor cuando inundaciones más frecuentes lavaban aquel suelo arcilloso” (29).

c) Montaña

Humboldt define con características específicas esta tercera zona, denominándola con el nombre de tierras frías y estableciendo que “comprende las llanuras que están elevadas más de 2,200 metros sobre el nivel del mar, y cuya temperatura media es menos de 17 grados” (25). Además, compara esta zona con Nápoles y Guayaquil, en donde los inviernos son suaves. En ellos señala el sector límite de esta denominación que supera los 2,500 metros “las llanuras de Toluca y Huitzilac, en donde la mayor parte del día no se caliente el aire arriba de 6 a 8 grados” (26).

La descripción de la zona montañosa gira en torno a la zona centro del país, sobre todo la que bordea el valle del Anáhuac: “En México [...] la loma misma de las montañas forma el llano; de modo que la dirección de la llanura es la que va marcando [...] toda la cadena [Sierra Madre Occidental]” (20). Así, en la zona de la montaña prevalece la extensa descripción orográfica, en la que se confirma que Humboldt cree en la unidad orográfica del continente americano, planteando aventuradas aseveraciones:

La cadena de las montañas que forman la grande llanura del centro de México es la misma que con el nombre de Los Andes atraviesa toda la América meridional, pero la construcción, o digamos el armazón de esta cadena, se diferencia mucho al sur y al norte del Ecuador. En el hemisferio austral, la cordillera está por todas partes hendida y cortada, como si fuera por venas de minas abiertas y no llenas de substancias heterogéneas (20).

Además, Humboldt precisa cuáles son las cumbres más altas de la “Cordillera de México”:

En la parte de la gran mesa de Anáhuac, entre la capital de Córdoba y de Jalapa, se presenta un grupo de montañas que rivalizan con las más altas cumbres del Nuevo Continente. Basta nombrar estos cuatro colosos, cuya altura no se conocía antes de mi expedición: el Popocatépetl (de 5,400 metros), el Iztaccíhuatl (o la Mujer

Blanca, de 4,786 metros), el Citlaltépetl (o el pico de Orizaba, de 5,295 metros) y el Nauhcampatépetl (o el Cofre de Perote, de 4,089 metros) (24).

Más adelante, menciona el Nevado de Toluca, el volcán de Colima y el de Jorullo, este último tiene una importancia significativa para la descripción de la intendencia de Valladolid y algunas experiencias alternas, que se mencionarán más adelante.

De las seis montañas colosales que la naturaleza ha colocado en una misma línea, entre los paralelos 19 y 19°1/4, sólo cuatro, a saber: el Pico de Orizaba, el Popocatepetl, el Iztaccíhuatl y el Nevado de Toluca están cubiertos perpetuamente de nieve, cuando los otros dos, esto es, el Cofre de Perote y el volcán de Colima no tienen ninguna la mayor parte del año. Al norte y al sur de este paralelo de las grandes alturas, más allá de esta zona singular en que se ha colocado también últimamente el volcán de Jorullo [presenta nieve] (28).

Las anotaciones de Humboldt tienen un aire reiterativo de admiración de lo inesperado, que indica el placer del asombro que le causó el viaje científico. Hay varios comentarios que ejemplifican este asombro, para ello un fragmento respecto a la orografía mexicana comparado con la del Viejo Continente: “Apenas hay un punto del globo en donde las montañas presentan una construcción tan extraordinarias como las de la Nueva España. En Europa se tienen como países más elevados Suiza, la Saboya y el Tirol” (19).

Humboldt también describe la secuencia montañosa desde el paralelo 59 de las minas de Zimapán, en el norte la ciudad de México, hasta la “cordillera que toma el nombre de Sierra Madre”; prosigue al occidente hacia las ciudades de “San Miguel el Grande y Guanajuato”; luego hacia lo que considera el Potosí mexicano, en tres ramajes: “hacia Charcas, Real de Catorce y Guadalajara hacia Bolaños” que se prolonga por Culiacán y Arizpe, luego vuelve a tomar altura por la sierra Tarahumara y la zona de Zacatecas. En las descripciones sobre las intendencias hace la notificación de las alturas y las características de su relieve. A toda esta descripción,

Humboldt cierra con la acotación “Acabamos de bosquejar el cuadro de las cordilleras de la Nueva España” (24). Terminada la concreta revisión del paisaje natural en las tres distintas zonas es conveniente retomar al paisaje cultural.

Paisaje cultural en el *Ensayo Político sobre el reino de la Nueva España*

Como se ha destacado, el paisaje cultural tiene que ver con todo aquello que ha sido transformado por la acción del hombre, aunque esta argamasa de elementos, al igual que los componentes de la cultura, son inseparables, pues toda manifestación tanto material como inmaterial (idiosincrasia, idioma, historia) constituyen un reflejo de la cultura misma que la produce.

Siguiendo la teoría de Sauer, Romero (1998) señala que no se puede “hablar de paisaje cultural sin estudiar la cultura que lo explica” (94). Esta afirmación es una réplica de la puntualización del propio Sauer (2006) respecto a que “cada paisaje humano, cada habitación, es siempre una acumulación de experiencia práctica” (7). Por ello, en esta sección se tratará de señalar las muestras de este paisaje cultural que describió Humboldt durante su estancia en la Nueva España.

En la tipología señalada como “paisaje cultural” hay elementos pasivos y activos; los primeros se encuentran en todas aquellas manifestaciones producidas por el hombre y que son manipuladas por el mismo, es decir, los bienes muebles (que pueden ser desplazados) e inmuebles (que mantienen una relación intrínseca con el territorio). En el caso de aquello que está fuera de estas manifestaciones materiales se encuentran los “activos”, como la danza, música, idioma, historia o la misma interconexión personal.

Humboldt disfruta observar las costumbres de los mexicanos y su devoción. Cualquier católico que viajara a alguna ciudad musulmana o budista tendría bien presente las diferencias de la liturgia y se regodearía de presenciar la devoción de la comunidad visitada, sobre todo en las fiestas patronales y en sus respectivos ritos. Por ello Humboldt menciona que “los naturales no conocen

de la religión más que las otras formas exteriores del culto. Antes de todo lo que depende de un orden de ceremonias prescritas, encuentran ciertos placeres en el culto cristiano. Las festividades de la iglesia, los fuegos artificiales que los acompañan y procesiones mezcladas de danzas y de disfraces barrocos son para la gente común un manantial fecundo de diversiones” (Humboldt, 2004: 63-64), tal vez estas puntualizaciones explican por qué percibe las festividades con un tono agrio y seco: “El canto es lúgubre y melancólico” (64).

Del mismo modo, desde una perspectiva de género, Humboldt hace acotaciones sobre la sumisión que todavía pervive en nuestros días y que, desde su viaje, ha cambiado muy lentamente: “Las mujeres indias manifiestan más vivacidad que los hombres. Las mujeres no toman parte en los bailes; asisten a ellos para ofrecer a los bailarines las bebidas fermentadas que ellas mismas han preparado” (64).

En un sentido más material, Humboldt describe “el gran mercado de México” en la Nueva España, en el cual persisten numerosos elementos que no han cambiado sustancialmente:

En el gran mercado de México no vende el natural del país los melocotones, las piñas, las legumbres, ni aun el pulque, sin adornar su tienda de flores, renovándolas todos los días. El mercader indio parece que está sentado en una trinchera de verdura, una especie de vallado de un metro de alto y formado de hierbas frescas [...] circunvala, a la manera de un muro semicircular, los frutos que ofrecen al público; el fondo [...] está dividido por medio de guirnaldas de flores paralelas entre sí, y varios remilletes colocados simétricamente entre las guirnaldas dan a todo aquel sitio el aspecto exterior de un tapiz salpicado de flores (65).

En el sentido arqueológico, Humboldt también asentó sus opiniones respecto a las culturas antiguas del Anáhuac: “Los toltecas introdujeron el cultivo del maíz y del algodón; construyeron ciudades y caminos y, sobre todo, esas grandes pirámides que todavía admiramos hoy [...] Conocían el uso de las pinturas jeroglíficas;

sabían fundir los metales y cortar las más duras piedras; tenían un año solar más perfecto que el de los griegos y romanos” (52). De la misma forma lo hizo con las culturas prehispánicas de Oaxaca, al describir las grecas de Mitla: “Los muros del palacio [...] están adornados de grecas y de laberintos formados de piedrecillas porfídicas. Allí se ve la misma manera de dibujo que se admira en los vasos falsamente llamados etruscos o en el friso del antiguo templo del *Deus redicolus*, cerca de la gruta de la ninfa de Egeria, en Roma” (171). Incluso respecto a la pirámide de Papantla, describe que “el revestimiento de las hiladas de piedras está adornado de jeroglíficos, entre los cuales se distinguen serpientes y cocodrilos esculpidos en relieve” (178).

En otro sentido, la distribución urbana de las intendencias pareciera una relatoría del viaje o como un catálogo de la abundancia de las mismas. Ello responde a que a lo largo del siglo XIX se consolida la idea de que las ciudades son organismos con vida propia, como si fueran grandes plantas o animales que cumplen el ciclo biológico de cualquier otro ser vivo (Fernández, 1999), dado que la suma de las intendencias sería el rostro del organismo pálido de la Nueva España. Incluso, a pesar de los halagos a la suntuosidad de la ciudad de México y “de los progresos que han hecho las artes de treinta años a esta parte, la capital de la Nueva España sorprende a los europeos, no tanto por la grandiosidad y hermosura de sus monumentos, como por la anchura y alineación de las calles; no tanto por sus edificios como por la regularidad de su conjunto, por su extensión y situación” (119). La geometría de la ciudad y la ciudad en sí misma es una clara manifestación del paisaje cultural.

Sobre la arquitectura de la ciudad de México, Humboldt (121 - 122) recapitula diez elementos que son sintomáticos de la belleza: La Catedral “del estilo llamado vulgarmente gótico”; la Casa de Moneda, de la que “han salido más de mil y trescientos millones de pesos en oro y plata acuñados”; los conventos, “se distingue principalmente el gran convento de San Francisco construido sobre las ruinas del templo de Huitzilopochtli”; el Hospicio donde “reina

bastante orden y limpieza, pero poca industria”; la Acordada, “bello edificio cuya cárcel es bastante espaciosa y bien ventilada”; la Escuela de Minas “con sus hermosas colecciones de física, de mecánica y mineralogía”; el Jardín Botánico “en extremo rico en producciones vegetales raras”; los edificios de la Universidad y la Biblioteca Pública “poco digna de tan grande y antiguo establecimiento”; la Academia de Bellas Artes “y sus yesos antiguos”; y la estatua ecuestre de Carlos IV “colocada en un pedestal de mármol mexicano”.

De la misma forma describe las principales ciudades y villas de la Intendencia de México, como Coyoacán, Texcoco o Tacubaya; además de Cuernavaca, Chilpancingo, Taxco, Acapulco, Lerma, Zacatula, Toluca, Pachuca, San Juan del Río y Querétaro. De Coyoacán refiere que “tiene un convento de monjas fundado por Cortés, en donde quería ser enterrado”. De Tacubaya menciona su palacio arzobispal y “un hermoso plantío de olivos de Europa”. De Taxco dice que “tiene una hermosa iglesia parroquial [Santa Prisca], que a mediados del siglo XVIII construyó y dotó un francés, llamado José de Laborde”; también le concede, junto a Pachuca, ser los primeros parajes mineros de la Nueva España. Sobre Acapulco sentencia que la población de esta “miserable ciudad, habitada casi exclusivamente por hombres de color”, aumenta cuando llega la Nao de China. En cuanto a Querétaro, su descripción deja clara la ventaja “industrial” de la ciudad “célebre por su acueducto y por sus fábricas de paños” (155-156).

Respecto a las características de los habitantes de la Nueva España, Humboldt señala que los indígenas tienen una alimentación que les permite mayor longevidad y que la embriaguez no es tan tenaz como en otros lados. En palabras de Humboldt: “Los indígenas de color bronceado gozan de un beneficio físico que proviene sin duda de la grande sencillez de vida observada de miles de años a esta parte por sus antepasados, y es que apenas están sujetos a ninguna deformidad corporal. Yo nunca he visto un indio corvado, y es muy raro el ver bizcos, cojos o mancos” (59).

La opinión de Humboldt sobre los indígenas es más bien de asombro y enigma:

El indígena mexicano es grave, melancólico, silencioso, mientras los licores no le sacan de sí; y si esta gravedad se hace aún más notable en los niños indios, los cuales a la edad de 4 a 5 años descubren mucha más inteligencia y chispa que los hijos de los blancos. El mexicano gusta de hacer un misterio de sus acciones más indiferentes; no se pintan en su fisonomía aun las pasiones más violentas; presenta un no sé qué de espanto cuando pasa de repente del reposo absoluto a una agitación violenta y desenfrenada (63).

Por otro lado, Humboldt describe la adversa situación social de la población al señalar que “México es el país de la desigualdad. Acaso en ninguna parte hay más espantosa en la distribución de fortunas, civilización, cultivo de la población” (69), y es tan precisa y aguda esta afirmación que incluye también la contrastación de las carencias con las manifestaciones materiales: “La arquitectura de los edificios públicos y privados, la finura del ajuar de las mujeres, el aire de la sociedad: todo anuncia un extremo esmero, que se contrapone extraordinariamente a la desnudez, la ignorancia y rusticidad del populacho” (69). Una condición de vida que poco ha cambiado para la mayoría de la población mexicana, que sigue viviendo bajo el yugo de la desigualdad, a pesar de los aparentes cambios y promesas que vinieron con la Independencia, la Revolución y la incipiente democracia del siglo XX.

Humboldt observó con gran agudeza los contrastes culturales al señalar ciertas injusticias: “Es digno de observación cómo los mestizos y los indios empleados en llevar el mineral a hombros, y a los cuales se les da el nombre de *tenateros*, permanecen cargados durante seis horas con un peso de 225 a 350 libras, en una temperatura muy alta y subiendo ocho o diez veces seguidas sin descansar, escalares de 1,800 escalones” (49). Es claro que no deja de sentir cierta indignación de que toda la riqueza de la Nueva España no permita una buena distribución, que a su vez traería la igualdad de la que él, como buen europeo ilustrado, recién enarbolaba en los ideales de la Revolución Francesa.

Además, le sorprende la discriminación entre los propios mexicanos que incide, por un lado, en la versión oficial de los

motivos de la Independencia y, por otro, en las características de la idiosincrasia mexicana: “Avezados los indígenas de México [...] sufren con paciencia las vejaciones a que todavía se hallan frecuentemente expuestos por parte de los blancos [...] No pudiendo el indio vengarse de los españoles, sino muy rara vez, se complace en hacer causa común con éstos para oprimir a sus conciudadanos” (64). En contraste, se menciona también la ventaja de la indiferencia de la Corona española respecto a los indígenas: “Los filántropos aseguran que es una felicidad para los indios el que no se acuerden de ellos en Europa, porque está probado, por tristes experiencias, que la mayor parte de las medidas que se han tomado para mejorar su existencia han producido el efecto contrario” (74).

Mediante la existencia de múltiples descripciones en todo el *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*, es clara la aproximación del viajero “ilustrado” respecto a la representación de los elementos que conforman el paisaje natural y el paisaje cultural.

Conclusiones

En el marco del desarrollo colonial en el Nuevo Mundo, conducido por una racionalidad economicista, se acentuó la importancia del conocimiento por medio de la ciencia, como mecanismo para afirmar una posición de predominio y control de los recursos a favor del proceso “civilizador”. De esta forma, los descubrimientos científicos de la época –por medio de inventarios, catálogos y extensas descripciones de la riqueza natural y cultural de América, que incluyeron tanto las especies de flora y fauna, elementos pétreos, recursos hídricos, relieve, así como las dinámicas políticas, económicas y socioculturales de las poblaciones locales– constituyeron el principal argumento de interés para la expansión y afirmación del poder colonial que, a su vez, sentó las bases del modelo económico capitalista imperante.

Aún así, no es posible afirmar que los aportes de Humboldt tuvieran como premisa fundamental la identificación de la riqueza para favorecer el eventual saqueo y explotación de los recursos,

pues permanece en él un auténtico interés científico que disfrutó en cada uno de sus viajes. Su estancia por la Nueva España no fue una orden de ninguna institución, no fue un trabajo pagado por algún régimen, empresa o institución académica, sino sufragado por él mismo, planeado con años de anticipación, como un plan de vida que manifiesta una pasión desenfrenada por la ciencia, los viajes y la cultura.

Esa pasión por conocer América, detonada desde que conoció el Jardín Botánico de París y después de leer el *Viaje alrededor del mundo*, alimentada por la lectura de *Cartas de relación*, de Hernán Cortés (Vargas, 1999), y su afán académico en botánica y mineralogía inciden en la motivación del prusiano por conocer la riqueza natural y cultural, así como difundir sus observaciones para el desarrollo de la Nueva España, mediante la descripción de sus recursos naturales (flora y fauna), sus recursos culturales, su estructura orográfica e hidrológica y los demográficos y los comerciales.

Así, Humboldt fue un gran viajero, específicamente un viajero “ilustrado” (Morales, 1988), lo cual queda demostrado en las descripciones del paisaje y de la riqueza natural que escribió en *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*, concluido en 1808.

A lo largo su obra es posible observar a Humboldt desarrollar sus pensamientos y convertir en acciones sus observaciones, además de “rasgar” los “velos de la ignorancia” (Morales, 1988: 17), a través de la argumentación estructurada del *Ensayo*, que poco puede compararse con las crónicas de Indias, los relatos de la conquista o los testimonios de los primeros evangelizadores respecto a la conformación de la Nueva España. Además, es claro que “la percepción del paisaje no depende sólo del marco geográfico real, sino de la forma de interpretación que individual o socialmente se hace del mismo” (García y Muñoz, 2002: 21). Por ello, *Ensayo* constituye una interpretación del paisaje de la Nueva España, por lo que a Humboldt se le considera un representante no sólo de la geografía física o de la Ilustración enciclopedista o del viajero científico, sino como un observador itinerante que se interrelaciona con el paisaje e, incluso, forma parte de él. Esta

postura contrasta con la simple delimitación de ecosistemas, coordenadas geográficas y una lista tajante de flora y fauna (endémica o importada).

Durante el desarrollo de este trabajo se ha podido comprobar que *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España* constituye una aproximación al paisaje, dado que se revelan detalladas descripciones de los paisajes natural y cultural de la Nueva España, fusionados en el capítulo tercero de la obra, siguiendo los postulados teóricos de Sauer sobre el paisaje.

Los paisajes naturales están estructurados en tres regiones: trópico, montaña y llanura; cada uno con una fisonomía específica descrita por Humboldt, tanto en la flora y fauna como en las morfoestructuras que conforman el paisaje.

De la misma forma, en el *Ensayo* se puede distinguir el paisaje cultural, con la descripción de diversos elementos socioeconómicos y arquitectónicos de las Intendencias, a partir de una clasificación espacial y política establecida por el gobierno de la Nueva España. Además, se pueden descubrir algunos elementos que sobrepasan estas definiciones sobre los beneficios de los viajeros, como la convivencia con los nativos, el deleite de sus historias, las descripciones del cielo y de las circunstancias en que vivía la población, incluyendo las condiciones laborales y la economía de la Nueva España.

A partir de las descripciones realizadas por Humboldt es posible ubicarlo como un precursor del abordaje científico del paisaje, pues su viaje “ilustrado” tiene su origen en los afanes para conocer el medio físico, los lugares, las culturas y el patrimonio cultural, en aras de estimular el intelecto y exponerlo al mundo, que va más allá de los viajes masivos con fines meramente hedonistas.

Viajar conlleva siempre un acrecentamiento del alma, un deslumbramiento por la humanidad, un descubrimiento de la grandeza que la naturaleza tiene por develar, y que cada uno puede encontrar en las diferencias en diversidad y conocimiento. Viajar permite renombrar la vida con el asombro y la admiración por los paisajes naturales y culturales que no existen en el lugar de origen, es decir, permite revalorar nuestro ambiente; permite convivir con aquellos que tienen otra forma de pensar, otra lengua y otra

concepción del presente y el pasado y que, en su enfrentamiento, también los hace conocerse más, considerando a los viajes no una empresa económica sino un ejercicio cultural.

Referencias

- Bernal, I. (1999). "Humboldt, la arqueología mexicana". En Zea, L. y Magallón, M. (comps.), *Humboldt en México*. México: FCE / Instituto Panamericano de Geografía e Historia.
- Casas, P. (1999). "Latinoamérica y Humboldt: confrontaciones y mestizajes". En Zea, L. y Magallón, M. (comps.), *El mundo que encontró Humboldt*. México: FCE / Instituto Panamericano de Geografía e Historia.
- Bolós, M. de (coord.) (1992). *Manual de ciencia del paisaje*. Barcelona: Masson.
- Fernández, F. (1999). "Humboldt, el medio y la representación orgánica de la ciudad de México". En Zea, L. y Magallón, M. (comps.), *Humboldt en México*. México: FCE / Instituto Panamericano de Geografía e Historia.
- García, A. y Muñoz, J. (2002). *El paisaje en el ámbito de la geografía*. México: Instituto de Geografía, UNAM.
- Humboldt, A. (1982). "Cosmos. Ensayo de una descripción física del mundo". En Gómez, J.; Muñoz, J. y Ortega, N. (coords.), *El pensamiento geográfico: estudio interpretativo y antología de textos (de Humboldt a las tendencias radicales)*. Madrid: Alianza.
- Humboldt, A. (2004). *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*. México: Porrúa.
- Minguet, C. (1999). "El mundo grecolatino y el descubrimiento de América en la obra histórica de Alejandro de Humboldt". En Zea, L. y Magallón, M. (comps.), *Humboldt en México*. México: FCE / Instituto Panamericano de Geografía e Historia.
- Miranda, J. (1999). "El ensayo político sobre el reino de la Nueva España: razón, entidad, trascendencia". En Zea, L. y Magallón, M. (comps.), *Humboldt en México*. México: FCE / Instituto Panamericano de Geografía e Historia.
- Morales, A. (1988), "Conocimiento de la realidad y pretensión

- reformista en el viaje ilustrado”. En Gómez, J. (coord.), *Viajeros y paisajes*. Madrid: Alianza.
- Ortega, J. (1999). “Humboldt visto por los mexicanos”. En Zea, L. y Magallón, M. (comps.), *Humboldt en México*. México: FCE / Instituto Panamericano de Geografía e Historia.
- Romero, T. (1998). “Presencia de Carl Ortwin Sauer en México”. *Ciencia Ergo Sum*, 5(1), 94-98.
- Ronderos, S. (2013). “Poder imperialista y conocimiento de las ciencias naturales”. En Pontificia Universidad Javeriana, *Democracia y Conflicto, Especialización en Resolución de Conflictos*. Disponible en <<http://espresolucionconflictos.blogspot.mx/2013/06/poder-imperialista-y-conocimiento-de.html>>. [Consultado el 22 de enero de 2014].
- Ruiz, M. (1999). “El pensamiento social de Humboldt y su repercusión en México”. En Zea, L. y Magallón, M. (comps.), *Humboldt en México*. México: FCE / Instituto Panamericano de Geografía e Historia.
- Sauer, C. (2006). “La morfología del paisaje”. *Polis, revista de la Universidad Bolivariana*, 5(15). Disponible en <<http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=30517306019>> [Consultado el 18 de diciembre de 2013].
- Vargas, G. (1999). “Humboldt y Bolívar. Testimonio epistolar del verdadero encuentro entre dos mundos”. En Zea, L. y Magallón, M. (comps.), *El mundo que encontró Humboldt*. México: FCE / Instituto Panamericano de Geografía e Historia.
- Zea, L. y Magallón, M. (comps.) (1999a). *De Colón a Humboldt*. México: FCE / Instituto Panamericano de Geografía e Historia.
- Zea, L. y Magallón, M. (comps.) (1999b). *El mundo que encontró Humboldt*. México: FCE / Instituto Panamericano de Geografía e Historia.
- Zea, L. y Magallón, M. (comps.) (1999c). *Humboldt en México*. México: FCE / Instituto Panamericano de Geografía e Historia.

La transformación del paisaje a través del turismo en Cozumel, México

*Alejandro Palafox Muñoz**
*Emilio Arriaga Álvarez***

Introducción

Se entiende por paisaje el conjunto de elementos culturales y naturales que integran el territorio. En este sentido, las características del espacio son los elementos que motivan el desplazamiento de personas para el desarrollo de la actividad turística. Sin embargo, en el marco del desarrollo capitalista y su expansión a través del modelo neoliberal, el turismo se ha constituido como una actividad que se apropia, homogeniza y funcionaliza el paisaje con el propósito de participar activamente en la economía de libre mercado, a fin de que el modo de producción vinculado al capital se reproduzca. Utilizando los elementos teórico-metodológicos de Harris (1982), Sauer (1925) y Cordero (2004), se obtiene como resultado la identificación del proceso de apropiación, homogenización y funcionalización, vinculado al turismo en la Isla de Cozumel.

* Profesor-Investigador. Universidad de Quintana Roo. Correo: <palafox@uqroo.mx>.

** Profesor-Investigador. Universidad Autónoma del Estado de México. Correo: <egearriaga@hotmail.com>.

La expansión del capitalismo: turismo y transformación del paisaje

La Compañía de Jesús (1996) plantea que la expansión del capitalismo tiene su mayor énfasis en el modelo económico neoliberal, el cual tiende a absolutizar el mercado hasta transformarlo en el medio, método y fin del comportamiento humano. Asimismo, Touraine (2001) señala que el neoliberalismo es un proceso de desarrollo capitalista y, como tal, una forma de transformación del modelo; se define como el proceso de autonomización e independización del mundo económico, del sistema económico con el resto de la sociedad, y el esfuerzo de éste para imponerse ante los demás mediante la construcción ideológica para reproducirse.

A partir de este planteamiento, las organizaciones internacionales funcionan para tal fin a través del Fondo Monetario Internacional (FMI), el Banco Mundial (BM), la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), entre otras, las cuales ofrecen préstamos para la creación de infraestructura de acceso y servicios, a cambio de la implementación de políticas de reducción de costos, disminución del gasto público y flexibilización del empleo. De esta manera, el programa neoliberal deriva su poder social del poder político y económico de los intereses de operadores financieros, industriales, políticos conservadores y socialdemócratas, articulados por altos funcionarios financieros (Bourdieu, 1998). Lo anterior se lleva a cabo mediante los tratados de libre comercio, los cuales causan un desajuste en el progreso de los países capitalistas emergentes. Así, las sociedades enfrentan un estilo de desarrollo revelado por el aumento de la desigualdad, mediante procesos y estructuras de dominación y apropiación de los recursos que se llevan a cabo a escala mundial, imponiendo exigencias y estableciendo parámetros a favor de las naciones con mayor poder económico, militar y cultural (Ianni, 2001).

Esta economía de libre mercado ha contribuido al aumento de la pobreza y beneficiado a las empresas multinacionales a través de la eliminación de controles nacionales a la inversión extranjera; el fortalecimiento y formalización de los derechos de

los inversionistas, de sus patentes y derechos de autor, a la par de un debilitamiento del consumidor; la eliminación de tarifas y requisitos de desempeño y el establecimiento de tribunales internacionales que les permite a las transnacionales realizar juicios contra los gobiernos nacionales o locales en materia de leyes laborales, de salud o ambientales, de prestación de servicios que afecten negativamente o interfieran en el logro de las ganancias esperadas, es decir, la reproducción del capital (Saxe-Fernández, 2006).

En los inicios del capitalismo el desarrollo real fue el del grupo o clase social que estaba integrado por aquellos que ejercían el poder tanto político como económico, ya que, de acuerdo con Adam Smith (2005), el desarrollo de la economía de libre mercado conduce al mejoramiento de las condiciones de vida de la sociedad (Monterroso, 2010). Por ello la internacionalización económica se caracteriza por el crecimiento en los flujos de mercancías, capital y tecnología, y se ha enfatizado con la firma de los acuerdos para la explotación de recursos humanos y materiales de la periferia capitalista (Saxe-Fernández, 2006). En este sentido, el papel del Estado ha girado en torno a reducir la inseguridad social en lugar de redistribuir la riqueza (Castel, 2001), con la finalidad de que los capitales se beneficien de las divisiones territoriales de la economía internacional, jugando con las jurisdicciones, para minimizar costos, evitar impuestos, regulaciones ambientales y obtener garantías políticas de estabilidad (Cox, 1994).

Uno de los sectores más propicios para la reproducción del modelo es el turismo, el cual se constituye en un nuevo orden a escala mundial, ya que aparece vinculado a impulsos y motivaciones que podrían engendrar a escala social una movilidad generalizada (Lanfant, 1980); éste se encuentra financiado por organismos internacionales como la OMT, el FMI, la ONU, entre otras, ya que le atribuyen una gran importancia a los flujos turísticos internacionales por la cantidad de ingresos económicos que se generan, por tanto, intervienen directamente en la concepción y determinación de los flujos turísticos (Lanfant, 1980). En consecuencia, el impulso al desarrollo del turismo denota intereses puramente

económicos: los ingresos mundiales por esta actividad fueron del orden de 852 mil millones de dólares en 2009; sin embargo, entre Francia, España y Estados Unidos de Norteamérica (países capitalistas desarrollados) reciben 23% de los ingresos (Lanfant, 1980), en tanto que la participación económica de México (país capitalista emergente) en el sector sólo alcanza 1.3% del total mundial (Sectur, 2010). Los anteriores constituyen indicadores de una distribución de la renta del turismo que es totalmente inequitativa entre países pobres y ricos.

El interés por el turismo tiene como propósito “articular el subdesarrollo al desarrollo de las sociedades más ricas por medio del turismo” (Lanfant, 1980: 17), lo cual encuentra respuesta al convertirse la actividad en un factor de desarrollo para las regiones económicamente débiles, creando interdependencia entre las mismas al constituirse la sociedad desarrollada en demandante y la subdesarrollada en oferente.

Los recursos naturales y culturales juegan un papel primordial en la atracción de inversionistas y en la llegada masiva de extranjeros para el desarrollo de centros turísticos, dando lugar a la creación de destinos en el área de América Latina y el Caribe –como Cancún, Varadero, San Juan, St. Kits, entre otros–, en donde se genera infraestructura para la actividad (hoteles, aeropuertos, restaurantes, etc.) y servicios complementarios para su desenvolvimiento (hospitales, servicios bancarios, transporte, tour operadoras especializadas, etc.). México es el país con mayor número de infraestructura hotelera en Latinoamérica al contar con 583,731 cuartos de hotel (CNT, 2008) y la recepción de 20.4 millones de turistas internacionales con pernocta en 2010 (Sectur, 2011); por ello, queda claro el proceso de homogenización del espacio y del consumo, fortalecido por la globalización económica (Yory, 2006) mediante la expansión de los grupos turísticos internacionales, que se han extendido principalmente en las capitales y espacios costeros con gran valor paisajístico.

El turismo actúa como catalizador idóneo para la expansión geográfica del capital, ofreciendo un nuevo colonialismo a través de la inversión en infraestructura de servicio como hoteles, res-

taurantes, aeropuertos, carreteras, que aparecen en territorios con gran riqueza natural y cultural. Al respecto, el gobierno mexicano ha sinergizado el funcionamiento de la iniciativa privada por medio de la contrarreforma al artículo 27 constitucional, abriendo “la puerta a la privatización y consiguiente desaparición del ejido” (Morales y García, 2002: 87). Así, el turismo se gesta como un vector de la globalización porque promueve los flujos financieros, de mercancías, de ideas y de personas a nivel global (Hiernaux, 1989).

En México este esquema de reproducción del capital a través del turismo comenzó en la década de los setenta y “constituye la traza para los próximos años privilegiando la inversión privada para la construcción y operación de empresas, y reduciendo la participación del Estado en el desarrollo de infraestructura y dotación de servicios públicos” (Pérez, Zizumbo y Monterroso, 2009: 37). De esta manera, el aparato burocrático justifica la instauración de la iniciativa privada como estrategia para la creación de empleos y la recepción de divisas por medio de la comercialización de los recursos naturales y culturales, mismos que son considerados bienes comerciales para la captación de nuevas empresas turísticas y la expansión de las ya existentes.

Asimismo, la incorporación de la fuerza de trabajo rural en el sector turístico ha tenido diferentes impactos en la sociedad, ejemplo de ello es la nueva composición demográfica originada por los procesos migratorios (residenciales y laborales) (Casado, 1999; Rodríguez y Warnes, 2002); también ha transformado la economía con la desaparición –casi en su totalidad– de las actividades productivas tradicionales (Vera, 1992). Por otra parte, la llegada de una nueva actividad económica generadora de divisas a corto plazo ha contribuido al aumento del valor de suelo, así como a la creación de fuertes movimientos culturales al grado de la desaparición de la cultura local y de su sustitución por una cultura turística, cosmopolita y global (Torres, 2003: 65). Así, los principales factores que amenazan a las selvas y bosques son el cambio en el uso del suelo, el crecimiento demográfico y de la infraestructura, los incendios forestales, la sobreexplotación de los recursos naturales y el cambio climático global (PNUMA, 2006).

El estudio del turismo y la modificación del paisaje a través del materialismo cultural

La complejidad que implica la investigación turística, dado que no es únicamente un fenómeno sociocultural que involucra las relaciones entre los individuos, sino también es necesario considerar las implicaciones que resultan de la interacción con el entorno económico y ambiental, supone distinguir las características de la sociedad para obtener un panorama general del contexto (Wagley y Harris, 1974).

Con el modelo de bienestar, los sectores económicos tuvieron un crecimiento sustantivo en México, y con el cambio del modelo económico el sector servicios, sobre todo el turismo, se ha consolidado como una actividad que se apropia, homogeniza y funcionaliza el paisaje, para facilitar la explotación de los recursos naturales y culturales de las comunidades rurales; así logra expandir la economía de libre mercado, garantizando con ello que permanezca el modo de producción y reproducción vinculado al capital, al tiempo que se opone a la sustentabilidad en esta actividad.

El turismo necesita del espacio natural y cultural para desarrollarse. De acuerdo con Sauer (1925), el paisaje es un área conformada por una asociación de distintas formas, tanto físicas como culturales; es decir, “el contenido del paisaje se encuentra por tanto en las cualidades físicas del área que son significantes para el hombre y en las formas de uso del área, en hechos de sustento físico y hechos de la cultura humana” (23), ya que la naturaleza dotó al mundo de tierras fértiles y variedad de recursos que carecían de valor por sí mismos (Harris, 1973), así la naturaleza y la cultura son elementos determinantes del desarrollo del turismo en forma aislada o combinada. Por tanto, el paisaje no es una escena individual sino el agregado de características generales a saber (Sauer, 1925).

Los elementos seleccionados se basan en el conocimiento de la situación existente y hay un intento de sintetizar los elementos de forma. Su significado es asunto del juicio personal a través de una correcta representación de la forma de la superficie, del

suelo, de cobertura vegetal, de cuerpos de agua, de las costas y del mar, de la vida animal y de la expresión de la cultura humana (Sauer, 1925: 31).

La descripción del paisaje natural y cultural permitirá conocer cómo se ha transformado el entorno a través del tiempo y ver sus cambios al pasar de una actividad primaria a otra terciaria, así como el proceso de homogenización, funcionalización y apropiación del entorno. Por ello se seleccionan las cualidades del paisaje que son útiles para la investigación y se descartan aquellos rasgos que no son significantes para el hombre y su actividad económica; es decir, las cualidades físicas y culturales del paisaje son aquellas que tienen valor de hábitat actual o potencial, y su valor de uso en hechos de sustento físico –la suma de recursos naturales– y de cultura humana –vivienda, lenguaje y costumbres de un grupo– (Sauer, 1925: 31).

El desarrollo turístico ha tenido un amplio crecimiento en los países latinoamericanos y se ha convertido en un importante eje económico –de acumulación– por su capacidad para la generación de divisas y empleo; sin embargo, el turismo puede influir en la disminución del grado de desarrollo de una comunidad y exponer al subdesarrollo a otras, a través de la crudeza de las desigualdades internas que caracterizan a un país o región, recordando así la imagen imperialista esclavista, por la diferencia social en términos de acumulación de la riqueza y por ende de poder (Cordero, 2004). Asimismo, la actividad turística se torna en componente reproductor del modo de producción, ya que “el capital [que] se abre paso estructurando bajo su funcionamiento las nuevas formas de actividad económica” (Cordero, 2004: 104); se manifiesta mediante la incesante compra y venta de mercancías por medio de los mecanismos de libre mercado; dichas mercancías provienen de la explotación directa de la naturaleza. Así el turismo está estrechamente vinculado con la presencia de severos impactos ambientales como la sobreexplotación de las fuentes acuíferas, la contaminación de ríos y mares, la sobreconstrucción de infraestructura turística y la destrucción de los recursos naturales (PNUMA, 2000). El auge del capitalismo y la expansión

del turismo contribuyen a la transformación del paisaje a fin de continuar con la productividad y los servicios que ha brindado éste en su nuevo rol económico (SER, 2004), saturado de la ideología neoliberal, misma que plasma su política medioambiental aplicando parámetros de sustentabilidad congruentes con la reproducción del capital. Tal contradicción entre economía y naturaleza se hace evidente al convertirse en una contradicción política y social.

El turismo, desde la óptica materialista cultural, está constituido en primer término por la infraestructura, misma que se encuentra integrada por el modo de producción (capitalista) basado en la lógica de la acumulación y reproducción del capital mediante la alienación del funcionamiento del Estado. En este sentido, “la expansión de los viajes es una fuerza de primer orden en el proceso de globalización” (Rodríguez, 2008: 1), para apropiarse, homogenizar y funcionalizar los recursos naturales y culturales para el desarrollo de la actividad turística. Dicho proceso ha “creado [no sólo] una creciente interdependencia, sino también marcadas desigualdades internacionales”. Por tanto, la economía mundial se encuentra desnivelada, así lo demuestra “la concentración del capital y la generación de tecnología en los países desarrollados, y su fuerte gravitación en el comercio de bienes y servicios” (Guimarães, 2003a: 10), de ahí el papel desmesurado de las organizaciones transnacionales en la difusión mundial de patrones culturales o del movimiento global de mercancías a la par del flujo informativo (Aguirre, 2005: 37), con el fin de sostener el modo de producción mediante el proceso de apropiación, homogenización y funcionalización del paisaje.

La estructura está determinada por la infraestructura, misma que fija las directrices de la economía política y local a través de la estrategia para la expansión del modo de producción del desarrollo del turismo internacional, como pauta dominante del crecimiento económico y su encadenamiento, a pesar de las implicaciones negativas sociales, económicas y ambientales del mismo (Stonich, 1998). Asimismo, la superestructura, influenciada por los elementos infraestructurales y estructurales, confecciona gran parte del quehacer social y forma parte importante en la conformación del

capital simbólico, por lo que es importante interpretar el pensamiento y acción de la población receptora con respecto a su racionalidad ambiental, constituida por un “conjunto de criterios para la toma de decisiones de los agentes sociales, para orientar las políticas, normar los procesos de producción y consumo, y legitimar las acciones y comportamientos de diferentes actores y grupos sociales para alcanzar el desarrollo sustentable” (Leff, 2004: 212), dado que el turismo está profundamente relacionado con los recursos naturales y culturales de las localidades, y la explotación de los mismos está estrechamente vinculada con la racionalidad capitalista, “razón como desarrollo desenfrenado de la productividad, conquista de la naturaleza y ampliación de la masa de bienes” (Marcuse, 1972: 207, citado por Leff, 2004: 213). Ello ha llevado a las comunidades a transformar su visión con respecto al aprovechamiento de los recursos naturales y culturales, modificando el paisaje y transformándolo para la permanencia de las actividades económicas que sustentan y expanden el modo de producción, legitimando su dominio mediante la apelación “a la creciente productividad y creciente dominación de la naturaleza que también proporciona a los individuos una vida más confortable” (Habermas, 1986: 56).

La transformación del paisaje en Cozumel por el desarrollo turístico

Al contar con un modo de producción antagónico como el capitalismo –sustentado en el intercambio y producción de mercancías–, es pertinente recordar las categorías de análisis: infraestructura (modo de producción), estructura (economía política y local) y superestructura (relaciones sociales), las cuales rigen la producción y distribución de los bienes materiales para satisfacer las necesidades humanas a través de bienes materiales obtenidos directamente de la naturaleza, que al ser trabajados y transformados por el hombre se les designa como productos, y a aquellos intangibles se les denomina servicios, entre los que destaca el turismo.

Se ha repetido en varias ocasiones que el turismo necesita

primordialmente de los recursos naturales y culturales para constituirse en un eje de acumulación, para ello necesita apropiarse de los mismos, homogenizar y funcionalizar el espacio para su reproducción. La actividad turística en Cozumel tiene sus primeros indicios en la década de los veinte, cuando la economía de la localidad estaba fundamentada en el sector primario, principalmente en la exportación del chicle y la copra, así como en las pequeñas extensiones de tierra localizadas en El Cedral (familia Cárdenas, familia Marrufo y familia Villanueva), en la avenida Transversal, donde se encuentran las hortalizas ubicadas en las casas de los habitantes del pueblo, en las que normalmente se cultivaban frutas y hortalizas; asimismo, se criaban algunos animales de granja para autoconsumo, como el cerdo, pato, gallina, vaca y caballo. Algunas otras familias se dedicaban a la caza de jabalí, pizote, armadillo, gallinola, faisán, pavo, paloma de monte, y a la pesca de tortuga, chakchi, lisa, mero abadejo, dorado, picuda, cazón, pargo, erizo, caracol y langosta.

En aquella época la propiedad de las tierras de Cozumel era ejidal, la zona urbano-rural estaba en San Miguel de Cozumel, en la que predominaban extensiones de playa con cocales y uvas de mar, así como calles con brechas de arena y saskab. Una mínima parte de la población habitaba en El Cedral, al cual se llegaba en barco hasta la playa del mismo nombre para continuar con un trayecto a caballo. Los medios de producción estaban distribuidos entre los habitantes de la isla (pescadores, agricultores, cazadores), por lo que lo cosechado, cazado y criado era para autoconsumo, reparto comunitario y en ocasiones venta e intercambio como relaciones de producción.

“Cuando tenía hambre mi mamá me decía: ‘anda con tu cordelito y tráete un pescado’ ” (Alonso, 2009). “El intercambio que se daba era por relación, mi papá cazaba y decía: ‘la pierna es para fulanito’, y su amigo le mandaba tiempo después una caguama, por ejemplo. Ese intercambio era comunitario, y lo que quedaba lo vendía” (Chan, 2009). “Lo que cosechaba mi mamá era para autoconsumo, lo vendía e intercambiaba por pavo o carne” (May, 2009).

Sin embargo, también existían casos de propietarios de tierra

que la daban a trabajar: de lo cosechado se le proporcionaba una parte al campesino, el resto del producto era para el sustento de la familia poseedora del medio de producción y el excedente se vendía, teniendo finalmente relaciones de producción de tipo feudal. La jornada laboral era de sol a sol y de lunes a sábado; el campesino vivía en la tierra que trabajaba y debido a la lejanía de la misma no podía trasladarse diariamente, por ello el propietario del ejido llevaba al trabajador los lunes y lo recogía el sábado; dentro de sus técnicas de cultivo se encontraban el injerto, la quema y el regado con veleta.

“Mi abuelo se dedicaba a la agricultura y ganadería, pero las tierras no eran de su propiedad, las tierras eran de ejidatarios y lo siguen siendo hasta ahora. Mi abuelo andaba de rancho en rancho y él nunca llegó a tener su propia tierra. Mi papá obtuvo sus tierras por medio del reparto ejidal del gobierno, las últimas tierras que trabajó mi abuelo fueron las de mi papá y ahora las tiene prestadas mi prima” (Martínez, 2009).

Con el paso de los años, la actividad comercial se intensificó y algunos productos comenzaron a importarse desde Puerto Morelos. El muelle Fiscal se constituye como puerto de entrada a las pequeñas embarcaciones de madera, así como el Cozumeleño 1 y 2, Nicté-Ha e Itzam, propiedad de la familia Alonso, la cual prestaba el servicio de transportación de mercancías y pasajeros con una travesía de cuatro a seis horas dependiendo del clima que predominara en el día. De esta manera comenzó la importación y venta de productos como la leche Lita, el queso Edam de bola, el chocolate Milo, la mantequilla holandesa, perfumes y cosméticos, cacahuates, juguetes, dulces, bicicletas, motocicletas, telas, palomitas con miel, camisas, aparatos eléctricos, lencería, cristalería, entre otros artículos que provenían de Panamá, Belice y Chetumal; la principal tienda comercial de la época era Comercial Joaquín, misma que estaba ubicada en el malecón costero.

“Don Nassim vendía en las calles todos los productos que venían de afuera, de ahí nacen las tienditas de importación” (Chan, 2009). “[...] inclusive encontrabas cosas que no existían en la capital” (May, 2009).

Con una actividad económica sólida por la extracción y expor-

tación del Chile, comenzaron a edificarse los primeros hoteles de la isla (Gran Hotel Louvre [1924] y Hotel Yuri [1932]); sin embargo, en la década de los cuarenta la crisis de la resina trajo consigo un alto desempleo, lo cual desencadenó el reparto del ejido en 1945, ya que el sector agrícola se visualizaba como la única alternativa para el crecimiento económico de la isla. No obstante, hacia finales de la década de los cincuenta la actividad turística comenzó a vislumbrarse como solución para los problemas económicos de la población, a través de la práctica del buceo deportivo y el turismo de playa. Ante tal panorama se inicia el establecimiento de una infraestructura propia para el turismo, es decir, con hoteles sobre el malecón costero ubicados entre las calles 4 y 8 norte, dando origen a los hoteles Maya Luum, Caribe Isleño y Playa, así como a las casas de buceo El Clavado y Aguasafari, mismas que atendían al visitante norteamericano que trasladaban principalmente al arrecife Palancar.

Con el incremento de visitantes, algunas familias vieron la oportunidad de comenzar la venta de recuerdos hechos en la isla, que en aquella época eran negocios con venta de artesanías locales como conchas, caracoles, corales, coral negro, estrellas de mar, caballitos de mar, esqueletos de erizo, lámparas de erizo, lámparas de coco pintadas de piratas, entre otros (May, 2009, y Pérez, 2009).

Con un modo de producción económico basado en la actividad turística sustentada principalmente en los recursos naturales y en algunas expresiones de tipo cultural propias del territorio, comienza el proceso de apropiación del espacio con la finalidad de funcionalizarlo para el crecimiento de la actividad económica, por lo cual la sociedad se involucra en ella a través de la oferta complementaria (hoteles, restaurantes, tiendas de artesanías, etc.), con lo cual el modo de producción hace uso del paisaje con el fin de contribuir a la consolidación del modo de producción económico, y por otro lado penetrar el modo de producción cultural.

Los límites de la zona urbana de la época eran: al norte la zona militar (Av. Aeropuerto), al sur el edificio de correos (Calle 7 Sur) y al este la 30 avenida. La actividad económica y social

se desarrollaba en la Zona de Apropiación Turística (ZAT) Centro (cfr. Palafox y Zizumbo, 2009), con mayor intensidad en el malecón costero, en donde se encontraban localizadas las tiendas de importación como Pama y Orbit. Asimismo, en la ZAT Centro se localizaba el edificio del municipio, la comandancia de policía, la escuela primaria Benito Juárez y el parque del mismo nombre, y una calle hacia el este se ubicaba la iglesia de San Miguel, en tanto que la escuela secundaria se encontraba atrás de una cancha de básquetbol a un costado del edificio de correos. A un costado del edificio antes mencionado también se localizaba un terreno de árboles de uvas de mar con una brecha de arena que llevaba al faro de Punta Langosta.

Entre las características del paisaje de la isla resaltaba el tono blancuzco de las playas, en donde se veía jugar a los niños en los diversos muelles del malecón, como en el Isleño (calle 10 Norte), Aguasafari (calle 5 Sur) y en otro localizado frente a Viva México (calle 3 Sur). El muelle Fiscal –aún de madera– comenzaba a tener modificaciones importantes al ser edificado en concreto para la recepción de embarcaciones de mayor envergadura. En las orillas de la playa y por la transparencia del agua, se podía observar con facilidad fauna animal que en algunos casos servía para consumo –peces, langostas, erizos y caracoles–. Con el interés de la población por insertarse en el desarrollo turístico de la localidad, algunas de las familias que habitaban en sus casas sobre el malecón comenzaron a desplazarse hacia el oriente de la ciudad para lotificar los predios y empezar la creación de empresas vinculadas a la población de turistas que arribaban a la ciudad.

“El malecón era la zona comercial por excelencia, había diversidad de tiendas. Me encantaba ver los aparatos eléctricos, camisas, juguetes; había mucha fayuca en las tiendas Duty Free” (Calzada, 2009).

Con una comunidad rural en franco crecimiento, comienza el arribo de migrantes de diversas regiones del territorio nacional, algunos provenientes de Centroamérica, predominando aquellos procedentes del sureste y del centro-sur de México, de los estados de Yucatán, Campeche, Tabasco, Distrito Federal, Estado de Méxi-

co y Morelos; la población en busca de mejorar sus condiciones de vida se insertaba en las actividades vinculadas al turismo, ya que los medios y las relaciones de producción se encontraban en plena transformación.

“Mi papá nació en Belice y después se fue a Playa del Carmen donde pescaba en la playa de Xcaret. Llegó a la isla en 1960 y entró a trabajar en la copra de coco y después se dedicó a bucear, y sacaba coral negro que estaba muy cerquita, como a 5-10 metros de profundidad, el cual después vendía a los americanos como recuerdo de Cozumel” (May, 2009).

Con el aumento de la población, la zona urbana se extendió y aparecieron nuevas empresas de apoyo al turismo en respuesta al incremento de visitantes principalmente de la zona norte de Estados Unidos de Norteamérica, quienes se trasladaban con la finalidad de disfrutar los atractivos naturales y culturales de la isla. El malecón costero se amplió para protección a la zona urbana y embellecimiento de la zona comercial turística. El primer cuadro de la ciudad se convirtió en la Zona de Apropiación Turística Centro a través del establecimiento de algunos hoteles de categoría menor, como el Hotel Turquesa, Hotel Pepita, Hotel Pirata, y sobre la costa se encontraba el restaurante El Portal (Arturo Becerra), el Cine Joaquín (Nassim Joaquín), Palmeras (Noemí Ruiz de Becerra); a un costado estaba Pepe's Grill (José Becerra); un par de cuerdas al sur, el hotel Suites Bahía (José Becerra), Hotel Colonial (José Becerra) y el restaurante Morgan's; y frente al faro de Punta Langosta se abrió el restaurante-bar Hipopótamo. En la calle 30 se instaura la Peña Bohemia, considerado el centro de reunión más importante de la época. Asimismo, la expansión de las empresas de servicio al turismo se instalaban en la Zona de Apropiación Turística Norte, como el Hotel Cozumeleño (Nassim Joaquín), Hotel Playa Azul (Aurelio Joaquín) y el Hotel Meliá Cozumel, antes Mayan Plaza (familia González).

La llegada de nuevos habitantes, así como el establecimiento de empresas para el turismo, ha contribuido al cambio de modo de producción cultural, el cual reconoce y acepta el establecimiento del turismo como base económica para la reproducción del

modo de producción económica; por ello, la población cambió su idiosincrasia, valores y sus relaciones sociales y de producción. No obstante, han salvaguardado algunas de sus tradiciones, como la fiesta de El Cedral, San Miguel Arcángel, San Pedro y San Pablo y el Carnaval, donde anteriormente predominaban los paseos de La Guaranducha, así como las comparsas de las familias Canto, Alonso, Cárdenas, así como las reinas del kinder, primaria y secundaria, sin olvidar la guerra de Huevo, Sargazo y Arena. Todas las manifestaciones culturales tenían lugar frente al restaurante Palmeras.

“La cultura del pueblo ha cambiado a un modo de vida ciudadano, afectando la forma en que piensas y vives. He cambiado mi vocabulario regional para entenderme con la gente. Mi dieta también se ha visto modificada por la comida rápida” (Aké, 2009).

El modo de producción necesita de un constante cambio y movimiento, y la isla estaba centrada en el turista norteamericano que venía en busca de los arrecifes para realizar su buceo, es decir, un turista con alto poder adquisitivo que tenía estancias largas; sin embargo, con los cambios en la política económica local hacia la captación de un mayor número de visitantes el turismo de cruceros emerge como alternativa para sinergizar la reproducción del capital y promover la continuidad del modo de producción, sin menoscabo de los efectos en el medio ambiente que trae consigo este tipo de turismo no sólo por la construcción de infraestructura portuaria sobre la costa sino por el manejo de desechos sólidos que generan los barcos, así como por el consumo de agua y la generación los residuos sólidos resultado de la llegada de millones de visitantes anuales.

De esta manera, con el inicio del turismo de cruceros, en la década de los ochenta, se comienzan a perder espacios naturales de uso común entre la población, los cuales se apropió la Fundación de Parques y Museos de Cozumel (FPMC), la cual concentra la Laguna de Chankanaab, la Reserva Ecológica de Punta Sur, el Museo de la Isla de Cozumel y San Gervasio, todos ellos ahora tienen un costo para el acceso. Lo anterior motivado por la creciente demanda del turismo internacional y la escasa oferta de

atractivos, provocando una captación de divisas menor a la que se pretendía con la privatización de los recursos naturales.

Como ejemplo de lo antes mencionado resalta el caso de Chankanaab, parque que cuenta con un delfinario, restaurante, casas de buceo, tienda de regalos y recuerdos y servicio de fotografía; la entrada tiene un costo de 19 dólares adultos y 10 dólares por niño; asimismo, existen paquetes de buceo, scuba diving, snorkel, bodas y nado con delfines (150 dólares), leones marinos y manatíes, todo ello con un costo extra. Aunada a la privatización del recurso natural, éste se transformó para proporcionar al turista un aspecto agradable y servicios adecuados para su estancia, por lo que se cerró el acceso de la laguna a la playa con la finalidad de crear una playa artificial para la instalación de palapas en el área del asoleadero. La muestra anterior sirve de ejemplo de cómo actúa el turismo como eje de acumulación y transformación del paisaje, logrando de esta forma la permanencia de un modo de producción tendiente a la reproducción del capital.

“[...] antes pasaba por Chankanaab con mi moto, se veía el mar y la laguna, me bajaba y me tiraba un clavado en la laguna, nadaba un poco y continuaba mi camino. Ahora tengo que pagar para entrar y ya no puedo nadar dentro de la laguna. Creo que lo más triste es la privatización de los recursos naturales” (Alonso, 2009). “Antes había un delfinario en Chankanaab; ahora Chankanaab es parte de Discovery Dolphins” (Zacarías, 2009).

En esta década la población fue en aumento y se creó la colonia Emiliano Zapata, mejor conocida como la colonia Proletaria, y fue el comienzo para seccionar las colonias mediante una contrastada separación de clases principalmente por cuestiones territoriales, ya que, como menciona Alonso (2009): “éramos nosotros y los que acababan de llegar. Con ello se empezaron a marcar las clases sociales, si no eres de Cozumel, no eres del grupo. En ese grupo todos se conocían, se protegían y te cuidaban”. Después de esa ruptura iniciaron los grupos sociales dentro del mismo círculo, y tratando de proteger su identidad empezaron los lazos familiares entre los grupos de poder, evitando mezclarse con el proletariado.

“Antes todo el mundo te conocía. No podías hacer una trave-

sura porque iban y le decían a tu papá o mamá. La gran mayoría conocía a los hijos; no había distinción de clases. Los Joaquín se podían llevar con los Pech y con los Alonso porque todos íbamos a la Benito Juárez a la primaria. Ahora las clases sociales son muy marcadas, ahora sí se nota. Lo anterior ocasiona la estigmatización de los niveles y estatus sociales” (Alonso, 2009). “Antes jugaba en el parque con los Xacur, los Anduze, los Alcérrecas, los González y los Villanueva” (Rodríguez, 2009).

Uno de los beneficios más relevantes del turismo es la captación de ingresos económicos por divisas, lo cual ha modificado el pensamiento de los habitantes de la isla. Aquellos que han contado con empresas dedicadas al servicio turístico han motivado la creación de grupos de poder que han impactado directamente en la separación de clases sociales, con la finalidad aumentar la captación de la riqueza y que ésta permanezca dentro de los mismos grupos, haciendo funcionar el modo de producción mediante el ejercicio del turismo como eje de acumulación, apropiación y homogenización del paisaje. De esta manera el modo de producción económica motiva el modo de producción social permeando el modo de producción cultural, con la finalidad de promover y alcanzar el objetivo planteado desde un inicio.

Dicha conformación de grupos se ha ido consolidando con el paso de los años. Además, el tamaño de las empresas ha ido en aumento también, ya que antes “los hoteles eran más pequeños y los mismos dueños hacían de todo; no tenían las grandes infraestructuras de ahora, pero crecieron con la actividad turística” (Alonso, 2009). Así las empresas continúan creciendo en tamaño, y ejemplo de ello es que ahora ya tienen personal con separación de funciones para la operación de ingresos económicos, consolidando los Grupos Turísticos de Cozumel mediante la réplica del modelo de expansión de los Grupos Turísticos Internacionales, por lo que los empresarios locales han ido amalgamando empresas de diversa índole, como hoteles, restaurantes, transportadoras, tiendas de artesanías, entre otros, monopolizando algunos sectores como el transporte marítimo de mercancías y la venta de combustible.

Al comenzar la década de los noventa la actividad turística

había consolidado un turismo basado en actividades acuáticas y llevaba una década en la recepción de cruceros; sin embargo, el modo de producción necesita transformarse continuamente para evitar su estancamiento y sostener su permanencia. Para ello se intensificó el arribo de navíos a la isla, por lo que se promovió la construcción de infraestructura –Puerta Maya y Punta Langosta– para la recepción de cruceros de mayor envergadura, ya que en la década anterior tuvo un promedio anual de 368 cruceros; hoy en día se reciben más de dos millones de pasajeros al año. Lo anterior repercutió en la modificación de la actividad comercial de la Zona de Apropiación Turística Centro, debido a que anteriormente se encontraban ubicadas las tiendas de importación y de artesanías, pero el aumento de las joyerías era evidente.

Por la situación económica que tenía el país en 1994, las familias Vivas y Novelo, entre otros empresarios locales, decidieron cerrar sus comercios de artesanías y rentar sus establecimientos a compañías transnacionales dedicadas a las joyerías (Diamond Port y Diamond International) (Zacarías, 2009). Este cambio de actividad comercial sobre la costa ha homogenizado el paisaje al encontrarse joyerías de diversas empresas extranjeras (Goldmark, Diamond, Touch of Gold, Cartier, entre otras), así como algunas nacionales (Rachat and Romero y Silver Emporium), las cuales van copiando modelos, imágenes, decoración y empleo de mano de obra extranjera.

No obstante la crisis económica que sufría el país en 1994, algunos empresarios locales consolidaron y expandieron sus empresas, tal es el caso de la familia Becerra con Silver Emporium y el señor Francisco Morales con su cadena de tiendas Los Cinco Soles, con establecimientos en los aeropuertos de Cozumel, Cancún, Mérida y en algunas terminales aéreas de Estados Unidos. Por otro lado, esta década es trascendental para la transformación de la vida económico-social de la ínsula, debido a que aparecen las primeras franquicias en la localidad, como Subway (familia González) y Kentucky Fried Chicken (familia Becerra). Debido a que el arribo de las empresas transnacionales necesita apoyo gubernamental, principalmente con los alcaldes Germán García y Víctor

Vivas, “se consolida la apertura comercial para la llegada de empresas extranjeras dedicadas a la prestación del servicio de tours de buceo, entre ellas Sand Dollar, Aquaworld, Atlantis Submarines, entre otras” (Zacaría, 2009). Asimismo, empiezan a instalarse los hoteles de gran tamaño y de cadenas internacionales, como Fiesta Americana, Occidental, Iberostar y Wyndham (antes Reef Club). Paraíso, Palancar y Dzul-ha estaban saturados, se sobreexplotaba el arrecife; había aproximadamente 2,000 buzos mensuales, lo que originó el abaratamiento del buceo en la isla: llegaron a estar los precios de 5.00 dólares el buceo. “Antes Cozumel era un destino élite, ahora es un destino más” (May, 2009).

Al mismo tiempo que se apropiaba del paisaje, lo homogeneizaba y funcionalizaba para el desarrollo de la actividad, la expansión del turismo fue restringiendo el uso de los recursos naturales para los habitantes de Cozumel, lo cual ha sido paulatino y evidente desde sus inicios con la privatización de Chankanaab y Punta Sur, así como el cierre de las playas de la Zona de Apropiación Turística Sur para las nuevas empresas hoteleras transnacionales que se establecieron en la ínsula. Como resultado, la población no tiene la posibilidad de utilizar los recursos naturales a bajo costo. A pesar de estar conscientes de la pérdida de espacios recreativos, la percepción de la población en un principio fue de total apoyo al desarrollo turístico por el crecimiento económico que representa para la comunidad.

“Vimos Cancún y la Riviera y lo copiamos, hoteles grandes, discos, bares, fiesta... nos preocupamos por el turista, qué va a hacer, qué va a comer, qué va a tomar, por dónde va a pasar, etc., y se nos olvidó que cuando hago un muelle lastimo, hago banquetas en zonas de arena, quito el manglar, la isla está siendo lastimada por dar comodidad y glamour, no importando lo que pase” (Alonso, 2009).

A pesar de la inexistencia que se observa de una política turística local, hay una clara tendencia a priorizar el aumento en el arribo de turistas internacionales con la finalidad de traer mayores ingresos por divisas, a minimizar el interés por el segmento nacional y, sobre todo, a ampliar el número de empleos, aunque la

calidad de los mismos va pauperizándose con el paso del tiempo. Cozumel opta por el turismo de cruceros, ya que “todas las balas están dirigidas a una misma presa” (Alonso, 2009), y las experiencias han demostrado que ser una localidad monoprodutora ha repercutido en la sociedad, tales fueron las secuelas del huracán Wilma en 2005 y del brote de influenza AH1N1 en mayo de 2009. La influenza fue mortal para el turismo: “todo se cerró, no había nadie, fue peor que con Wilma y Gilberto, todo por depender del crucero” (Alonso, 2009).

Probablemente uno de los cambios más radicales de la isla son las relaciones sociales entre los mismos individuos, motivado por el aumento de población migrante a la localidad, lo que ha modificado sus formas de pensar, actuar y vivir, debido a la recepción de otro tipo de ideas y pensamientos, ya que más de 50 por ciento de los habitantes de Cozumel son inmigrantes y población flotante. “Los guerrerenses brincan en las temporadas –Semana Santa en Acapulco, verano en Cozumel, septiembre y octubre en Zihuatanejo–, además de toda la gente que llega a emplearse en la construcción, que en su mayoría son gente de Tabasco y Chiapas” (Zacarías, 2009).

La modernización de la isla ha llevado a que la cultura del pueblo cambie a un modo de vida ciudadano. Se ha perdido la gente que cazaba y que realizaba el trabajo agrícola; ahora la población está directamente involucrada con la actividad turística. También las relaciones entre los habitantes se han modificado, prefiriendo tener vínculos con el turista. “Anteriormente los patriarcas no dejaron que Cozumel creciera como Cancún o Playa del Carmen: la isla estaba protegida; ahora ha crecido lentamente y hay más dinero. Ojalá vuelvan a atrancar la puerta a las empresas extranjeras para evitar un crecimiento desmedido como el de esas ciudades” (Chan, 2009, y Del Real, 2009). Asimismo, se han perdido algunos valores de la comunidad y se ha ampliado la brecha entre las clases sociales (Rodríguez, 2009).

El paisaje de Cozumel, desde la óptica de Sauer (1925), integra características propias del ambiente natural y aspectos culturales. Ambos han sido modificados a través del impulso de la actividad

turística en tanto base económica y constitución posterior como eje de acumulación, con la finalidad de que el modo de producción capitalista permanezca. Este modo de producción puede ser diferenciado en tres esferas: económico, social y cultural. El primero impulsa el desarrollo del turismo, colocando interés sobre la generación de divisas y empleo, fortalecido por una política turística nacional con impacto en las estrategias locales, a través del dominio de los espacios naturales, para provocar el desarrollo del nuevo eje de acumulación, por lo que el proceso de apropiación, homogenización y funcionalización del paisaje queda evidenciado en dicho destino turístico. Por su lado, el cambio ideológico con respecto al turismo ha repercutido en diferentes casos: cambio de costumbres, adjudicación de nuevos estilos de vida e intereses particulares, lo que lleva al modo de producción cultural a la asimilación, aceptación y por ende defensa del modo de producción, aunque las secuelas del mismo sean en detrimento de las comunidades donde el turismo se constituye como soporte económico.

Conclusiones

- El turismo, al estar basado en los recursos naturales y culturales, promueve la transformación del paisaje para establecer un proceso de apropiación, homogenización y funcionalización del entorno; es decir, busca reproducir el capital a través de la actividad turística. Para ello las organizaciones internacionales promueven su desarrollo en los países capitalistas emergentes con la finalidad de aprovechar las desigualdades marcadas y provocar la dependencia económica de los Estados subdesarrollados.
- El materialismo cultural permite analizar el rol que desempeña el turismo en la modificación del paisaje y su funcionamiento como nuevo eje de acumulación, mediante el análisis de las categorías propias del materialismo.
- El modelo económico que promueve el turismo impacta en las esferas ambientales, sociales y económicas, a partir de

un modelo cultural que crea valores, procesos, ideologías y prácticas para la reproducción del mismo, logrando que una comunidad rural se convierta en monoprodutora y por ende dependiente de un mercado emisor.

- Cozumel sirve de escenario para afirmar que este modo de producción cultural funge como eslabón para la consolidación de los modos de producción social y económica en busca de consolidar el capital.
- En la isla los medios de producción se encuentran en manos de pocas familias, característica propia del modo de producción capitalista que permite la monopolización de la economía, así como la diversificación de la producción. En este sentido, las relaciones de producción han cambiado, logrando la separación de clases y la diversificación de los Grupos Turísticos de Cozumel.
- Aun cuando la entidad tiene más de cuarenta años de actividad turística, las autoridades locales no han visto la importancia de crear políticas turísticas que promuevan un desarrollo turístico menos agresivo social y ambiental, dado que el modelo no se cuestiona sus límites en la ganancia a costa de la conservación y equidad. Por el contrario, replican las pautas dictaminadas por las instancias federales con la promoción del turismo masificado establecido en espacios naturales.
- Es pertinente la investigación turística mediante el materialismo cultural, aportando nuevas brechas de estudio; sin embargo, es necesario el uso de metodologías que fortalezcan la visión y contribuyan a la construcción de conocimiento en el método crítico.

Referencias

- Aguirre Rojas, C. A. (2005). "Prefacio. Immanuel Wallerstein y la perspectiva del análisis de los sistemas-mundo". En W. Immanuel, *La crisis estructural del capitalismo* (5-56). México: Editorial Contrahistorias.
- Bourdieu, P. (8 de diciembre de 1998). "The essence of Neoliberalism: Utopia of endless exploitation". *Le Monde Diplomatique*.

- Casado Díaz, M. (1999). "Socio-demographic impacts of residential tourism: a case study of Torrevieja, España". *The International Journal of Tourism Research*, 1 (4), 223-237.
- Castel, R. (2001). "Empleo, exclusión y las nuevas cuestiones sociales". En R. Castel, A. Touraine, M. Bunge, O. Ianni y A. Giddens, *Desigualdad y globalización: cinco conferencias* (15-24). Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires.
- CNT (2008). *La industria del hospedaje en México, 2007*. México: Confederación Nacional Turística.
- Compañía de Jesús (1996). *El neoliberalismo en América Latina*. México: Universidad Iberoamericana.
- Cordero, A. (2004). *Nuevos ejes de acumulación y naturaleza: el caso del turismo*. San José, Costa Rica: FLACSO.
- Cox, R. W. (1994). "Global Restructuring: Main Sense of the Changing International Political Economy". En R. Stubbs y G. R. Dunhill, *Political Economy and Changing Global Order* (45-59). Londres: MacMillan.
- Chadefaud, M. (1987). *Aux origines du tourisme dans les pays de l'Adour du mythe à l'espace: un essai de géographie historique*. Paris: l'Université de Pau.
- Guimãraes, R. P. (2003a). *Tierra de sombras: desafíos de la sustentabilidad y el desarrollo territorial y local ante la globalización corporativa*. Santiago, Chile: Comisión Económica para América Latina y el Caribe.
- Guimãraes, R. P. (2003b). "Tierra de sombras: desafíos de la sustentabilidad y el desarrollo territorial y local ante la globalización". *Polis*, 1 (5), 1-49.
- Habermas, J. (1986). *Ciencia y técnica como ideología*. Madrid: Tecnos.
- Harris, M. (1973). *Raza y trabajo en América Latina*. Buenos Aires: Ediciones Siglo Veinte.
- Harris, M. (1982). *El materialismo cultural*. Madrid: Alianza Universidad.
- Hiernaux, D. (1989). *Teoría y praxis del espacio turístico*. México: Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco.
- Ianni, O. (2001). "Las ciencias sociales y la modernidad". En R. Castel, A. Touraine, M. Bunge, O. Ianni y A. Giddens, *Desigual-*

- dad y globalización: cinco conferencias* (81 - 118). Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires-Facultad de Ciencias Políticas y Sociales.
- Lanfant, M. F. (1980). "Introducción: El turismo en el proceso de internacionalización". *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, xxxii (1), 14-45.
- Lange, O. (1966). *Economía política I*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Leff, E. (2004). *Racionalidad ambiental*. México: Siglo XXI.
- Marcuse, H. (1972). *Industrialization and Capitalism in the Work of Max Weber*. Londres/EU: Penguin.
- Marx, K. (1970). *A Contribution of the Critique of Political Economy*. EU: International Publishers.
- Monterros Salvatierra, N. (2010). "La nueva ruralidad: un paradigma para la domesticación del turismo rural en América Latina". En N. Monterroso Salvatierra y L. Zizumbo Villarreal (coords.), *Contra la domesticación del turismo: los laberintos del turismo rural* (75-106). México: Miguel Ángel Porrúa/Universidad Autónoma del Estado de México.
- Morales, J. y A. García de Fuentes (2002). "Dimensión regional de la recesión". En R. Delgado Wise, C. Galindo, L. González Souza, A. Guillén, J. Merced González, J. Morales et al., *México en el primer año de gobierno de Vicente Fox* (85-120). México: Miguel Ángel Porrúa/Universidad Autónoma de Zacatecas.
- OMT (2009). "Barómetro turístico". *Barómetro OMT*, 7 (1), 1-7.
- Pérez Ramírez, C., L. Zizumbo Villarreal y N. Monterroso Salvatierra (2009). "Turismo e identidad de resistencia; la oposición local a proyectos turísticos en el Parque Nacional Nevado de Toluca, México". *Estudios y Perspectivas en Turismo*, 18 (2), 36-52.
- PNUMA (2000). "GEO-América Latina y el Caribe: Perspectivas del medio ambiente". San José, Costa Rica: Observatorio del Desarrollo/Universidad de Costa Rica/Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente.
- PNUMA (2006). *El cambio climático en América Latina y el Caribe*. México: PNUMA/Semarnat.

- Rodríguez Aramberri, J. (2008). "Turismo y globalización: reflexiones críticas". *II Jornadas sobre Turismo y Sociedad* (1-15). Córdoba: Instituto de Estudios Sociales Avanzados/Ministerio de Educación y Ciencia.
- Rodríguez, V. y T. Warnes (2002). "Los residentes europeos mayores en España: repercusiones socioeconómicas y territoriales". *El campo de las ciencias y las artes* (139), 123-148.
- Sauer, C. (1925). "The Morphology of Landscape". *Publications in Geography*, III (2), 19-54.
- Saxe-Fernández, J. (2006). "Libre mercado, seguridad y el nuevo anexionismo". *Observatorio Social de América Latina*, VI (18), 297-303.
- Sectur (2009). *Tercer informe de labores*. México: Secretaría de Turismo.
- Sectur (2009a). *El turismo en México 2008*. México: Secretaría de Turismo.
- SER (2004). *The SER International Primer on Ecological Restoration*. Tucson, EU: Society for Ecological Restoration International Science/Policy Working Group.
- Stonich, S. (1998). "Political Ecology of Tourism". *Annals of Tourism Research*, 25 (1), 25-54.
- Torres Bernier, E. (2003). "El turismo residenciado y sus efectos en los destinos turísticos". *Estudios Turísticos* (155-156), 45-70.
- Touraine, A. (2001). "El fin de la ola neoliberal". En R. Castel, A. Touraine, M. Bunge, O. Ianni y A. Giddens, *Desigualdad y globalización: cinco conferencias* (29-42). Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires-Facultad de Ciencias Políticas y Sociales.
- Vera Rebollo, J. F. (1992). "Turismo y crisis agraria en el litoral alicantino". En F. Jurdao, *Los mitos del turismo*. Madrid: Endymion.
- Wagley, C. y M. Harris (1974). "Una tipología de subculturas latinoamericanas". En L. J. Bartolomé y E. E. Gorostiaga, *Estudios sobre el campesinado latinoamericano: la perspectiva de la antropología social* (11-44). Buenos Aires: Ediciones Periferis.
- Yory, C. M. (2006). *Ciudad, consumo y globalización*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.

Entrevistas

- Arturo Aguilar Aguilar (2009).
Erika Leticia Alonso Flores (2009).
Héctor Zacarías Zagoya (2009).
Joaquín Francisco Calzada Castillo (2009).
Jorge del Real Embriz (2009).
Josefina Arellano Sánchez (2009).
Leonel Jesús Rodríguez Soberanis (2009).
Lilia Genoveva Alonzo Flores (2009).
María de Jesús García Rejón (2008).
María de los Ángeles Rodríguez Aragón (2009).
Mercedes Aké Gómez (2009).
Nassim Joaquín Ibarra (2008).
Nelia Chan Carrillo (2009).
Orlando May (2009).

Transformación del paisaje y conformación del turismo en la cabecera municipal de Valle de Bravo (1970-2010)*

*Edith Imelda Bernal González***

*Lilia Zizumbo Villarreal****

*Alejandro Tonatiuh Romero Contreras*****

Introducción

Durante las décadas anteriores a 1970 las actividades económicas en Valle de Bravo y de la cabecera municipal todavía permanecían orientadas al sector primario (agricultura y silvicultura), actividades que habían estado ubicadas en la zona denominada El Plan y en zonas aledañas a la cabecera municipal; sin embargo, con la inundación para la construcción de la presa se desplazó a los agricultores afectados hacia lugares de la periferia, donde trasladaron sus actividades económicas.

*El presente documento da continuidad al artículo intitulado “Electrificación y cambio del paisaje en Valle de Bravo (1930-1970)”, los cuales surgen de la investigación Transformación del paisaje natural y cultural: desarrollo del turismo en Valle de Bravo, Estado de México (1930-2010).

** Estudiante del Doctorado en Recursos del Agua. Universidad Autónoma del Estado de México. Correo: <edim_bernal@hotmail.com>.

*** Doctora en Sociología. Profesora-Investigadora de la Universidad Autónoma del Estado de México. Correo: <lzv04@yahoo.com>.

**** Profesor-Investigador. Universidad Autónoma del Estado de México. Correo: <lautona@aol.com>.

Estas acciones de reacomodo de la población en Valle de Bravo aceleraron y propiciaron cambios en las actividades económicas del municipio, ya que desde el momento en el que la Comisión Federal de Electricidad (CFE) se presentó para iniciar las obras de construcción de la presa Valle de Bravo (también conocida como Miguel Alemán) posibilitó el surgimiento de otras fuentes de empleo, ya que las actividades tradicionales habían sido perturbadas por efecto de la presa. Así comienzan a incursionar en una economía orientada hacia el turismo, más por necesidad y apuro que por planeación económica.

Así, posteriormente a la inundación de las tierras de regadío de El Plan, las actividades agrícolas se vuelven cada vez más insostenibles, por lo que los agricultores se ven en la necesidad de abandonar esta actividad y salir de la cabecera hacia otros poblados, dentro del municipio o fuera de éste, o incluso hacia otros estados de la República Mexicana, en busca de nuevas tierras o como asalariados, viéndose obligados a vender sus casas y tierras a empresas e inmobiliarias que percibieron el potencial económico que el nuevo paisaje había adquirido.

De esta manera, la conformación de un nuevo paisaje impulsó acciones relacionadas con el sector turístico, las cuales se convirtieron en el nuevo eje de aprovechamiento económico. Estos cambios se contextualizan a finales de la década de 1960 y principios de 1970, junto con una serie de eventos deportivos y artísticos que se desarrollaron en el municipio y que, posteriormente, dieron fama al lugar, al tiempo que se promocionaba el paisaje como lugar idílico vacacional. De esta manera, son los empresarios de capital nacional e internacional quienes aprovechan el nuevo potencial paisajístico, lo cual afectó de forma significativa a los habitantes, quienes por generaciones se habían dedicado a las actividades rurales.

Para lograr lo anterior se recurrió a la corriente teórica metodológica de la geografía cultural¹, la cual permite explicar la

¹ Cfr. Dossier de Documents D'anàlisi Geogràfica, 1999.

transformación del paisaje a través del trabajo del hombre en la naturaleza. Esto se realiza por medio de un análisis diacrónico de la transformación del espacio geográfico, recurriendo a los documentos de archivos históricos, tradición oral y entrevistas, realizadas principalmente a pobladores nativos que vivieron el proceso del surgimiento de las actividades orientadas al sector turístico.

Efectos del cambio de paisaje en las actividades económicas

Como se ha dicho, las principales actividades económicas de la cabecera municipal de Valle de Bravo estuvieron orientadas hacia la agricultura intensiva de temporal y de riego que se desarrollaba en El Plan, de ahí que los efectos de la construcción de la presa sobre las tierras productivas resultara en el colapso económico de esta población rural, lo cual provocó cambios radicales en la forma de vida de aquellos habitantes que pudieron o decidieron permanecer en el municipio. A continuación se identifican y se describen los principales efectos de cambio sobre las actividades económicas en los pobladores de los cuatro barrios de la cabecera municipal de Valle de Bravo (La Peña, Santa María, Otumba y Centro).

Cambios económicos en los barrios de La Peña y Santa María Ahuacatlán

Los barrios de la Peña y en Santa María Ahuacatlán tradicionalmente basaban sus actividades económicas en la agricultura intensiva, dada la presencia de importantes ríos, como el Salitre, y fértiles tierras en El Plan, lo cual les permitía obtener cosechas suficientes para la venta en municipios colindantes y en los principales centros de comercio de la ciudad de Toluca y el Distrito Federal.

Sin embargo, la inundación de las tierras para la presa los obligó a trasladarse hacia otros poblados y municipios, donde se les había dotado de terrenos para vivir, o bien, para continuar

con la actividad agrícola; otros pobladores sólo subieron hacia las zonas que no habían sido inundadas.²

En este periodo un gran número de trabajadores agrícolas de El Plan emigraron hacia Santa Teresa Tiloxtoc, San Juan Atezcapan, El Cerrillo, San Martín Otzoloapan y pequeñas poblaciones localizadas hacia el sur del municipio; otros más se trasladaron hacia los municipios Donato Guerra, Santo Tomás de los Plátanos y Tejupilco. También se identificó que algunos fueron a otros estados de la República como Michoacán, Morelos y el Distrito Federal. Este movimiento migratorio convirtió a Valle de Bravo en un sitio semiabandonado, lo cual se vio reflejado en los datos del censo de 1960, el cual registró 3 mil 847 habitantes en la cabecera municipal, población con 609 habitantes menos al registrado en 1950, que fue de 4 mil 456. En cuanto a los pobladores afectados que pudieron o decidieron permanecer en el municipio, algunos adquirieron terrenos cercanos a la presa, lo cual les permitió, por algún tiempo, continuar con las actividades agrícolas, con la diferencia de que no eran de regadío.

Por otro lado, la mayoría, que no tuvo los recursos económicos suficientes para adquirir terrenos, se estableció en espacios sin propietario (federales o de reserva) y construyeron pequeños jacales para vivir con sus familias, lo cual les permitió de manera disminuida continuar con el cultivo de algunos productos para subsistir.

Otro caso similar sucedió a finales de la década de 1960 y principios de 1970 cuando, a decir de la tradición oral, aprovechándose del desorden propietario de la tierra, un grupo de personas se adueñó de algunos terrenos y se volvieron comuneros, quienes posteriormente comenzaron a fraccionar para venderlos a nuevos residentes (Bernal, 2009-2010). Ante esta situación, las familias que habían construido sus jacales en los terrenos sin propietario, antes de surgir este grupo de comuneros, se vieron desplazadas

² Según la tradición oral, a finales de la década de 1950 se registró mayor índice de precipitación pluvial, que permitió alcanzar el nivel máximo de almacenamiento de la presa.

de nuevo y obligadas a buscar espacios en los cuales establecerse, ante el reclamo de las tierras de los nuevos dueños.

Ante estos problemas, los pobladores nativos, varios de ellos ya sin tierras, se vieron obligados a cambiar de actividad económica y laborar en las nuevas fuentes de empleo que comenzaban a surgir, ya que los sucesos anteriores acabaron con su forma de subsistencia. De esta manera, los pobladores nativos se incorporan gradualmente a la CFE en las obras para la generación y ampliación de la infraestructura que favorecería el desarrollo energético y, posteriormente, como albañiles en la construcción de viviendas de descanso, contratados por inversionistas españoles, franceses y holandeses, quienes consolidaron fraccionamientos y clubes en Avándaro y La Peña; o también en las obras de mantenimiento de carreteras y caminos rurales para facilitar el transporte y comunicación a fraccionadores y prestadores de servicios turísticos. Otros empleos que surgieron con esta transformación fueron los de jardineros, cuidadores, veladores, pintores, carpinteros, entre otros, que impulsaban el desarrollo del turismo residencial, actividades en las que gradualmente incluyeron a sus familias (hijos varones).

Después, las mujeres se insertaron gradualmente como trabajadoras domésticas o cocineras de las residencias, proceso que se intensificó a partir de la década de 1970. Cabe destacar que durante este periodo algunos habitantes todavía poseían terrenos, pero al contar sólo con trabajos asalariados poco remunerados optaron por venderlos a los nuevos residentes, quienes aprovecharon las condiciones de pobreza en las que se encontraban los pobladores nativos para comprar terrenos a un precio módico; sin embargo, este hecho fue percibido por los vallesanos de Santa María y la Peña como una forma de salir de la miseria, aunque fuese por un corto periodo.

Cambios económicos en el barrio de Otumba

Por otro lado, los efectos de la construcción de la presa en las actividades de los alfareros del barrio de Otumba fueron mínimos,

en relación con los que sufrieron los pobladores que subsistían de la agricultura desarrollada en El Plan. En este sentido, los alfareros continuaron con la elaboración de sus productos, cuya materia prima se obtenía de la zona de El Calvario y Barranca Seca, por lo que no fueron afectados directamente. De igual forma, su mercancía siguió comercializándose fuera de Valle de Bravo por medio de los acaparadores. Sin embargo, más tarde sí fueron afectados, ya que grupos inmobiliarios comenzaron a adquirir terrenos panorámicos de montaña. De igual manera, el gobierno, a través de la actuación de la CFE, comenzó a expropiar los espacios boscosos de la subcuenca alta, de los cuales también se extraía la leña para la cocción y las arcillas para el moldeado de las lozas de la alfarería. Dichas acciones del gobierno estuvieron orientadas a impedir el uso del bosque, lo cual afectó la extracción de madera. Es decir, la acción de protección total del recurso forestal respondía a su importancia estratégica en la retención de agua, además de ayudar a minimizar el proceso erosivo y el rápido azolve hacia la presa.

Por otro lado, la comercialización de los productos de alfarería fuera del municipio comenzó a complicarse para los alfareros, sobre todo para aquellos que no contaban con los medios para transportarlos. A decir de la tradición oral, dentro del grupo de 100 o 150 alfareros había intermediarios con transporte (camionetas), quienes se llevaban los productos a los principales centros de comercio (Toluca, México y cabeceras municipales cercanas), por lo que eran ellos quienes obtenían las ganancias vendiéndolos a un costo más elevado del que pagaban directamente a los alfareros (Bernal, 2009-2010).

A estos problemas se sumaron las ventas ilegales de terrenos ubicados en la zona de la cabecera municipal hechas por algunos representantes del barrio, en los cuales posteriormente se construyeron residencias, por lo que gran parte del material (arcilla) quedó bajo los cimientos de las viviendas.

En este sentido, el control de los recursos naturales se perdió gradualmente para la producción alfarera del barrio, por lo que aquellos artesanos que decidieron continuar con este oficio debían comprar los materiales (arcillas) y sustituyeron el uso de la

madera por el de petróleo o gas para la cocción de los productos, situación que implicó mayores gastos.

Estas dificultades ocasionaron la disminución de los recursos económicos abruptamente, lo cual los orilló a abandonar esta actividad e insertarse gradualmente en otros campos laborales, como el de albañiles en las inmobiliarias o con la CFE.

De forma similar a los otros barrios, las familias de Otumba, que en algún periodo habían adquirido grandes extensiones de terreno, cayeron en la pesadumbre, por lo que decidieron repartir a sus familiares dichos predios o los vendieron a los turistas. Al principio, esta acción influyó directamente en obtener rápidamente recursos económicos, debido al incremento del precio de los terrenos; sin embargo, a mediano y largo plazos ocasionó que algunas familias fueran desplazadas del barrio o incluso que tuvieran que salir del municipio, debido a las presiones comerciales sobre sus casas y terrenos.

Cambios económicos en la zona centro de la cabecera municipal

La zona centro de la cabecera municipal (mejor conocida como centro histórico) de Valle de Bravo no sufrió afectaciones importantes en sus actividades económicas durante este periodo, ya que estaban orientadas principalmente al comercio y al ofrecimiento de servicios, mismos que continuaron a pesar de que se presentó una reducción en las ventas de los comercios y servicios en los locales, debido a que no había recursos económicos suficientes para adquirir productos.

Un reflejo directo en esta zona comercial se dio cuando la venta de productos maderables que eran extraídos de las zonas boscosas inmediatas a las montañas se vio restringida, situación que afectó directamente a los leñadores que vendían madera en la zona centro.

De acuerdo con la información recolectada en campo, al verse cada vez más restringidos en sus actividades económicas, los habitantes de esta zona también se vieron en la necesidad de

vender sus viviendas, predios y huertas. En la actualidad, dicen aquellos habitantes que sobrevivieron esa época que este periodo de empobrecimiento y parcial venta de casas permitió que hoy la imagen urbana se conservara, debido a que no había recursos para dar mantenimiento o remodelar las viviendas, las cuales fueron ocupadas gradualmente por habitantes que se integraron al poblado.

Al ser la zona en la que se concentraba la mayor cantidad de servicios dentro del municipio, la dinámica económica, aun con sus altibajos, continuó de cierta forma, ya que los habitantes de las poblaciones cercanas seguían yendo a ella para adquirir sus productos, además del intercambio comercial que se desarrollaba con los pobladores de los municipios de tierra caliente que llegaban a ofrecer sus productos.

De igual forma, al encontrarse la cabecera cerca de la zona residencial Avándaro, permitió que llegaran otros compradores o clientes con alto poder económico, lo que hizo que gradualmente se recuperara, dado el incremento en la venta de algunos productos y servicios que facilitarían el desarrollo residencial, tales como alimentos, herrería, vidrierías, carpinterías, tlapalerías, entre otros. En este sentido, el comercio existente se orientó, en su mayoría, a ofrecer los servicios básicos a los pobladores y, gradualmente, a satisfacer las necesidades de los turistas, que llegaron en décadas posteriores a la construcción de la presa.

La transición de las actividades económicas hacia el sector terciario y la incorporación de la población nativa

El paisaje que adquirió Valle de Bravo con la construcción de la presa generó en los inversionistas una gran expectativa para el desarrollo de proyectos orientados al sector turístico. Según Gobbels (1954), en 1954, 80% de La Peña y casi todo el derredor de la presa ya eran propiedad de Propulsora de Valle de Bravo. Sumado a ello, existían proyectos de construcción, como el de un museo arqueológico, al pie de La Peña. En un preproyecto, que Gobbels consultó en oficinas de Avándaro, ya se perfilaban

grandes posibilidades para el turismo, ya que se pensó en un hipódromo, un campo de aviación y un funicular que atravesaría la presa desde La Peña al cerro Cualtenco. Sin embargo, estos proyectos no se llevaron a la práctica, al parecer, debido a que todo se orientó a la construcción de fraccionamientos y casas de fin de semana. De esta forma, empresas e inversionistas privados fueron los principales compradores de terrenos para la construcción de lujosos fraccionamientos, hoteles y servicios turísticos.

La plusvalía residencial como detonante de la actividad turística y la incorporación de la población nativa

Como se ve, desde el cierre de la compuerta de la presa, en 1947, para dar inicio a la inundación de los terrenos de El Plan, empresas e inversionistas privados percibieron el potencial paisajístico que el municipio de Valle de Bravo tendría y la plusvalía de los predios a su alrededor. Es decir, planearon una estrategia para la compra del territorio circundante. Imaginaron hoteles, fraccionamientos, hipódromos, albercas, restaurantes y todos los servicios turísticos para el lugar.

Esta iniciativa se desarrolló durante la década de 1950, principalmente por inversionistas españoles, franceses y holandeses, quienes formaron los fraccionamientos y clubes en Avándaro y La Peña. Inicialmente, los trabajos de construcción residencial comenzaron en el Club Avándaro, por la compañía Propulsora de Valle de Bravo. Ya en 1954 cerca de 90% de los terrenos en los que se desarrollaría esta obra habían sido adquiridos por dicha compañía, sobre todo en terrenos que eran considerados de monte y arbolado, lo cual impedía a sus antiguos propietarios destinarlos a la agricultura o a la extracción de madera, en virtud de las aplicaciones de las disposiciones forestales. Por tanto, habían dejado de ser susceptibles de aprovechamiento por parte de los habitantes nativos, quienes por la nueva situación sólo contaron con la opción de venderlos y trabajar como albañiles en las compañías inmobiliarias y en la construcción de vías de comunicación.

Este panorama era general en el territorio vallesano, por lo que ante los escasos rendimientos que obtenían, los pobladores que aún desarrollaban la agricultura de subsistencia prefirieron también insertarse en la industria de la construcción; lo mismo sucedió con los alfareros, quienes al percibir que el trabajo de albañil les redituaba mejores ingresos, además de ahorrarse las dificultades para obtener las materias primas, optaron por abandonar sus actividades tradicionales para ir a trabajar con las constructoras e inmobiliarias.

Como se mencionó, los trabajos iniciaron en Avándaro y se extendieron gradualmente hacia la cabecera municipal, especialmente a orillas de la presa para construir casas de descanso. A partir de esto comenzó la afluencia de turistas procedentes, principalmente, de la ciudad de México, grupos europeos y americanos de clase media y alta que buscaban vacacionar en Valle de Bravo el fin de semana. Dicha demanda siguió motivando el desarrollo de la industria de la construcción y, en consecuencia, el surgimiento de más servicios para los nuevos residentes y visitantes. Como ejemplo se tiene la aparición de establecimientos para la venta de alimentos y hospederías en la zona centro.

El arribo cada vez más constante de turistas incrementó la necesidad de construcción de hoteles, por lo que en 1951 se inaugura el primer hotel llamado Refugio del Salto, en Avándaro. La construcción de hoteles generó nuevas fuentes de empleo para los pobladores y antiguos campesinos, primero como albañiles, después en diversos puestos para el mantenimiento de las instalaciones (jardinería, veladores, carpinteros, vigilancia, limpieza, recamareras). Aun así, fueron insuficientes las oportunidades de entrar a formar parte de estas opciones de trabajo; por ejemplo, los empleados de la empresa Propulsora de Valle de Bravo, en Avándaro, eran dieciocho para el Hotel Refugio del Salto y treinta los utilizados para la conservación de camellones, lotificación, jardines, oficinas y vigilancia, aunque en ocasiones el número de empleados que no eran utilizados permanentemente llegaba a superar el número de cien, según Gobbels (1954).

Hasta mediados de la década de 1950 existían 60 casas de fin de semana y otras en proceso de construcción. En todo este lapso

fueron las agencias inmobiliarias las que comercializaron la venta o renta de las mismas. A la vez, ofrecían los servicios de cocine-ras, recamareras, mantenimiento, conservación y contratación de personal de vigilancia, que en principio estuvieron ocupados por los pobladores nativos del municipio; sin embargo, gradualmente fueron incorporando a los provenientes de municipios cercanos, debido a que aceptaban salarios más bajos (Bernal, 2009; Gobbels, 1954).

Como parte de las estrategias de promoción de Valle de Bravo se desarrollaron carreras anuales de automóviles y competencias de equitación, como parte de los Juegos Olímpicos de 1968, y el festival Rock y Ruedas, en Avándaro, desarrollado el 11 y 12 de septiembre de 1971, el cual atrajo la atención del lugar a nivel internacional.

Estas estrategias tuvieron tal éxito que Valle de Bravo se convirtió en un importante polo turístico. Para completar esto, el 6 de agosto de 1971 el gobierno estatal declaró a Valle de Bravo *ciudad típica*, mediante la *Ley de Protección y Conservación de la Ciudad*. Este hecho obligó a los propietarios de las antiguas casas a la conservación del estilo arquitectónico de las viviendas. De nueva cuenta, se intensificó la inversión capitalista para la construcción de casas de fin de semana y el desarrollo constante de negocios para satisfacer la demanda de bienes y servicios para el turismo.

Por mala fortuna, los pobladores nativos que lograron permanecer en Valle de Bravo hasta la década de 1970, al verse limitados para desarrollar actividades económicas que el turismo no podría permitirles, se vieron finalmente obligados a vender sus casas y terrenos al cada vez mayor número de inversionistas residenciales, quienes además de comprar las propiedades ofrecían una fuente de empleo en la construcción y el mantenimiento de las nuevas residencias.

El crecimiento urbano residencial intensificó el surgimiento de más oficios, como herreros, carpinteros, plomeros, pintores, vidrieros y jardineros, lo cual trajo como resultado la aparición de nuevos comercios para la venta de los implementos necesarios

para desarrollar estas actividades que las viviendas requerían para el mantenimiento. De esta forma, Valle de Bravo, y principalmente su cabecera municipal, se recuperó gradualmente de la crisis inicial en la que se vio inmerso con la construcción de la presa. Cabe mencionar que en este periodo gran parte de la población nativa ya se había desplazado hacia otras localidades del municipio y fuera del mismo, por lo que los principales beneficiados fueron quienes llegaron a establecer algún tipo de negocio o servicio.

Como se observa, los cambios en las actividades económicas no sólo se vieron reflejados en los pobladores que basaban su economía en la agricultura, también afectó a otras actividades no agrícolas, como las de los pobladores del barrio de alfareros de Otumba que, de manera gradual, abandonaron sus actividades tradicionales para insertarse en la industria de la construcción, la cual prácticamente se convirtió en la base para el desarrollo de otros servicios.

La población nativa de Valle de Bravo ante la especialización de los servicios turísticos

El proceso de expoliación de tierras y recursos a los habitantes de Valle de Bravo, después del cierre de la compuerta de la presa, forzó el cambio de actividades hacia el sector turístico que, si bien se dejó sentir muy pronto, fue a fines de la década de 1960 y principios de 1970 cuando los efectos se hicieron mayores. Esto se percibe en la introducción de nuevas técnicas para el desarrollo de algunas actividades tradicionales como la alfarería. En 1974, el gobierno municipal estableció algunos talleres para la enseñanza del trabajo en cerámica, oficio al que se incorporaron paulatinamente los hijos de algunos alfareros, ya que estos productos eran más demandados en el mercado turístico que sus productos tradicionales (jarros, cazuelas y ollas) elaborados con barro, lo cual coincidió con la baja en la demanda de los utensilios de barro, que comenzaban a ser sustituidos gradualmente por productos elaborados con plástico o metal. Sin embargo, algunos alfareros continuaron, para días especiales, elaborando sus pro-

ductos tradicionales, únicamente con el fin de cumplir con sus obligaciones religiosas, como la celebración del 3 de mayo (Santa Cruz), que se lleva a cabo en la iglesia de Santa María Ahuacatlán, para la cual se elaboran jarros negros, verdes y amarillos, utilizados tradicionalmente para pulque y agua, los cuales, sin embargo, también gustaron a los turistas, quienes los utilizan como floreros y adornos, por lo que hoy día son mercancías buscadas por su belleza (Bernal, 2009-2010).

Por otro lado, las acciones y estrategias de apertura turística dieron por resultado el establecimiento de comercios orientados al turismo en la cabecera municipal. Se percibió de forma gradual el ofrecimiento de ropa de marca y prendas de vestir artesanales, decoración de interiores, implementos para deportes acuáticos, galerías de arte y muebles. Otros comercios se caracterizaron por el ofrecimiento de servicios, como renta de motocicletas, mantenimiento y reparación de lanchas, entrenadores deportivos, alimentos y diversión, vinculados al turismo residencial. Sin embargo, estos comercios y servicios fueron establecidos paulatinamente por empresas y el sector privado que, en la mayoría, llegaron atraídos por las nuevas oportunidades de inversión, las cuales fueron generadas principalmente por el empobrecimiento de los pobladores nativos, quienes se insertaron en ellos como empleados y trabajadores de baja especialización (Bernal, 2009-2010).

En otros casos, esta dinámica obligó a los pobladores nativos que habían logrado mantener algún negocio en la cabecera municipal a cambiar su mercancía adaptándose, ahora, a los gustos del turismo. Tal es el caso de los alfareros, quienes abandonaron gradualmente su actividad para introducir productos que compraban en Metepec o en otros pueblos del estado de Morelos, a los cuales se les añade pintura o la frase "Recuerdo de Valle de Bravo", con lo cual se les imprime el rasgo cultural para incrementar su valor. Sin embargo, los artesanos que se cambiaron a la producción de cerámica tuvieron oportunidad de vender sus productos fuera del país, lo que, en cierta forma, fue más redituable que la alfarería de barro. El resto de los antiguos alfareros dejó su oficio

y fue incorporándose a las labores de los conjuntos residenciales como jardineros, veladores y albañiles, pues les redituaba mejores ingresos y menor esfuerzo físico (Bernal, 2009-2010).

Otros pobladores nativos que trataron de incursionar en negocios y servicios turísticos fracasaron por el elevado costo de la renta de los locales, sobre todo aquellos ubicados en la zona centro o cercanos a ésta, ya que, por ejemplo, en la actualidad los costos oscilan en 10 mil pesos mensuales. Otro factor fue la falta de experiencia comercial o de servicios, ya que se iniciaban en esta actividad; de igual manera, otro componente de este fracaso fue no contar con capital suficiente para cambiar la mercancía.

Ante estas situaciones, algunos habitantes nativos prefirieron desarrollar algún tipo de negocio en su propia vivienda para evitar el pago de la renta de los locales céntricos, que les impedía tener oportunidad de acumular capital. Los menos afortunados han optado por establecer comercios informales cerca de la presa, sobre todo textiles, como tejidos, deshilados y bordados. Sólo algunos pobladores nativos han podido establecer negocios bien remunerados relacionados con el turismo como, por ejemplo, los restaurantes ubicados de la zona centro o cerca de la presa, ya que quienes que no cuentan con vista panorámica sólo tienen lo necesario para sobrevivir (Bernal, 2009-2010).

Las dificultades a las que día a día se enfrentan los pobladores nativos se han intensificado debido a la incorporación constante de migrantes de poblados y municipios cercanos. Esta dinámica poblacional se ve reflejada en el incremento en el número de habitantes, sobre todo comparada con la década anterior, 1950-1960, en la que se reflejaron los efectos migratorios como consecuencia de la construcción de la presa. En la década de 1960-1970, su número se duplicó a 7 mil 628 habitantes (véase Tabla 1). Sin embargo, hacia 1990 se registra una disminución de población a nivel municipal, ocasionada por la migración de los habitantes rurales debido a la expropiación de sus terrenos para la construcción del sistema de agua potable Cutzamala.

A partir de eso, la llegada de inversionistas residenciales y de trabajadores de la industria de la construcción ha sido constante, lo que propició un incremento en la población del municipio. En la actualidad resulta complicado definir el número exacto de habitantes nativos en Valle de Bravo, es decir, de aquellos pobladores y sus descendientes que vivieron los procesos de transformación del municipio por la construcción de la presa. De acuerdo con el trabajo de campo, se considera que sólo queda entre 15% y 20% de la población total de origen nativo. Lo que está claro es el conjunto de dificultades a las que se enfrentaron los pobladores para subsistir ante los cambios, provocando su constante salida del municipio.

De igual forma, el turista residencial continúa llegando para construir casas de fin de semana, por lo cual continúan incrementándose, sobre todo se comparan con las 60 casas que se reportaron en 1954, ya que algunas investigaciones indican la existencia de más de mil casas de descanso, en 1980, y más de 2 mil en la década de 1990. En 2006 se reportan 7 mil casas, aproximadamente, y siguen incrementándose.

La dinámica poblacional ha provocado que los pobladores nativos enfrenten la competencia por los empleos en su municipio, debido a la llegada de inmigrantes de poblados y municipios cercanos, quienes aceptan menores pagos por el trabajo, a diferencia de los vallesanos. Además, constantemente se encuentran atrapados por el incremento en los costos de los productos básicos y de los altos impuestos que se ajustan al valor adquisitivo de los turistas residenciales, por lo que todavía consideran vender sus propiedades para salir del municipio en busca de menores costos de vida.

La crisis laboral a la que se enfrentan los ha obligado a desarrollar actividades económicas complementarias, ya que los ingresos que obtienen de un solo empleo no son suficientes para solventar los gastos, debido a las condiciones que imperan en el municipio (impuestos y alto costo de productos). Sólo quienes tienen hijos mayores se dan el lujo de desarrollar una sola actividad, pues los hijos colaboran con los gastos del hogar.

Otras estrategias de la población nativa ante las dificultades laborales en Valle de Bravo

Los obstáculos a los que se enfrentan los pobladores nativos en materia laboral se han incrementado en fechas recientes, debido a la reducción de empleos en la industria de la construcción, lo cual ha provocado que otros servicios que dependen de esta actividad decaigan gradualmente. Esto es muy importante, debido a que los oficios, el comercio y la estructura económica de la mayoría de los habitantes nativos es mixta. La construcción de viviendas residenciales es una de las actividades que predominan en el ámbito económico familiar; sin embargo, esta actividad ha disminuido, ya que la oferta de las ya construidas y usadas es la que predomina en la actualidad. Según la tradición oral, en 2009 se registró un incremento en la venta de residencias, ya que el turista residencial estaba saliendo de Valle de Bravo, suceso que coincidió con un bajo índice de lluvias y una disminución drástica del nivel de la presa.

Es así que los nuevos residentes contratan personal, entre los que se encuentran incluidos algunos pobladores nativos, para que realicen las modificaciones necesarias, al gusto del nuevo propietario.

Cabe resaltar que las actividades en las que hoy se emplean los pobladores no son definitivas, pues deben adaptarse a las condiciones que surgen cada día. Esta situación ha obligado a los hijos de las familias nativas a incorporarse al mercado laboral como ayudantes en la construcción y en algunos comercios como dependientes, lo cual genera cierta desesperanza de un futuro mejor y propicia actitud un tanto apática en las nuevas generaciones, percibiéndose escaso interés por mejorar su calidad de vida, por lo que se conforman con lo poco que obtienen para solventar sus gastos diarios, pese a que llevan una vida austera (Bernal, 2009-2010). En este sentido, sólo quienes cuentan con un mejor ingreso tienen la posibilidad de enviar a sus hijos a estudiar fuera del municipio, con la firme idea de que a su regreso harán algo positivo por éste.

Como se ha visto, los pobladores de origen nativo que lograron quedarse en la cabecera municipal de Valle de Bravo dependen hoy en gran medida del turismo y de los turistas residenciales. Este último tipo de turista se desplaza los fines de semana por lo menos una vez al mes, salvo en temporadas vacacionales, en las que permanecen más tiempo, lo cual representa mayor entrada de capital al municipio. Sin embargo, el principal gasto que hacen en Valle de Bravo es para el mantenimiento de las viviendas, lanchas y muelles, así como pago de impuestos de agua, energía eléctrica e impuesto predial. En este sentido, es el turismo residencial el que mayores ingresos aporta a Valle de Bravo.

Por otro lado, los habitantes aprovechan la afluencia de turistas en periodos vacacionales y en competencias deportivas de parapente, vela y canotaje, entre otros, o eventos artístico-culturales, como el Festival de las Almas. Este último se originó en 2003 y se desarrolla anualmente a finales de octubre y principios de noviembre. Estos eventos brindan la oportunidad de que algunos pobladores establezcan puestos ambulantes de golosinas, frutas, antojitos y otros productos típicos de la región, lo cual brinda un ingreso adicional.

Algunos pobladores nativos han aprovechado, además, algunas actividades que alimentan la plusvalía del municipio como los deportes de alto y bajo riesgo en los que se integran como empleados y trabajadores de baja especialización. Además, han aprovechado espacios naturales como las cascadas Velo de Novia y la del río del Molino, El Salto de Ferrerías, la Reserva Ecológica Monte Alto, el Mirador de La Cruz de Misión y La Peña les permiten establecer comercios informales en puntos de paso obligado para llegar a estos sitios, principalmente en días de mayor afluencia turística. Otro espacio natural que ha tomado importante valor es el Santuario de la Mariposa Monarca, que se ubica a 30 minutos de la cabecera municipal de Valle de Bravo. Este sitio es aprovechado por algunos pobladores, ya que por su conocimiento tradicional sirven de guías y ofrecen recorridos por el lugar. Sin embargo, para el desarrollo de estas actividades los pobladores nativos enfrentan una fuerte competencia ante la incorporación de per-

sonas de otros poblados y municipios cercanos, que desarrollan las mismas actividades.

Reflexiones en torno a la actividad turística en Valle de Bravo: recursos naturales y población

El aprovechamiento del agua de Valle de Bravo permitió la generación de electricidad para impulsar la economía del país, lo cual favoreció el desarrollo de la industria nacional e internacional; sin embargo, en el ámbito local generó serios problemas a los pobladores nativos. Propició el cambio de las actividades económicas hacia el sector turístico, las cuales generaron un beneficio selectivo para la población local, ya que en la actualidad los principales beneficiados son, en la mayoría, los sectores ajenos a la población nativa.

Si bien el turismo permitió a los vallesanos salir temporalmente de la crisis económica en la que se vieron envueltos después de la construcción de la presa, también es cierto que generó más problemas, como el exagerado incremento en costo de bienes y servicios, diferenciación en el acceso a los servicios, empleos poco especializados y efímeros, bajo costo de mano de obra, entre los más relevantes. Por otro lado, los recursos naturales también se han visto afectados, a pesar de los decretos y restricciones que se han impuesto para su cuidado y manejo.

En 2005, Valle de Bravo ingresó al grupo de Pueblos Mágicos, programa de desarrollo turístico integral que

impulsa el gobierno federal para localidades que en un diferente nivel de desarrollo, en cierne, en crecimiento, maduros, en riesgo de declive, requieren una nueva orientación o propuesta para hacer del turismo una actividad de contribución real para elevar los niveles de bienestar, mantener y acrecentar el empleo, fomentar y hacer rentable la inversión, así como fortalecer y optimizar el aprovechamiento racional de los recursos y atractivos naturales y culturales. Uno de los principios básicos del programa es el involucramiento y participación de las comunidades receptoras y sociedad en su conjunto. De tal

suerte que el objetivo de lograr destinos sustentables se cumpla cabalmente (Sectur).

En apariencia, estos programas están orientados a favorecer a la población local y a la conservación de sus recursos naturales, sin embargo, los resultados en Valle de Bravo son contradictorios, ya que en la realidad es complicado para los habitantes apegarse a la serie de lineamientos que, por una parte, favorecen a mejorar la imagen del lugar, pero que, por otro lado, afectan las labores cotidianas de los pobladores al tratar de ajustarse a las normas impuestas por el gobierno.

En este sentido, es difícil establecer la protección de los recursos culturales y naturales con los que cuenta el municipio, ya que existen conflictos en torno a la propiedad de la tierra, por lo que quienes aseguran ser dueños de los terrenos no están dispuestos a cederlos para la conservación de los recursos existentes en dichas propiedades, argumentando que no recibirían ningún beneficio a cambio. Ejemplo de esto es la zona de La Peña, que se considera como una zona no apta para la construcción de viviendas, debido a la existencia de restos arqueológicos; sin embargo, continúan otorgándose permisos para fraccionar terrenos y destinarlos a la construcción de residencias, pues éstas representan una importante entrada de capital, tanto para los propietarios de los predios como para el sector gubernamental, como generador de impuestos. Por otra parte, algunos pobladores nativos dueños de estos terrenos continúan desarrollando actividades tradicionales como la agricultura, lo cual representa un reto para las autoridades gubernamentales, ya que no pueden obligarlos a dejar de desarrollar esta actividad, pues son ellos quienes poseen los títulos de propiedad, lo cual les da el derecho de hacer uso de ellos de la forma que consideren conveniente, además de que mediante la agricultura obtienen un modo de subsistencia ante el encarecimiento de los productos básicos en el mercado.

Por otro lado, también resulta complicado proteger los recursos naturales, ya que la venta de terrenos ha propiciado un incremento en el número de residencias, lo que trae como resultado el incre-

mento en la demanda de servicios, como el hídrico, ocasionando un deterioro ecológico considerable. Sin embargo, según algunos documentos sobre desarrollo inmobiliario, en 2007, de todas las hectáreas de terreno, solamente se desarrolló 15%, y el 85% restante es reserva ecológica, lo cual aparentemente muestra que los proyectos inmobiliarios no deben estar peleados con la naturaleza. Por otro lado, se continúa otorgando permisos para la construcción de residencias, que invaden la zona forestal. Según comenta el subdirector de Catastro del municipio de Valle de Bravo, en la actualidad quienes llegan a adquirir terrenos prefieren las zonas boscosas para la construcción de fincas campestres, ya que el interés por construir a orillas de la presa ha disminuido.

Debido a que las residencias son propiedad de personas de elevados ingresos económicos, esto ha ocasionado que los pobladores de escasos recursos sean desplazados cada día debido al incremento en las cuotas catastrales que pagan los turistas residenciales y que también se aplican a los pobladores locales, principalmente si sus viviendas se ubican en las zonas con alta plusvalía, generándoles, a la vez, un sentimiento de invasión de su localidad y obligándolos a desplazarse hacia otros terrenos. En este sentido, el turismo residencial ha representado una fuente de empleo para los habitantes, pero, por otra parte, una mayor invasión de propiedades y áreas protegidas.

Al respecto, los pobladores nativos, quienes basaban su economía en el desarrollo de actividades agrícolas, perciben los cambios que se han suscitado, sobre todo a raíz de la construcción de la presa, como una desgracia que llegó a la comunidad, ya que a partir de esto se ha desarrollado una serie de acciones que no siempre han beneficiado a la población nativa.

Por una parte, se les ha restringido el acceso a ciertos recursos naturales, que por generaciones les permitieron subsistir, pero, por otra parte, se continúa dando concesiones a ciertos grupos o empresas con elevado poder adquisitivo para fraccionar y construir residencias, lo cual ha permitido la expansión del área urbana, originando mayor deterioro de los recursos naturales, como el forestal e hídrico, principalmente, recursos que representaron un importante

valor para el desarrollo de la zona centro del país y que quedó reflejado en principio con la construcción de la presa, que tenía como principal función la de aportar el agua necesaria para el funcionamiento del sistema hidroeléctrico Miguel Alemán y, posteriormente, para la construcción del Sistema Cutzamala, que cubriría la demanda de agua a la ciudad de México y municipios aledaños, desde 1980 hasta la actualidad.

Conclusiones

La construcción de los embalses y presas que formaron parte del sistema hidroeléctrico Miguel Alemán repercutieron en la transformación del paisaje natural y cultural de Valle de Bravo, lo cual se vio reflejado en las actividades económicas de los pobladores nativos, quienes abandonaron gradualmente sus formas de producción, las cuales durante mucho tiempo les habían brindado el sustento necesario. La destrucción de sus medios de vida propició un movimiento migratorio de la cabecera municipal hacia otros municipios, según se registra en los datos poblacionales de la década de 1960.

La construcción de la presa y sus consecuencias económicas y sociales son percibidas por los habitantes nativos sobrevivientes de aquella época como una enorme tragedia, debido a las expropiaciones, restricciones y migración forzada, a las que se enfrentaron tanto agricultores como los alfareros, además de aquellos pobladores que hacían uso de los recursos forestales para el comercio.

Ante estas restricciones, se vieron obligados a integrarse gradualmente a las actividades orientadas al sector turístico, que comienzan a surgir de forma gradual, pero que se intensifican durante la década de 1970, principalmente en la industria de la construcción residencial, caminos y servicios, actividades que fueron percibidas por la población más joven como una oportunidad para mejorar los ingresos económicos familiares, por ser mejor pagadas que las actividades tradicionales de sus padres,

afrentando mejor las circunstancias para permanecer en el municipio y no migrar.

Sin embargo, las necesidades mercantiles del llamado *turismo residencial* propiciaron que los pobladores nativos y los nuevos habitantes adaptaran las actividades comerciales y las demandas de los turistas residenciales, afectando directamente a la población por los elevados precios y ajustes económicos de los productos y servicios. Por tal motivo, los pobladores desarrollaron estrategias para sobrevivir a dicha incertidumbre económica mediante el establecimiento de comercios informales o mediante la venta de productos regionales, en periodos de mayor afluencia turística o en días de feria.

Por otro lado, ante la escasez de empleo, debido a la competencia por la incorporación de trabajadores de otras localidades, desarrollaron actividades complementarias como jardineros, pintores, plomeros, veladores y cuidadores, para incrementar sus ingresos económicos y lograr sobrevivir ante el encarecimiento general de productos y servicios.

En el municipio prevalece un interés considerable respecto a la protección de los recursos naturales, ya que son precisamente éstos los que atraen al turista e incrementan la plusvalía del municipio. Sin embargo, existen dificultades para lograr la protección, ya que los propietarios de predios con potencial natural y cultural continúan vendiéndolos a inmobiliarias o a personas con elevados ingresos económicos.

Además, el municipio ha contribuido a su deterioro al otorgar concesiones para la construcción de residencias, pues representan un buen ingreso de capital mediante el cobro de impuestos.

En este sentido, dicho desarrollo no incluyente, al que se han enfrentado los pobladores nativos de Valle de Bravo, los ha convertido en víctimas de la modernización y de la expansión del capitalismo, ya que los principales beneficiados han sido empresas e inversionistas privados, quienes han aprovechado los recursos naturales en su propio beneficio, en el que la población nativa no toma parte. De esta forma, los vallesanos nativos que han logrado permanecer en el municipio continúan en una dinámica de presión, de la que les es complicado salir.

Tabla 1
Población total de municipio de Valle de Bravo
y su cabecera municipal, 1950-2000

Año	1950	1960	1970	1980	1990	2000
Población total municipal	14,413	15,920	23,779	36,762	36,132	57,375
Población total cabecera municipal	4,456	3,847	7,628	11,619	15,472	25,409

Fuente: Censos de población y Archivo Histórico de Localidades, INEGI.

Referencias

- Bernal González, Edith I. (2009-2010). “Diario de campo. Historias de vida y genealogías recopiladas en trabajo de campo”.
- Comisión Federal de Electricidad (2009). Disponible en <<http://www.cfe.gob.mx/es/LaEmpresa/queescfe/CFEylaelectricidadenMexico/>>. [Consultado el 6 de julio de 2009].
- Gobbels López, Cecilia (1954). “Geografía de Valle de Bravo, Estado de México”. Tesis para obtener el grado de Maestra en Geografía. México: Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.
- Instituto Nacional de Estadística Geografía e Informática. *Archivo Histórico de Localidades*. Disponible en: <<http://mapserver.inegi.gob.mx/dsist/ahl2003/index.cfm>>. [Consultado el 10 de noviembre de 2009].
- México. Gobierno del Estado de México. Comisión Agraria Mixta (9 de junio de 1937). “Solicitud de restitución de tierras, formulada por los vecinos de Valle de Bravo, cabecera del municipio y distrito del mismo nombre”. *Gaceta de Gobierno del Estado de México*.
- México. *Diario Oficial de la Federación* (8 de mayo de 1942). “Departamento Agrario. Resolución en el expediente de dotación al poblado Valle de Bravo, Estado de México”.
- México. *Diario Oficial de la Federación* (2 de junio de 1954). “Departamento Agrario. Decreto que dispone se expropie una fracción de terreno del ejido Valle de Bravo, Municipio

del mismo nombre, Estado de México, a favor de la Comisión Federal de Electricidad”.

México. *Diario Oficial de la Federación* (22 de julio de 1980). “Decreto por el que se declara de utilidad pública la construcción del Sistema Cutzamala y demás obras conexas y se expropián terrenos particulares con superficie aproximada de 924, 949.04 M². Constituida por 14 lotes ubicados en el Municipio de Valle de Bravo, Méx.”.

El paisaje del Valle de los Cirios: efímera relación entre opuestos

*Rosa Imelda Rojas**

Introducción

El proceso de evaluación del carácter del paisaje implica la descripción de patrones y rasgos que tiene el campo y explica cómo un área se ha desarrollado en el tiempo. Lo importante de este enfoque es que no pretende posicionar y mucho menos juzgar el carácter del paisaje, simplemente lo registra en forma sistemática: sus atributos biofísicos, la influencia humana a través de sus patrones de asentamientos y los cambios en cobertura que representan los diferentes usos del suelo y lo visual (East Devon, 2008).

El proceso que ha tenido la evaluación del paisaje ha cambiado los estudios pseudocientíficos de su sistematización mediante el uso de herramientas como la teledetección y los sistemas de información geográfica, que han servido de soporte técnico a planeadores y personas encargadas del manejo de recursos naturales. En una primera instancia, la evaluación del paisaje pretendía identificar y clasificar el patrimonio natural por la calidad de sus

* Profesora-Investigadora de la Universidad Autónoma de Baja California.
Correo electrónico: <chicalisore@hotmail.com>.

atributos biofísicos y ecológicos o meramente visuales y estéticos, para definir niveles de protección dentro de una amplia gama de categorías: reservas de la biosfera, monumentos naturales, entre otros. De igual forma sucedió con las categorías para la conservación del patrimonio edificado y los asentamientos humanos.

En una segunda instancia, se plantea la importancia que tienen los sitios o áreas aunque no tengan el “valor” para ubicarlos en una categoría internacional. Esto significaba que se les podía utilizar indiscriminadamente o, incluso, arrasar con ellos. A través del tiempo, se ha visto que la conservación de los unos depende del manejo adecuado de los otros. Así, cambia el enfoque en cuatro sentidos: 1) el sentido de conservación y manejo sustentable de los recursos de cualquier paisaje; 2) la integración de otros valores al momento de hacer la evaluación; 3) ver el territorio como un proceso en construcción por sus habitantes, que con el tiempo le asigna valores al paisaje no sólo por sus atributos y calidad de sus recursos biofísicos, sino por su patrimonio construido, los aspectos visuales-estéticos e intangibles; y 4) el papel del “experto” deja de ser el único en la toma de decisiones y la gente o comunidades toman un papel central en la definición, aprovechamiento, conservación y gestión de su territorio.

Las condiciones actuales de manejo de las áreas rurales requieren estudiarse bajo enfoques integrales que consideren el territorio como proceso histórico que refleja y captura la riqueza cultural de la gente y su patrimonio natural y construido. De esta forma, cada vez se vuelve imperante que las áreas rurales no pueden solamente conservarse, focalizándose sobre la protección de pequeñas partes de alto valor, ya que cada paisaje contribuye con la conservación del todo, sin importar lo pequeño que éste sea.

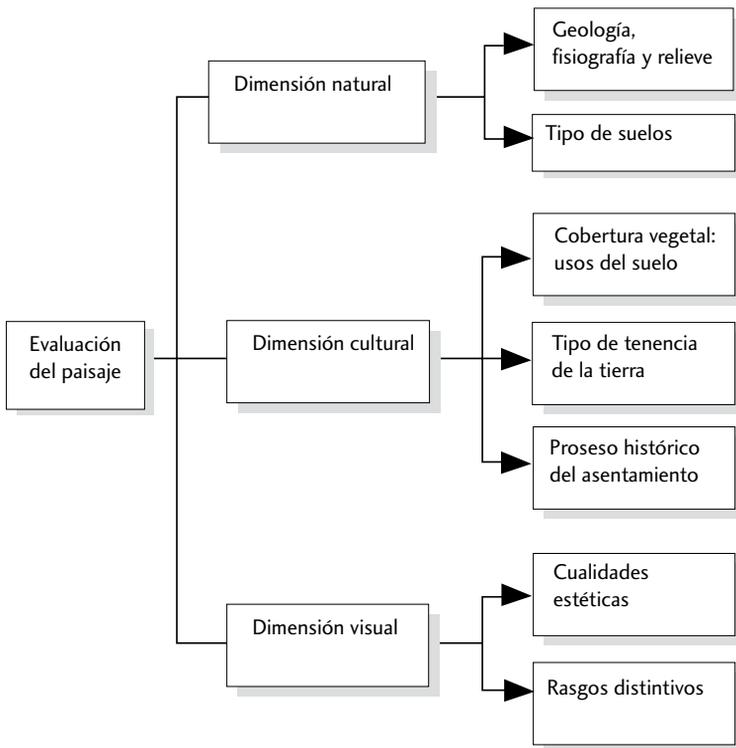
Metodología

Actualmente, la planeación de las áreas rurales se apoya en enfoques holísticos y una visión multifuncional del paisaje que dirija y concrete sus esfuerzos a nivel local. La metodología en que se basa comprende dos grandes apartados: uno, plantea los

procesos que orientaron la evolución y cambio del paisaje; y dos, la evaluación, donde se da un peso equitativo a los aspectos naturales, culturales y visuales. El primero está dirigido a comprender las razones por las cuales los elementos constitutivos, físicos, biológicos e históricos se presentan y cómo llegan a repetirse en el tiempo en calidad de patrones, que también comparten características estéticas.

El enfoque “carácter del paisaje” puede resumirse en el manejo de tres dimensiones: la natural, la cultural y la visual (Figura 1) (East Devon, 2008). Cada una de ellas aporta información

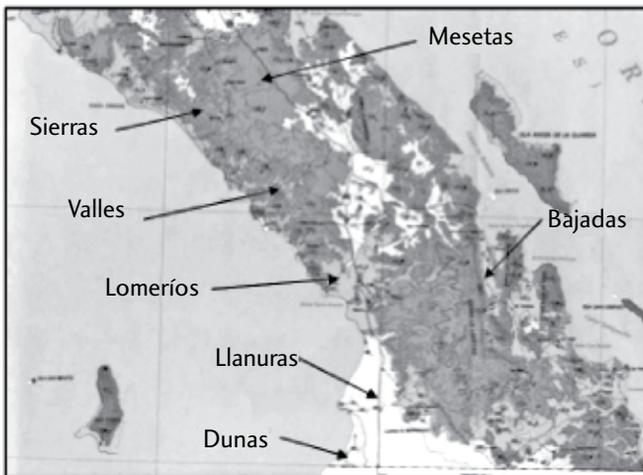
Figura 1
Enfoque “Carácter del paisaje”



Fuente: elaboración propia a partir de East Devon, 2008.

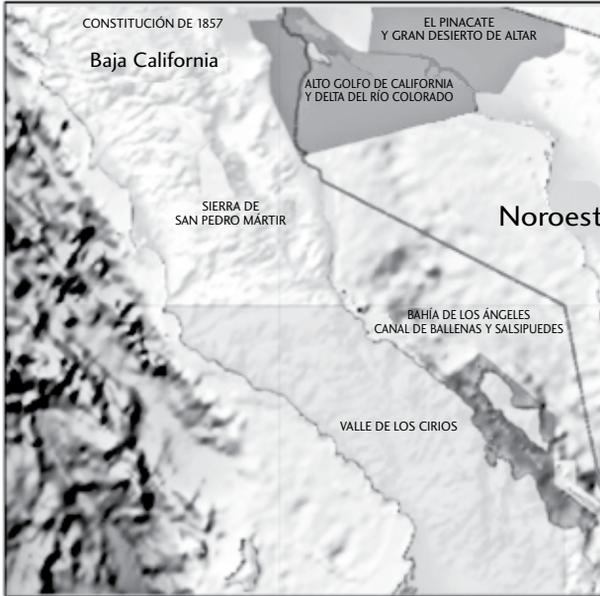
complementaria que, al momento de evaluarse y sintetizarse, da sentido al territorio. Así, se tiene que la *dimensión natural* aporta elementos fisiográficos basados en las características geológicas, suelos y relieve que facilitan la delimitación de unidades y subunidades de paisaje, y la explicación de los procesos que han intervenido en la modelación del mismo a lo largo del tiempo y que dichas unidades guardan una correspondencia clara con la dimensión visual. En lo que toca a la *dimensión cultural*, destaca la evolución y dinámica que ha tenido la intervención del hombre sobre el paisaje, que puede ser visto a través del análisis de sus patrones de uso del suelo, la forma en que se ha dado la tenencia y las características particulares de las edificaciones y uso de los espacios públicos, que mediante la repetición de ciertos rasgos definen patrones que identifican y dan significado a las cosas y lugares.

Figura 2
Localización del Valle de Los Cirios



Fuente: Conanp. Mapa actualizado 2010.

Figura 3
Fisiografía del Valle de los Cirios



Fuente: INEGI, Síntesis Geográfica de B. C.

La *dimensión visual* habla sobre aquellos atributos físicos del paisaje que se pueden percibir, como son la forma, color y textura de los elementos que participan; por ejemplo, el relieve, suelos, rocas, cuerpos de agua, cielo, plantas, animales, gente y elementos construidos que comparten el escenario, al igual que la escala. En este mismo apartado se pone el acento en el tema de la estética, tema que va más allá de la percepción visual y que remite a la gente, su forma de pensar y expresar sus gustos, preferencias, sentimientos, recuerdos y sensaciones ligadas al paisaje, al verlo o al estar en contacto con el mismo. Aunque el tema del clima no se encuentra contemplado en la dimensión natural y visual, éste incide en el momento de percibir y evaluar el paisaje, ya que varios descriptivos cualitativos remiten a la importancia de la estacionalidad de la observación y/o a la presencia de ciertos

fenómenos meteorológicos que afectan la percepción de la gente que los visita o vive en estos lugares.

A partir del marco anterior, el presente trabajo sobre Valle de los Cirios va a enfocarse en destacar dos de las dimensiones citadas; la natural referida a las grandes unidades fisiográficas que se encuentran en esta vasta región destinada a la conservación de la flora y fauna de una parte del desierto sonorense. Sobre el tema de la dimensión visual, mostrará aquellos atributos que le dan identidad al paisaje de esta zona, igualmente se tratará el tema de lo estético. El propósito general es dar las pautas para que las personas que proyecten o diseñen espacios dentro de este ambiente puedan integrar o destacar sus propuestas según sea el caso.

Valle de los Cirios

El área natural protegida Valle de los Cirios tiene por objetivo conservar la biodiversidad, el patrimonio natural y los procesos ecológicos mediante acciones de conservación y manejo, planeadas y reguladas con base en las leyes, normas y políticas ambientales (Conanp, 2008: 8). Como puede constatare, esta área corresponde a una categoría de protección del patrimonio natural y, como tal, el borrador del programa de manejo destaca los atributos intrínsecos o biofísicos del paisaje, aunque en su contenido trata otros temas que aportan un perfil general de la población, su economía y patrimonio histórico, cultural. Sin embargo, adolece de una valoración como paisaje desde el punto de vista estético y visual.

Esta área se localiza en Baja California y representa alrededor de 37% de la superficie total del estado con una extensión de 25,249 km², con una población estimada en 2006 de 2,846 habitantes (Imipens, 2007) y una densidad promedio de 1 hab./10 km². Es un área ecológicamente frágil, que presenta buenos niveles de conservación; por ello, en el año 2000, adquiere la categoría de área de protección de flora y fauna. En ella habitan 727 especies de plantas, 140 de aves, 52 de mamíferos terrestres, 48 reptiles;

de ellas una especie vegetal en peligro de extinción, dos de aves y una de mamíferos, una especie vegetal amenazada, ocho de aves y diez de reptiles. Bajo protección especial están siete especies de plantas, cinco de aves, dos de mamíferos y diez de reptiles. Entre las plantas sobresalen el cirio y el cardón, que llegan a medir más de 15 metros, como especies dominantes y emblemáticas en el paisaje; entre la fauna marina del Océano Pacífico y Mar de Cortés destacan las ballenas, delfines y tiburones.

a. Dimensión natural

Las unidades dominantes del paisaje corresponden a mesetas y llanuras costeras; todas ellas se caracterizan por su horizontalidad, situación que permite que las sierras se distingan por su verticalidad, altura y pendientes, pues vienen a jugar un papel secundario en extensión dentro del área. En tercer lugar, aunque de menor importancia en superficie, pero no en atributos, sobresalen las pequeñas unidades que forman valles, lomeríos, lagos salados, bajadas y cuerpos de dunas que le restan monotonía al paisaje por las formas del relieve y la diversidad que presentan en su vegetación y presencia de agua, tal es el caso de cañadas, arroyos y lagunas costeras (Rojas, Zizumbo y Quintanilla, 2007).

Ante la inmensidad de las superficies y el bajo porte de la vegetación, dominan visualmente a la distancia las formas del relieve, perdiéndose en la mayoría de los casos el color y la textura de las geoformas, a menos que uno se aproxime a verlos en un primer plano. Sobre las sierras, se puede decir que son elementos que revelan su escabrosa orografía y aportan claroscuros al paisaje, donde en algunos casos pareciera haber un encuentro abrupto de planicies contra sierras. Los valles son espacios con cierto nivel de contención; en ellos la vegetación toma una dimensión diferente –verticalidad– donde pueden apreciarse en primer y segundo plano las formas, colores y texturas de la misma y las dimensiones reales que tienen en escala al aproximarse a ellas. En lugares tan planos con infinitos visuales, los cambios en coloración y textura de los suelos pueden diferenciar a manera de líneas comprimidas

los cambios sutiles en el paisaje del plano horizontal. A partir de lo anterior, se puede asumir que los elementos verticales en el paisaje son referencia o hitos donde la forma es lo importante y que para su diseño se tiene que pensar en la escala y color (Rojas Caldelas, 2006).

Sobre las características de la vegetación se tienen cinco situaciones: 1) la relativa a las especies que cubren el suelo a manera de manto y durante el año pasan desapercibidas, pero que con las lluvias realzan las superficies con sus colores vivos. 2) La vegetación arbustiva de color verde a cenizo con formas redondas que varían en densidad según la presencia de humedad en el ambiente y en el subsuelo. 3) Una gran variedad de cactáceas que llaman la atención por sus formas geométricas o caprichosas y, en algunas de ellas, por la geometría en la disposición de sus espinas. 4) También pueden distinguirse a manera de líneas verdes en el paisaje la vegetación riparia, conformada por especies arbóreas y palmas, que generan ambientes de oasis a lo largo de arroyos y cañadas dentro del desierto. 5) En otro nivel de altura se encuentran las especies características de la región, el cirio y el cardón, que por su tamaño y forma conforman verdaderos bosques que hacen distintivo al paisaje de esta zona y que da nombre al área natural protegida de Valle de los Cirios. Las flores en la mayoría de los casos son escasas pero grandes, o bien diminutas pero de colores muy brillantes (amarillos, rojos, morados y blancos que resaltan en el paisaje). En suma, en una primera vista al paisaje únicamente se logran diferenciar dos niveles o estratos de la vegetación, uno arbustivo bajo y otro grande con formas sobresalientes, donde lo efímero salta a vista con la presencia del agua.

Otro elemento del paisaje es la presencia del mar, al estar delimitada la zona al este por el Mar de Cortés y al oeste por el Océano Pacífico, costas que contrastan por la temperatura del agua y fuerza del oleaje, al ser más fresca la costa que da al Pacífico que la del Mar de Cortés, más seca y cálida. Otro encuentro que llama la atención es el del desierto con el mar; igualmente, sobre el Mar de Cortés llaman la atención las visuales panorámicas a las islas.

b. Dimensión visual

La estructura de caminos se vuelve relevante para la apreciación visual del paisaje, en este sentido los espacios se articulan a manera de columna vertebral por la carretera transpeninsular que atraviesa de norte a sur la península por la parte central del Valle de los Cirios y de ella se desprenden terracerías transversalmente para cruzar hacia la costa Pacífico y Mar de Cortés. En general, el terreno, al ser mesetas y llanuras en la mayoría del recorrido, da origen a visuales infinitas de 360 grados que se pierden al tocar el cielo en la línea del horizonte. Solamente destacan en tramos algunas sierras que sirven de hitos, remates o para la contención de visuales. Existen casos en que se logran apreciar cerros en primer plano que contrastan en forma, color y textura con el contexto en que se insertan, tal es el caso de El Pedregoso y de la zona de Cavatiñá. También dentro de estos trayectos hay pequeños espacios contenidos que forman los valles que obligan a centrar las visuales sobre la vegetación y hacia lo que sucede internamente (Figura 4). Las mejores vistas definitivamente se presentan al cruzar hacia las costas, ya que atraviesan de manera cercana sierras, arroyos, algunas cañadas, dunas, lagunas, humedales y playas, que ofrecen

Figura 4
Atributos visuales del paisaje



ambientes de mayor diversidad en la parte florística, visual y de carácter escénico con vistas hacia el mar o, en su caso, hacia las islas; contrastes que llaman la atención respecto a la aparente monotonía que caracterizaba la carretera transpeninsular.

Un aspecto que llama la atención en la apreciación visual del paisaje son las condiciones de luminosidad y cielos claros la mayor parte del año, cualidades que distinguen a las zonas áridas de otro tipo de ecosistemas, situación que en momentos llega a molestar la vista por la reflectancia de los pavimentos claros del desierto. Igualmente importante es la condición de claridad nocturna que permite acercarse a la gente con el espectáculo que ofrece el cielo y la gran cantidad de las estrellas.

En la parte de apreciación estética del paisaje la gente que conoce y ha vivido por primera vez la experiencia define esta zona como un espacio sin vida, cansado y monótono que aparentemente repele al que lo visita, por ser considerado un lugar árido, seco y peligroso, pero que en la medida que convive con él descubre una belleza diferente y oculta a simple vista, que posteriormente es comprendida, valorada, apreciada y protegida; esto es, belleza que invita a la meditación y contemplación del paisaje, lugar de encuentro con la naturaleza, que, si bien comunica sensaciones de misterio, temor, desorientación, precaución y aislamiento, también comunica admiración, tranquilidad, silencio, inmensidad y sorpresa al ver que cada día se descubren en él nuevas formas, colores y tonalidades que cambian diaria y estacionalmente, y que se palpan en amaneceres y puestas del sol, al igual que se valora la sombra y el agua.

Conclusiones

Para finalizar este trabajo, cabe resaltar que la apreciación del paisaje de las zonas áridas y en particular la del Valle de los Cirios invita a la reflexión sobre la vida entre los opuestos de estos lugares y cómo las plantas, animales y personas desarrollan estrategias de adecuación al ambiente, opuestos unidos por lazos efímeros

o transiciones breves que pudieran representar un cambio de estación, del día a la noche o simplemente del sol a la sombra.

Estas condiciones que imponen los ambientes áridos mueven al manejo de contrastes que se ejemplificaron anteriormente y que, en síntesis, aportan la identidad o carácter al paisaje y, además, pudieran traducirse al momento de diseñar los espacios construidos o abiertos, mediante el manejo del relieve y los recursos materiales: suelo y roca, plantas adecuadas al clima extremo, manejo del agua, importancia de las visuales próximas y distantes, manejo de colores y la escala (véase Tabla 1).

Tabla 1
Dicotomía en el paisaje

<i>Características dominantes</i>	<i>Características subordinadas</i>
1 Día	Noche
2 Verano	Invierno
3 Sol	Sombra
4 Distante: forma, color y textura	Cercano: forma, color y textura
5 Horizontalidad	Verticalidad
6 Espacios y visuales infinitos	Espacios y visuales contenidos
7 Homogéneo	Diverso
8 Desierto	Mar (agua)
9 Plantas, elementos arbustivos bajos y redondeados	Plantas, elementos columnares y candeliformes
10 Seco	Húmedo
11 Colores grisáceos	Colores vivos
12 Escala monumental	Escala humana
13 Aridez	Oasis
14 Natural	Construido
15 Grandes áreas	Pequeños lugares
16 Integración	Contraste
17 Peligro	Seguridad

Fuente: Elaboración propia.

Por último, la historia se construye día a día, donde la gente va estableciendo el valor que toman las cosas de acuerdo con las relaciones que funda con el ambiente que le rodea, su gente y sus edificaciones, y al paso del tiempo adquiere un significado colectivo que se reproduce e interpreta como patrón en el tiempo.

Referencias

- Comisión Nacional de Áreas Naturales Protegidas (Conanp) (2008). *Programa de Manejo. Área de protección de flora y fauna Valle de los Cirios. Borrador*. Recuperado de <<http://www.conanp.gob.mx/anp/consulta/VCiriosProgramaManejo08.pdf>> (consultado el 8 de mayo de 2011).
- East Devon (2008). *Landscape Character Assessment & Management Guidelines*. Recuperado de <http://www.eastdevon.gov.uk/plg_lcawhole.pdf> (consultado el 8 de mayo de 2011).
- Instituto Municipal de Investigación y Planeación de Ensenada (Imipens) (2007). *Programa de desarrollo regional "Región Sur"*. Ensenada, Baja California, México. Recuperado de <http://www.imipens.org/IMIP_files/PDRRS.pdf> (consultado el 8 de mayo de 2011).
- Rojas Caldelas, R. I., Bojórquez Morales, G., Luna León, A., Corona Zambrano, E. A. y Ochoa Corrales, J. (2006). "Outdoor Residential Landscape Design in an Arid Natural Conservation Area: Bahía de Los Ángeles, Mexico", *WIT Transactions on the Built Environment*, vol. 86, pp. 205-214.
- Rojas Caldelas, R. I., Zizumbo Villarreal, L., y Quintanilla Montoya, A. L. (2007). "El nuevo contexto del desarrollo rural". En Quintanilla Montoya, Ana Luz, *Construyendo el futuro, visiones para un desarrollo rural sustentable en las comunidades de la Baja California*, UABC-Porrúa, pp. 37-91.

La participación del turismo en la modificación del paisaje cultural de la ciudad de Malinalco, Estado de México

*Guillermo Miranda Román**

Introducción

El propósito del trabajo es explicar la forma en que el paisaje, como producto cultural, se ha convertido en atractivo para el desarrollo del turismo y cómo los actores sociales de esta actividad intervienen para que se produzcan cambios en el entorno. Los planteamientos del escrito son basados, fundamentalmente, en trabajos antropológicos y sociológicos del paisaje cultural y su relación con el turismo, lo cual presupone un enriquecimiento a la teoría del turismo.

El interés que ocupa este análisis es conocer la utilidad del término paisaje en los estudios del turismo, así como particularizar la participación del turismo en el paisaje cultural de la cabecera del municipio con el mismo nombre, con poco más de 7,000 habitantes. Se ubica en el extremo sur de la porción occidental del Estado de México; su economía aún está sustentada en la agricultura, ocupando un alto porcentaje en la superficie de su terreno; no obstante, su territorio se ha ido sustituyendo por otros usos a los que originalmente estaban destinados, ejemplo

* Profesor-Investigador. Universidad Autónoma del Estado de México.
Correo: <villasmiranda@yahoo.com.mx>.

de ello es la utilización de los espacios para: la implementación de establecimientos comerciales, de servicio turístico, construcciones para vivienda o para la introducción de obras de infraestructura que son utilizadas en diversas actividades, con lo que se observa un cambio en el paisaje cultural o entorno construido, término acuñado por científicos como Mari-José Amerlink y Fernando Bontempo (1990).

En este lugar, a partir de la segunda década del siglo XX ya se nota la presencia de visitantes que esporádicamente llegaban a observar atractivos, como la zona arqueológica, el Convento Agustino del siglo XVI con sus acervos, las capillas de sus barrios o la ciudad, el manantial de El Molino, la arquitectura colonial, o bien, a disfrutar del clima y paisaje con flora exuberante. El aumento de turistas, la implementación de establecimientos de hospedaje y alimentación, y la introducción de servicios públicos y nuevas formas de comercialización de bienes y servicios fueron factores que influyeron para modificar la economía, cultura, el medio natural de sus habitantes y, sobre todo, el paisaje cultural, considerando la actividad turística, en general, como uno de los agentes que influyen en dichos cambios.

El turismo como un hecho sociocultural es un evento en el que interactúan dos grupos sociales: uno que realiza viajes con diversas motivaciones y otro que presenta “escenarios” para el cumplimiento de satisfactores del primero. Las expectativas que los turistas se plantean en la preparación del viaje, dados sus gustos o motivaciones, son muy variados, para lo cual el destino turístico les tiene preparados varios insumos, llámense servicios turísticos, infraestructura vial, transportación, artesanías, aspectos culturales de sus pobladores, gastronomía o, particularmente, el paisaje.

El paisaje es una imagen que está presente en todo viajero, aun antes de desplazarse al sitio turístico elegido, sea turismo de sol y playa, alternativo, ecológico, de contemplación, cultural, científico, entre otros. Sin embargo, aun cuando el paisaje no se conciba en la preparación del viaje, éste se descubre, se permea en la experiencia turística, se vende, tiene un valor agregado y se recomienda. Este paisaje históricamente es construido por las

personas que viven en el destino turístico, va a formar parte de su patrimonio, es uno de los atractivos presentados al turismo cultural, que lo estudia, conserva o difunde, muchas veces, para llamar a inversionistas, otras para el desarrollo local, pero también lo transforma o altera.

El paisaje cultural como patrimonio turístico y sus transformaciones

La palabra paisaje procede del latín *pagus*, que significa país; surge de muchas palabras del lenguaje común –montaña, jardín, ciudad, flora, entre otros aspectos–, múltiples imágenes: unas actuales, otras vividas o simplemente recordadas. La visión de cualquier paisaje, tanto directa como representada, de la forma que sea, sugiere una especie de mosaico más o menos ordenado de formas y colores. Un paisaje es la imagen que representa la vista de un sector natural, superficie terrestre, relieve de una región en su conjunto, producido o modificado tanto por fuerzas geológicas como por el hombre según su cosmovisión o cultura (De Bolós, 1992: 5).

El término *paisaje* en un sentido más amplio que el de la sola escena aprehendida por el observador, es la suma de muchas vistas y no de un solo panorama. Esta acepción es considerada no sólo por artistas y arquitectos, sino también por los estudiosos del paisaje de las más diversas ramas. La geografía, por ejemplo, considera este término como el conjunto de formas que caracterizan un sector determinado de la superficie terrestre. La definición de paisaje es comparada con la noción “naturaleza” de Humboldt, quien la adaptaba al concepto de paisaje integrado (De Bolós, 1992: 7).

Afirma Boullón (1985: 65) que “Uno de los aspectos que primero interesaron al hombre fue la estructura de la superficie terrestre, encontrando que las diversas formas de combinación de los factores del medio natural resultaban en una variedad extraordinaria de paisajes; ello se complicaba más todavía con la intervención creciente del hombre, quien al transformar a la na-

turaliza, creaba nuevos paisajes culturales”. Para la configuración del paisaje, se otorgan significados sociales y religiosos, en este sentido, se pone a la cultura como eje explicativo de esas obras.

El paisaje cultural, a diferencia del paisaje natural, no sólo se refiere al diseño y construcción de obras, sino que implica lo que sucede en el pensamiento humano: le da orden o significado a los espacios; nombran lugares, delimitan y limpian áreas naturales para sembradíos, es decir, para la conformación del paisaje agrícola.

El paisaje como escenario de la vida de los hombres, su aprovechamiento y transformación de sus valles, ríos, montañas, lagos, reservas ecológicas y territoriales son obras culturales que el hombre en sociedad realiza para la satisfacción de necesidades, desarrollo físico y cultural; para ello, ha encontrado nuevas formas y soluciones heredables ya que a su capacidad de creación y adaptación al medio se han agregado las obras monumentales o artísticas, unas veces para reproducirlas, conservarlas y revalorarlas, otras para transformarlas y deformarlas, pero siempre para aprovecharlas, asignarles una función y hacerlas suyas en relación con su historia y cultura. De ahí que estas obras se conviertan en patrimonio de culturas específicas, aunque la construcción de espacios se ha convertido en mercancía o producto turístico, cuyo consumo es equiparado por las políticas turísticas como elemento de desarrollo económico sin importar su modificación.

El paisaje cultural es un producto o bien cultural; es creación del grupo, resultado de sus elecciones y expresión material de su esquema cognoscitivo: mantiene la identidad del grupo al formar parte de su patrimonio. En su acontecer histórico, los habitantes de cierto lugar han creado y transformado el paisaje cultural respondiendo a razones culturales, ideológicas, económicas, entre otras; cambios que resultan interesantes y placenteros ante los ojos de personas que no pertenecen a ese contexto inmediato, quienes son consideradas turistas y están ahí sólo para alcanzar sus propósitos de recreación y descanso.

Diversas son las causas para la transformación del paisaje cultural: la expansión geográfica y demográfica, una intensa tendencia al desarrollo social, la sedentarización, por la formación de

grupos, un mayor control sobre un territorio o por el tema que nos ocupa, el turismo. Los estudiosos del turismo se han abocado a analizar lo que se denomina espacio turístico, reconociendo que es la consecuencia de la presencia y distribución territorial de los atractivos turísticos que son la materia prima del turismo y que se ubican en el llamado paisaje cultural, según el tamaño de su superficie y grado de importancia turística, le han asignado terminologías como: zona, área, complejo, centro, unidad, núcleo, conjunto o corredor turístico (Boullón, 1985: 66-68).

Según Pierre George (1985: 31), el espacio agrícola se define como la superficie utilizada por las diversas formas de aprovechamiento agropecuario. Desde el punto de vista de la organización, se divide en espacio de pastoreo y cultivo que comprende las tierras labradas y las praderas utilizadas para una ganadería integrada a la economía de cultivo. El espacio de pastoreo es un área casi en estado natural, aunque las pisadas de los rebaños y los frecuentes incendios modifiquen esa corteza, comúnmente este sitio es delimitado y en él se deja a los procesos naturales el cuidado de regenerar la vegetación consumida por el ganado. En el espacio de cultivo el conocimiento, la organización, así como la mano del hombre tienen mayor intervención.

Un conjunto de paisajes agrícolas definidos podrían corresponder a las tierras de riego y de temporal. Este paisaje corresponde a una utilización lo más ininterrumpida posible en el tiempo, su ventaja es cultivar la tierra durante el año; en el caso de las tierras de riego compensan con mayor o menor eficacia la insuficiencia de lluvias durante el estiaje, en este caso se trata del cultivo exclusivo de cereales como el arroz. Por su parte, existen los llamados cultivos asociados, sobre todo cultivos de café que se practican debajo de los árboles o las viviendas, que también dan otra fisonomía al paisaje. La presencia de árboles en los cercados y en el interior de los campos, la asociación de tierras labradas y de prados, la presencia de ganado al aire libre y la vida que dan las aves de corral a la más pequeña granja aislada dan lugar a un marco muy distinto de vida rural y se impone inmediatamente al observador (Pierre, 1985: 47-48).

En el espacio natural se inserta lo que se ha denominado espacio cultural. Al respecto, estos dos espacios son analizados por Boullón cuando señala que “el hombre habita dos mundos. Uno es el mundo natural de las plantas, animales, suelos, del aire y de las aguas, que le precedió en miles de millones de años y del cual forma parte. El otro es el mundo de las instituciones sociales y de los artefactos que construye para sí mismo con sus herramientas y máquinas, su ciencia y sus sueños, para lograr un medio obediente a los propósitos o direcciones humanas” (Boullón, 1985: 93).

El paisaje está formado por factores bióticos, es decir, la flora y fauna que habitan en él, y los factores abióticos como el suelo, el clima, el agua o las rocas. Asimismo, lo conforman los factores culturales que corresponden a los resultados de la acción del ser humano, como el uso de la tierra, las formas de cultivo, las ciudades, obras viales, puentes, casas, fábricas, canchas deportivas, entre otras construcciones; en este sentido, los recursos disponibles de cada medio geográfico podrían definir si las poblaciones serán agrícolas, mineras, comerciantes, recolectoras o cazadoras, construyendo ciudades fijas o migrantes, o alimentándose de manera vegetariana o carnívora. El modo en que se siembran y cultivan los productos agrícolas, las rutas comerciales, el trazo de una ciudad, entre otros elementos, van conformando el paisaje cultural.

Aguirre (1995: 3), al apoyarse en Braudel, sostiene que las realidades de la civilización material (el paisaje cultural) son, en primer lugar, un conjunto de estructuras de larga duración; es decir, no simples fenómenos que perduran y permanecen en el tiempo en cortos o medianos intervalos, sino verdaderas arquitecturas que son los sólidos andamiajes y referentes del proceso histórico, dimensiones lentas en constituirse. Borja (1991: 21) sostiene que algunos lugares, particularmente las ciudades, presentan en su paisaje características adversas, tales como congestión del transporte público, contaminación atmosférica y del agua, despilfarro energético, dificultades para eliminar residuos o degradación de espacios públicos, etc. Señala que se usa a la ciudad como escenario de espectáculos o servicios.

Se debe poner a la cultura como eje explicativo de las diferencias y semejanzas de formas construidas, al establecer regularidades respecto a las relaciones que manifiesta la vivienda, por ejemplo, con lo que se concibe como modo de vida, creencias, clima, necesidades de alojamiento, el uso de materiales o los avances tecnológicos, el emplazamiento, la defensa, la economía, la religión, los cuales son factores que influyen en la conformación del espacio urbano.

Lo anterior lleva a afirmar que tanto las características ambientales como “[...] la existencia de ‘trazas’ de sociedades anteriores, son factores locacionales importantes para el turismo, pero también lo es la existencia de ciertos rasgos superestructurales y religiosos o culturales”. Hiernaux considera que ciertos espacios geográficos son susceptibles de desarrollo turístico, pero mucho depende del comportamiento cultural que tengan los habitantes de los destinos turísticos, lo cual es un efecto decisivo para determinar el atractivo de un sitio (Hiernaux, 1989: 58).

Silvestri (2001: 143) nos dice que los pueblos o ciudades pueden verse como un espectáculo paisajístico. La idea de que la ciudad es vista, interpretada y construida como paisaje no es novedosa; muchos estudiosos del paisaje, particularmente los analistas del paisaje turístico, han observado que al presentarse los visitantes a cierto destino, sus habitantes crean en sitios naturales y culturales establecimientos de recreación, hospedaje o alimentación para satisfacer las necesidades de los turistas, conformando y modificando su medio ambiente, es decir, sus campos, ciudades, acervos, monumentos, bienes y obras tanto materiales como espirituales.

Boullón (1985: 93) afirma que hay espacio natural y espacio cultural, los cuales conforman el espacio turístico. Los planteamientos de este autor permiten saber que diversos factores posibilitan el desarrollo de la actividad turística, tal es el caso de aspectos relacionados con los atractivos naturales y culturales y los servicios públicos, instalaciones para alojamiento, alimentación, recreación, servicios complementarios. Asimismo, el constante aumento de las corrientes turísticas, nuevas formas de comercialización de bienes y servicios, son factores que también influyen

para modificar la economía, la cultura, el medio natural de sus habitantes y particularmente el paisaje cultural.

El espacio natural es un elemento indispensable para el aprovechamiento del turismo. Esto es notable cuando el lugar presenta condiciones locacionales y paisajísticas de gran riqueza, lo que posibilita que adquiera un valor insuperable en la acción de planificar para no abusar de su capacidad paisajística. Los atractivos naturales y culturales, nacionales e internacionales, representan recursos invaluable de gran importancia para los visitantes, pero ello depende de la preservación y conservación que de los mismos se tenga, junto con consideraciones ambientales favorables al desarrollo de la actividad turística.

El espacio turístico reviste importancia, dado que en él se desarrollan las actividades destinadas al esparcimiento, cultura, recreación o entretenimiento. El visitante tiene que dirigirse hacia un destino que posea paisaje natural o cultural para llevar a cabo su actividad; sin embargo, no es exclusivo para una sola empresa, como podría suceder en otras ramas de la actividad económica. Para el turismo es importante que el espacio sea ocupado por empresas con una gran variedad de servicios (hospedaje, alimentación, recreación o transportación) con estándares de calidad óptimos que favorecerán la gama de atracciones requeridas por los visitantes. Por esa razón, al ubicarse las empresas de servicios turísticos en esos lugares, van a modificar los espacios físicos y culturales previamente configurados.

La actividad turística actualmente observa un importante crecimiento de las opciones para los visitantes según su motivación, esto contribuye a la proliferación de imágenes para su consumo. Para Lash y Urry (1998: 368), el placer se vuelve dominante, para lo cual se ofertan diversos bienes y servicios, lo que también da pie a la degradación y modificación de los paisajes naturales y culturales. Los servicios turísticos, sobre todo los de alimentación y hospedaje, al posicionarse en áreas naturales son amenazados por los sistemas técnicos y económicos a los que la población suele entregarse sin reserva. Actualmente aparece el fenómeno de la mirada turística, esto es, la diversidad escenográfica del paisaje visitado.

Los lugares elegidos por los visitantes, además de ser espacios públicos urbanos, son centros de atracción turística donde las obras culturales que se construyen casi no son vistas o no valoradas. Aunque también son lugares donde se observa a la naturaleza de manera armónica y exuberante o, por el contrario, se eligen espacios áridos o muertos en el sentido ecológico, pero donde la mano del hombre estuvo y está presente, y cargada de símbolos sugestivos. Se promocionan paisajes en donde está presente el binomio bello-natural, lo bello-artístico con la noción de paisaje natural-cultural, de aquí que se hará un recorrido acerca de la configuración y reconfiguración del paisaje de Malinalco, Estado de México.

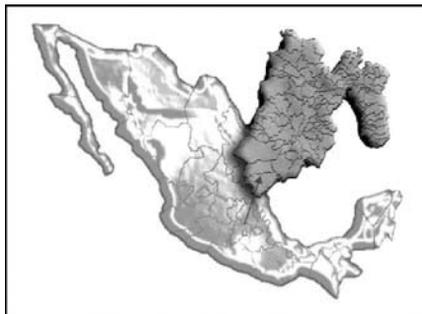
El paisaje natural y cultural de Malinalco, Estado de México

El entorno geográfico

Los estados de la República Mexicana cuentan con múltiples recursos naturales y culturales susceptibles de desarrollo económico. Una de las entidades que constituyen interés particular es el Estado de México. Se localiza en la meseta central de México y cuenta con 125 municipios, entre ellos el municipio de Malinalco, donde se sitúa la cabecera del mismo nombre (véase Mapa 1).

Mapa 1

República Mexicana destacando el Estado de México



Fuente: Schneider, Luis Mario (1999). *Monografía Municipal*.

De acuerdo con datos del Plan de Desarrollo Municipal de Malinalco (H. Ayuntamiento de Malinalco, 2003: 14), el municipio de Malinalco cuenta con una superficie de 18,628.4 hectáreas, representa 0.82% del territorio mexiquense. Se ubica al extremo sur de la porción occidental del Estado de México, colinda al norte con los municipios de Joquicingo y Ocuilán; al sur, con Tetecala (Morelos) y con el municipio de Zumpahuacán; al este con el municipio de Ocuilán y Miacatlán (Morelos); y al oeste, con los de Tenancingo y Zumpahuacán (Schneider, 1999: 21). Aprovechando la actual infraestructura vial, se localiza al sur del Estado de México a 115 km de la ciudad de México y a 63 km de Toluca, capital del Estado de México (véase Mapa 2).

Mapa 2
Estado de México destacando el municipio de Malinalco



Fuente: Elaboración propia con base en Schneider, Luis Mario (1999). *Monografía Municipal*.

La cabecera municipal de Malinalco está asentada en un valle semicerrado, a una altura de 1,780 msnm, enclavada en un sistema montañoso de caprichosos cerros (Tozquihua, Tonatich, Orqueme, Tetepantla, Metlalac, Tlalmantlán o Tenacaxco) con abundantes

manantiales, tierras fértiles con exuberante y diversa flora y fauna de clima subtropical (véanse fotografías 1 y 2).

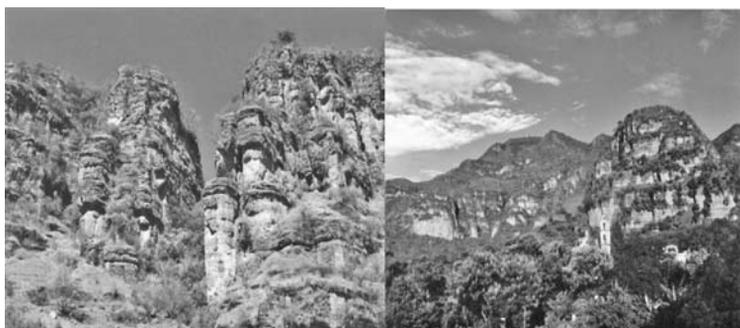
Fotografías 1 y 2
Sistema montañoso de Malinalco



Fuente: Archivo de fotografía de don Manuel Muciño.

La población de Malinalco está asentada en las inmediaciones del valle del mismo nombre, así como en las faldas de la cordillera llamada Matlalac (Martínez, 1993: 83). Las características topográficas y geológicas que se observan han dado origen a distintas formaciones del relieve natural que agradan la vista del visitante, formando parte del paisaje turístico (véanse fotografías 3 y 4).

Fotografías 3 y 4
Topografía de Malinalco



Fuente: Guillermo Miranda R.

Los recursos hídricos aprovechados por la actividad turística son los correspondientes al sistema del balsas, se mencionan los siguientes: el río San Juan que atraviesa la población; El Molino nace en el barrio de La Soledad para recorrer predios agrícolas del sur del municipio. Se observa una decena de corrientes de caudal permanente al igual que los de tipo intermitente como el Nostemolcajete o el Salto. Se observa la existencia de la laguna de Acomolgo, las tierras que la rodean se están vendiendo para la construcción de casas de campo para el turismo residencial. Respecto a manantiales, abundan en gran cantidad, destacando los de San Miguel, que provee de agua potable a la cabecera; El Zopilote, El Rincón del barrio de San Juan, El Sabino, El Guayabo, El Manguito, El Arco, Xochicula, San Nicolás, Ateopa y Cuatxonco.

Las presas son escasas, existe un bordo a tres kilómetros de la cabecera, cuyas aguas se utilizan para riego de tierras de La Ladrillera, Jalmolonga y Amate Amarillo; este cuerpo de agua es aprovechado para el turismo al proporcionar servicios de alimentación y recreación (balnearios).

La flora y fauna de Malinalco es abundante y diversa. Ha sido un tema tratado en los frescos de los muros del claustro bajo del convento agustino del siglo XVI (véase en Favrot [1993] o en Romero Quiroz [1964]). Malinalco logra integrar a la vida cotidiana de la comunidad un paisaje natural que impresiona a propios y extraños, por poseer múltiples tonalidades de verde que enmarcan la cabecera municipal y sus alrededores.

El paisaje muestra la estratificación de su forma, compuesta por flora y fauna endémica. La forma del paisaje natural refleja su historia geológica, pero no así el paisaje cultural que es el resultado de la transformación del paisaje natural a través de sus diversos cultivos al manifestarse como una definición arquitectónica de líneas, puntos y superficies. La forma del paisaje puede explicarse como si estuviera formada por tres capas imaginarias y secuenciales: el paisaje natural, el paisaje agrícola y el paisaje arquitectónico.

La participación de la economía de Malinalco en la configuración del paisaje cultural: el caso del paisaje agrícola

El espacio físico, al ser organizado y transformado históricamente por el hombre para satisfacer sus necesidades, aprovecha los diferentes elementos que la naturaleza le proporciona, conforma de esta manera el denominado espacio económico para trascender a región. Todo esquema regional y toda organización del espacio es producto de las relaciones sociales de dominio prevalecientes en los sucesivos tiempos históricos de una región (Moreno, 1993: 389), con esta idea, podemos apreciar que no es posible la existencia del espacio o región económica sin el sustento de la evolución histórica y las formas de organización social y económica.

El hombre al intervenir sobre el espacio físico o natural, sea para aprovecharlo o transformarlo, produce lo que se denomina paisaje cultural. Una de las actividades que realizan los habitantes de Malinalco es el cultivo de diversas especies en sus terrenos, así que el paisaje cultural también se analiza como una estructura formada por diversos sistemas o tipos de cultivos que evidencian una serie de transformaciones funcionales y morfológicas en una capa natural, es decir, el paisaje agrícola, producto de un proceso de cultivo llevado a cabo sobre el paisaje natural.

Pierre (1985) plantea que la organización del espacio comprende varias etapas sucesivas. La primera de ellas es la apropiación y delimitación por linderos o marcas. El linde lo constituye una separación entre dos partes de espacio. La delimitación se efectúa a distintas escalas: la del parcelamiento del espacio cultivado o de pasto y la del ámbito o del modo de vida de la comunidad rural (como en el caso de Malinalco: el barrio). La segunda etapa consiste en la división según las aptitudes del espacio y en relación con la tecnología aplicada, según sea útil, estéril o peligroso. El límite corresponde a un equilibrio entre la capacidad movilizadora y las necesidades de la población, y el tipo de fertilidad del suelo: tierras para

cereales, pastizales, parcelas de irrigación, huertas, terrazas o laderas plantadas (Pierre, 1985: 40-42).

El trabajo agrícola en Malinalco se hace parcela por parcela. El paisaje está aún dominado por huertas de árboles frutales rodeadas por tecorrales. En lugares donde no existen terrazas los terrenos de labranza son protegidos por cercas o muros levantados con piedras o magueyes. Algunos paisajes agrícolas son también descritos como paisajes rurales de huerta; se trata de huertas con árboles en las que la vegetación cultivada se encuentra distribuida en árboles frutales, cultivos arbustivos, de granos o legumbres. Pocas son las áreas en las que el agua es más abundante y distribuida con mayor regularidad. Los espacios cultivados y más o menos delimitados constituyen la imagen local del paisaje rural. En este caso, el cultivo es casi continuo, es decir, practicado cada año.

La forma de paisaje agrícola está dividida en parcelas para el cultivo extensivo de maíz u otro producto, lo que ha dado lugar a una población dispersa. La configuración de este paisaje es caracterizada por una traza de “tablero de ajedrez” resultado de la operación catastral o de reparto agrario, así como la perspectiva de carreteras en línea recta cruzándose perpendicularmente. Las políticas públicas, así como la religión han desempeñado un papel importante en la diferenciación de las formas de los paisajes agrícolas; la iglesia, históricamente ha influido en el ordenamiento territorial en las formas de trabajo comunitario o familiar. El gobierno mexicano ha decretado reformas agrarias para suprimir grandes propiedades en cuanto bases sociales de explotación, así que en muchas partes del municipio el paisaje sigue dominado por esas formas de explotación colectivas como el ejido o el de parcelas familiares.

Sin duda, cualquier agricultor al disponer de sus cultivos en una parcela agrícola crea un paisaje rural; lo crea siguiendo sus propios conceptos de apropiación y formas de utilización del espacio, según sus necesidades y con sus propias técnicas: división del trabajo agrícola, organización del espacio cultivado, sistema de cultivo, entre otras.

El paisaje agrícola también se presenta con macizos forestales, su red de campos sembrados y sus poblados con pequeñas rancherías con una alta dispersión poblacional. La observación aérea o de altitud resalta claramente la predominancia de los paisajes agrícolas sobre los paisajes llamados naturales, que se limitan poco más o menos a los paisajes forestales y a los paisajes derivados de los bosques y matorrales. El paisaje está integrado como si fuese una red cuyos límites serían los bordes o límites naturales (árboles, arbustos, caminos o corrales; esto proporciona una imagen de la morfología agraria, es decir, de la división de cada parcela cultivada.

El clima de Malinalco ha sido propicio para el cultivo de diversos árboles frutales. Actualmente su paisaje presenta formas muy particulares, el ordenamiento general del conjunto indica la presencia de una economía rural comunitaria con rotación agrícola en determinados periodos o los lugares propicios para policultivos que asocian las tierras labradas, los huertos y los bosques. Cada tipo corresponde a una forma de lazo entre el poblado en su conjunto, o cada casa, y las tierras con su huerta. Se manifiesta, asimismo, el predominio del maíz, aunque ya se han introducido otras especies de cultivos.

En Malinalco la actividad agrícola aún predomina, pese a que 17.6% del total del municipio es destinado a este sector económico, las razones para ello radican en que existen superficies destinadas a bosques; la calidad del suelo en algunas áreas no es apta para la agricultura debido a su topografía, o bien, se utiliza una tecnología tradicional que no permite el uso de instrumentos con modernos mecanismos para que haya una mayor productividad.

Las especies agrícolas que continúan cultivándose son los frutales, como aguacate, lima, limón, guayaba, ciruela y café; de cereales, como el maíz, chícharo y frijol; otras especies como el tomate, caña de azúcar y arroz (estas dos últimas especies han casi perdido su producción). En floricultura se han introducido especies como la gerbera, rosas, gladiolas, clavel, margaritón y pompón (*Monografía del Municipio de Malinalco*, 1999: 57).

Los procesos y las formas de cultivo de los productos mencionados son diversos y emplean elementos del paisaje, requieren de surcos, pero no así la caña de azúcar; el arroz necesita abundante agua y no surcos. Los frutales se cultivan en huertas, usualmente rodeadas por tecorrales (corrales de piedra), en algunos casos eran beneficiadas por aguas conducidas por “apantles” (pequeño acueducto no mayor a los 80 centímetros). Las áreas de cultivo de cereales, caña de azúcar y cacahuete se delimitaban por corrales de piedra, especies frutales (árboles de tzompantli o colorín, nanches, zarzamoras, higuera u otros arbustos) o magueyes que se aprovechaban para la producción de pulque. Vale resaltar que estos límites han tenido las siguientes funciones: detener la erosión, marcar la propiedad y contar con un acceso al área de cultivo. En otras palabras, son delimitaciones, bordes o sendas que configuran el paisaje agrícola.

En Malinalco se observan lugares con población dispersa, debido a la topografía accidentada y fraccionada, en estas áreas se conforman terrazas para el cultivo de diversas especies. En donde no es posible conformarlas, dado que son cerros pedregosos, la siembra se realiza con instrumentos como la “coa” (o palo cultivador) o yunta. A estos predios se les denomina “tlacololes”.

Cuando se menciona que la extensión de tierra de los campesinos se atomiza, se hace referencia a que su propiedad para la siembra de maíz se reduce. Algunos campesinos que han comparado la producción actual de sus tierras con la de finales del siglo XX manifiestan lo siguiente: “nuestras tierras se medían por ‘fanegas’, ahora sólo tenemos ‘cuartillos’”. Las equivalencias aproximadas de estas medidas son: la “fanega” = 220 kg, “almud” = 18 kg y “cuartillos” = $\frac{1}{2}$ kg. Las cantidades anteriores son aquellas que pueden sembrarse en superficies específicas de terreno, es decir, para una fanega 5,000 m², aproximadamente; con el peso de la semilla de un almud poco más de 400 m², y con el “cuartillo”, en aproximadamente 300 m². Esta disminución de tierras sembradas por cada uno de los campesinos también influye en la configuración del paisaje agrícola.

La introducción de nuevas especies y novedosas técnicas para el cultivo se hace de manera geométrica; las parcelas ya no son rodeadas con corrales de piedra, sino con mallas de alambre. La floricultura, por su parte, ahora requiere de invernaderos equipados con instalaciones modernas y cubiertos con techos de plástico, lo que hace que el paisaje agrícola paulatinamente sea modificado.

En el paisaje agrícola se observan cambios en determinada época del año (mes o estación meteorológica) dependiendo de las labores realizadas en el ciclo agrícola. Los trabajos en estos ciclos son los siguientes: marzo-abril, escarda; abril-junio, “tabla, doble o beneficio”; junio-septiembre, deshierbe o limpieza; y octubre-diciembre, cosecha. Estas actividades configuran y presentan al observador un paisaje agrícola peculiar; por ejemplo, cuando se corta la planta de maíz en el terreno, presenta una vista muy peculiar (véase Fotografía 5). El almacenamiento del grano se realiza en “cincolotes”, en el terrado o *tlapanco* de las casas del agricultor; otro cuadro de paisaje es el secado y desgrane en los patios de las casas habitación.

Fotografía 5
Cultivo de maíz



Fuente: Anónimo.

En la sociedad agrícola, la unidad económica base es la familia. El jefe de familia es quien toma las decisiones para asegurar la economía de autosuficiencia, aunque ciertas actividades agrícolas son confiadas a los distintos grupos de edades, como son el deshierbe, la vigilancia contra los daños de los animales o la cosecha. Todavía se observa una estrecha solidaridad o ayuda mutua tanto para la siembra como en la cosecha, estos son los casos de ayuda mutua: “ida y vuelta”, las llamadas “macoas”. Esto comprueba que en Malinalco se observa un fuerte sentimiento de solidaridad. Como observa Lezama (1993: 172-182), “sus formas de vida son un sistema homogéneo y coherente al grado de constituir una cultura. Su comportamiento es tradicional, espontáneo, acrítico y personal; sus categorías típicas son el parentesco; sus relaciones son personales, y sus instituciones, arraigadas por el peso de la costumbre. La familia constituye su unidad de acción y lo sagrado tiene un lugar indiscutido”.

Las costumbres en relación con la agricultura abundan, se informa sólo de algunos ejemplos: los agricultores del municipio pronostican la temporada de lluvias que vendrá durante el año de siembra a partir de las llamadas “cabañuelas”, es decir, según sea la nubosidad, lluvia o lo soleado que se presente las primeras horas del 1 de enero y en los siguientes 12 días de este mes, así será el temporal de lluvias durante el año.

Se observa actividad religiosa el 3 de mayo, día de la Cruz, fecha en que se adornan y veneran las cruces situadas en manantiales como el de Techimalco o el del Arco, en lo alto de los cerros (Cerro de las Tres Cruces, Cerro de la Ascensión) o en diversos caminos o parajes; en estos lugares se ora y se hace la petición por un “buen temporal”, al tiempo que se intercambian viandas entre los visitantes.

El 29 de septiembre, día de San Miguel Arcángel, se colocan en las cercas de los predios agrícolas o entradas de los potreros cruces elaboradas con hierba de pericón, esto con el fin de “ahuyentar al diablo” y que no intervenga en una “mala cosecha”. En las vísperas del día de San Miguel, en cabalgatas y camionetas, campesinos de Almoloya del Río, comunidad ubicada a 45 km

al norte de la cabecera de Malinalco, regalan parte de sus productos agrícolas (elotes, calabaza, chícharo, manzana, peras) a los campesinos de Malinalco; estos productos son colocados al interior de las capillas de los barrios de San Martín, San Pedro y San Guillermo, los habitantes de estos barrios, al recoger dichos productos, en correspondencia y gratitud, donan también parte de su cosecha (guayaba, ciruela, nísperos, hierbas medicinales, entre otros productos de la región) para que los trasladen a su comunidad. Cuando ha finalizado este intercambio, se organiza una comida entre ambas comunidades, esta costumbre ha hermanado a Almoloya del Río y Malinalco desde la década de los sesenta.

Otra tradición agrícola es “el combate” o “combate de mole”; esta actividad se presenta cuando los campesinos cosechan, entre los meses de noviembre y diciembre, las primeras plantas de maíz previamente seleccionadas por su robustez y por el mayor número de granos, que serán colocadas en forma de cruz y con adornos de flores en el sitio que almacenará la mazorca como el cincolote, una especie de granero que semeja un huacal, en el tlapanco o terrado de la casa o en costales. Al final del acarreo de las mazorcas, los dueños de las parcelas o milpa ofrecen al compadre del combate y a los trabajadores una comida con el platillo tradicional que es el mole; de esta manera, se consolida el sistema de parentesco (compadrazgo) al bendecir la cosecha que será depositada en el granero o cincolote.

Las observaciones anteriores dan idea de una configuración del paisaje agrícola, desde las formas de preparación del terreno, el uso de técnicas agrícolas y los cambios en las especies cultivadas. Los cambios en la producción agropecuaria son también factor de reconfiguración del paisaje; estas imágenes paisajísticas son promocionadas por el turismo.

El campo posee una nueva generación de empresarios agrícolas, por ejemplo los floricultores quienes han seguido técnicas de nivel elevado. Actualmente los campesinos cuentan con distintas formas organizativas. En algunas parcelas del municipio, sobre todo en las delegaciones y ejidos de Jalmolonga, Amate Amarillo,

La Ladrillera o Chalma, cultivan con tecnología avanzada la rosa, pompón, gladiola, margaritón, clavel, gerbera, entre otras.

Se observan diversas especies de frutales, cereales, leguminosas, diferentes hierbas silvestres comestibles y medicinales que se comercializan en el tianguis organizado los días miércoles en la cabecera del municipio. Si se visita algunas de las casas que alberga Malinalco, se pueden observar flores de ornato, como buganvillas, rosas, nardos, tulipanes, lirios, nochebuena o ave de paraíso; esta diversidad de flora, que se aprecia cuando se llega a internar en esta región, hace que prevalezca un paisaje de armonía.

En lo referente a la actividad forestal, los datos indican que el cedro, el encino y el pino, entre otras especies, son productos que abarcan la mayor extensión de terreno con respecto a la superficie total del municipio. Pese al volumen de 10,923 ha, que representan 58.63% del territorio municipal, éste no ha sido aprovechado como una actividad silvícola, aunque su extensión sí se ha considerado como área protegida en el parque ecológico y recreativo Tenancingo-Zumpahuacán-Malinalco, decretado por el congreso local el 18 de julio de 1981. Este tipo de parques son aprovechados por el turismo al otorgarles servicios de alimentación y hospedaje a las corrientes turísticas que arriban a estos lugares.

Una de las actividades económicas que aún se observa es la recolección de la palma, conocida actualmente como “palma Washington”, su hoja es utilizada para la construcción de techos y paredes de las casas que todavía se observan en la región. Las comunidades donde se produce esta planta son Monte Grande, Palmar de Guadalupe, Pachuquilla y El Zapote. En la actualidad, la hoja de esta palma se ha dejado de recolectar dado que ya no hay demanda de este material para la construcción de las actuales casas; de aquí que, al observar estas construcciones con nuevos materiales, la fisonomía paisajista se modifica.

Menciona Pierre que los paisajes rurales muestran la penetración de las técnicas y con ellas los elementos de un paisaje rural global en tierras de llanos, elementos que, hasta entonces, procedían sobre todo del carácter especulativo del cultivo y la ganadería de tradición latifundista (1985: 53).

De acuerdo con información obtenida en el Plan de Desarrollo Municipal 1994-1996, la producción pecuaria estaba representada, bajo ese orden, por las siguientes: ganado vacuno, porcino, equino y aves. Una de las actividades pecuarias predominantes es la industria piscícola; inicia sus operaciones en 1985, esta piscifactoría se ubica en el barrio de la soledad al sur de la cabecera municipal (Villagrán, 1993: 17). Es una empresa que aprovecha las aguas del manantial El Molino, concesionadas para el cultivo de trucha arcoíris, su producción es ofertada para su consumo por turistas y visitantes que arriban a este lugar, beneficia a la población por los ingresos que de ella se obtienen y por la creación de empleos tanto directos como indirectos.

El sector industrial en la economía de Malinalco es limitado, debido a que el mayor porcentaje de la PEA atiende las labores agropecuarias, aunque ahora cuenta con mayor participación el comercio. La actividad es básicamente con dos destinos comerciales: Tenancingo, lugar agrícola y artesanal que aún organiza un tianguis los días jueves para el mercadeo de la producción agrícola y artesanal (muebles y rebozos); hacia esta población se transporta, en autobuses, taxis y en bestias de carga, maíz, arroz, caña de azúcar y diversos frutales. Otro destino comercial es Chalma, centro religioso donde se oferta la producción agrícola del lugar.

Los contactos exteriores se reducen a unas incursiones hacia ferias o tianguis para procurarse ropa o algunos instrumentos a cambio de los excedentes de la cosecha. “La sociedad rural está por naturaleza más estructurada, pero se define a través de las mismas formas de producción y de consumo” (Pierre, 1985: 73).

Algunos productos, sobre todo los agrícolas y pecuarios son intercambiados por medio de un comercio elemental basado en el trueque. “La economía agrícola no permite procurarse el dinero que se obtiene por medio del trabajo de los jóvenes fuera del poblado” (Pierre, 1985: 97). Así sucede en Malinalco, particularmente los días miércoles de cada semana, cuando se organiza el tianguis del lugar, los campesinos de algunos pueblos aledaños intercambian por medio de trueque diversos productos

de primera necesidad. Los sábados y domingos arriba el mayor número de visitantes y turistas tanto a Chalma como a Malinalco, de esta manera aumenta el número de comerciantes ambulantes y semiestablecidos para ofrecer cada vez más su diversificada mercancía, en estos días se configura una parte más de ese paisaje estudiado.

En Malinalco abundan los comercios establecidos al menudeo, se ofrecen productos químicos para la agricultura, herramientas y aperos. La actividad comercial va en aumento, con respecto a la agricultura e industria, por la apertura de diversos establecimientos que expenden artículos de primera necesidad: ferreterías, materiales para la construcción, productos para jardines, enseres domésticos, productos farmacéuticos, artesanías, entre otros. Se introducen mercancías externas con nuevas tecnologías, mientras que los productos agrícolas de la región prometen una mayor agilidad en los flujos comerciales hacia otros mercados y un mayor intercambio en el interior.

La llegada de productos del exterior, al competir con los productos tradicionales, trae como consecuencia una serie de modificaciones en el sistema de cultivo y en los modos de utilización de la tierra. Ciertos cultivos y productos agropecuarios dejan de generarse y sólo vuelven a surgir de modo esporádico y provisional, aunque otros siguen siendo competitivos si son practicados bajo condiciones capaces de asegurar una suficiente rentabilidad de la superficie, del trabajo y de las inversiones en materiales y medios técnicos de producción.

El sector económico de los servicios, como actividad turística, ha generado cambios en la imagen urbana. Introducir servicios turísticos trae consigo una serie de beneficios económicos: los ingresos obtenidos por las corrientes turísticas generan empleos a causa de la apertura de establecimientos relacionados con hospedaje, alimentos y bebidas, así como otros complementarios que también favorecen a la economía del municipio, entre los cuales se encuentran el transporte público, talleres mecánicos, refaccionarias, gasolineras, establecimientos de bienes raíces, oficinas de arquitectos, servicios bancarios y financieros; asimismo, se incluyen

servicios públicos y administrativos, educativos y de electrificación, módulos de información turística, entre otros. Los servicios turísticos tienen un destacado papel, particularmente en lo urbanístico; por tanto, es necesario analizar la configuración e importancia que tiene el denominado paisaje urbano de Malinalco.

El paisaje urbano de Malinalco y su relación con el turismo

El paisaje cultural incluye el esfuerzo físico del hombre, quien puede conformarlo o modificarlo individual o socialmente, pero su estructura, equilibrio o destrucción no es posible sin su acción. Lo ha configurado lenta y sostenidamente durante siglos, o quizá en irrupción violenta, y ha sido posible por el trabajo, el comportamiento cultural y hasta el modo de ser de cada habitante. La capacidad del ser humano para modificar su entorno natural y crear paisajes culturales, la forma de hacerlo y la virtud de sus actos implican comprender procesos históricos, económicos y culturales que distinguen el comportamiento entre grupos, incluyendo los estudios demográficos.

Según diversos censos poblacionales y planes de desarrollo municipal, en el municipio se han contabilizado 21,712 pobladores. La cabecera municipal cuenta con 6,487 habitantes, lo que representa 33.47% con respecto al total de la población municipal; este total, al distribuirse en 186.28 km² de extensión territorial del municipio, da como resultado una densidad de población de 116 habitantes por km². Estos datos continúan presentando un municipio con alta dispersión (Sistema de Consulta de Información del INEGI, 2000; XII Censo general de Población y Vivienda, según el Plan de Desarrollo Municipal, 1994; INEGI, 1998).

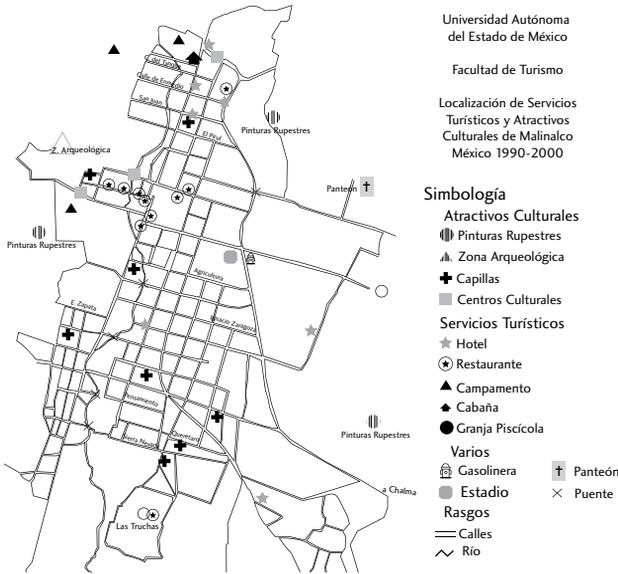
La extensión territorial de la cabecera municipal, según señalan las fuentes mencionadas, abarca 3.44 km² y presenta una densidad de población de 188 habitantes por kilómetro cuadrado; aunque esta cabecera es considerada una localidad urbana, su población presenta aún una baja concentración, considerando que el promedio poblacional del Estado de México es actualmente de 673 habitantes por kilómetro cuadrado.

La dinámica demográfica constituye un elemento fundamental para analizar el ordenamiento territorial, además de ser otro de los factores, junto con el turismo, que configuran al paisaje; en otras palabras, la población históricamente ha desempeñado el papel de protagonista en el desarrollo socioeconómico y las consecuentes modificaciones de su entorno. La participación que tiene la actividad turística en los aspectos demográficos, en lo que se refiere al crecimiento o disminución, ha sido posible al crearse servicios de hospedaje y alimentación para las necesidades del turista, los cuales generan empleos; esto detiene la emigración hacia otros lugares y se presenta un aumento natural de población, es decir, no existen tasas altas en la emigración o inmigración. No obstante a la afirmación de que este lugar se considera una comunidad agrícola, su economía continúa terciarizándose, así, las actividades económicas demandan servicios públicos, lo que da una configuración al espacio urbano.

Los espacios urbanos a través de los años han adquirido diversos tipos de personalidades, en su mayoría se han adaptado al ambiente natural y han servido como base para su desarrollo, reflejan en su paisaje cultural los cambios sociales, políticos y económicos de diferentes periodos históricos en los que nacieron y se desarrollaron, tal como sucede en Malinalco, donde la actividad turística está incidiendo en su transformación. El proceso de urbanización no sólo implica cambios en el proceder de la gente o en los valores sociales, sino también cambios en la actitud hacia el trabajo y en los empleos generados por el turismo, lo que significa entrar en una división del trabajo nueva y siempre cambiante.

Debido a la topografía de lomerío fuerte que presentan los terrenos de Malinalco, la traza urbana en algunos barrios es de "plato roto" o de "damero" en otros (véase Plano 2). La obra que resalta es la plaza, compuesta por kiosco, jardines y diversas construcciones que la rodean; sus calles y callejones son empedrados, muchas de ellas carecen de banquetas; actualmente, sólo dos calles están pavimentadas. Una de las características dentro de la arquitectura civil de la cabecera municipal son los puentes de tipo colonial que cruzan el río San Miguel y que se abre paso a través del municipio. La extensión urbana se efectúa por un crecimiento horizontal de baja densidad.

Plano 2
Plano de la traza urbana de Malinalco



Fuente: Elaborado por Geóg. Enrique Guadarrama Martínez, octubre de 2005.

La supervivencia de la organización poblacional a partir de barrios no puede menos que hacer recordar el antiguo sistema de organización política de los mexicas, los llamados *calpullis*. Cada uno de ellos es una organización socioreligiosa; es como una unidad que desempeña una función ritual propia e importante para la vida de la comunidad; cada barrio (por medio de mayordomías) enfatiza actualmente su solidaridad adhiriéndose a un símbolo común: un santo patrono, que sirve de base a una identidad y a los intereses mutuos de los residentes. Esto es notorio, dadas las características de organización laboral (trabajos de ayuda mutua, faenas, como le denominan sus pobladores), religiosa (cada barrio tiene su capilla propia) y urbanística (la disposición de las casas cuya fachada tiene balcón, los tecorrales dispuestos a lado de

callejones empedrados) e incluso culturalmente se les ha asignado un apodo según la identidad con una actividad socioeconómica y cultural propia, con un tipo de flora, fauna o elemento cultural que lo distingue. Los barrios de Malinalco tienen los siguientes apodos: San Juan, los chupahuesos; San Martín, los brujos o choloyos; Santa María, los limas verdes; San Guillermo, los leones; San Pedro, los calvos; La Soledad, los plásticos; Santa Mónica, los zorros; San Nicolás, los zopilotes (véanse fotografías 6 y 7).

Fotografías 6 y 7

Capilla de barrios y tecorrales



Fuente: Guillermo Miranda Román.

La vivienda es un elemento de equipamiento urbano en la conformación del espacio social. Esto es así porque la vida cotidiana se desarrolla en los hogares, en los espacios públicos y barrios que rodean a las comunidades, lo que constituye el paisaje cultural, es decir, el territorio que es motivo de admiración y conocimiento por parte de los turistas que arriban a Malinalco. Merece atención especial la situación de la vivienda ya que permite conocer las condiciones en las que se encuentra la familia y refleja el grado de avance económico de la comunidad.

Los muros de las casas de la cabecera municipal de Malinalco, particularmente las del centro histórico, son recubiertos de aplanado fino en color blanco, con guardapolvo en color rojo y con balcón hacia las calles, que son empedradas, y los techos de

teja de barro recocido, cuyas salidas de agua son hacia la calle (véanse fotografías 8 y 9).

Fotografías 8 y 9

Vivienda popular



Fuente: Anónimo (8), Guillermo Miranda Román (9).

El aspecto físico de las viviendas de sus barrios es más o menos homogéneo: pequeñas casas de adobe, piedra, tabicón, tabique o de bajareque, techo de teja en dos aguas con escurrimientos hacia la calle o camino principal; las casas son pintadas de colores llamativos contrastando con los colores de los guardapolvos. Los balcones son elementos arquitectónicos que actualmente se adicionan a la construcción en la fachada. Las bardas están cubiertas con diversas plantas de ornato, como el floripondio o buganvilia, frente a sus fachadas se observan callejones empedrados (véanse fotografías 10 y 11).

Fotografías 10 y 11

Paisaje de vivienda popular con flora



Fuente: Guillermo Miranda Román.

Por ser aún Malinalco una comunidad campesina, la mayoría de sus hogares tienen acceso a pequeñas parcelas que cultivan parcialmente con base en el trabajo familiar. A lado de estas construcciones aún se observa un terreno limitado por una pequeña barda de piedra volcánica denominada *tecorral*, algunas regiones vecinas le denominan *coamil* o *calmil*; es decir, son huertas sembradas con distintas especies como ciruelo, café, plátano, níspero, lima, limón real, limones, naranjos, entre otros; aquí también se crían animales domésticos como gallinas, conejos y perros. La mayor parte de las viviendas están dotadas de agua potable y electricidad, no así de drenaje, por estar la localidad asentada sobre roca, cada una de ellas cuenta con fosa séptica. Aún se observan viviendas con pisos de tierra.

En la casa unifamiliar sobresalen los materiales de construcción, como el tabique, tabicón, piedra o adobe. La imagen de la expansión de la población de Malinalco es la casa unifamiliar, aunque aún se observan viviendas habitadas por familias extendidas o extensas. Los elementos arquitectónicos que todavía se observan en las viviendas son un solar habitacional con su “cincolote” o granero en el patio (se observa la utilización del tlapanco o terrado como granero), patio de secado, gallineros, fosa séptica, baños y su huerto con frutales u hortalizas, este solar se encuentra rodeado de un *tecorral*.

El ayuntamiento aprobó un reglamento para preservar la imagen urbana a fin de que se establecieran lineamientos por seguir en las construcciones: infraestructura, volumetría, fachadas y cubiertas. Para el centro histórico de Malinalco existe una reglamentación de obras públicas que obliga a los constructores a adaptarse a los estilos uniformes en fachadas o específicos tipos de construcción. Actualmente existe una tentativa de la administración para aplicar estrictamente la reglamentación mediante sanciones, como paro de los trabajos o multas. Estas sanciones, sin embargo, no han resuelto el problema de la modificación de edificaciones o cambios al paisaje cultural. Uno de los factores importantes es el fenómeno del turismo, particularmente el denominado turismo residencial o de segunda residencia.

Los planes de desarrollo municipal y los censos de años anteriores informan acerca del amplio desarrollo inmobiliario que presenta Malinalco. Estos documentos advierten que la disponibilidad de reserva territorial es alta. Se observa poca existencia de asentamientos irregulares aunque en muchas áreas se demandan, en gran medida, servicios para el equipamiento urbano.

Malinalco aún no presenta problemas graves de vivienda, el crecimiento de población aún no rebasa la capacidad de terreno, aunque el problema ya comienza a manifestarse por agentes especuladores del suelo, como las inmobiliarias, quienes han propiciado que la vivienda revista diversas características en función de su producción, ya que si bien es considerada como un factor de bienestar social, es también una mercancía sujeta a las leyes de la oferta y la demanda, y por tanto afecta directamente en su precio.

Al estudiar el paisaje cultural de Malinalco, inevitablemente no sólo se tienen que analizar sus aspectos demográficos, su traza urbana y la vivienda como principal componente arquitectónico, sino también los aspectos de infraestructura pública, que es un medio eficaz para impulsar el bienestar de la población; por ello, es importante conocer las condiciones en que se encuentran y cómo son aprovechadas tanto para las actividades económicas que se desarrollan como para el bienestar social de sus habitantes, aunque también su dotación impacta en la imagen urbana.

En relación con el servicio de las telecomunicaciones, la cabecera municipal cuenta con una agencia de correos y servicios de fax; hoy en día prolifera la utilización de la computadora para la comunicación vía correo electrónico; se está dejando de lado la utilización de antenas parabólicas por la renta de comunicación de televisión por cable; se nota la existencia de los llamados cibercafé para la renta de computadoras personales. El servicio telefónico en la cabecera municipal de Malinalco está compuesto por cuatro casetas telefónicas públicas y cerca de 700 aparatos telefónicos fijos, se observa también un crecimiento constante en la utilización de teléfonos móviles. Actualmente, las empresas

turísticas de hospedaje cuentan con servicio de Internet para sus huéspedes.

Como parte del equipamiento urbano en lo referente a educación, según datos proporcionados por el Plan de Desarrollo Municipal de Malinalco, en la cabecera municipal se contaba con dos escuelas de preescolar, tres primarias, dos secundarias y una institución de nivel técnico de la Secretaría de Educación Pública CEBET, que forma egresados con un perfil de profesional técnico en Turismo con certificado de bachilleres, lo cual representa nuevas opciones para emplearse y continuar estudiando en nivel superior; esto ha contribuido a dar atención a los turistas que ahora llegan a la cabecera municipal.

Continuando con el equipamiento urbano, el sector salud no debe dejarse al margen, ya que da cuenta del desarrollo de las capacidades física e intelectual de los individuos para desempeñar sus actividades cotidianas, para esto se considera la información contenida en fuentes como el *Plan de Desarrollo Municipal, Monografía municipal de Malinalco* (Schneider, 1999) y el libro *Sobrevivir en Malinalco* (Martínez Salgado, 1993: 147). En la cabecera municipal se localizan las clínicas del ISSEMYM, del ISEM y del DIF. El asunto de la salud se ha considerado, primero, porque sus instalaciones y equipo modifican el paisaje en la cabecera municipal y, segundo, puesto que es necesario para dotar de apoyo médico y de salud tanto a los habitantes del municipio como a las personas que visitan el lugar.

Respecto al agua potable, 80% de la población de la cabecera municipal posee el servicio. El drenaje no presenta gran mejoría, lo que obedece al tipo de terreno en el área, pues la población se asienta sobre roca. El tipo de desagüe que prevalece en algunas casas de la localidad es el conectado directamente a la calle, enlazado a fosa séptica, a flor de tierra o con salida al río. En cuanto a los servicios existe 40% de viviendas con agua potable, 9.1% con drenaje; en el resto de las viviendas el desagüe es con canales naturales o a flor de tierra.

La infraestructura eléctrica ha tenido mantenimiento adecuado, modernizando el equipo existente, de ahí que se pueda señalar que

un número considerable de habitantes de la cabecera municipal goza de este beneficio. Ahora que a Malinalco se le ha dado el reconocimiento de “pueblo mágico”, el servicio del alumbrado público ya es subterráneo en el centro histórico, aspecto que conforma una imagen paisajística muy peculiar y que impacta sobre el fenómeno turístico.

La cabecera municipal cuenta con una unidad deportiva, con canchas de fútbol, frontenis, básquetbol, voleibol, frontón y atletismo, esta unidad es como un nodo donde se dan cita los jóvenes para hacer deporte, efectuar torneos, eventos deportivos intermunicipales y regionales; estas instalaciones fueron construidas en 1978. Esta unidad, como el lienzo charro construido en 1982, constituye un espacio social importante para la interrelación juvenil, sobre todo los domingos, cuando tienen oportunidad de aprovechar su tiempo libre para sus actividades recreativas, de descanso o para cortejarse.

En San Sebastián, localidad que dista cinco kilómetros de la cabecera municipal, se cuenta con un club de golf para uso exclusivo de socios, aunque también practican, además del golf, el tenis y la natación personas invitadas de los socios. El Club de Golf Malinalco fue construido en 1994 por solventes inversionistas de inmobiliarias para realizar el llamado turismo de segunda residencia.

Fue necesario hablar de las instalaciones deportivas como una dotación de la obra pública que configura el paisaje cultural, aunque también la práctica deportiva sugiere el desarrollo de un tipo de turismo en la cabecera, es decir, el turismo deportivo; aquí se practican deportes extremos como el parapente, alas delta, paracaidismo, recorridos o justas en bicicleta, campismo y senderismo, deportes que también impactan sobre el suelo o el medio ambiente en general.

Presentar datos acerca del equipamiento urbano, como las telecomunicaciones, educación, salud, drenaje, electricidad e instalaciones deportivas, ha sido imprescindible para los estudios de las modificaciones en el paisaje cultural, particularmente el patrimonio de esta comunidad, el cual se va modificando con la implementación de infraestructura, equipamiento, diversas insta-

laciones y edificaciones que requieren estos inmuebles para que los turistas tengan como finalidad una satisfactoria estancia. Las siguientes líneas analizan los efectos del turismo sobre el patrimonio cultural de Malinalco.

Impactos del turismo en las transformaciones del patrimonio cultural de Malinalco

Los bienes materiales y espirituales que más se modifican por la práctica del turismo, según Casasola (1990), son: las zonas arqueológicas, monumentos históricos y comunidades tradicionales; artesanías y artes populares; lenguas, conocimientos, fiestas, costumbres y valores tradicionales. Este autor reconoce que los factores que intervienen en las modificaciones de patrimonio cultural relacionadas con la actividad turística por orden de importancia son: la intensidad de uso del atractivo, categoría y jerarquía del mismo, capacidad de sustentación del recurso, las modalidades de uso del suelo donde se ubica, la comercialización excesiva que se hace del atractivo, el comportamiento de la población local y los visitantes y los ámbitos de la autoridad con jurisdicción del atractivo. Si se lograra establecer una jerarquía de los factores que inciden en los impactos del turismo sobre el patrimonio cultural en Malinalco, reconocemos que son tanto las modalidades del uso del suelo donde se ubican los atractivos y los servicios, como los comportamientos de la población local, prestadores de los servicios y el turista sobre el atractivo cultural turístico.

“El patrimonio cultural de un país o región está constituido por bienes tangibles o intangibles producidos por las sociedades, resultado de un proceso histórico en donde la reproducción de las ideas y del material identifican y diferencian a ese país o región” (Casasola, 1990: 31). A partir de esta definición, el patrimonio cultural incluye no sólo los monumentos y manifestaciones del pasado (sitios y objetos arqueológicos, arquitectura colonial e histórica, documentos y obras de arte), sino también lo que se llama patrimonio vivo: las diversas manifestaciones de la cultura popular (indígena, regional, popular o urbana), las comunidades

tradicionales, las lenguas indígenas, las artesanías y artes populares, la indumentaria, los conocimientos, valores, costumbres y tradiciones características de un grupo o cultura.

El patrimonio cultural es producto de un proceso histórico, forma parte del paisaje cultural que se va transformando a partir de las innovaciones que le imprimen los humanos, sea por herencia o préstamos culturales; sin embargo, algunos deterioros estriban en la limitada conciencia que se hace para su manejo al verse amenazados por la actividad turística. De no detener el deterioro y la degradación de los patrimonios culturales por la no concientización del visitante y la sociedad local, así como la no formación de una cultura de cuidado, surgirán dos consecuencias: por un lado, una disminución en calidad y cantidad de los atractivos culturales imprescindibles para la actividad turística y, por otro, la pérdida de una cantidad considerable de elementos y testimonios que conforman parte de lo que se ha llamado identidad y que viene a ser aquello que construye la historia de los pueblos.

El turismo es un medio para promover las relaciones culturales y la cooperación internacional, así como para proteger el patrimonio de las naciones, fomentar la cultura y atraer visitantes. “En muchos países el turismo puede vincularse a una política de ‘relaciones culturales’, que es utilizada para promover no sólo el conocimiento y el entendimiento, sino también el carisma de una nación entre los extranjeros” (Hernández, 1990: 64). Si se parte de la idea de que la actividad modifica el patrimonio turístico, ya sea que se deteriore o se le restaure, es pertinente analizar los efectos producidos sobre las obras artísticas que conforman el patrimonio cultural de Malinalco.

Las anteriores alteraciones se presentan en Malinalco, ya que al haber una carga excesiva de turistas, modifican y destruyen los atractivos culturales, perdiendo de esta manera vestigios necesarios para la reconstrucción de la historia de la población del lugar; no obstante, la actividad turística es un instrumento que posibilita la conservación, fomento y exposición del patrimonio turístico, al implementar programas de difusión cultural, como museos, exposiciones y eventos diversos.

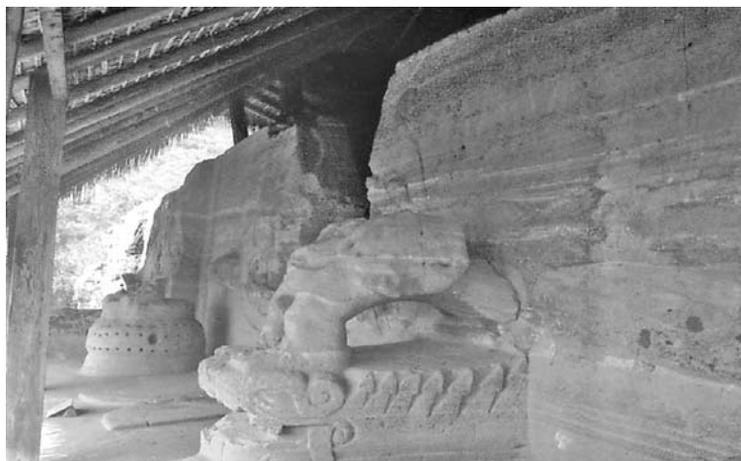
Los estudios referidos a los impactos del turismo sobre el patrimonio cultural deben atender el grado de desarrollo relacionado directamente con la capacidad de carga, esto es, que los sitios arqueológicos, las zonas con monumentos coloniales y las poblaciones tradicionales no puedan soportar un número excesivo de turistas, como en el espacio que nos ocupa, Malinalco; además de que las actividades realizadas para satisfacer las necesidades de los turistas pueden ocasionar serios daños y cambiar el paisaje cultural, tal es el caso de su zona arqueológica.

Las transformaciones en la zona arqueológica

José García Payón (1974: 13), quien exploró la zona arqueológica de 1936 a 1939, sostiene que la primera fecha respecto a la construcción del edificio monolítico se refiere al año IX Calli, o sea, 1501. Se construyó el *Cuauhcalli*, casa de las águilas, templo en honor al sol donde los guerreros profesaban la milicia “volando como águilas” en armas de valentía. Labrado totalmente en roca, sus edificaciones se comunican entre sí (véase Fotografía 12).

Fotografía 12

Interior del *Cuauhcalli*



Fuente: Guillermo Miranda Román.

Varios edificios integran la zona arqueológica de Malinalco, como un segundo templo, pirámide truncada orientada al oeste, de una sola escalinata con alfardas construidas de piedras decantadas en su parte delantera y recubiertas de una capa de estuco. Otro edificio de dos cuerpos de estuco: el primero rectangular, en su entrada dos pilares que sostenían parte de la fachada y el techo; en el centro, un altar cuadrado construido de piedras, alrededor de este cuarto se hallaba decorado con pintura un mural llamado paraíso de los guerreros, una plataforma que la recorre de este a oeste para formar la entrada al segundo recinto que es circular, en él se encuentra un altar flanqueado al este y oeste por tres piedras planas donde se colocaban objetos rituales.

El cuarto edificio es una estructura rectangular semimonolítica a donde se asciende por una escalinata al este, colocada entre dos amplios aposentos adosados a la plataforma. En el centro hay dos bases monolíticas alargadas en forma de sarcófago, que servían de base a los pilares que sostenían el techo. Finalmente, dos edificios: el primero, circular de mampostería construida sobre una pequeña plataforma, su espacio interior es muy limitado con entrada al oeste; el segundo es una estructura monolítica que no pudo concluirse.

Los trabajos arqueológicos de José García Payón (1974: 13) fueron el detonante para que los primeros turistas arribaran a Malinalco; posteriormente, tuvieron adecuaciones importantes: en 1976 se concluyeron los trabajos de un escalinata con 270 peldaños para que los visitantes pudieran llegar a los templos de la zona arqueológica, estos trabajos fueron realizados por los programas que desarrollaba la entonces Secretaría de Asentamientos Humanos y Obras Públicas (SAHOP) y que años más tarde administraría el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH). En una explanada ubicada al inicio de la escalinata mencionada, se construyó en esa época una edificación que debía tener como función un museo de sitio, aunque no se ha utilizado para tal fin.

En la década de los setenta se incrementa el número de visitantes, algunos realizaban pintas y escarbaban sobre un mural que se encontraba sobre el estuco de uno de los templos, asimismo,

factores climáticos hicieron que dicho fresco se perdiera. En este sentido, las esculturas del interior del *Cuauhcalli* estaban pintadas con colores vegetales ocre y rojo, pero como la entrada a este recinto era libre, el paso de los turistas contribuyó a que se diluyera dicha pintura; en la actualidad se tiene mayor cuidado ya que la entrada al principal edificio monolítico está restringida.

El 12 de octubre, en la zona arqueológica se conmemoraba con un festival de danzas el Día de la Raza, pero, dado el deterioro de la zona por el arribo masivo de visitantes, este evento se suspendió; ahora la organización de este festival se presenta en la explanada de la presidencia municipal de la cabecera. No obstante las restricciones que se han implementado para limitar el flujo masivo de visitantes a estas edificaciones, cada 21 de marzo se presenta una oleada de visitantes autodenominados “movimiento de la mexicanidad”, que con blanca indumentaria, además de otros grupos que no pertenecen a estas agrupaciones, llegan ahí para “tomar energía”, pero lo que se observa con su andar es un deterioro constante al estuco de los pisos y el desprendimiento de material con que están contruidos los elementos arquitectónicos y escultóricos; es decir, la zona no soporta esa capacidad de carga, sobre todo en la última fecha indicada (véanse fotografías 13 y 14).

Fotografías 13 y 14
Vista del templo del *Cuauhcalli*



Fuente: Anónimo (13); Guillermo Miranda Román (14).

Por otra parte, sobre el monasterio agustino se carece de información sobre su erección, aunque sí se documenta que el monasterio se fundó en 1540, bajo la dirección del vicario provincial de la orden, Jorge de Avilés. El convento queda en el centro de la cuadrícula que acomodaba los caseríos de los ocho barrios: San Juan, Santa María, Santa Mónica, San Martín, San Guillermo, San Pedro, San Andrés y La Soledad, más diez estancias. Para la obra, frailes e indígenas trabajaban en su construcción apoyados en lo económico por el encomendero Cristóbal Rodríguez de Ávalos (Romero Quiroz, 1980: 177). La construcción es atribuida a Fray Sebastián de Tolentino y Fray Nicolás de Pérez. La sobriedad del claustro, la fachada del templo, su robusta torre y su amplio atrio hacen un conjunto de severidad y fortaleza que trataba de imponerse al *Cuauhcalli* o *Cuauhtinchan* (morada de los guerreros águilas y tigres), que desde lo alto de la montaña domina el valle y caserío de Malinalco.

El convento agustino al principio era en honor a la Purificación y san Simón, posteriormente en honor a san Cristóbal y actualmente a san Salvador. Los agustinos fueron pulcros en sus construcciones, pero ésta presenta realizaciones toscas, como el caso de su templo que tiene una nave mayor cubierta por una bóveda de cañón en cuyos lados se encuentran dos pequeñas capillas. La fachada es plateresca, presenta doble arco de medio punto que rodea la puerta, enmarcado por pilastras que parecen continuar por dos franjas o listones labrados con estrías que concluyen en el tercer cuerpo; en medio de estas pilastras dobles se localizan dos nichos de forma cilíndrica superpuestos a cada lado de la fachada (véanse fotografías 15 y 16).

El conjunto conventual presenta un amplio atrio, portería y capilla abierta, integrada por siete arcos de medio punto sostenidos por pilastras, en cuya parte superior se observa como decoración un friso de cantería con escudos agustinos y glifos de Malinalco (véanse fotografías 17 y 18).

Fotografías 15 y 16
Convento



Fuente: Anónimo (15); Guillermo Miranda Román (16).

Fotografías 17 y 18
Frisos y arcos en la capilla abierta



Fuente: Anónimo (17); Guillermo Miranda Román (18).

El claustro del convento, de dos pisos con jardín al centro, se encuentra bordeado por tres arcos de cada lado tanto en el corredor inferior como en el superior. En los dos pisos, los techos son abovedados sostenidos por arcos que descansan sobre impostas (véase Fotografía 19).

Fotografía 19
Claustro alto y bajo del convento



Fuente: Guillermo Miranda Román.

En los muros de los claustros se observa la mejor obra pictórica realizada: un san Agustín rodeado de religiosos, la crucifixión ubicada en la bóveda de la escalera, el descendimiento de la cruz que se encuentra en los corredores del piso alto, las figuras de santos apóstoles de la Iglesia, los arabescos, además de estilizaciones con grecas o escenas bíblicas. En el conjunto conventual se conservan lienzos de Simón Pereyng, famoso pintor flamenco que vino a México en 1566 (Ricard, 1947: 87) (véanse fotografías 20 y 21).

Fotografías 20 y 21
Frescos del convento



Fuente: Anónimo (20); Guillermo Miranda Román (21).

Antes de la década de los treinta, la arcada invertida de la barda atrial se encontraba cubierta con adobe aparentando una barda lisa (sin arco); en los años cincuenta se realizaron trabajos para descubrir dichos arcos. En los muros de los atrios los frescos estaban ocultos por trabajos de resane. Algunos pobladores comentan que fueron los párrocos de la orden de los agustinos quienes intervinieron en ello, otras versiones plantean que por haber sido cuartel en la época de la Revolución sufrió fuertes deterioros. Algunas mayordomías también fueron responsables de resanarlo. No fue sino hasta 1976 que la Secretaría de Asentamientos Humanos y Obras Públicas, con un programa de rescate del patrimonio cultural de México, tuvo una partida para descubrir dichos murales; por falta de recursos, los trabajos sólo duraron dos años. A partir de 1999, mediante un patronato y el Gobierno del Estado de México, se logra restaurar los murales tanto del claustro alto como del claustro bajo, pero para el año 2002, mediante la fundación Adopta una Obra de Arte, coordinada por el Fondo Nacional para la Cultura y las Artes del Conaculta, el INAH y la Secretaría de Desarrollo Social (SEDESOL),

continúan los trabajos; a ello mucho contribuye el número de visitas de los turistas a estos acervos, quienes actúan a manera de grupo de presión para este tipo de restauración, pero paradójicamente este mismo sector, con sus cámaras fotográficas o el tacto constante, deteriora los frescos, considerados como un verdadero tratado de flora y fauna prevaleciente en Malinalco (Favrot, 1993; White Olascoaga, 2005: 31).

En el templo de este convento se han organizado eventos culturales, como audiciones de ópera y festivales de música con órgano, promociones culturales y la fiesta patronal que se realiza el 6 de agosto, cuando arriba una gran cantidad de visitantes; no obstante a los anteriores acontecimientos, existe un creciente interés por el cuidado de este recinto.

Se observa que las celdas del claustro alto del convento continúan utilizándose como habitación para la orden de los agustinos; la huerta se encuentra sin uso. La antigua casa parroquial ahora es ocupada para restaurante, florería, tienda de telefonía celular o papelería. El atrio y su barda no tienen el mantenimiento adecuado. Los párrocos subutilizan los recintos conventuales para sus habitaciones, pero al hacerlo se ven precisados a modificar los espacios para su uso particular, agrediendo el monumento; en éste subsisten muchos bienes muebles religiosos, pero los elementos arquitectónicos del convento, como el atrio o claustro, han perdido su función original; en el caso del primero, ya no se practican las procesiones, mientras que las capillas posas o no se encuentran o no se les da la utilidad.

Las transformaciones en las capillas de los barrios

Diverso es el patrimonio cultural construido en el lugar: las capillas que aún se ubican en cada uno de los barrios, la traza urbana del centro de la localidad, los puentes ubicados a lo largo del río que atraviesa el pueblo, la Hacienda de Jalmolonga, que fue propiedad de los jesuitas y producía azúcar en la época de la Independencia, entre otros. Sin embargo, vale analizar cuáles han sido las principales modificaciones de las capillas de los barrios.

Para evangelizar a los pobladores, los españoles construyeron capillas en los barrios aprovechando el sistema de organización política y económica de los *calpullis*. Con singulares características arquitectónicas se localizan en diferentes puntos de Malinalco (véanse fotografías 22, 23, 24 y 25); su erección data de los siglos XVI al XVIII, en ellas se adaptaron edificaciones que tenían la función de casa parroquial, pero que son verdaderas capillas abiertas.

Fotografías 22, 23, 24 y 25

Capillas de los barrios



Fuente: Anónimo (22 y 23); Guillermo Miranda Román (24 y 25).

La capilla de San Juan, abovedada y con amplio atrio, se ubica al norte del convento; a media torre, entre una de sus hornacinas colgantes, se observa una lápida con la fecha de 1702; presenta a

los costados su bien tallada puerta, dos lápidas empotradas en sus muros: una con la figura en relieve seguramente del encomendero Cristóbal Romero Gutiérrez, barbado y vestido a la usanza del siglo XVI, con indumentaria de civil, gorra, capa, calzón y calzas, sosteniendo con la mano izquierda un libro o tabla con un relieve en forma de león rampante unido a una cruz; la otra lápida tiene la figura en relieve de un religioso agustino que sostiene con ambas manos un cáliz, la parte de la cara esculpida está desprendida, su fachada mira al poniente.

La capilla de Santa Mónica está situada al poniente del convento, en uno de los barrios más importantes de Malinalco, ya que ahí se localiza la zona arqueológica y se conservaba el famoso *huéhuetl* de Malinalco (véase Romero Quiroz, 1958: 268). En la clave del arco de la puerta sobre ménsula está la escultura de santa Mónica; en la parte superior del portón dos relieves que parecen caras de diablo con representaciones de *malinallis*; a diferencia de las demás capillas, su fachada mira al oriente.

Santa María, con amplio atrio, se ubica al sur del convento. La puerta mirando al poniente ostenta la fecha de agosto 17 de 1763, en una de sus hojas se ve un alto relieve de san José. En ambos lados de la portada, dos altos relieves, uno representando a un gobernante indígena con el pelo recogido y que viste *timaltli* o tilma, capa cuadrada cuyas extremidades se ataban sobre el pecho u hombro, lleva *maxtlatl* y *cactlis* portando una vara de justicia. La otra figura representa un guerrero tigre, también gobernante, porque porta vara de justicia.

La capilla de san Martín, situada al suroeste del convento. En sus puertas se ven tallas de un relieve de san Martín Caballero, en ellas también se observan motivos decorados de argamasa y leyendas latinas que se refieren a mandones y mayordomos. Algunos de sus elementos arquitectónicos datan del año de 1765. En el cupulín de la torre se observan serpientes estilizadas. A lado del templo se presentan arcos parecidos a los de capilla abierta. Se venera al famoso Cristo negro, conocido como el Cristo de la escalera, porque se dice que estaba colocado en la escalera del monasterio.

San Guillermo, localizada al sur del convento, se caracteriza por su sencillez y por su torre separada de la capilla. San Andrés, está ubicada al sur del convento, en el arco de la puerta hay una imagen de san Andrés que lleva en la espalda el símbolo del aspa por la cual murió. La capilla de la Virgen de la Soledad se encuentra al sur del convento, abovedada con una cúpula de tipo octagonal; en la piedra clave del arco de la puerta se observa la imagen de la Virgen de la Soledad, la capilla aún conserva sus gárgolas. La capilla de san Pedro se encuentra al sur del convento, está abovedada; en la parte superior se pueden observar los detalles de su construcción. En la capilla de este barrio se custodia, por parte del mayordomo, un *huéhuatl* prehispánico tallado en madera.

Estas capillas han logrado conservarse debido a la protección que les han dado las mayordomías, aunque su mantenimiento se hace sin una capacitación adecuada. Muchas de ellas están cerradas al público y sólo se abren en sus fiestas patronales, en conmemoraciones religiosas, civiles o en reuniones comunitarias; estos templos son ejemplos culturales que atraen al turismo, sobre todo en las festividades que se organizan. En cada una de ellas se organizan hasta tres conmemoraciones religiosas al año. En torno a estas edificaciones se reviven múltiples tradiciones como “las visitas”, que las imágenes de los diferentes barrios realizan cuando se conmemora al santo patrono del barrio festejado, las posadas, Semana Santa, entre otras celebraciones. Todo ello trae una masiva corriente de visitantes, de ahí su conservación o modificación, ya sea en los atrios, bardas perimetrales, capillas abiertas o los acervos que se encuentran en el interior de la misma capilla.

Hasta aquí hemos observado algunas modificaciones realizadas sobre los patrimonios culturales más representativos de Malinalco. A estos bienes se les ha dotado de instalaciones, equipo y mobiliario; reconocemos que en algunos casos se les ha querido dar un orden; sin embargo, lo que se observa es una paulatina modificación del paisaje cultural, en su conjunto, a partir de que el turismo hace su presencia en Malinalco.

El cambio de uso de los edificios ha sido una constante preocupación en la historia de la arquitectura, aunque también debe

serlo en la historia de los estudios del turismo. Los usos inadecuados y la carencia de adaptaciones sensatas en los monumentos pueden resultar degradantes, también puede serlo su falta de utilización. Adaptar a la vida moderna los viejos edificios puede ser benéfico; por ejemplo, la casa de la cultura, que fue en algún momento escuela primaria o albergue de personajes históricos que contribuyeron al cambio social. Dichas edificaciones pueden presentar la historia del lugar, o bien algunas viejas casonas fungir como centros de esparcimiento. Estas adaptaciones evidencian que la arquitectura, entendida como espacio vital, ha marchado al ritmo que la sociedad o los fenómenos económicos como el turismo le han impuesto.

Conclusiones

Nuevos caminos se abren en la investigación del turismo, sobre todo en lugares en los que la actividad se ha intrincado debido a los cambios ocasionados por las formas en que se practica y organiza, tal es el caso de Malinalco, donde se observan dos tipos de turismo: el “convencional”, conocido comúnmente como “industria sin chimeneas”, los visitantes rentan servicios de transporte, recreativos, de alimentación y hospedaje; y el “turismo residencial”, practicado por personas ajenas que adquieren casas de campo para descanso y recreación.

El turismo es un fenómeno sociocultural, no el único, que impacta en diferentes aspectos, entre ellos, el económico, social y cultural; su participación sobre el paisaje cultural de Malinalco concurre en dos sentidos: uno, al contribuir directamente en la construcción del paisaje cultural a partir del equipamiento de servicios que requiere el visitante, y otro otro referido al aprovechamiento turístico de la cultura tangible e intangible, cuyas funciones fueron diferentes a las de esta actividad.

La construcción del paisaje es una actividad constante en la que interviene el pensamiento, organización y obra del hombre en sociedad; es una forma para materializar la cultura, es decir, es el espacio físico modificado por distintas actividades económicas y

culturales necesarias para la supervivencia y desarrollo humano, tales como la agrícola, comercial o la turística.

El paisaje cultural de Malinalco, Estado de México, es transformado por el turismo. Los albores de esta actividad se ubican al inicio de la segunda mitad del siglo XX. En estos años esporádicamente se presentan los primeros visitantes para observar la recién explorada zona arqueológica; el convento agustino del siglo XVI que aún tenía vida clerical, así como el placentero manantial El Molino; estos sitios eran de interés para viajeros provenientes del santuario de Chalma, lugar del mismo municipio. Durante los años sesenta y setenta se observa un aumento de llegadas de turistas no sólo para la visita a esos atractivos, sino también por su arquitectura colonial, imagen urbana, capillas, clima y diversa flora y fauna. Es un lugar idóneo para construir casas de campo y de descanso en temporadas cortas y para ser un sitio de veraneo, condiciones que contribuyeron para que en la última década del siglo XX se implementaran políticas estatales y federales de promoción y fomento para la llegada de turistas e inversiones públicas y privadas. Así que el aumento de turistas nacionales y extranjeros, la implementación de servicios de hospedaje y alimentación, así como la introducción de servicios públicos y nuevas formas de comercialización, fueron factores que influyeron para que el turismo participara en la modificación del paisaje cultural.

La economía de Malinalco aún está sustentada en el trabajo agropecuario, ocupando un alto porcentaje en la superficie de su terreno; no obstante, la extensión territorial de la cabecera municipal se ha reducido o trocado por usos distintos a los originalmente destinados; ejemplo de ello es la utilización de los espacios para la implementación de establecimientos comerciales, de servicio turístico, construcciones para vivienda o para la introducción de obras de infraestructura que son utilizadas en diversas actividades. Las empresas turísticas están cimentadas en grandes áreas de terreno que la mayoría de las veces están expuestas a una explotación irracional de los recursos naturales y culturales, a que su uso sea desmedido, o bien, a que se sustituyan terrenos que son propicios para la agricultura por espacios dedicados a la

actividad turística, dando lugar a gastos adicionales por concepto del cambio de actividad económica sobre el suelo, de esta manera se evidencian transformaciones en el paisaje cultural.

La comercialización de propiedades evidencia especulación, mientras que, por un lado, los dueños originales creen venderlos a altos precios por sus necesidades y estándares de vida, por otro, quienes los compran, lo hacen a costos por debajo del mercado de procedencia, así que este proceso redundante en una fluctuación de precios que impacta en diferentes rubros; ejemplo de ello es la inflación y aparición de intermediarios, es decir, agencias inmobiliarias y fraccionadoras.

La actividad turística interviene de manera destacada para que se diversifiquen las modalidades en el uso del suelo, lo cual afecta los patrimonios naturales y culturales. Existen destinos que cuentan con atractivos de gran valía, pero no se tiene un proyecto integral de ordenamiento del espacio que evite el deterioro e incluso la destrucción de los edificios históricos y zonas de interés patrimonial; así pues, se construyen hoteles, restaurantes, casas de campo y otras instalaciones, con la consecuente destrucción, primero, de los vestigios y restos históricos y, segundo, del desequilibrio de la armonía visual de los edificios con respecto a su entorno.

Las transformaciones sobre el paisaje cultural de Malinalco se hacen evidentes por la expansión geográfica y demográfica, por una intensa tendencia al desarrollo económico y social, por un mayor control sobre un territorio y por el tema que nos ocupa, la actividad turística. En otras palabras, el turismo no es el principal agente que transforma el paisaje, también contribuyen a estos cambios el explosivo crecimiento demográfico, la urbanización mal entendida, el desarrollo acelerado de la especulación inmobiliaria, los cambios en el uso del suelo, la falta de planificación, o bien, la infraestructura vial. En este sentido, se observó que el espacio urbano en Malinalco se está modificando al erigirse nuevas casas habitación que sólo son ocupadas para descanso en periodos específicos, mientras que la población tiene un incremento de sólo

1.7% anual, factor que da pauta a identificar la intervención del llamado turismo residencial sobre la realidad poblacional.

Los actores sociales del turismo que intervienen en la modificación del paisaje cultural son los siguientes: los particulares o inversionistas del turismo, el Estado con sus tres niveles de gobierno y las organizaciones no gubernamentales.

Los prestadores de servicios turísticos no siempre alteran de manera radical el paisaje cultural, ya que muchas veces aprecian el valor simbólico de las construcciones, en las decoraciones de sus empresas tratan de imprimir motivos o símbolos que sean del lugar; existen inmobiliarias y empresarios turísticos que defienden la preservación de un área para aumentar el costo de las viviendas, así, también, hoteleros y restauranteros se ajustan a las normas de reglamentación de obras públicas para que sus establecimientos sean construidos, adecuados y decorados bajo el modelo arquitectónico que debe predominar en el lugar, otros no lo hacen y construyen con estilos que no corresponden al sitio; otras empresas turísticas conservan el sentido escenográfico de edificios históricos, aunque otros introducen cambios arquitectónicos y funcionales con fines lucrativos, como el de alguna casa antigua o área agrícola para la edificación de un hotel con piscinas que se colocan en patios, o capillas que son adaptadas como sede para fiestas patronales. Por el contrario, se nota la existencia de casas remodeladas o mal utilizadas, habitaciones convertidas en comercios donde se alberga un café o restaurante, aunque son indispensables en el centro histórico, otros más han pervivido gracias al cuidado y protección de una persona o de un grupo pequeño, en otros casos se les deja en el abandono, se destruyen y tienen ser construidos con estilos diferentes a los del lugar.

Los organismos gubernamentales juegan un papel importante en la modificación del paisaje urbano y natural, aunque, por un lado, sus políticas en la preservación están orientadas a la valoración y difusión de la cultura como un elemento integrador o de identidad, por otro lado, con el afán de desarrollar a la comunidad e introducir mínimos de bienestar social, modifica la imagen urbana

y el paisaje cultural en general. A veces, se interesa por algunos patrimonios para frenar el saqueo especulativo; estos hechos le otorgan un alto prestigio y un recurso para legitimarse.

El desarrollo de la actividad turística hizo que el ayuntamiento municipal reestructurara su organización administrativa al crear organismos para su atención. Con los ingresos captados por la derrama económica del turista se estimulan las inversiones para la implementación de establecimientos turísticos, obras de bienestar colectivo y se han creado programas para la atención al turismo. Al dinamizarse esta actividad por el incremento de visitantes, se generaron programas de mejoramiento urbano y de vivienda, salud y proyectos encaminados a la protección del patrimonio turístico, lo anterior se tradujo en un nuevo modo de vida de los pobladores y en una nueva imagen paisajística.

Debido al beneficio económico que arroja la llegada y número de turistas que arriban a Malinalco, se han llevado a cabo programas de desarrollo turístico, los propósitos de estas acciones son otorgar financiamiento para la implementación de servicios turísticos, mejorar la vivienda y decorar las fachadas de las habitaciones y comercios del centro histórico, lo cual repercute en un cambio en la fisonomía del paisaje.

Se observa la presencia de organismos no gubernamentales dedicados a fomentar el patrimonio cultural; esta política promocional genera valiosas experiencias educativas y participativas en el rescate de patrimonios, organizan a los pobladores con trabajo comunitario para la preservación o cambio del entorno natural, como es el caso de la organización para sanear el río San Juan, o cultural, cuando se integra la organización de artesanos talladores de madera. Asimismo, organizaciones comunitarias se han interesado en la protección de sus capillas o programas de difusión del deporte o divulgación cultural, etc., pero rara vez basan su acción en investigaciones sobre las modificaciones del paisaje que han sido causadas por la acción del hombre y que el turismo, de manera directa o indirecta, incentiva.

El constante tránsito de las corrientes turísticas hacia los principales atractivos modifican el paisaje, muchos de sus integrantes

son depredadores de flora y fauna; no obstante, es posible que el turismo sea un factor que regenere el medio ambiente al adecuar y proteger zonas para la recreación del visitante. Las corrientes turísticas que se presentan en Malinalco, según sus motivaciones y propósitos de descanso y recreación, demandan de servicios de transportación, alimentación, hospedaje o recreación, para lo cual el uso del suelo se modifica; algunos terrenos se utilizan para caminos; otros, para el cultivo de nuevas y diversas especies agrícolas, o para la construcción de casas de campo, hoteles y restaurantes; tales construcciones evidencian modificaciones del entorno. Un fenómeno que se suscita es el hecho de que los coleccionistas se muestran ahora interesados en poseer o comprar bienes que en otros tiempos nadie compraría.

Actualmente, el turismo se comporta como un elemento dinamizador del patrimonio y las comunidades al generar reconocimiento y creación de orgullo comunitario; así, es factor de divulgación del patrimonio; sin embargo, mientras se contribuye a un desarrollo socioeconómico y un fructífero intercambio cultural, también se puede potenciar la degradación del medio ambiente, fracturar las estructuras sociales y deteriorar el patrimonio cultural.

El desarrollo del trabajo de investigación y sus resultados, sin duda, serán de interés para los encargados del desarrollo económico federal, estatal y local, así como para los encargados de la política turística, dado el efecto multiplicador y el carácter de detonador económico que tiene el turismo para la región; no obstante, es posible que los beneficios económicos aportados por el turismo no se distribuyan de manera equitativa para toda la población al dejar a los habitantes de Malinalco sólo empleos no directivos.

Con una adecuada política turística, una normatividad para la construcción de los edificios, y una justa política de ingresos y gastos por los impuestos obtenidos de turismo, seguramente esta actividad puede encauzar sus beneficios a la totalidad de la población. Por el contrario, si se planifica un turismo con políticas improvisadas, se conduciría a un desorden en la imagen urbana y se alteraría el paisaje, por lo que se requiere de un ordenamiento de los bienes culturales para ser presentados, al turismo para su

conocimiento y a los científicos que requieren de construir la historia de esos valores que identifican al pueblo de Malinalco. De esta manera, el turismo correctamente encauzado será un medio para revalorar, rescatar y conservar ese paisaje cultural; en otras palabras, para ser dignamente presentado a los visitantes.

Referencias

- Alanis Boyso, José Luis *et al.* (1978). *Catálogo y síntesis de documentos manuscritos relativos a pueblos del Estado de México: 1542-1823*. Archivo General del Estado de México. Oficialía Mayor de Gobierno. Industrias DIF. Toluca.
- Alvarado Tezozomoc, Hernando (1975). *Crónica mexicana*, anotada por Orozco y Berra. Porrúa. México.
- Amerlinck, Mari-José y Bontempo, Fernando (1990). *El entorno construido y la antropología: introducción a su estudio interdisciplinar*. Ciesas. México.
- Borja, Jordi (1991). "La ciudad conquistada" en *La Jornada semanal* No. 104 (9 de junio). México.
- Boullón, Roberto C. (1985). *Planificación del espacio turístico*. Trillas. México.
- Braudel, Fernand (1968). *La historia y las ciencias sociales*. Alianza. Madrid.
- Carrasco, Pedro (1987). *Historia general de México*, tomo I. Colmex. México.
- Casasola, Luis (1990). *Turismo y ambiente*. Trillas. México.
- Clavijero, Francisco Javier (1981). *Historia antigua de Méjico sacada de los mejores historiadores españoles y de manuscritos y pinturas antiguas de los indios* (edición facsimilar de la edición de 1853). Valle de México. México.
- Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (Conaculta) (2003). *Memorias del Congreso Iberoamericano sobre Patrimonio cultural, Cuaderno 5, Desarrollo y Turismo*. Conaculta. México.
- De Bolós, María (1992). *Manual de ciencia del paisaje*. Masson. Barcelona.

- Dirección General de Turismo del Gobierno del Estado de México (1996). *Expediente técnico turístico del municipio de Malinalco*. Toluca.
- Durán, Fray Diego (1951). *Historia de Las Indias de la Nueva España*. Nacional. México.
- Favrot, Peterson Jeannette (1993). *The Paradise Garden Murals of Malinalco: Utopia and Empire in Sixteenth-Century Mexico*. University of Texas Press. Austin.
- Fernández, Martha (1997). "El uso de los monumentos y la preservación de sus valores culturales" en *Temas y problemas del Primer Coloquio del Seminario de Estudio del Patrimonio Artístico. Conservación, restauración y defensa*. UNAM-Instituto de Investigaciones Estéticas. México.
- Galván Villegas, Luis Javier (1984). *Aspectos generales de la arquitectura de Malinalco, Edo. de México*. INAH. México.
- García Payón, José (1974). *Los monumentos arqueológicos de Malinalco*. Biblioteca Enciclopédica del Estado de México. Toluca.
- García Payón, José (1979). *La zona arqueológica de Tecaxic-Calixtlahuaca y los matlazincas*. Biblioteca Enciclopédica del Estado de México. Toluca.
- Gobierno del Estado de México (GEM) (1973). *Monografía de Malinalco*. Toluca.
- Gobierno del Estado de México, (1978): *Plan Municipal de Desarrollo Urbano. Malinalco*. GEM. Toluca.
- Gobierno del Estado de México (GEM) (1987). *Memoria de Gobierno 1981 - 1987*. GEM. Toluca.
- Gobierno del Estado de México (GEM) (1993). *Plan de desarrollo del Estado de México, 1993-1999*. GEM. Toluca.
- Gobierno del Estado de México (GEM). Oficialía Mayor de Gobierno (1983). *Primer Informe de Gobierno Lic. Alfredo del Mazo G. Gobernador, 1981 - 1986*. Toluca.
- Gómez Brito, Saúl (1989). *Síntesis histórica de Malinalco*. H. Ayuntamiento de Malinalco. Malinalco.
- Gómez-Urquiza de la Macorra, Mercedes (1997). "El concepto de patrimonio, fundamento para su conservación y especulación"

- en *Especulación y Patrimonio del 4º Coloquio del Seminario de Estudios del Patrimonio Artístico. Conservación, restauración y defensa*. UNAM-Instituto de Investigaciones Estéticas.
- H. Ayuntamiento de Malinalco (1994). *Plan de desarrollo municipal 1994-1996*. GEM. Toluca.
- H. Ayuntamiento Constitucional de Malinalco 2003-2006 (2003). *Plan de desarrollo municipal de Malinalco*. Malinalco.
- Hernández Díaz, Édgar A. (1990). *Proyectos turísticos, formulación y evaluación*. Trillas. México.
- Hernández Rivero, José (1993). *Ideología y práctica militar mexicana. El Cuauhcalli de Malinalco*. H. Ayuntamiento de Malinalco. Malinalco.
- Hiernaux, Nicolás Daniel (compilador) (1989). *Teoría y praxis del espacio turístico*. UAM-X. México.
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI) (1998). *Anuario estadístico del Estado de México*. INEGI. México.
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI) (1990). *XI Censo General de Población y Vivienda*. México.
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI) (2000). *Estado de México. Perfil Socioeconómico, XII Censo General de Población y Vivienda*. México.
- Jarquín Ortega, María Teresa (2001). "La investigación regional: el caso de la historia general del Estado de México". En Hernández Rodríguez, Rosaura. *Malinalco* (Cuadernos municipales 17). El Colegio Mexiquense. Toluca.
- Lash, Scout y Urry John (1998). *Economías de signos y espacio*. Amorrortu. Buenos Aires.
- Lezama, José Luis (1993). *Teoría social: espacio y ciudad*. Colmex. México.
- López Ontiveros, Antonio (1988). "El paisaje de Andalucía a través de los viajeros románticos: creación y supervivencia del mito andaluz desde una perspectiva geográfica". En Gómez Mendoza, Josefina, Ortega, Nicolás et al. *Viajeros y Paisajes*. Alianza. Madrid.
- Lynch, Kevin (1966). *La imagen de la ciudad*. Infinito. Buenos Aires.

- Martínez Salgado, Carolina (1993). *Sobrevivir en Malinalco*. Colmex/UAM-X. México.
- Morales, Moya (1988). "Conocimiento de la realidad y pretensión reformista en el viaje ilustrado". En Gómez Mendoza Josefina, Ortega, Nicolás *et al.* *Viajeros y Paisajes*. Alianza. Madrid.
- Montaner, Joseph María (2002). *La modernidad superada. Arquitectura, arte y pensamiento del siglo XX*. Gustavo Gili. Barcelona.
- Moreno Toscano, A. (1993). El sector externo y la organización espacial y regional de México (1521-1910). En Ávila Sánchez, Héctor (compilador). *Lecturas de análisis regional en México y América Latina*. Universidad Autónoma Chapingo. México.
- Pierre, George (1985). *La acción del hombre y el medio geográfico*. 3ª ed. Península. España.
- Ricard, Robert (1947). *La conquista espiritual de México*. Jus. México.
- Rivera Cambas, Manuel (1972). *Viaje a través del Estado de México (1880-1883)*. Biblioteca Enciclopédica del Estado de México. Toluca.
- Robelo, Cecilio Agustín (1974). *Nombres geográficos indígenas del Estado de México*. Biblioteca Enciclopédica del Estado de México. Toluca.
- Romero Quiroz, Javier (1957). *Tezcatlipoca es el Oztotéotl de Chalma: toponimia*. GEM / Dirección de Turismo. Toluca.
- Romero Quiroz, Javier (1958). *El Huéhuatl de Malinalco*. UAEM. Toluca.
- Romero Quiroz, Javier (1964). *El Teponaztli de Malinalco*. UAEM. Toluca.
- Romero Quiroz, Javier (1980). *Historia de Malinalco*. GEM. Toluca.
- Romero Quiroz, Javier (1987). *Guía turística. Malinalco*. GEM. México.
- Romero Quiroz, Javier (1990). *Nacimiento de Huitzilopochtli. Solsticio de invierno en Malinalco. 21 de diciembre*. Instituto Mexiquense de Cultura. México.
- Rosenzweig, Fernando, Jarquín, Ma. Teresa *et al.* (1987). *Breve historia del Estado de México*. El Colegio Mexiquense / GEM. Zinacantepec.

- Sahagún, Fray Bernardino de (1956). *Historia general de las cosas de la Nueva España*, tomo I. Porrúa. México.
- Schneider, Luis Mario (1999). *Malinalco. Monografía municipal*. GEM / Instituto Mexiquense de Cultura. Toluca.
- Silvestri, Graciela, y Aliata, Fernando (2001). *El paisaje como cifra de armonía*. Nueva Visión. Buenos Aires.
- Straus, E. (1984). "El Espacio Económico y el Desarrollo en América Latina", *Curso de Planeación Estatal*. Subsecretaría de Planeación del Desarrollo, Programación y Presupuesto. México.
- Turner, Louis, y Ash, John (1991). *La horda dorada*. Endimiión. Madrid.
- Szasz Pianta, Ivonne Rosa (1990). *Migración temporal y permanencia de la población rural. El caso de Malinalco en el Estado de México*. Centro de Estudios Demográficos y de Desarrollo Urbano de El Colegio Mexiquense. Toluca.
- Szasz Pianta, Ivonne Rosa (1993). *Migración temporal en Malinalco: la agricultura de subsistencia en tiempo de crisis*. Colmex / El Colegio Mexiquense. Toluca.
- Villagrán Lagunas, Carina (1993). "Granjas de truchas, Malinalco, México como un atractivo turístico", tesis. UAEM. Toluca.
- White Olascoaga, Laura y Zepeda Gómez, Carmen (2005). *El paraíso botánico del convento de Malinalco, Estado de México*. UAEM. Toluca.

La configuración capitalista de paisajes turísticos
se terminó de imprimir el 31 de mayo de 2015
en los talleres de Ediciones Verbolibre, S.A.
de C.V. 1o. de mayo núm. 161 -A, Col. Santa Anita,
Deleg. Iztacalco, México, D.F., C.P. 08300.
Tel.: 3182-0035. <edicionesverbolibre@gmail.
com>. El tiraje consta de 500 ejemplares.



Neptalí Monterroso Salvatierra

Agrónomo y sociólogo con especialidad en Desarrollo rural, Problemáticas agrarias y Turismo rural. Actualmente se desempeña como profesor-investigador en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Autónoma del Estado de México. En 2009, la Universidad le concedió la Nota Laudatoria como reconocimiento a su labor docente. Ha sido profesor visitante en universidades de Guatemala, Costa Rica y México. Ha sido consultor en organismos nacionales e internacionales y ha trabajado para organizaciones civiles de carácter social. Ha publicado diversos capítulos de libros y numerosos artículos científicos.

La configuración capitalista de paisajes turísticos es una aportación de gran valor para entender el proceso de penetración de una de las vías de acumulación en los territorios rurales. Reúne una serie de materiales teóricos de un alcance más que notable para comprender los procesos de transformación de los territorios rurales bajo el dominio de los capitales turísticos.

Incluye también diversos estudios de caso en diferentes lugares de México relacionados con la generación de algunos procesos particulares. Sin duda, supone un aporte clave para entender la recomposición del mundo rural mexicano, pero también latinoamericano, bajo la dinámica de un nuevo ciclo de acumulación que está transformando sus dinámicas territoriales y sus paisajes. Entender bien lo anterior es fundamental para poder acompañar los anhelos y luchas por otro mundo rural.

Ernest Cañada

ISBN: 978-607-9426-14-9



9 786079 426149

